HISTORIA
FISICA Y POLITICA
DE CHILE
SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA
Y PUBLICADA
BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO
POR CLAUDIO GAY
CIUDADANO CHILENO,
INDIVIDuo DE VARIAS SOCIEDADES CIENCIIFICAS NACIONALES Y EXTRANJERAS,
CAValIERO DE LA LEGION DE HONOR.
HISTORIA.
TOMO QUINTO.
PARIS
EN CASA DEL AUTOR.
CHILE
EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.
MDCCCLXIX
HISTORIA

FISICA Y POLITICA

DE CHILE.

HISTORIA.

TOMO QUINTO.
PARÍS,—EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cía.
calle Racine, 28, cerca del Odéon.
PROLOGO.

La revolución de Chile es, sin disputa, la parte la más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia, presentándose como emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales, y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces.

Hija del espíritu y de las ideas del siglo, y envuelta, desde su nacimiento, en un torbellino de temores y dudas, esta revolución se manifestó, al principio, humilde, débil e indecisa, y no adelantaba mas que á tirones, por decirlo así, bamboleándose bajo el enorme peso de su empresa; pero después, fortificada por la sensación moral que tenía de su causa, seducida por las verdades de sus principios, y confiada no menos en sus derechos que en los designios de la Providencia, desplegó con denuedo su estandarte, alistó bajo de él algunos espíritus adelantados, y, en un arranque, levantó la cabeza proclamando su independencia, título potente y orgulloso que rejuveneró á la nación, y derramó por todas las clases de la sociedad la benéfica claridad que pone de mani-
vi  prólogo.

fiesto los derechos del hombre, vivifica su jenio y le prepara gloria y prosperidad.

No contenta con destruir la política absurda que avasallaba los Chilenos á un gobierno situado en sus antípodas, introdujo su suave influencia en todos los repliegues de la sociedad, no solo atrasada sino también paralizada por su sistema de aislamiento y por la privación, casi absoluta, de todo principio de civilización. Sin colegios, sin industria y casi sin comercio, el pueblo se hallaba doblegado á una obediencia pasiva bajo el doble yugo de la preocupación y del despotismo; seguía ciegamente el impulso que le daba un gobierno indiferente, y jemia al ver su nulidad política, que le sometía á los caprichos de sus jefes, y á la insolente altanería de casi cuantos tenían nombre de Español, hasta que, perdiendo el sufrimiento, salió de su letargo, y, en su desesperación, algunos jenerosos Chilenos se arrojaron á ideas de revolucion, abrazándolas como un principio de deber y de necesidad.

La empresa de esta revolucion era tan delicada como difícil, puesto que tenía que desarraigar hábitos de tres siglos; que yencer preocupaciones alimentadas por principios de la fe mal interpretada, y que aclimatarse en el país ideas enteramente extrañas y, en verdad, bastante temerarias para comprometer los intereses y la existencia de muchos. Pero la Providencia, que tiene bajo su amparo á toda la humanidad, conduce por la mano las naciones á sus altos fines por medio de la sabiduría y de la prevision de
algunas cabezas privilegiadas, y por la fuerza mate-
rial de la nación misma.

Los primeros síntomas de esta revolución se mani-
festaron al principio del siglo 19°, época en la cual
el espíritu de libertad ejercía una poderosa acción
en las diferentes clases de la sociedad, introducién-
dose, por todas partes, en las costumbres, en las
artes y hasta en la religión misma, y tendiendo á
ponerse de acuerdo con la ley de progresos y de re-
formas que animaba á la mayor parte de la Europa.
A la verdad, los Americanos se hallaban débiles, sin
esperiencia, sin conocimientos estratégicos, y, por
la mayor parte, aun subyugados de un sentimiento
arracigado de respeto y de fidelidad á su monarca,
circunstancia que no podía menos de complicar mu-
cho la cuestión, suscitando necesariamente ideas de
guerra: sin embargo, había la esperanza de que Es-
paña no podría, sin grandes dificultades, hacer frente
á una vasta insurrección, hallándose exhausta por la
depravación de la corte, llena de disensiones; con su
tesoría agotado y amenazada de una formidable inva-
sión. Además, la grande distancia de la metrópoli, y
la enorme extensión que podía tomar el movimiento
insurreccional presentaban ventajas aún mas ciertas
que era muy fácil apreciar.

Por su lado, España no podía quedarse indiferente á
las osadas ideas americanas, aun cuando su real
erario se hallase agotado, y la nación en una situa-
ción casi desesperada. Acostumbrada á considerar las
Américas como una de las más ricas joyas de su corona,
no temió arriesgarse a los más duros sacrificios para impedir un divorcio que arruinaba sus derechos y comprometía, en tan alto grado, su honor y su interés. Cadiz, sobretodo, como la más interesada, por su monopolio comercial, puso en movimiento toda su actividad y su influjo para forzar la junta gobernadora a mostrarse imperiosa, amenazadora, y aun la obligó a armar muchas expediciones, cuyos gastos fueron costeados por la ciudad misma, en parte, y en parte cubiertos con el dinero que los mismos Americanos enviaban para sostener la guerra defensiva de la nación española contra la Francia. Todos saben qué resultados tuvieron estas expediciones, y las reacciones violentas, monstruosas que ocasionaron, reacciones que duraron muchos años y no cesaron hasta que los Americanos, enteramente dueños del terreno, acabaron de destruir las insignias reales que quedaban, y escribieron en sus restos ensangrentados el acto solemne de su libertad y soberanía.

Los grandes acontecimientos políticos se hallan, lo mismo que los de la naturaleza, sujetos a crisis que el hombre egoísta y nímio mira con espanto, al paso que un verdadero filósofo las desdén, considerándolas como males naturales y pasajeros de un parvo cuyo fruto los hará echar muy pronto en olvido. Tales son los signos que caracterizan las épocas de nuestros progresos, así como la superposición admirable de diferentes terrenos indica la fecha relativa de los espantosos cataclismos que ha padecido nuestro planeta. Pero estas crisis y estos trastornos han debido
ser más o menos violentos, más o menos durables según el estado de la sociedad. En Europa, en donde las revoluciones políticas son bastante frecuentes, en nuestra era, el equilibrio social solo se altera por cierto tiempo, porque la ciencia y la experiencia imprimen, incontinen, al movimiento una fuerza que lo parea y lo detiene; pero en América, en donde las ideas de independencia y de libertad eran tan poco conocidas y tan nuevas, y cuyos colonos existían bajo la tutela de la ignorancia y de preocupaciones; este movimiento no podía menos de tomar un aspecto muy diferente, y resentirse de la grande metamorfosis que se operaba en sus costumbres, principios y intereses. A la verdad, los que tenían el mando procuraron seguir las huellas de los Estados Unidos, tomando su forma de gobierno y sus instituciones por modelo; pero para eso les faltaba aquel espíritu de republicanismo democrático que tenían los Anglo-Americanos ya desde la llegada de los primeros colonos, espíritu que formaba la base de sus instituciones políticas y sociales. A pesar del grande acontecimiento que los acababa de separar de su madre patria, los Americanos del Norte habían conservado casi intactos sus hábitos privados y políticos, y su constitución no había variado sino muy poco; no habían tenido más que rejuvenecer, por decirlo así, ideas tan antiguas como sus colonias, dándoles nueva vida y nuevo vigor, y aun este pequeño cambio fue imperceptible para ciertos estados, de suerte que apenas se hallaron en posesión de su libertad, que al
punto dejaron, pacíficamente y sin la menor repugnancia, las armas y la autoridad los que la habían ejercido, para volver á sus campos y trabajando, que sólo habían abandonado momentáneamente á impulsos de su patriotismo. Lo que caracterizó más admirablemente esta revolución fue que no dejó tras sí la menor traza de sus violencias ni de sus escesos; el orden y la tranquilidad se restablecieron inmediatamente, como si la razón sola hubiese tomado las armas para sobreponerse al error y al capricho de un despotá.

Mas no sucedió lo mismo en las colonias españolas, cuyos habitantes, sin experiencia, sin antecedentes semejantes y dominados por una infinidad de preocupaciones debidas á su educación incompleta, se vieron de repente gobernados por leyes contrarias á sus creencias y á sus hábitos. Necesariamente aquellas provincias se habían de resentir de una transformación tan súbita, y por el hecho mismo de haber sido el teatro de disensiones y de motín, sus habitantes no han podido menos de dejarse arrastrar por las pasiones rancorosas de partidos, que despiertan al egoismo é impelen á criminales reacciones, de las cuales surjieron guerras civiles, guerras que entregarón al país á la merced del despotismo militar, solo dueño, desde entonces, del poder.

Esta ha sido la suerte que una administración egoísta había preparado á aquellas nuevas repúblicas, suerte dura, triste, deplorable, pero cuyos desastres fueron felizmente compensados por los infi-
nitos bienes que redundaron de ella en todas las clases de la sociedad. Para numerar estos bienes sería preciso analizar la historia de cada colon, desde la infancia cuando andaba andrajoso, con los pies descalzos, comiendo en la cocina con los criados, su sociedad favorita, hasta la muerte que terminaba su vida de indolencia, de ignorancia y de monotonía; y entonces se le hacían funerales los más pomposos, como si el día en que volvía á la nada de donde lo había sacado el Creador fuese su verdadero día de gloria (1).

En el día de hoy, todo lo vemos cambiado. Vastas estensiones de tierra, que el aliento sofocante de la tiranía condenaba á la esterilidad, han sido labradas y sembradas, y ofrecen á la vista ricos y brillantes caseríos; el pueblo se ha hecho activo, social é infinitamente más feliz. Las mares se ven surcadas por miles de velas que transportan, con el comercio, el espíritu, el jenio y los conocimientos de las diferentes naciones á que pertenecen; y si á estos manantiales de civilización añadimos el laudable celo de los hombres de estado por la propagación de colegios y escuelas de primeras letras en toda la república, nos será fácil calcular los progresos inmensos que han hecho sus habitantes en todos los ramos de educación y de instrucción.

Todos estos grandes movimientos políticos, sim-

(1) Aun se conserva la memoria de la loca vanidad que se veía en dichos entierros, á pesar de los decretos terminantes, y muchas veces repetidos, contra tan reprensible abuso.
bolo de la civilización progresiva que el 18° siglo había legado á la Europa, y que los gobiernos abso-
lutos enviaban involuntariamente de rebote á aque-
las vastas y lejanas regiones, ha llamado la atención
de los humanistas, los cuales vieron en ellos el jér-
men feliz y fecundo de la reenergización social del
nuevo mundo. Desde aquel mismo instante, sujetos
de grandes luces y de profunda instrucción se esme-
raron en recapitular todos estos hechos con el fin de
formar con ellos un cuerpo de estudios atentos, y
enriquecieron nuestras bibliotecas de diversas histo-
rias tan útiles como peregrinas. Así procedieron Res-
trepo, Lorenzo de Zavala, Bustamante, José Guerra
y otros, para transmitirnos con certeza histórica, y
en los más mínimos detalles, las guerras heroicas y
desperadas que han ensangrentado las soledades de
Colombia, México y otras comarcas. Otros patriotas
no menos hábiles han entrado en esta anchuosa lid
de emulación, y, tal vez, podría causar alguna sor-
presa que Chile se haya mantenido, por tanto tiempo,
extraño á este jénero de progresos, siendo así que la
parte que le cupo en tan memorable lucha ha sido
tan gloriosa para la nación como útil en principios
y lecciones.

En efecto, la revolución de esta parte de la América
aparece coronada de una aureola de gloria que,
muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el
amor propio de los habitantes. Dejando á parte
algunos años de oscilaciones, ocasionadas por insti-
tuciones que podían no tener toda la autoridad ma-
dura de la experiencia, y cuyo mecanismo, por la misma razón, debía de andar con dificultad e incertumbre, el país ha gozado de una tranquilidad satisfactoria, digna de ser enviada por sus hermanas primogénitas. Esta preciosa ventaja la ha debido al espíritu de orden y de prudencia que caracteriza sus jefes, y que se ha manifestado constantemente en todos sus actos administrativos, influyéndose reciprocamente por el concurso simultáneo del honor, de la delicadeza y del patriotismo. Difícil sería hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad; animados, al contrario, de las mejores intenciones, é imbuidos de la mas escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público, procurando por todos los medios imaginables alcanzar sus fines, cuáles eran el engrandecimiento y la prosperidad de la nación que les debía el ser. Así sucede que, mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto.

Muchas veces he querido conocer la causa principal de esta diferencia, y desembrollar en el caos que forman tan infinitos y tan diversos hechos históricos por qué razón el jenio de la revolución producida por ideas idénticas, y bajo los mismos principios en hombres de un mismo orígen, y de costumbres
muy semejantes; había sopladó la discordia entre unos y el espíritu de prudencia y de prevención en otros; y, sin profundizar este problema de tan alta trascendencia para la historia general de la rejuvenecación americana, me ha parecido que se podrían descubrir algunos elementos de esta cuestión, en primer lugar en la dignidad de porte de las personas pudientes que conservaron cierto color de una aristocracia, por ciertamente popular, y representada por el haber y por los bienes raíces; después, por la división de estos mismos bienes, división que ha desfarrado la miseria, atrayendo las miras del pueblo a un verdadero centro de su interés, y, en fin, a la moralidad y buena educación de los jefes militares y a la necesidad perentoria de prudencia y de economía que los ricos se impusieron para hacer frente honrosamente a los gastos considerables que la civilización, continuamente progresiva, les ocasionaba. Por este principio de necesidad; el rico se ha entregado menos al ocio; ha dado más importancia al dióixture y se ha visto obligado a pasar temporadas en su hacienda para entender en sus cosechas, sin mezclarse en asuntos políticos más que cuando el interés del país lo exige verdaderamente. Tal es como consecuencias felices del amor al orden y a la ocupación, consecuencias que, por desgracia, condenan muchos Americanos, dominados de la pasión del juego o de la prodigalidad, confundiendo, bastantes jeneralmente, la economía con la avaricia.

Durante mis largos viajes al sur de la República,
cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla, empapados aun de la sangre de tantas vícti-
mas de la libertad chilena, no podía menos de es-
perimentar un sentimiento de admiración por sus
nobles y jenerosos hechos; pero, al mismo tiempo,
otro sentimiento contrario me asaltaba al considerar
la especie de indiferencia con que aquella jeneracion
dejaba de recojer y compulsar tantos preciosos docu-
mentos para formar con ellos un cuerpo de histo-
ria, que seria un monumento de gloria y de justi-
ticia, y un verdadero cuadro nacional representando
el heroismo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas
 de sus actores. En aquella época, todas mis tareas
se encerraban en el estudio de las ciencias naturales
y geográficas; lo que era perteneciente á las testimo-
niales, de las cuales la historia es uno de los prin-
cipales vástagos, me era casi enteramente extraño,
y, con todo eso, me había penetrado tanto de la im-
portancia de este drama, que insensiblemente, y
como a pesar mio, procuré instruirme á fondo en él y
en todos sus detalles, sin pararme en penas ni fastidio
para consultar los antiguos periódicos de la época,
y alimentar mi espíritu con el relato de todas aque-
llas heróicas acciones, bien que (me apresuro á de-
cirlo) sin formar la pretension de erijirme nunca á
ser su historiador, y, aun menos, intérprete del pensa-
miento, que había dirigido aquel movimiento. En
efecto, no pensé en esta temeraria empresa hasta
mucho tiempo después, que algunos grandes patrio-
tas, á quienes se les figuró, por la naturaleza de la
mayor parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían demasiado nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés jeneral que estuviese al alcance de la jeneralidad de lectores.

Estos fueron los motivos que me obligaron a poner á un lado mis favoritas tareas para empeñarme en reunir con el mayor cuidado todos los materiales necesarios al nuevo edificio, materiales que tuve la dicha de hallar aun mas abundantes de lo que me prometía, y los cuales me permitieron emprender esta obra, completamente apoyada en documentos de la mas incontestable autenticidad, y en número mas que suficiente para colmar mis deseos en esta parte.

Concluido el primer tomo, que es casi enteramente obra mia, me vi en la precision de encargar la continuacion á otra persona, para poder dedicarme exclusivamente á la parte científica, que considero ser de mucho mayor utilidad para el país, y para nuestro propio conocimiento, y cedi todos los materiales arriba dichos, en primer lugar, al señor Martínez, y, muy luego después, á don Francisco de Paula Noriega, personaje de mucho aprecio y mérito, el cual ha redactado la casi totalidad de los otros tres tomos. Resta ahora la parte relativa á la independencia, y tal vez debería yo renunciar á escribirla, dejando esta tarea á la juventud chilena, que, en ningún caso, ya nadie se atrevería á acusar de indiferencia. Con
el establecimiento de la Universidad, y gracias al impulso que le han dado su digno e ilustre protector don Manuel Montt, y su sabio rector don Andrés Bello, la mas noble emulacion reina entre sus doctos socios, y ha producido ya memoriales de la mayor importancia sobre diferentes ramos de la civilizacion chilena. Ciniéndome á la parte que me interesa en la actualidad, citaré un escrito muy extendido sobre los acontecimientos de la primera invasion española, por un testigo ocular el grande y juicioso patriota J. Benavente; el del señor Lastaria, esencialmente filosófico, sobre la influencia que ha tenido en el sistema social la conquista del pais y su organizacion colonial, la memoria de don Man. Ant. Tocornal sobre el primer gobierno nacional, y el cuadro vivo y animado de la marina chilena, redactado por don Antonio García Reyes, jóven de las mayores esperanzas, y tan recomendable por su saber como por su suave modestia que le caracteriza.

Una vez dado este impulso, es probable que otros Chilenos se esmerarán en seguir estos bellos ejemplos, y que nuestros anales se enriquecerán de otros muchos escritos que escrupulosamente comentados, y en seguida encadenados con ilaciones y consecuencias precisas, permitirán á un hábil arquitecto regularizar armoniosamente este gran monumento, y aun, tal vez, vivificarlo de manera que se disenjen en sus contornos la solidaridad directa y mutua de los hombres, de sus épocas respectivas y de las circunstancias en que se hallaron, pues tal es la exigencia
actual del espíritu humano que ya los hombres no quedan satisfechos con el conocimiento de los trámites que han seguido los acontecimientos; ya las relaciones animadas de ellos, ni sus escenas llenas de vida y de movimiento, no les causan emocion alguna; semejante al águila, lo que el hombre pide ahora es tomar el vuelo y remontar á las mas altas regiones para ver de bien alto y de una ojeada este inmenso cuadro, ó bien para escudriñar la esencia de todos estos hechos, careándolos y coordinándolos por afinidad y síntesis, en términos de componer un todo enteramente uniforme, que, al cabo, se reduciría á ser la consecuencia de una ley de progreso, ó, si se quiere, del dogma de acción y de reacción, de decadencia y de rehabilitación, proclamado por algunos jefes de escuela.

Pero este modo enteramente filosófico de tratar de la historia solo podría ser conveniente á una compuesta de jeneralidades; pues exige un estudio mucho mas profundo sobre la materia, y la intervención de uno de aquellos entendimientos privilegiados y superiores, que reúnen á un gran talento de apreciacion un juicio sano é imparcial y grandes conocimientos de detalle. No creo que sea aun tiempo de escribir bajo este aspecto la historia de la independencia chilena. Lo que es mas de desear por ahora es que cada cual contribuya con su piedra para la construccion de tan magnifico edificio, y en este sentido hemos creido poder continuar nuestra historia, á lo menos hasta la
época en que la República ha sido real y sólidamente constituida.

Sobretodo, en esto no hacemos mas que desempeñar la palabra que hemos dado antes de empezarla, y pensamos, sin presuncion, que no sera sin resultado, bien que posterior á las publicaciones precitadas, pues hemos puesto tanto esmero, y tan constante, en descubrir los materiales que nos eran necesarios para esta parte de nuestras tareas, como en hallar los concernientes á las científicas. Así, no solo he compulsado los archivos de Santiago, de Concepcion y de otras muchas provincias de la República, sino que tambien he recorrido los de Lima, en donde hallé una gran parte de la correspondencia de Pareja, Osorio, Ordoñez y otros. En dicha capital fue en donde tuve la felicidad de ver á don Bernardo O'Higgins, poderoso atleta de la revolucion chilena, y con el cual he trabajado dos meses consecutivos sobre su larga carrera politica y administrativa. De vuelta á Santiago, he adquirido todos los memoriales que han sido publicados sobre aquella brillante época, así como tambien una coleccion casi completa de todos los papeles y diarios de Chile, desde la Aurora de 1812, que, como su titulo lo anuncia, fue el rayo precursor de la clarísima luz que se acercaba para alumbrar e instruir á la sociedad, basta el Araucano, diario oficial del actual gobierno.

Sin duda alguna, en el crecido número de estos periódicos, hay muchos que, nacidos en un momento de reaccion, descubren su orijen y deben de ser lei-
dos con la desconfianza y el criterio que deben caracterizar á un historiador. Otros, aun mas adelantados y, por consiguiente, mucho mas sospechosos, habrian sido desechados si al lado de sus declamaciones apasionadas, y muchas veces calumniosas, no presentasen ciertos actos propios á corroborar ó á destruir un hecho poco conocido ó controvertido. Enfin, para completar en lo posible mis materiales, he podido penetrar en archivos particulares, y sacar del polvo en que yacian documentos de la mayor importancia, tales como un extracto de la correspon-
dencia del célebre Miguel Carrera, y una copia entera de su diario, en el cual se ve, día por día, todo cuanto ha hecho y visto hacer, desde su llegada á Chile hasta el momento en que el desgraciado país recayó en el poder español, á consecuencia de la batalla de Rancagua. Poseo igualmente el del coronel G. Beau-
chef, que, como todos saben, ha dado tan bellas pruebas de talento y de valor en las acciones que ha tenido la honra de presenciar ó de mandar, y los no menos importantes de Manuel Salas, Camillo Hen-
ríquez, Bernardo Vera y otros, limitados, en jeneral, á los días que precedieron y siguieron á la instalación de la primera junta.

Pero á todos estos documentos, ya muy suficientes para entrar con entera confianza en el campo casi in-
culto de este memorable período de la historia de Chile, debemos añadir otros muchos que son el re-
sultado de repetidas conversaciones que he tenido con testigos oculares, y con los jefes civiles y militares
de la revolución, sin distinción del estandarte que
su conciencia, sus preocupaciones o su interés les
hubiesen hecho enarbolar. De este mismo modo
fueron escritos muchos memoriales bajo la dicta de
Gaspar Marín, Francisco Meneses, Lorenzo Reyes,
Miguel Infante, Joaquín Prieto, Santiago Aldunate,
Manuel Salas, Agustín Vial, Clemente Lantaño, Juan
de Dios Rivera, Juan Castellón, Juan Miguel Bena-
vente y una infinidad de otros, igualmente prontos
á favorecerme, y á responder á mis multiplicadas
preguntas, y á cuya condescendencia soy deudor de
cuanto pueda leerse de nuevo é interesante en esta
relación, la cual, en resumen y en jeneral, será un
rejistro de sus nobles y brillantes hechos.
Me tomo la libertad de manifestarles aquí mi pro-
fundo reconocimiento, así como también al ilustre
libertador de Chile y del Perú, el jeneral San Martín,
que el hacho ha traido á París, como si la Providencia
misma hubiese decretado que las mas interesantes
páginas de aquella brillante época fuesen escritas
bajo la protección de uno de sus principales actores.

Paris y Enero 1848.

Cl. GAY.
CAPÍTULO PRIMERO.

Situación de la América en 1808. — Primeros síntomas de revolución. — Influencia que tuvieron en ella las de Francia y de los Estados Unidos. — La Inglaterra procura darle impulso con sueros, y Napoleón por medio de sus emisarios. — Triste posición de España, y su impotencia para ejercizar la tempestad que la amenaza.

Acabamos de recorrer cerca de tres siglos de la historia de Chile, durante los cuales hemos asistido á su conquista, á su organización política y á todos los eventos que son como consecuencia de un gobierno naciente y mal asegurado. Por el sur, hemos visto á los habitantes constantemente luchando con los fieros Araucanos, siempre atormentados por un vivo deseo de recobrar su libertad fuertemente comprometida por la proximidad de una nación cupida, poderosa y guerrera; en la costa, escuadrillas europeas ó simples corsarios atraídos por el atractivo del contrabando, que era tan fácil como ventajoso, y, en fin, en Santiago, residencia de las autoridades, y, por consiguiente, de la ilustración, un espíritu de rivalidad que sembraba la discordia entre las corporaciones políticas, suscitándoles disputas pueriles, en ocasiones de preemi-
nencia, ó inclinándolas á la intriga y á la superchería aun en el nombramiento de un simple provincial.

En este estado de cosas, la nación había quedado en una especie de nulidad que había estampado una fisonomía muy particular á la sociedad, y la había dejado casi estancada, á pesar de su jenio y de sus riquezas territoriales. La civilización estaba en pañales; la instrucción extremadamente limitada; la industria y el comercio eran nulos, ó poco mas ó menos; y los mandatarios, siempre imbuidos de su posición y de sus prerogativas, habían tomado sobre el pueblo un prestigio que casi rayaba con los límites de un respeto religioso. Aun hay memoria de la dificultad que había y sumisión que se necesitaba para hablar á un gobernador, á un reyente, y aun también á un oidor, y de la afectada gravedad con que dichas autoridades se presentaban en público, frecuentando apenas la sociedad, y tolerando, en ciertas partes de la América, que el pueblo se postrase delante de su coche, como si las instituciones civiles se hubiesen identificado con las de la religión.

Este gran prestigio que habian adquirido los empleados superiores era un producto de la política española para someter, por un medio moral, al pueblo á una especie de servidumbre que lo constituía esclavo de sus propias preocupaciones. Sin duda alguna, por respeto á las leyes y á la conservación del orden y de la tranquilidad pública, es preciso que todo miembro de la sociedad sea subordinado á sus superiores, y obedezca con respeto á las órdenes que dimanen de su justicia; mas los Americanos habían llevado esta sumisión á tal estremo de envilecimiento, que habian caído en una especie de apatía, la cual comprimia com-
pletamente sus facultades intelectuales y les impedia de aspirar á mejor suerte. Se habían hecho humildes, indolentes, resignados y tímidos como si hubiesen enajenado su libertad, y tan ciegleamente apegados á sus principios, que, en las primeras guerras de la independencia, se alistaraban bajo las banderas reales de preferencia á las de los defensores del país.

Por otro lado, las personas ricas y de distincion no estaban menos sometidas al influjo de sus hábitos. La mayor parte de ellos, reducida á una existencia frívola y de pura vanidad, no tomaban interes alguno en la política. Sin antecedentes ni ambicion, destituidos, en general, de todo espíritu publico, se hallaban satisfechos con sus títulos de nobleza, adquiridos, muchas veces, á fuerza de dinero; otros se contentaban con una condecoracion; otros no aspiraban mas que al grado puramente honorifico de capitán de una compañía de milicias, y si por casualidad alcanzaban el de coronel ó brigadier, se creían en el pináculo de la dignidad politica.

Una condicion de esta naturaleza no podía ya prolongarse por mas tiempo, y tenia necesariamente que ceder al movimiento poderoso que habían dado al espíritu de aquel siglo los Montesquieu, Helvecio, Voltaire, Raynal, Rousseau y otros, y cuyas obras, traducidas, la mayor parte, al español, se habían introducido por contrabando en las mas pacíficas comarcas, y habían despertado los corazones de algunos atrevidos pensadores, los cuales se embibieron en ellas de un conocimiento íntimo de sus derechos y de sus deberes. Estos pensadores abrazaron algunas vezes las cuestiones las mas arduas, bien que sin arriesgarse á proponerlas como dogmas al escrutinio de un libre exámen. Lejos de eso, como fieles y escrupu-
losos católicos, desdeñaban todo alarde de incredulidad, pero penetrándose ellos mismos con ansia de las doctrinas sociales de dichos filósofos, con esperanza de aprovecharse de ellas a su tiempo para la felicidad de su nación. Así se preparaba una grande revolución en aquella vasta córma ca y ya fermentaba con cierto susurro para desarrollarse, tarde ó temprano, y mostrarse triunfante de preocupaciones y hábitos arraigados, favorecida por grandes acontecimientos que le sirvieron de auxiliares, no de causa esencial.

El primero de estos acontecimientos tuvo lugar en la América Inglesa con ocasión de un impuesto con que el gobierno quiso agravar las transacciones comerciales del país. En el primer momento, el pueblo hizo las mas calorosas representaciones contra aquel acto de arbitrariedad y de injusticia, pero viéndolas desechadas, y su orgullo nacional humillado, se propuso a escosos que muy luego tomaron un carácter de verdadero alzamiento. Muy luego, los gritos de libertad y de independencia resonaron en todas aquellas colonias británicas, y estos gritos, importados á Francia por los representantes Deane y Franklin, encontraron la mas jenerosa simpatía en una juventud educada según el espiritu filosófico del 18º siglo. Es verdad que en aquella época ya la Europa entera miraba con zelos y desconfianza la ambición invasora de la Inglaterra, y no se hallaba muy distante de abrazar la causa de aquel pronunciamiento, bien que fuese opuesto a los principios generalmente seguidos. La Francia, sobretodo, tenía el mayor interés en debilitar la preponderancia de su rival, aún tan orgullosa de la posesion del Cañada que le acababa de quitar, y por lo mismo fue de las primeras que se apresuraron a trazar
un plan de conducta enteramente favorable á los Americanos. En el principio, obrando con prudencia y sijilosamente, procuró fomentar aun más el entusiasmo del pueblo, hizo entrar en su liga al rey de España (que también tenía algunos antiguos rencores contra Inglaterra), y luego echó á un lado la circunspeccion y manifestó abiertamente sus proyectos, armando de concierto con su poderoso aliado una flota suficiente para sostener y sacar triunfantes las justas pretensiones de aquellos audaces colonos. Los buques de aquella flota fueron justamente los que, de arrivada á algunos puertos de la América meridional, sembraron y dejaron en ella las ideas de libertad que no podían menos de estenderse tanto mas, cuanto los sucesos militares iban á fundar, á su puerta misma, una nacion viril, vigorosa y llena de recursos, y, por lo tanto, capaz de tener un rango entre las potencias que se habían elevado al mas alto grado de civilizacion.

El segundo acontecimiento, relativo á la revolucion francesa, fué aun mas decisivo, puesto que este aniquiló, de un golpe, todas las condiciones morales y materiales del estado y de la sociedad, y esparció su benefica claridad por las clases inferiores, enseñando á cada miembro de esta sociedad el verdadero valor de sus derechos y de su dignidad. En suma, era una revolucion social que interesaba la jeneralidad del pueblo, y bajo este aspecto todos debian tomar una parte activa en ella, sobretodo aquellos para quienes los privilegios habian sido tan humillantes y tan onerosos.

En la época de aquellas dos violentas revoluciones, había en España, y en otras partes de la Europa, una infinidad de jóvenes Americanos educados, por decirlo asi,
en la escuela de aquellos atrevidos reformadores, ó imbuidos, por lo menos, de algunas de sus máximas, los cuales, poniendo el pensamiento en el porvenir de su país, y previendo la influencia que aquel gran trastorno político podría tener en su suerte, miraban con ansia los progresos de esta última revolución, siguiendo su retaguardia, y felicitándose mutuamente al verla ganar terreno, bien que lastimándose de las violencias ren- corosas de las pasiones. De aquel gran número de jóvenes, unos se apresuraban á volver á su patria para comunicar á algunos de sus compatriotas las ideas de que ellos mismos estaban inspirados; otros, mas osados, se trasportaron en persona al foco del movimiento, y aun se atrevieron á alistarse bajo las banderas de los revolucionarios, á impulsos del entusiasmo que les inspiraban sus principios y su profunda convicción.

Entre estos últimos, los habitantes de Venezuela se distingrieron por el apresuramiento con que adoptaron aquellas nuevas ideas, y al primer grito de la revolución francesa algunos jóvenes insensatos osaron tremolar el estandarte de la rebelión; pero muchos de ellos pagaron con la vida un pronunciamiento tan prematuro é in- tempestivo. De los que se salvaron de los efectos de este primer sacrificio á la libertad americana, fué uno Nariñó, joven audaz é imprudente que osó presentarse en España, de donde, á la verdad, se fué muy pronto para ir á interesar en su noble causa los gobiernos frances é ingles. A poco tiempo despues, su fogoso compatriota Miranda se presentaba en la misma lid con las mismas intenciones, y con antecedentes que le eran mucho mas favorables. Enthusiasta de la revolución francesa, en cor- relacion y trato con sus jefes, y, lo que es mas, habiendo
alcanzado el grado de general en sus ejércitos, Miranda ofrecía las mejores garantías de éxito a una expedición que ya muchas veces había emprendido, aunque sin resultados importantes. La Inglaterra, como muy interesada en aquella arriesgada tentativa, no se mostró sorda a sus solicitudes y le dio armas y dinero, con lo cual aquel ilustre Americano se vio muy luego a la cabeza de una nueva expedición, que salió de los Estados Unidos y se dirigió sobre Caracas, en donde, si no consiguió sus principales fines, alcanzó, por lo menos, el de propagar las ideas de libertad, y de ajitar y llenar los corazones de los habitantes de pasiones que los comprometieron lo bastante para proseguir en tiempo oportuno su gran pensamiento.

Además de los auxilios que daba a los apóstoles de la emancipación americana, la Inglaterra procuraba dislocar directamente y por sí misma al gobierno español, sembrando el jéroman de la discordia en sus colonias, a las cuales inspiraba el amor de la independencia. En los resultados de esta importante cuestión, el gobierno británico hallaba, en primer lugar, una satisfacción nacional; y, en segundo, una inmensa salida para los productos de su creadora industria, productos que en aquella época la América no tenía por causa del bloqueo continental.

Por consiguiente, todos los pensamientos de la Inglaterra se dirijían naturalmente a fomentar aquella revolución, y ya, en 1797, el ministerio, por el órgano del célebre Pitt, había mandado distribuir en la mayor parte de las colonias gran número de proclamas, asegurando socorros en dinero, armas y municiones a cuantos quisiéesen intentar revolucionarlas. Todo esto no era mas que una consecuencia inevitable de la conducta que ha-
bía tenido el gobierno español en la insurrección de los Anglo Americanos.

En cuanto a la Francia, es fácil concebir que teniendo el mayor interés en abatir el orgullo y el poder de su rival, hubiese entrado abiertamente en aquella liga, y procurase contribuir por todos sus medios al desarrollo de un acontecimiento que lisonjeaba su amor propio, y aumentaba su preponderancia política; pero no se comprende que España hubiese podido tomar cartas y proteger una revolución, cuyo objeto era la emancipación de una colonia tan vecina de las suyas, con el símbolo de libertad y de igualdad, en toda la acepción de estas palabras. Los hombres experimentados y de prevision vieron al punto la grande trascendencia de este error, y el mismo Carlos III lo confesaba francamente, refugiándose á la sombra de su malhadado pacto de familia. El ilustre conde de Aranda, después de haber firmado en París el tratado de paz que obligaba á la Inglaterra á sanccionar la independencia de los Estados Unidos, no pudo menos de manifestar á S. M. los temores que le asaltaban por la suerte futura de sus posesiones en América, y para precaver semejante acontecimiento opinaba cuan útil sería el llevar á ejecucion el plan presentado por Vauban á Felipe V, plan que consistia en ceder aquellas posesiones á tres infantes de su familia, los cuales reinarian en ellas con los títulos de rey de Méjico, del Perú y de Costa firme, y bajo su propia dependencia con el de emperador.

A todos estos elementos de fermentación, que solos habrian bastado para dislocar el poder español en todo el Nuevo Mundo, se juntó muy pronto otro, aun mucho más grave, y el cual provenia de la triste situación de
la madre patria, á consecuencia de la corrupción de la corte, de los desarreglos de la administración, de la conducta política y privada de un grande de fortuna y de las miserables desavenencias del rey y del príncipe su hijo, desavenencias que dieron lugar á la revolución de Aranjuez. Solicitado como mediador en la querella, Napoleón vió de una ojeada, y con su tino astucioso y sutil, una ocasión de espulsar á los Borbones de España, para su propio provecho, y por un maquiavelismo que la historia no le perdonará nunca consiguió la abdicación de la corona, objeto del conflicto entre los dos monarcas, y la puso en la cabeza de su hermano José. Además, anteriormente á esta pérvida tramoya de estado, ya había obtenido, en conformidad al tratado de Fontainebleau, el enviar al norte de la Europa las tropas españolas que mandaba el marqués de la Romana, y ocupar con las francesas las principales plazas de la Península, por manera que la invasión de aquel vasto y jeneroso país no fué, en realidad, para su ejército mas que un paseo recreativo y de ovación.

El prestigio de Napoleón, y, tal vez, algunos intereses particulares, atraeron á aquel hombre extraordinario un partido bastante fuerte de Españoles de distinción y de influjo; pero el pueblo, penetrado de la máxima de considerar á los reyes como imágenes de la Divinidad, y como intérpretes de la voluntad del cielo, no pudo sufrir con paciencia y sangre fría un acto tan violento de vergüenza y de injusticia; el grito de alarma resonó como un trueno en toda España, y su eco produjo una insurrección general, pronta á sacrificarse para defender la dignidad y la independencia de aquella antigua monarquía, embriagada aun de vanagloria con la me-
moría de sus héroes y de sus valientes defensores.

Uno de los primeros deberes de los insurjentes fue atacar los arsenales para hacerse con armas y municiones, y su celo y valentía estaban sostenidos por la poderosa protección del clero, que, en aquel momento, gozaba de un doble influjo, á saber, el que le daba su carácter sacerdotal, y el de su ardoroso patriotismo. En seguida se formaron pequeños cuerpos de ejército; se organizaron montoneros, y se esparcieron hábiles ajitadores por todas partes para fomentar la conspiración, dando pávulo á la pasión de los espíritus, y predicando guerra esterminadora contra los serviles instrumentos de la ambición de un guerrero insensato. Los primeros encuentros fueron impetuosos y sostenidos, y llenaron de sorpresa á los Franceses, que, hasta entonces, habían desconocido enteramente el carácter denodado y enérgico del Español, y se vieron obligados á defender paso á paso el terreno tan vergonzoso y pérfidamente invadido y que el orgullo nacional se aprestaba á disputarles con tanta energía.

Durante aquellas guerras de esterminio, en las cuales el espíritu de patriotismo se elevó á lo más alto y sublime de cuanto nos presenta la historia de la humanidad, la España se hallaba sin jefes, sin apoyo, desprovista de todo y enteramente dividida en su organización política. Cada provincia, reducida á su propia suerte é impelida, al mismo tiempo, por el sentimiento íntimo y aclarado de sus derechos, procuró formarse un gobierno provisional, cuyos fines fuesen vijar por su propia conservación. Las que se hallaban aun libres crearon juntas compuestas de ciudadanos los mas influyentes y animados todos del mismo espíritu patriótico. Todas aquellas juntas eran
iguales en poder y autoridad y no tenían más que un objeto común, que era la defensa de la patria, y se gobernaban independientes las unas de las otras; lo cual había dado lugar, sin pensar en ello, a una especie de administración federativa. Pero aquellos pequeños estados eran demasiado débiles para obrar por sí solos, y se hallaban en la necesidad de ayudarse mutuamente, multiplicando, de esta manera, sus fuerzas y sus recursos. Para conseguirlo, creyeron que lo mejor sería centralizar las operaciones en una sola junta, sin dejar de conservar la dirección política de su provincia.

Por desgracia, se abrigan en el corazón humano, así como también en el de la sociedad, pasiones que sofocan en él todos los sentimientos del deber, y los inclinan á escoses de amor propio ó de orgullo que, muchas veces, les hace obrar contra su propio interés; y esto fue lo que sucedió en España, cuando se trató de elegir aquella junta, en la que se debían centralizar todos los poderes. En aquella ocasión, muchos elevaron demasiado alto sus pretensiones, obraron con imprudencia, y, en su obstinación, hubieran comprometido gravemente el país, sembrando en él la guerra y la anarquía, si los peligros de la patria no hubiesen atraído en su favor todos los partidos militantes.

Mas no sucedió lo mismo en América, en donde cada una de las provincias que se hallaban en desacuerdo había enviado emisarios con el solo objeto de dar á reconocer su supremacía, con exclusión de las demás. Claro estaba que la animosidad que existía entre los enviados había de perjudicar necesariamente á su misión, pues todos se decían representantes de la sola junta reconocida por España, y de allí se seguían contradicciones y
desmentidos que dejaron el espíritu americano en una situación de incertidumbre, le hicieron dudar de la verdad de todas aquellas relaciones, tan tercamente controvérstidas, y sospechar la posición crítica en que estaba la madre patria.

Esta posición era, en efecto, de las más lamentables. El país se hallaba invadido casi por todas partes; había jefes que habían faltado a su deber, y violado su juramento; la anarquía, jinete de la ambición, parecía también querer conspirar contra la nación, y la junta de Sevilla, forzada a abandonar dicha ciudad, se había refugiado, apresuradamente, en Cádiz, en donde se vio muy luego acosada por el ejército francés. Sospechada de estar de inteligencia con Napoleón, la misma junta había sido el objeto de una animosidad sorda, pero jenral, que se manifestó muy pronto en gritos amenazadores de las poblaciones por donde pasaba. El recibimiento que tuvo en Cádiz no fue menos ruidoso, y no atreviéndose a hacerle frente, se apresuró a disolverse y dispersarse, humillada y llena de confusión. Sólo, algunos diputados permanecieron en la ciudad y se creyeron bastante autorizados para elegir entre ellos mismos cinco miembros que revisieron del poder soberano, bajo el título de rejeción suprema del reino.

Este fue el gobierno que, así improvisado, reconocido solamente en Cádiz, y cuya autoridad a penas se estendía a algunos cantones de la Galicia, confesó tan ineptamente en una proclama a los Americanos que hasta entonces habían sido tiranizados por España y por sus vireyes, y que, en lo sucesivo, ya libertados de su codicia, serían considerados al igual de los Españoles, y tendrían sus representantes en las cortes. Sin duda, esta
confesión tan sencilla era, tal vez, sincera, pero escépticamente tardía, puesto que llegaba en un momento en que la América, en su posición embarazada, no podía ya confiar en mandatarios cuya legalidad había sido contestada por la mayor parte de las provincias españolas, y aun también por el marqués de la Romana. Por otra parte, la admisión de estos diputados en las cortes era completamente ilusoria, puesto que no era posible que llegasen inmediatamente de las diferentes comarcas de la América, y, por de pronto, fue preciso contentarse con escojerlos a la ventura, por decirlo así, entre los americanos establecidos en Cádiz. El número de los que se nombraron era, además, tan limitado, que no podían tener influjo alguno en el resultado de los votos. Por esta razón, las memorias de aquella época están llenas de representaciones y protestas de dichos diputados, y ponen de manifiesto con que audacia eran diferidas sus mociones, esperando poder anonadárlas, al cabo, si sobrevinieran buenos sucesos militares.

Esta falta de consideración había necesariamente de producir impresiones desfavorables en pueblos ajados después de tanto tiempo en su amor propio, y los cuales, en razón de la invasión de la madre patria, se creían amenazados del golpe que les darían todas aquellas desgracias. Por mucha confianza que tuviesen en la valentía y en el patriotismo españoles, y en los auxilios de su recién aliada la Inglaterra, no se disimulaban sus propios riesgos, y resolvieron no permanecer por más tiempo en la indecisión, siempre fatal en tiempos de trastornos políticos. El partido que les convenía abrazar les estaba indicado por la misma España, creando un gobierno provisional compuesto de un cierto
número de personas influentes en el país, y capaces de obrar con energía a la primera señal de alarma.

Una mano guiada por la Providencia sobrevino para favorecer este plan tan nuevo para los Americanos. Los vi-reyes de México y de Buenos-Aires, penetrados del poder de Napoleón y del estado crítico en que se hallaba España, habían convocado, casi en la misma época, algunos ciudadanos, con el objeto de participarles sus temores, y de persuadirles nombrasen legalmente una junta que tomase á su cargo el dar disposiciones las más rigorosas y activas para la defensa del país, en caso de invasion. En cual-lesquierda otra época, habría sido conveniente y útil esta determinacion; mas, en aquel momento en el cual los espíritus estaban tan fuertemente ajitados, no solo por los peligros que amenazaban, sino también por las ideas del siglo, la misma determinacion daba pávulo á la am- bición, y favorecía las miras de los reformadores. Los Españoles dotados de perspicacia previeron de una ojeada sus consecuencias y se apresuraron á contrarrestarlas. En México, en donde había suficiente número de ellos, consiguieron deponer al virey poniendo en su lugar una junta compuesta de personas apegadas á sus intereses y á los de España; pero en Buenos-Aires el cabildo fué el que tuvo todo influjo en una creacion semejante, y, por esta razón, fué enteramente favorable al país. Cis-neros quedó despojado de sus honores y títulos, y á poco tiempo después le enviaron á las islas Canarias, acom-pañado de algunos oidores, y otras muchas personas contrarias al movimiento que acababa de ser ejecutado.

El 25 de mayo de 1810 fué el día en que tuvo lugar aquella revolucion, la cual había sido precedida de la de Caracas, que puede ser considerada como provocadora
y vanguardia de la lucha que iba á trabarse entre el despotismo y la libertad. Quito y la Paz se habían pronunciado ya en favor de estos gobiernos provisionales, y las demás capitánías generales procuraban seguir el mismo ejemplo, porque la fermentación era tan jeneral como violenta, hallándose los espíritus alarmados con el temor de una iminente invasión, á la cual todos querían hacer frente á fin de conservarse para su amado rey Fernando VII. Fuera de algunos que habían soñado con una feliz suerte futura para el país, las intenciones de la jeneralidad eran puras y sinceras, y espesaban una fidelidad altamente probada por el empeño que ponían en sostener los esfuerzos que hacía la madre patria para resistir á la potencia estraordinaria de su ambicioso enemigo. En el espacio de tres ó cuatro años, salieron de la América para contribuir á los gastos de los ejércitos españoles mas de cien millones de pesos, producto de simples donativos patrióticos.

Entretanto, la rejeción y las cortes no se hicieron ilusión sobre el resultado final de aquellos movimientos, ni sobre el fin que se proponían alcanzar algunos miembros de aquellas juntas; y conociendo el gran inconveniente que había en dejar subsistir en aquellas colonias asambleas revestidas del poder soberano, procuraron paralizar la coalición, cosa que ofrecía tanta mayor dificultad cuanto esta se extendía por un espacio de más de dos mil leguas. A pesar de su penuria en hombres y dinero, y de la lucha que sostenían contra un enemigo tan peligroso, se atreveron á enviar, en la plenitud de su impotencia, una expedición á Venezuela para bloquear los puertos y impedir la entrada de los estranjeros, que con mucha razón temían; y para conseguir mejor este fin,
anularon la orden que hacia un mes habia dado la re-
jencia en favor del comercio libre de la América; recha-
zaron con desden la intervencion de la Inglaterra; hi-
cieron vijlar las costas para ponerlas al abrigo de la
introduccion de las ideas de los anglo-americanos, y pro-
curaron congraciarse con los diputados del nuevo mundo,
yoyendo con menos indifferencia sus discursos y sus peti-
ciones.

Mientras el gobierno de Cádiz multiplicaba así sus
esfuerzos para contener al jenio invasor de la revolucion
americana, Napoleon se esmeraba en protegerla por su
parte, enviando emisarios franceses y aun tambien es-
pañoles, con el encargo de impeler los Americanos á la
independencia, en caso de que no consiguiesen someter-
los á la autoridad del Rey José. La promesa que habian
hecho estos emisarios de conservar á todos los empleados
superiores sus derechos, honores y prerrogativas, les
habian proporcionado la proteccion de algunos altos per-
sonajes; pero el pueblo, cada dia mas idólatra de su
rey Fernando, que noobstante su cautiverio reinaba
aun para ellos con el mayor esplendor, no quiso de nin-
gun modo suscribir á un acto tan contrario á sus ideas
de hábito, y, fuertemente irritado contra aquellos agentes
de la perfidia, tocó á rebotar, sacrificó á algunos, ahuyentó
á otros y quemó en un autodefes las proclamas infamantes
para su honor y dignidad. Por otra parte, una nacion
que habia abolido la religion de Cristo, decretado la divi-
nidad de la razon, encarcelado al papa, degollado á los
sacerdotes y votado un ser supremo de la hechura de
las ideas impías y desorganizadoras de la época, no po-
dia, en aquel momento, ejercer la menor influencia con
un pueblo imbuido de su religion hasta el fanatismo,
dominado por una milicia de curas y de frailes, que vertían á manos llenas el oprobio y el ridículo sobre la misión de aquellos nuevos apóstatas, considerados como los principales autores del desorden moral y físico de la época.

La persecucion que el cristianismo habia padecido en Francia durante los trastornos de la revolucion habian, en efecto, llenado de espanto las almas puras y tímidas de aquellos Americanos, acostumbrados á terminar obscura y indolentemente una vida de paz y tranquilidad. Entemamente estranjos á movimientos revolucionarios, en los cuales la pasion llevada al mas alto grado de exaltacion y de delirio obra muchas veces como un verdadero asesino, y no pudiendo comprender que el Criador, en su bondad infinta, pudiese enviar remedios tan violentos para curar los males de la sociedad doliente, hablaban con horror de la revolucion francesa, despreciaban profundamente al pueblo que la habia enjendrado, y no podian menos de recibir con odio y mala voluntad á los emisarios turbulentos que las olas del mar acababan de arrojar sobre sus costas. Tal ha sido, sin duda alguna, la causa del pobre exito que tuvieron en America los enviados de Napoleon; pero sus ideas filosoficas, introducidas por contrabando, fueron pasto de algunos nuevos adeptos, que estaban ya iniciados en el misterio de aquella grande reaccion, y sirvieron á encender la antorcha de la razon y á alimentar el ardor de los corazones. En efecto, fue la epoca en que se empezaron á oir gritos de independencia, al principio limitados á algunas partes, pero que luego resonaron, sucesivamente, por todó el nuevo continente: Quito, Buenos-Aires, Mexico, Chile, etc. La historia de la revolucion de este ultimo es la que vamos a narrar.
CAPITULIO II.

Muerte del presidente Muñoz de Guzman. — Competencia de la Real Audiencia y de Carrasco sobre la sucesión. — Carrasco es nombrado por el ejército de la frontera. — Estado de Chile y de España á su entrada en el mando. — El capitán Luco viene á pedir nuevos recursos.

El 11 de febrero de 1808 se manifestó una grande ajitación en Santiago; se había esparcido un triste ruido en todos los barrios que había conmovido toda la población. Como por instinto, todo el mundo corría á la plaza mayor, se formaban coros á la puerta de palacio, y allí se oía la noticia de la muerte del ilustre y virtuoso gobernador Muñoz de Guzman.

Este fatal acontecimiento sumerjió la ciudad en la mas dolorosa aflicción. Era un día de luto general para todos los miembros de la sociedad, igualmente heridos en sus intereses y en sus afectos. El público perdía en Guzman un majistrado justo y laborioso, el pobre un protector jeneroso, y España un servidor íntego, hábil y tan amado, que hubiera podido esconjurar, durante algunos años aun, la borroscosa tempestad que el viento de Buenos-Aires y los progresos de la civilización amonentonaban encima de aquel leal país.

La Real Audiencia, como de costumbre, se reunió aquel mismo día para nombrar un sujeto digno de remplazar provisionalmente al ínclito difunto gobernador. En una época poco anterior, el reyente del tribunal habría sido revestido del poder; pero desde que España había declarado guerra á Inglaterra, tenía mucho que
temer de esta potencia para no imprimir un carácter militar á sus colonias, y por una real cédula de 23 de octubre de 1806 estaba mandado que en todos los vireynatos y gobiernos, aunque hubiese Real Audiencia, recayese el mando político y militar y la Presidencia (en caso de muerte, ausencia ó enfermedad del propietario) en el oficial de mayor graduación, con tal que no fuese menos que coronel efectivo, y si S. M. no había nombrado, por pliego de providencia ó de otro modo al que debía suceder; y que en el caso de no haber oficial de dicha ó mayor graduacion, recayese el mando en el Rejente ó en el oidor decano, y no en el Acuerdo.

Esta real cédula, tan clara y terminante, fué sin embargo interpretada en extraña manera por todos los oidores, que sostuvieron se limitaba su tenor á la capital, y de ningún modo á lo restante del país. Fundados en este falso raciocinio, se atrevieron á proclamar á su rejente por capitán jeneral y gobernador del reino, y el mismo día, después de haber sido reconocido como tal por el Ayuntamiento, que le entregó el bastón de costumbre, se apresuraron á dar aviso á todas las administraciones, como también á los vireyes del Perú y de Buenos-Aires.

Este nombramiento era completamente ilegal y visiblemente contrario á las intenciones del gobierno que, en su delicada posición, necesitaba mas de un militar que de un magistrado. Por esta razón, muchos jefes, entonces empleados en la provincia de Concepción, se apresuraron á representar incontinentemente, protestando contra un acto evidente de mala fe y de injusticia. Dos de estos jefes tenían los títulos mas lejítimos, según el
espíritu de la real cédula, siendo, como eran, ambos brigadieres; el uno, don Pedro Quijada, con despacho de 1795, y el otro, don Francisco García Carrasco, con fecha de dos años solamente.

Independientemente de esta protesta, Carrasco, como el más interesado, había enviado a llamar al intendente don Luis de Alava, que se hallaba reconociendo, con Rosas, el agua de vida, que acababa de ser descubierta junto a Yumbel, y al punto en que llegaron á Concepción, sin miramiento por la Real Audiencia, se celebró un consejo de guerra, compuesto de todos los oficiales de la Frontera, con el fin de nombrar, según la real cédula, un presidente encargado del gobierno del país. La antigüedad de Quijada le daba la preponderancia, y ya el reyente le había escrito en este sentido; pero hallándose en edad avanzada, y lleno de achaques que le obligaban á estar en cama, tuvo que renunciar á ella (1), de suerte que Carrasco quedaba solo, y con todo eso aun tuvo por competidor á don Luis de Alava, bien que solo tuviese grado de coronel, el cual pretendia tener derecho á ser nombrado, como intendente que era de la provincia, comandante jeneral de las armas de la frontera y reconocido como segundo jefe del reino. En consecuencia, Alava escribió por este tenor á la Real

(1) "No hallándome capaz, por mi avanzada edad, y graves continuados achaques, de desempeñar mando alguno, he solicitado de la real piedad mi retiré, y habiéndolo representado así al señor capitán general, Don Francisco García Carrasco, doy á V. S. y señores vocales de ese real tribunal las mas afectuosas gracias por el lugar preferente que me han considerado para la sustitución del mando accidental de este reino, en su auto de 7 del corriente mes, de que V. S. me acompaña testimonio con fecha de 12 del mismo."

Carta de don Pedro Quijada al Rejente don Juan Balbesteros, escrita en Concepción, el 20 de marzo 1808.
Audiencia y se hizo apoyar en el consejo por don Luis Barragan; pero á pesar de todos los pasos que dió y de su actividad, tenia contra sí á la ley, y Carrasco fué nombrado (1).

El día siguiente de esta deliberacion, es decir, el 5 de marzo de 1808, el nuevo presidente participó al rejente Ballesteros su nombramiento (2), y, poco tiempo después, salió de Concepcion lleno de tristes presentimientos, como si previese su turbulenta suerte. En su compañía, iba don Juan Martinez Rosas, que debia de desempeñar el cargo de su asesor particular. Una misma fatalidad habia puesto al lado de Cisneros al hábil y audaz Moreno, y al de Carrasco al que iba á ser el alma de la emancipacion chilena, por donde se ve claramente que en aquella época la mano de la Providencia conducia aquellas desgraciadas colonias, desbastándolas de la fatal corteza que por tanto tiempo habia envuelto y sofocado su jenio y su capacidad.

La recepcion del nuevo presidente en Santiago, que

(1) Algun tiempo antes de su muerte, Munoz habia recibido orden de reunir la isla de Chiloe á su gobierno, separandola, por el hecho, del mando del Perú. Si esta orden hubiese sido ejecutada, Alvarez, que era gobernador de dicha isla, habria sucedido, de derecho, á Munoz, y en razón de su talento, valentia y actividad, hubiera retardado por algun tiempo la ruina del poder español. (Conversacion con don Manuel Salas.)

(2) A este aviso, Carrasco añadia: «Me dispongo á pasar á la capital, á la mayor brevedad posible. Así es que no puedo reconocer á V. S. con otra representacion ni otro caracter que los de rejente de ese tribunal; cualesquiera que haya sido la resolucion del acuerdo, tomada sin mi conocimiento, siendo contraria á la suprema voluntad del Rey, es inobedecible. La responsabilidad á que estoy ligado, y la obligacion en que me hallo para con el soberano, por mi empleo y graduacion, en circunstancias que el reino se halla amenazado de enemigos, me estrechan á sostener el acuerdo de la junta, aunque no tengo ambicion ni deseo de mandar.»

Carta de don Francisco Antonio Garcia Carrasco al rejente don Juan Rodrigo Ballesteros, del 5 de marzo de 1808.
tuvo lugar el 22 de abril de 1808, fue fría y casi igno-
rada, por la razón de que había sido precedida del des-
contento manifiesto de la Real Audiencia, bastante ren-
corosa para no olvidar tan pronto una decepción que la
había desazonado en gran manera. Por consideraciones
de pura conveniencia, algunas personas de distinción se
habían dejado llevar de los mismos zelos de amor pro-
pio, y no se mostraban menos desdichadas y circunspectas
hacia él. Carrasco conocía que se hallaba bajo los auspi-
cios los más desfavorables. Sin consideración y casi
sin apoyo, se veía á la cabeza de un gobierno empeña-
dísimo (1), con muy cortos recursos en aquellas críticas
circunstancias y amenazado, después de algún tiempo,
de una invasión inglesa (2). Este último pensamiento,
sobretodo, parecía preocuparle más; porque no tenía
gran confianza en las milicias, y porque su limitado y
estéril entendimiento estaba muy lejos de sujeterle ideas
de previsión. Afortunadamente para el país, su pre-
deceptor había provisto anchamente á todo lo que no al-
canzaba su incapacidad, haciendo levantar planes de
defensa por hábiles oficiales y administradores. Francisco

(1) La administración de Guzmán había sido tan sabia y económica, que á
fines de 1805 existía en las arcas reales una cantidad de 626,512 p., can-
tidad que no fue suficiente para cubrir las reparaciones de la tesorería,
la fundición de la Aduana y costo de los milicianos reemplazados despu-
és de habían llegado noticias de guerra. Por esta razón, á la llegada de Car-
rasco, las rentas reales, que ascendían á 923,723 p., tenían un desfase de
97,282 p., y, por otro lado, el Virey del Perú, en razón de las muchas y gran-
des cantidades que había tenido que enviar á España, y de los gastos ocasio-
nados por la defensa de la costa y el envío de tropas á Quito y á la Paz,
escribía que ya no podía remitir los 100,000 p. del situado de Valdivia, y
esto justamente en una época en que esta plaza se hallaba alcanzada en una
bancarrota de 115,000 p. que acababan de hacer los ministros de la tesorería
en perjuicio de aquel situado. (V. mi parte estadística.)

(2) En una carta de Windham al jeneral Crawford, se ve que la Inglaterra
quería enviar una expedición de 4273 hombres á las costas de Chile.
Xavier de Reina, Buenaventura Matute y Tadeo Reyes habían presentado memorias tan sabias como claramente explicadas. La del último, especialmente, había sido muy apreciada y merecido la preferencia como más adaptable a los recursos del país y a la penosa situación de la tesorería, pues se trataba de quitar la subsistencia al enemigo, dejando, á la primera señal de invasión, las costas enteramente desiertas; de instruir á los milicianos para que se mantuviesen firmes en los primeros fuegos, y de armarlos con machetes, arma que las jentes de la tierra estaban acostumbradas á manejar, y que preferían al sable (1). En efecto, apenas fabricados, se entregaron cuatromil de estos machetes, y los milicianos armados con ellos fueron llamados cuchilleros.

Todos estos preparativos habían ocasionado gastos extraordinarios, y aun exijan otros muchos, porque los temores de una invasión inglesa tomaban incremento y habían motivado el armamento de un número mayor de milicianos pagados al pie del ejército.

Muñoz de Guzmán, gracias á su habilidad y á su prestigio, había podido hacer frente á estos crecidos gastos, reduciendo mucho el sueldo de los empleados mayores, y de los empleos superiores al de teniente coronel, sometiéndose todos gustosos á esta reforma (2); pero cuando Carrasco quiso emplear los mismos medios, encontró una resistencia obstinada, y tan enérgica, que se vio obligado á renunciar á ellos, como tuvo también que desistirse del que le propusieron los tesoreros, el cual era

(1) Instrucciones del presidente Guzmán para la defensa del país.
(2) Guzmán había conseguido dar cumplimiento á uno de los más injustos reales decretos, casi sin que nadie se quejase, el cual despojaba á las obras pías de todos sus bienes, sin más promesa que la de pagarles los intereses.
de aumentar el impuesto de jéneros y metales del país, por manera que desde el principio de su carrera se halló acosado por las primeras necesidades de la administración, y ya mostraba la debilidad de carácter que debía, necesariamente, dejar presentir las desgracias que iban a caer sobre el país que gobernaba.

En tan penosas circunstancias, Carrasco procuró atraerse los favores del cabildo, a fin de tener en aquella corporación, que a la sazón gozaba de bastante influjo, consejeros capaces de trazarle un plan de conducta, y de servirle de apoyo en caso de peligro. Por la noche reunía regularmente algunos en su salón; pero, al mismo tiempo, también recibía hombres oscuros, y aun de moralidad dudosa, particularidad que, desde luego, había alejado algunos personajes de su tertulia. La conversación, allí, era ajena de las circunstancias, pueril y trivial, recayendo siempre en cuentos de familia, y sobre el ridículo de algunos empleados, con intención de desacreditarlos para poder quitarles sus empleos (1). Allí fue en donde se formó la sociedad de armadores, cuyo objeto era atacar bajo cualquier motivo, y bajo pretexto de servir al rey y a la patria, todos los buques extranjeros que se acercaban a la costa para contrabandear. La presa de la fragata el Escorpion, ejecutada por la perfidia la más criminal, descubrió muy pronto sus bajas intenciones, y todo Santiago quedó escandalizado cuando supo la alevosía cometida contra el capitán de dicha fragata y contra algunos de sus marineros, que habían saltado en tierra sin armas, fiándose a la buena fe de los que los llamaban para asesinarlos. A la sazón, corrió la voz de que Carrasco había tenido parte en aquella presa, y le

había acarreado un encono tan jeneral, que probablemente le habría sido fatal, si las felices nuevas que llegaron de España no hubiesen llevado á aquellos lejanos habitantes, llenos de zozobra por la madre patria, un consuelo que no esperaban.

Estas noticias, que llegaron á mediados del mes de agosto de 1808, eran relativas á la abdicación del rey Carlos IV, y á la caída del favórito Godoy, considerado como autor principal de todos los males que, ya tantos años había, atormentaban á la desgraciada España. Fernando VII, sucesor de Carlos IV, parecía presentar todas las garantías necesarias de prevision y de acierto. Las persecuciones que había experimentado le habían dado mucha popularidad y hecho interesantísimo á los ojos de los Españoles. Su advenimiento fué celebrado en todas partes con júbilo y alegría de que participó toda la América con la mayor sinceridad de sentimientos, y en Chile las funciones reales, en honra suya, se prolongaron por muchos días con el mas cordial abandono. Mas, por desgracia, aquel entusiasmo fué de corta duración, pues los acontecimientos de Bayona no tardaron en cambiar aquellos días de la mas pura satisfacción en días de luto y duelo, sumiendo á los Americanos en un nuevo piélago de zozobras.

En efecto, por aquellos acontecimientos, la posición, ya crítica, de la América, se hacia mucho mas grave, pues España, privada de su jefe, quedaba como un bajel sin timón, espuesta á ser juguete de la horrorosa tempestad que ya bramaba sobre su cabeza. No obstante, el pueblo español no podía mirar imposible una perfidia tan odiosa; la lealtad y la nobleza de su carácter le hicieron salir de su apática flojedad, e hiriendo con justísima indignacion se levantó en masa para sostener
con las armas su honor y su independencia nacional. Los primeros encuentros le fueron fatales, pues carecía de la unidad de voluntad militar y de disciplina que constituyen esencialmente la fuerza de los ejércitos; pero con su heroica perseverancia se hicieron experimentados y aguerridos, y consiguieron verdaderos triunfos. El de Baylen, sobretodo, acabó de llenar de entusiasmo el corazón de los Americanos, ya bastante tranquilizados, luego que vieron á la Inglaterra en paz con España; pero, desgraciadamente, la infinidad de sacrificios diversos que tenía que hacer esta última se multiplicaban cada día, y habían escedido ya, de mucho tiempo atrás, los límites de todos sus recursos. Los ejércitos solo se mantenían, por decirlo así, con el oro y la plata de las dos Américas, y bien que aquellos jerosos colonos hubiesen contribuido con cantidades inmensas, las urjentes necesidades que padecían aquellos exijan nuevos donativos, que se hacían raros después que los emisarios enviados por las diferentes juntas que se disputaban la soberanía habían mostrado demasiado patente tiene sus disensiones en el centro mismo de aquellas colonias, inspirando á sus habitantes grandes temores sobre la suerte de la madre patria.

Para dar nuevo estímulo á su noble y necesaria jenerosidad, la rejencia del reino había creido oportuno enviar á algunos puntos de aquellas colonias hombres persuasivos que supiesen dar á entender á los Americanos el estado de incertidumbre de España, y el interés que tenían en tomar muy activamente parte en la santa causa que sostenía. El capitán don Santiago Luco, de origen

(1) Al principio, se había formado en España el proyecto de crear algunas leves tasas que habían de cesar inmediatamente después de la expulsión
CAPÍTULO II.

Chileno, fué nombrado para ir á ejercer su influencia y su actividad en su propio país, á donde llegó por principios de 1808, presentándose, sin pérdida de tiempo, al presidente para darle parte de su misión. Carrasco se mostró tanto mas dispuesto á apoyar sus proyectos, cuanto el dinero que iba á solicitar no tenía que ver con la tesorería, y podía darle derecho á los favores de la rejencia, obteniendo de ella la propiedad del puesto que ocupaba solo interinamente. Por esta razón, hizo lo que pudo para estimular la liberalidad de oficiales, de empleados y de personas ricas á influyentes, de las cuales convocó muchas á su propio palacio, y el 29 de octubre formó una comisión encargada de apresurar aquella urjente suscripción (1).

Don José Santiago Luco estaba igualmente encargado de dar á reconocer en Chile la junta central, lo cual se verificó sin la menor dificultad; pero por la misma razón de haber presenciado todos los acontecimientos sucedidos en España, dicho capitán podía hablar de ellos con certeza, y añadir á lo que se decía sobre la triste situación de la Península detalles aun mucho mas alarmantes, en vista de los cuales el cabildo juzgó conveniente el enviar á la junta central á don Joaquin Fernandez Leiva, Chileno tan recomendable por sus
de los Franceses de su territorio; pero algunos miembros de la rejencia recordaron, con mucha advertencia, que la insurrección de los Anglo-Americanos no había teuido mas orijen que un impuesto semejante, y el proyecto fue, incontinenti, echado á un lado.

(1) «Los donativos se harán por suscripciones, no de cuerpos ni de fondos comunes, sino de lo que cada sujeto quiera ofrecer de sus rentas y bienes libres, para que no se retraigan los mas por los menos pudientes de manifestar su jenerosidad y patriotismo, como sucede cuando se mezclan unos con otros en común.»

Oficio de Carrasco, 29 de noviembre 1808.

V. HISTORIA.
conocimientos como por las bellas cualidades que le adornaban. Todos saben con que ardor abrazó la causa de la América, en jeneral, y de Chile, en particular, en los debates del congreso, y que, gracias á su talento superior, como jurisconsulto y como orador, hizo, muchas veces, inclinar la balanza en su favor.
CAPITULO III.

Hombres marcantes de la revolución.—Juan Martínez de Rosas.—José Antonio Prieto.—Bernardo O'Higgins.—Manuel Salas, etc.

Si Carrasco hubiese sido encargado del gobierno de Chile en una época algo anterior, es decir, cuando la América, desprovista de todo espíritu público, se hallaba aun sumerjida en el anonadamiento de intereses puramente materiales, es probable que con su carácter apacible y humano hubiese podido terminar su carrera administrativa con la paz y tranquilidad que caracterizaban en tan alto grado a los diferentes estados de aquel nuevo mundo; pero, por desgracia, le había caído en suerte un período mucho más difícil y turbulento, á saber, el de aquellos grandes acontecimientos que trastornan toda sociedad, dándole una dirección enteramente desconocida.

Las dos violentas revoluciones de Francia y de los Estados-Unidos habían dislocado, como ya se ha dicho, los tronos absolutos de la antigua Europa, y habían despertado los ánimos mostrándoles la importancia de los derechos y de la dignidad de pueblos por tantos años envilecidos. Este movimiento político-social propagó sus causas secretas, e inició en ellas á las Américas, en donde, ya había algún tiempo, se manifestaban ideas liberales, atrevidas y de naturaleza que inquietaba al espíritu meticuloso de los gobernadores y de todos los que tenían apego á la monarquía española.

Una sorda ajitación empezaba á comunicarse á todas
las colonias. Se oían opiniones enteramente extrañas al país, espresadas sin rebozo, por manera que se puede asegurar que si Nueva Granada fué la primera que levantó el estandarte de la insurrección, no hizo realmente más que preceder el movimiento espontáneo que iba á poner en problema la vida ó la muerte de aquel vasto continente, su nueva servidumbre ó su emancipación.

A Chile no le fué extraño este ruido, aun confuso, de reforma, ni fué uno de los últimos á aderir á ella. Aunque muy atrasado, en puntos de instruccion y de derecho, poseía, sin embargo, algunas cabezas privilegiadas que no tardaron en identificarse con aquellas benéficas ideas y se apresuraron á esparcerlas y cultivarlas. La provincia de Concepcion fué endonde se empezó á notar la ajitacion de los espíritus, y allí también se produjo el principal fermento simbólico de la libertad, el cual se alzó y creció á influjo de don Juan Martínez de Rosas, que puede ser mirado como alma de aquella grande revolución.

Nacido en Mendoza de padres bastante ricos, Martínez de Rosas había ido á Córdova á estudiar, y había pasado á acabar su carrera en Santiago, en donde se recibió de bachiller y de doctor en leyes. Poco tiempo después, fué á establecerse en la ciudad de Concepcion, y por sus grandes conocimientos, el intendente le nombró su asesor, empleo muy delicado que le ocasionaba continuamente choques con los enemigos del buen orden y de la justicia, y que, noobstante, supo desempeñar con una habilidad consumada. Afecto á la provincia que había adoptado por inclinacion natural y por deber, procuró serle útil dirigiendo sus miras y su autoridad á objetos de primera necesidad. La limpieza de la ciudad
fué uno de sus principales y constantes cuidados, y así consiguió desterrar la insalubridad de su clima secando las lagunas que la vecindaban. También contribuyó mucho a poner los caminos en buen estado.

Pero en lo que se distinguió sobramanera fué en la guerra que declaró á los ladrones que infestaban aquella provincia, y que por su perseverancia y energía consiguió aniquilar ó espulsar. Su estatura alta y robusta le constituía atleta de la justicia antes de serlo de la libertad pública. Su cabeza, proporcionada á su cuerpo, era grande; su rostro, espeso y blanco, respiraba una estremada animación, debida á la mucha viveza de sus ojos, que parecían siempre irritados; de suerte que su mirar no tenía nada de halagüeño, y, en efecto, era rí- jido, austero, y anunciaba una fuerza y una voluntad, relevadas también por la voz sonora, verdadero trueno, con que la naturaleza le había dotado. Su carácter afable y sensible daba, no obstante, un desmentido á este exterior, y le valió la simpatía de una de las mas ricas y mas recomendables familias de la ciudad, y, á consecuencia, la de la señorita doña María de las Nieves Mendiburu, con quien tuvo la dicha de casarse.

Este casamiento y la reputación de hombre de tanto mérito le hicieron consejero confidencial de una numerosa parentela, rica y poderosa, cuyos miembros procuró iniciar en sus sueños de glorioso porvenir, inculcándoles sus ideas, y demostrándoles cuan absurda é injusta era la administración española; en una palabra, haciendo cuanto podía para comunicarles el jenio revolucionario que lo devoraba. Además de estos, otros muchos sujetos habían también adoptado las ideas luminosas de aquel gallardo Americano, y se habían confiado
con celo y perseverancia á la suerte política que él les profetizaba (1). Siempre le acompañaban á paseo, iban á sus tertulias y oían con gusto y satisfacción las felices profecías que su profunda penetracion le dictaba acerca de la reajeneracion de su hermoso país.

Entre estos sujetos, figuraba el jóven José Antonio Prieto, abogado muy hábil, y fuertemente imbuido de las ideas de aquella época. Su imaginacion viva y fecunda le hacía olvidar muchas veces las máximas de la prudencia, y se mostraba intolerante en sus opiniones, aun delante de empleados los más disimulados. A pesar de los avisos del intendente, no tenía reparo en hablar públicamente de la decadencia del poder español, y, mas de una vez, se espuso á ser desterrado á la isla de Juan Fernandez, debiendo el no haberlo sido al grande influjo de su familia. Sus primeras ideas le habían venido de D. Juan Rosas, y las exageraba con exaltacion; pero á la arribada del Guampa fué encargado de la defensa de aquel buque anglo-americano, apresado como contrabandista, y este negocio lo puso en relación con el sobrecargo Hœvel, que se hizo uno de sus mas íntimos amigos. Esta amistad no solo fué debida al carácter franco y social de aquel estimable sueco, sino también á la conformidad de opiniones y principios de los dos nuevos amigos. La mansion que había hecho Hœvel en la curia de la libertad le había dado una idea exacta de aquel gobierno demo-

(1) « Es notorio que para la seduccion, perdicion, y ruina de la ciudad y provincia de Concepcion, contribuyó mucho la doctrina impía del doctor Rosas á una partida de jóvenes de distinción de dicha ciudad, que se jun-taban en su casa con el objeto de instruirse, y esparcian aquellas semillas entre sus amigos y compañeros. »

Informe de Fr. Juan Ramon sobre las causas de la revolucion de Chile. Mss.
crático, y se complacía en instruir a su joven amigo, que cada día se mostraba más atento a sus lecciones, porque cada día se aumentaba el interés de sus conversaciones, sumamente instructivas. Estas conversaciones se componían de preguntas de Prieto y de respuestas claras y convincentes de su preceptor, preguntas y respuestas de las cuales resultaban para ellos presentimientos felices para aquel rico país, que en la proyección de Hœvel, iba a ser su segunda patria.

Desgraciadamente, no quiso la Providencia que aquel joven Chileno pusiese en práctica los principios de filosofía social, muy bien meditados por él, y estudiados, además, en el Contrato social de Rousseau, que su amigo le había dado con mucho sijilo; atormentado, ya mucho tiempo había de una enfermedad complicada, y que parecía incurable, se vio obligado a ir a buscar fuera de su clima natal su salud, tan interesante para su patria. Su digno hermano don Joaquín Prieto, que acababa de llegar de un largo viaje a Pampas y a Buenos Aires, hecho bajo la conducta del jeneral Cruz, se fue a reunir con él en Piura, y le halló en un estado desesperanzado, pero siempre imbuido de sus ideas de una suerte ruseña, invectivando, en el delirio, a la despótica España, y regocijándose con los últimos acontecimientos revolucionarios que acababan de estallar en Quito, y que él consideraba como preludio de la grande refiguración, con que soñaba continuamente, después de tanto tiempo.

Mas a pocos días le abandonó su hermosa alma entre los brazos de su hermano, el cual recibió sus últimas inspiraciones, y se sirvió de ellas para tomar una parte tan activa como brillante en todas las guerras de la independencia y llenar una de las más bellas páginas de su
historia, con la felicidad de hallarse á la cabeza de una administracion, gracias á la que el país se vió verdade- ramente constituido, cortando de raíz las cabezas de la hidra de la anarquía.

Otro personaje que tomó una parte infinita en aquella revolucion, y que contribuyó mas que nadie á llevarla á buen fin, fué don Bernardo O’Higgins, hijo del ilustre presidente de este nombre con que se honra Chile, y que, por sus eminentes cualidades, se elevó de la nada á la alta dignidad de virey del Perú. Enviado muy jóven á Inglaterra para adquirir una instruccion sólida, estre- chó amistad con algunos Americanos que, por sus ideas demasiado liberales, habian sido desterrados de su país natal, ó habian ido á la capital británica para interesar aquellos ministros en su causa. Miranda, que era uno de los principales jefes de ella, se había prendado de la exactitud y precision con que expresaba sus opiniones, y lo había recibido en su mas íntima sociedad, porque preveia que seria un celoso partidario de la libertad ame- ricana, y uno de sus mas acérrimos defensores. Siendo, como era, hombre experimentado, Miranda procuraba trazarle un plan de conducta, dándole consejos sabios y prudentes, que mas parecian máximas de un diplomático consumado que de un caudillo militar.

De Londres, O’Higgins pasó á España, y, en Cádiz, fué miembro del club americano, en donde se trataba seriamente de la emancipacion del Nuevo Mundo, y, gracias á su exactitud en asistir á él, adquirió nociones sumamente justas sobre los derechos del hombre, y sobre todas las ideas de libertad esparcidas ya por una gran parte de la Europa, ideas que importó á su propio país.

Su mansion en la provincia de Concepcion le daba
ocasiones frecuentes de ver y hablar á Rosas, y, en sus conversaciones, discutían sobre los medios más convenientes para hacer entrar al pueblo por las inovaciones á que aspiraban; porque en razón de las luces que tenían uno y otro, y de su rango, podían prometerse felices resultados, aun cuando sus intentos fuesen contrarrestados por la influencia del ejército, escalonado por toda la frontera, y enteramente adicto á la monarquía. El entusiasmo de O'Higgins era tal, que tuvo la paciencia de traducir la constitución inglesa, como también los comentarios que habían sido hechos sobre ella, y mandó sacar muchas copias para darlas á sus amigos, que deseaban, tanto como él, que se esparciesen por todas partes aquellos rayos de luz, tan propios á rejenerar la sociedad. En fin, para no omitir nada de cuanto podía favorecer su jeneroso pensamiento, seguía una correspondencia tirada con Santiago, y escribía, á menudo, á Buenos-Aires, en donde se había formado un gran club bastante semejante al de Cádiz.

Mientras que los patriotas del Sur trabajaban así bajo de mano en propagar una idea que ellos mismos habían de proclamar á su tiempo, sosteniéndola con las armas en la mano, los de Santiago trabajaban igualmente en preparar los espíritus á aquel movimiento social; porque allí también la fuerza de las cosas había emancipado algunas cabezas, y desarrraigado muchas preocupaciones. Entre estos espíritus fuertes se hallaba el canónigo Fretes de Buenos-Aires, que correspondía directamente con su sobrino el jeneral Terrara, uno de los grandes patriotas de aquella capital, y comunicaba con mucha puntualidad á O'Higgins todas las nuevas que recibía de él, favorables al cumplimiento de sus deseos.
También empezaban á figurar Agustín Eyzaguirre, Miguel Infante, Argomedo, Marin, Egaña y algunos otros patriotas, aunque, en jeneral, fuesen bastante raros; y, sobretodo, el jeneroso Manuel Salas, tan benéfico y virtuoso, que no se puede pronunciar su nombre sino con el mayor respeto, y que abrazando la causa del país con el mas admirable desinteres, conservó la noble ambición de servirle hasta el último momento de su larga y gloriosa carrera. Hallándose dotado de una grande capacidad, y habiendo recibido de sus padres, tan ricos como honrados, una completa educación, había ido muy joven á España, en donde aun estaba cuando los Anglo-Americano asombraban á toda la Europa con la audacia y el éxito de sus ideas reformadoras. Allí había también algunos Americanos Españoles, que muy luego se hicieron sus amigos y compañeros inseparables, y todós juntos se regocijaban al ver los progresos y las victorias de los Americanos del Norte, previendo, sin grandes esfuerzos de imaginación, la influencia que aquella revolucion iba á tener necesariamente en las cosas de su propio país.

Con este pensamiento, se apresuró á regresar á Chile, impaciente por esparcer allí las ricas semillas de libertad, tan desconocidas y tan sedutoras, y poner en práctica los conocimientos útiles que su ardiente patriotismo le había hecho adquirir en sus viajes. Pero es preciso advertir que la Providencia no lo había hecho para ser caudillo de un partido, ni menos un político refinado, y si un jenio benéfico de la civilización, propagador de sus luces y consuelo de la humanidad, remediando sus mis- rias, fomentando hospitales y hospicios; y aun también creando escuelas y colegios científicos en donde se profesaban matemáticas, y otras ciencias y artes liberales,
seguidas hasta entonces en aquellos modestos establecimientos de enseñanza pública.

Pero lo que llevaba más su atención era la aplicación de las artes y de la industria a las producciones de la tierra y de la agricultura; porque, como sabio economista, conocía que estos ramos sin salida, y solo propios al consumo local, no tenían verdaderamente influencia alguna civilizadora, y que para dotarlas de esta poderosa ventaja se necesitaba añadirles el poder del entendimiento aclarado, que sabe como se descomponen dichas producciones, modificándolas y transformándolas según las necesidades de la sociedad. También quería estender el comercio más allá de Lima, solo punto que las vejantes leyes de la madre patria le habían concedido, sobre cuya materia, así como también sobre otras muchas, ha dejado memorias que serán por muchos años objeto de admiración para todo buen patriota. Pero es preciso confesarlo y repetir que este inmortal Chileno no era hombre de acción ni de partido. Su educación, enteramente interior y privada, le había hecho demasiado tímido, le había apocado el ánimo dejándole poco apto á despreciar riesgos, ó á acaudillar un movimiento que exigiese denuedo. Su carácter, en este particular, era muy distinto del de Rosas y del de O'Higgins, vivos emblemas de la política peligrosa que se preparaban á proclamar; formando ya una filiación, y mostrándose llenos de entusiasmo, de decisión y de convencimiento para llevar á buen fin, y contra viento y marea, si fuese necesario, los pensamientos liberales que los dominaban.

Es verdad que por la reunión de estos tres ilustres patriotas la reenergación social del país adquiría triple influencia, fundada en los mejores y más seguros ele-
mentos de civilización: Rosas representaba la política y la organización administrativa; O’Higgins era el hombre de acción, verdadero defensor de los derechos nacionales; y Salas, el gran propagador de ideas liberales, demostrando con ciencia y constancia las preciosas ventajas que se conseguían esparciendo y cultivando el amor á las ciencias, á las artes y á la industria, en todas las clases de la sociedad (1).

Al norte de Chile, las ideas de libertad y de reforma eran totalmente nulas. La grande conmoción eléctrica, que, partiendo de Concepción, había alterado sensiblemente la fidelidad de algunas personas de Santiago, se había, en cierto modo, neutralizado con las preocupaciones aún tenaces de los habitantes de Coquimbo, que tenían un apego sincero á la monarquía. Este apego, en algunas circunstancias, lo llevaron algunos empleados á estremos frenéticos; así es que al advenimiento de Fernando VII á la corona de España, Coquimbo recibió su retrato con una pompa que casi dejó que en culto. Construyeron un carro triunfal para ir á buscarlo al puerto, y, después de haberlo desembarcado con salvas de artillería, lo colocaron en una especie de anfiteatro para llevarlo en triunfo á la ciudad, tirado por catorce

(1) Su patriotismo era tal que en un memorial presentado, en 1796, al ministro Cardoqui, le pedía personas hábiles para fomentar la industria del país, diciéndole: "Mientras se envían estos sujetos, puede empezarse aquí á hacer algún ensayo; estoy, por ejemplo, tan seguro del buen éxito que tendrá la cultura del lino, y el envío de esta materia á España, que no dudo hacer el sacrificio, á la común felicidad, de los primeros gastos, que serán los que únicamente deberán perderse, y, para esto, franco, lo que puedo, esto es, la gratificación de 700 p. que se me acaban de asignar para la intendencia de obras públicas, el salario de súbdico del consulado, las tierras que se querían emplear en estas siembras, con los utensilios, bueyes, y oficinas necesarias en las inmediaciones de esta ciudad, para que, espuestas á vista de todos, las experiencias escriben á su imitación."
soldados, y acompañado de los habitantes de distinción con tambores y música a la cabeza. Tras de los habitantes, iban dos hileras de doncellitas cantando himnos a aquel nuevo dios, al que otras mujeres, que le rodeaban, incensaban con el incienso de la iglesia. Las autoridades cerraban la marcha, presididas por el sargento mayor D. M. Uriondo, autor y maestro de ceremonias de aquella notable ovación. En la Serena, la procesión entró por medio de un jentío a cuyo júbilo se mezclaba cierto recojimiento religioso que recordaba los tiempos antiguos de idolatría, pues en algunas calles se vieron individuos tan doblegados a la servidumbre que se arrodillaban, y sin duda alguna adoraban el retrato (1). A su tiempo veremos como la primera junta se vió en la necesidad de emplear fuerza y autoridad para darse a reconocer, por donde se ve cuán poco dispuestos estaban a admitir un cambio de gobierno; es verdad que aquella ridícula ostinación no fué de larga duración, y que se rindió muy luego a la evidente claridad de sus derechos, que vieron los habitantes, así como también de la bajeza de su existencia anterior. Conformes, desde entonces, con las nuevas ideas de aquella época, no solo las propagaron, sino que también las defendieron con no menor tesón que sus valientes denodados compatriotas.

(1) Informe del sargento mayor D. M. Uriondo.
CAPITULO IV.


Este era el estado de cosas en el país cuando Carrasco fué ascendido á su gobierno, y por un muy particular capricho de su malhadada suerte se había acompañado, como ya lo hemos dicho, para su consejo privado, de un hombre lleno de prestigio, gran promotor de ideas de reforma, y que por sí solo era una verdadera personificación de ellas. Bien que algunas personas le hubiesen advertido de ello, y que otras le hubiesen asegurado seguía una correspondencia activa con Buenos Aires, que se hallaba ya entonces en plena revolución, todo esto fué inútil, porque Rosas le había ganado su afecto, su estimación y confianza, en términos que se burló de aquellas insinuaciones, y pudo preparar, sin dificultades mayores, sus grandes proyectos de reforma, por los cuales hizo entrar algunas personas de la capital, que tenían bastante influjo para favorecer sus designios, y asegurar sus resultados.

No obstante, la revolución hubiera podido quedar parada aun por algún tiempo, si el país hubiese sido go-
CAPÍTULO IV.

bernado por un militar de carácter diferente del que tenía Carrasco, pues le faltaba mucho para estar enteramente organizada; pocos sabían cuáles eran sus fines, y el mismo Rosas no tenía todavía un plan bien trazado para poder apoyarla en un centro de operaciones que le diese un buen impulso (1). Un hombre activo, determinado, dotado de una voluntad firme y imperiosa, la hubiera aceptado con serenidad y con tino, hasta que, dominándola, hubiese podido darle una dirección en un sentido que fuese conveniente a los intereses de la monarquía. Era este, a la verdad, un papel muy difícil de desempeñar, es preciso confesarlo, pero no imposible, en atención a la situación del país. El gobierno podía contar con el mantenimiento del buen orden por la parte del sur, pues tenía allí bastantes tropas para proteger la frontera; el norte gozaba de la mayor tranquilidad, sin que se hubiesen manifestado por allí síntomas algunos alarmantes; en el centro, es decir en Valparaíso y en la capital, había algunas compañías de veteranos, muchos empleados, interesados en la causa del rey, y muchos Españoles, que no lo estaban menos, y que se hallaban naturalmente coligados por un sentimiento común de desconfianza; en fin, la mayor parte de los chilenos que ocupaban altos puestos eran contrarios a todo espíritu de reforma, como también lo era la clase mediana, sometida enteramente al clero, y generalmente afecta a la monarquía. Además, las nuevas ideas que empezaban a propagarse eran diversas, en su espíritu, y no podían influir de un modo uniforme en los ánimos que las adoptaban; circunstancia que, necesariamente, daba lugar a opiniones contrarias y a desavenencias más

(1) Conversación con el canónigo Francisco Meneses.
ó menos enconadas. Un gobernador hábil hubiera podido, por todas estas razones, sujeter una transacción entre los dos partidos y constituirse vínculo para unirlos entre sí; pero el hado feliz de aquel noble país no quiso diferir la realización de la suerte que le preparaba, y, en la plenitud de su poderío, llenó de confusion la cabeza de aquel gobernador, y le hizo cometer yerros los más chocantes y los más impolíticos.

Para esto, un personaje, hombre de mérito, don Juan José Campos, sobrevino para cooperar, en estreña manera, á su malhadada suerte. A las calidades de rector de la Universidad y de sujeto de mucha distincion, reunía Campos mucho saber, y una ambicion desmesurada, turbulenta, capaz de hacerle caer en injusticias por satisfacerla. La amistad que le tenía Rosas, y la no menos afectuosa que le profesaba Carrasco, le llenaban de confianza y de temeridad, y se atrevió á pedir le fuese prorrogada la dirección de la Universidad, que tenía que ceder á otro miembro de ella, al concluir sus dos años. Los estatutos, aprobados por el rey, prohibían del modo el mas terminante semejante abuso, y no concedían, á lo sumo, mas que un año de prórroga, en casos extraordinarios; pero no obstante esta prohibicion el presidente no tuvo el menor escrúpulo en violar dichos estatutos, y, motu propio, prorrogó su nombramiento por cuatro años, es decir, dos años mas de los que se hubieran debido conceder á un nuevo rector. Este acto, tan arbitrario como imprudente, hirió el amor propio de todos los miembros de aquel claustro, los cuales protestaron de un modo tan ruidoso, que hubo que enviar tropas para comprimir el desorden, al cual ya el pueblo empezaba á tomar parte, y todos aquellos doctores de
la Universidad chilena fueron espulsados por la fuerza armada. Sin embargo, lejos de desanimarse, enviaron al doctor don I. G. Tocornal al presidente para que obtuviese de su justicia la revocación de un decreto tan contrario a lo que prescribian los estatutos, y aquel magistrado oyó con favor su solicitud, presentada en términos muy respetuosos, y despojó á Campos del título que había obtenido injustamente (1).

Este conflicto, de poca importancia en sí mismo, tenía una muy grande en circunstancias en que los espíritus empezaban á exaltarse, y no solo descontentó á los miembros de una corporación la mas ilustre y la mas considerada, como lo era la Universidad, sino que también favoreció los planes de los conjurados, que estaban siempre á la mira para aprovecharse de los menores protestos de criticar los actos de las autoridades, y acabó de arruinar la del presidente, ya bastante poco afianzada. Hubo, además, en dicho conflicto la fatalidad de que sucedió casi al mismo tiempo que llegaron pliegos de la infanta de España doña Carlota-Joaquina de Borbon, princesa del Brasil, en la fragata inglesa Higginson. Entre estos pliegos, se hallaban muchas proclamas del embajador de España en Rio-Janeiro, y una de la misma infanta, que protestaba altamente en ella contra la inicua usurpación del emperador de los Franceses, y contra la abdicacion forzada de su padre y otros parientes suyos; aconsejando con ahínco la conservación del buen órden y la tranquilidad del país, endonde pedia ser reconocida como señora de todas las Américas, afin de conservarlas integralmente para su amado padre.

Carrasco se apresuró á comunicar á todo su gobierno

(1) Archivos de la Universidad.
dicha proclama, considerándola muy propia á tranquilizar los ánimos sobre la suerte de la madre patria; pero, en lugar de eso, produjo un efecto enteramente contrario. Lejos de creer en la sinceridad de los sentimientos que manifestaba la princesa, todo el mundo pensó que sus verdaderas intenciones eran el apropiarse aquellos dominios, tal vez, con perjuicio de sus augustos padres; y en desecho de la junta central, de cuyo poder se desentendía, bien que reconocido por todas las autoridades chilenas. Los patriotas, con esta persuasión, espacieron la voz de que Carrasco tramaba un complot, de concierto con algunos realistas que iban todas las noches á su tertulía, y para dar mas fuerza á esta insinuación se sirvieron del arma del ridículo, dando á estos realistas el apodo de Carlotinos, título que no justificaron haber merecido; pero sabido es que en grandes comisiones políticas se emplean todos los medios imaginables de éxito, y era ya mucha fortuna que aquel fuese tan moderado y tan inocente.

Es cierto, á la verdad, que ya la revolución empezaba á tomar en Santiago un carácter desenvolto y aun también audaz. Después de haberse mostrado tímida, disimulada é irresoluta, por falta de suficiente apoyo, parecía, entonces, querer salir de sus pañales; y manifestar su virilidad y su denuedo. Sin embargo, aun no había plan bien concertado, y los conjurados no habían reconocido jefe alguno; pero se notaba bastante á las claras que la fermentación crecía y se propagaba cada día más, comunicándose ya á hombres de capacidad y de influjo. Ya los motores no tenían reparo en hablar públicamente de las cosas de España, considerándolas como perdidas sin recurso, y del disgusto que ocasio-
naban los actos del gobierno de Carrasco, cuyo carácter criticaban, hasta en las cosas más privadas y interiores de familia, tachándole de tener inclinaciones ridículas, tales como las peleas de gallos a que era muy aficionado.

El talento satírico y mordaz de Manuel Salas y de Bernardo de Vera, discípulo y amigo de don Ramón Martínez de Rosas, daba a todas estas relaciones un chiste y una sal que seducían a todos sus auditores, ridiculizando sobre manera la conducta de Carrasco y de sus satélites. Los golpes que daban aquellos ilustres Chilenos al presidente y a su gobierno eran inevitables, y se hacían mortales, con ayuda de los pasquines que amaneceían en las principales calles de la ciudad, y la mayor de los cuales llegaban de Buenos-Aires por el conducto de Álvarez y, principalmente, del canónigo Fretes, último anillo de la cadena revolucionaria de la Plata, para atar y atraer a este pueblo a su santa causa.

En efecto, en aquella hermosa capital, considerada entonces como la Atenas del Nuevo Mundo, fué en donde se había organizado con deliberado tesón el movimiento que tendía a los grandes fines sociales. Algunos bizarros patriotas habían formado allí un club cuyas ideas fraternizaban con las de muchos miembros del ayuntamiento. Las deliberaciones de aquella reunión patriótica respiraban firmeza y convencimiento, y no podían tardar en mostrarse a las claras en actos manifestos, tales como proclamas incendiarias que se esparcían por todo el territorio de aquella vasta comarca, y pasaban, muchas veces, por encima de las gigantescas Cordilleras para llevar ánimos y esperanza a los iniciados de Santiago, y, al mismo tiempo, a los de Concepción. Algunas veces, aquellos patriotas no se contentaban con
escritos y despachaban agentes de tino y de actividad, con el encargo de avivar el espíritu de insurrección, y atraer á ella los que, por demasiado irresolutos, se mantenían arredados.

Entre estos agentes, don Manuel Barañao, desgraciadamente tan célebre, después, en el partido realista, se encargó de ir á tratar de la época en que Chile había de levantar su estandarte, y marchó á Santiago con este objeto. Al cabo de algunas semanas de mansion en esta capital, en donde tuvo frecuentes conferencias con sus compatriotas, pasó á los Anjeles, desde donde fué á verse con O’Higgins, que se hallaba, á la sazón, en su hacienda de las Canteras (1), y al cual presentó las credenciales que llevaba del jeneral Florencio Terrada para iniciarle en todos los detalles de la conjuración de Buenos-Aires; añadiendo que los conjurados, de unánime acuerdo, no esperaban más que la primera señal de Chile para seguir desde luego su ejemplo. Pero, desafortunadamente, el país no se hallaba aún en disposición de tomar iniciativa alguna. A pesar de la grande actividad con que los patriotas procuraban esparrar sus ideas afin de ponerlas en ejecución, aun no habían podido hallar una persona que gozase de bastante poder popular, y el número de los verdaderos conjurados de convencimiento, capaces de sostener con las armas una causa tan extraña y tan contraria á las preocupaciones de los habitantes del país, no era suficiente para hacer frente á todos los elementos de destrucción que poseía el gobierno. Las luces de la razón y de la justicia no habían disipado aun enteramente las tinieblas en que los tenia envueltos, y los mas de los afiliados estaban

(1) Conversaciones con O’Higgins.
CAPÍTULO IV.

69

indecisos y sobrecogidos de una pueril timidez, que solo el tiempo y la experiencia podían quitarles. Por otra parte, tenían que temer a los ejércitos de Mendoza y de Cordova, cuya adhesión al partido real era conocida, y Santiago se hallaba dominado por la impresión que le había causado un bando que el presidente acababa de publicar con gran ruido de cajas, y a instigación de José Manuel de Goyeneche, enviado por Cisneros y por el fiscal Sanchez, sobre la derrota y el arresto de la junta revolucionaria del alto Perú, y de su presidente don Pedro Murillo (1).

Tales fueron las causas que sobrevinieron y apagaron el ardor de O'Higgins, forzándolo a someterse a los consejos de la prudencia en aquel crítico momento en que se trataba de la suerte futura e irrevocable de la patria. Rosas mismo, que no era menos resuelto y decidido, fué de este parecer, y ambos, en su correspondencia, convinieron en que era forzoso seguir los consejos del jeneral Miranda, que eran el aguardar una ocasión propicia para legitimar, si era posible, un levantamiento de tanta trascendencia. Mientras tanto, continuaron su trama, sembrando la discordia hasta entre los empleados mismos del gobierno, y reclutando partidarios, como siempre, en la clase de distinción. A ejemplo de Buenos Aires, á cuya revolucion había dado mucha realce la adhesión de los miembros del Ayuntamiento, Rosas intentó atraerse la de los cabildantes de Santiago, cuyo influjo no podía menos de obrar directa e inmediatamente en los habitantes, haciéndolos favorables á la causa jeneral.

Ya se sabe que aquel cabildo era una corporación paternal, que había gozado siempre de una confianza sin

(1) Archivos del gobierno.
límites, por parte de sus administrados, y se trataba de aumentar aun más, si era posible, dicha confianza, con detrimento de la que inspiraba el gobierno.

Entre los miembros del cabildo había algunos Españoles, como de razón, que eran conservadores, y cuyos votos, contrarios á las nuevas decisiones que se proponían en él, desconcertaban los proyectos de sus sospechosos colegas. Para obtener la mayoría, en despecho de estos votos, Rosas demostró á Carrasco cuan útil sería el aumentar los rejedores en circunstancias tan críticas, y, á pesar de la oposición del fiscal, consiguió que se nombrasen otros doce, escojidos, casi todos, entre sus partidarios; de suerte que, desde aquel instante, aquel cabildo fué como un reflejo del de Buenos-Aires, con el cual llevaba ya una correspondencia tirada y secreta. Sus reuniones eran mucho mas frecuentes, se verificaban indistintamente de noche ó de día y duraban eternidades. Los partidarios del Rey combatían con ánimo y tesón los designios hostiles de los nuevos nombrados, y protestaban en medio de un verdadero tumulto, hasta que, ya apurados, mostraron tal obstinación, que las sesiones semejaban á tempestades y que Carrasco se vió obligado á anular la impolítica orden que había dado.

A pesar de este buen éxito, los realistas no podían disimularse que la revolución avanzaba á pasos apresurados, y que no tardaría en envolver en sus redes enmarañadas á todos los que, hasta entonces, se habían mantenido fieles á las máximas y doctrinas de sus antepasados. Aflijidos de estos justos temores, y probablemente, también, de su propio desaliento, empañaron á tener conferencias para tratar de los medios
mas eficaces de hacer frente a aquel inminente peligro. Estos medios no podían menos de ser violentos y decisivos, tales como la fuerza contra la impotencia, argumentos materiales contra argumentos morales, arbitrariedad injusticia contra derecho y razón. Lo que querian era dar armas a todos los Españoles y a todos los partidarios de su causa, nombrar un consejo de vijilancia y fortificar el carro de Santa Lucia, estableciendo en él una batería que, dominando á la ciudad, mantuviese en respeto á sus habitantes.

Desgraciadamente para ellos, el solo hombre en posición de dar ejecucion á este proyecto era completamente nulo, impotente, sin energía ni actividad, y veía con apática indolencia los consejos que aquellos conservadores le daban continuamente; en vista de lo cual acudieron, con sijilo, al virey de Buenos -Aires, manifestándole la conducta ridícula de Carrasco, y su incapacidad para calmar la ajitación progresiva del partido liberal. Pero la posición de Cisneros no era tampoco de las mejores; también él experimentaba los efectos de una ajitación análoga que le daba grandes temores por la tranquilidad del país, y le tenia consternado. Las cosas de España lo llenaban de zozobra, no veía salvación mas que en el éxito de sus ejércitos, y, entre el temor y la esperanza, hacia cuanto podia para prolongar por algunos meses mas la agonía del poder español, que estaba ya a los últimos, acosado por tantas causas de disolución que lo roían.

Noobstante, escribió incontinenti á Carrasco, empeñándole á que obrase con mas energía con respecto á aquellos novadores, sirviéndose de un medio que él mismo había empleado para conservar la tranquilidad,
á saber, de nombrar una junta de vijilancia pública compuesta de las personas mas influyentes, y, sobretodo, mas afectas á la monarquía.

Un poco antes que recibiese esta carta, Carrasco había recibido de la junta central de Cádiz pliegos en que se le prescribía el mas inflexible rigor contra todos cuantos trabajasen en romper la unidad del poder español, y aun también que desterrase á los que, por su influjo ó por sus acciones, pudiesen cooperar al triunfo de ideas contrarias á los intereses de la monarquía. En aquellos mismos pliegos, se le daban esperanzas de obtener en propiedad el alto puesto que solo llenaba internamente.

Por lijera que fuese esta promesa, colmó, no obstante, de satisfaccion al ambicioso gobernador, le tendió su fibra muelle y floja, y le llenó de un entusiasmo capaz de cambiar enteramente su moral. Si hasta entonces su política se había reducido á temporizar y á mostrarse débil, se proponía, en lo sucesivo, seguir los consejos de la junta, que se anunciaba como protectora suya, y obrar con rigor contra todo novador; como si fuese posible que un carácter naturalmente flojo se hiciese súbitamente sereno, firme y justo, sin cometer yerro fatales, en la violencia de arrebatos facticios.

Así sucedió. Carrasco empezó su propósito de la emienda espulsando del país á algunos estranjeros, comerciantes ó obreros; mandó se retirasen á lo interior del territorio muchos que ejercían profesiones útiles en el litoral y exigió que los pocos franceses que había jurasen obediencia al rey y odio eterno á Napoleon y á sus emisarios, que en los pliegos, arriba dichos, se anun-
CAPÍTULO IV.

ciaba debían llegar, si no habían llegado ya. Para corroborar estos actos tan hostiles, se rodeó de personas de confianza, y nombró de asesor público al hombre fatal, que fue Campos, el mismo autor de los desórdenes de la Universidad de que hemos hablado.

Don Pedro Díaz Valdes, que llenaba aquel puesto, bien que fuese un sujeto de distinción, de mucha probidad, y perteneciese a una numerosa familia de grande influjo, tenía pocos medios, si le hemos de juzgar por documentos escritos por él, y que tenemos a la vista: pero, en fin, tenía nombramiento real, y, por consiguiente, en aquella circunstancia, siendo víctima de una pura arbitrariedad, recurrió a la real audiencia para obtener justicia. Aquel supremo tribunal, tal vez movido por un espíritu de pasión, vio, en aquel asunto, una ocasión oportuna para vengarse del que se habia tan completamente burlado de él, y convencido, por otra parte, de la justicia de la demanda, envió una exhortación al presidente, haciéndole ver claramente la ilegalidad del acto de haber depuesto al asesor con nombramiento real, y su incompetencia para nombrar a otro en su lugar. Ya poco satisfecho de los procederes de la real audiencia, Carrasco le respondió con altanería, y resultó una correspondencia llena de acritud y de piques, y aun, algunas veces, trivial, circunstancia que solo sirvió a enconar á las dos primeras autoridades una contra otra, sin efecto alguno para la causa, la cual fue remitida a España y sometida al real consejo.

Muy luego se presentó otro motivo de discordia para Carrasco, cual fue el nombramiento de un vicario capitular, puesto vacante, hacía algún tiempo, en la catedral
de Santiago, y postulado por dos personas de mérito y de virtud. En este asunto, los miembros del cabildo eclesiástico se mostraron, a pesar de los preceptos del Evangelio, poco conciliantes, y apoyaron con igual abinco al sujeto que les convenía; de suerte que sus reuniones, al principio decorosas, se hicieron poco a poco turbulentas, en términos que el presidente se vio obligado á mediar con su autoridad para poner término á tan ridículos debates; pero, por otro lado, influía en el nombramiento, cuyo resultado, por el hecho, no podía ser dudoso, y el partido contrario no se lo perdonó, bien que hubiese recaído en don José Santiago Rodriguez, eclesiástico que por su vida ejemplar, su virtud y su mérito, tenía el mayor derecho á él. En la edad juvenil, regularmente frívola é insustancial, este eclesiástico poseía ya conocimientos sólidos sobre los dogmas de nuestra santa iglesia, y sobre todas las materias concernientes al derecho común y canónico, y, por lo tanto, se había hecho el hombre indispensable para el obispo Alday, el cual le tenía muchísimo afecto, y le daba siempre los cariñosos nombres de discípulo y de hijo suyo. Por la misma razón, el reverendo obispo le hizo su familiar, lo llevó en su compañía al consejo provincial de Lima, le nombró su mayordomo y limosnero, y, finalmente, su secretario de Cámara, empleo que llenó á la completa satisfacción de su ilustrísima, bien que se hallase casi solo para despejar los negocios atrasados ó contenciosos del obispado. Sobrino y Maran, sucesores de Alday, mostraron el mismo empeño en cultivar el apego de aquel sabio y laborioso sacerdote, que, mas de una vez, tuvo que argüir con los mas profundos jurispruditos de la real audiencia, convenciéndolos por la fuerza, de sus ar-
gumentos, y aun también humillándolos cuando quisie-
ron oponerle su orgullosa autoridad, en lugar de buenos raciocinios. Pero noobstante todas estas bellas prendas, los lectores le verán, á su tiempo, acosado de perse-
cuciones que le acarreó su fidelidad, sincera y desin-
teresada, á la infeliz y desamparada monarquía espa-
nola (1).

(1) Noticia sacada de una biografía de este sabio prelado, escrita de la pluma del Ilustre arzobispo de Santiago, don Rafael Valdivieso.
CAPITULO V.

Las ideas revolucionarias se comunican al ayuntamiento mismo. — Nombra-
miento de nuevos cabildantes muy favorables á dichas ideas. — Carrasco
nombra á Campos presidente del cabildo.— Sumo descontento que este nom-
bramiento causó á los miembros de aquella corporacion, que desamparan á
Carrasco. — Instalacion de una junta de vigilancia. — Rogativas en todo el
país por el éxito de los ejércitos de España y contra las ideas suversivas de
los revolucionarios de Chile.— Arresto de Fr. Rosaura Acuña y del coronel
don Pedro Ramon Arrigada. — Arresto de Ovále, Rosas y Vera. — Ruído
que ocasiona.—Argomedo nombrado procurador de la ciudad.— Instalacion
de una junta en Buenos-Aires.

Mientras que Carrasco procuraba sofocar la revolu-
ción, tomando, por sistema mas bien que por carácter,
medidas de rigor, sin discernimiento, los principales
 motores trabajaban aun con mas celo y actividad en
 sacar partido de sus pueriles violencias, aprovechándose
diestramente de ellas; para lo cual tenian sus miras en
 el Cabildo, cuyas reuniones podian llegar á ser un centro
de accion susceptible de oponer contrapeso, aun legal-
mente, á los actos del gobierno, y de llevar adelante sus
ideas de justicia y de libertad. Es verdad que en este
punto, como en otros, no tenian mas que seguir el buen
ejemplo del de Buenos-Aires, que se hallaba revestido
 de un poder suficiente para resistir al del virey Cisneros,
sirviéndose de la mayorfa de los habitantes, de cuya ade-
sion estaba cierto y seguro. Mas, siendo compuesto el
cabildo de Santiago de personas que, por la mayor
parte, eran afectas al orden de cosas monárquico, era
necesario, ante todas cosas, reformarlo, y, para esto, se
presentó muy pronto una ocasión en tres vacantes de
CAPÍTULO V.

rejidores á las cuales se había de proveer. Informados de esta particularidad y del intento de los patriotas, los realistas quisieron anticiparse á sacar provecho de ella; pero eran mucho menos activos, y sus enemigos ganaron la ventaja consiguiendo que las tres vacantes fuesen compradas por personajes de la mayor distinción, que fueron: el conde de Quinta Alegre, el mayorazgo Cerda y don Fernando Errazuri.

Poco tiempo después, llegó la elección de los alcaldes y procurador, y, gracias al influjo hábil de estos nuevos miembros, los nombramientos recayeron en otros tres liberales, también sujetos de mucha distinción, animados de los mismos sentimientos y no menos influyentes por su mérito y por su posición social; que fueron: el director don Francisco Pérez García, abogado de mucho crédito y de grande habilidad; por alcalde, don Agustín Eizaguirre, que contaba en su partido con su noble y numerosa familia; y por procurador, don Juan Antonio Ovalle, sujeto de no mucha entereza, y antiguo amigo y consejero de Carrasco, pero que muy luego pasó al partido de los liberales y fué uno de sus más firmes apoyos.

Con semejante formación, el Cabildo no podía menos de tomar una grande preponderancia en los asuntos políticos del país, asegurándose de la opinión pública, no solo por el mérito personal de sus miembros, sino también por sus numerosas y opulentas familias. La oposición realista, constantemente alerta, buscaba elementos de resistencia al rededor de sí; pero no hallaba ninguno que no fuese débil e impotente. Orgullosa con sus memorias de tres siglos, se había figurado, por un momento, poder combatir los nuevos principios sociales; pero hizo
inútiles esfuerzos para conseguirlo, y le fue necesario atacarlos por medios sordos y falaces, intrigando igualmente al partido realista y al liberal y soplando la discordia entre los miembros del Ayuntamiento. En sus deliberaciones, los patriotas ya no reparaban en decir en alta voz su parecer sobre las cosas de España, y hablaban con desmesurada libertad de su pérdida inevitable, y de la necesidad en que estaban de seguir el ejemplo dado por sus provincias, instalando una junta gobernadora capaz de parar el golpe de rechazo que les amenazaba. En este punto, sus discusiones eran, mas que animadas, tumultuosas, motivo por el cual resolvieron reunirse en un pequeño club afín de preparar en él con tranquilidad y súbito el potente móvil que debía romper finalmente su cadena. Estas reuniones tenían lugar, muchas veces, fuera de la ciudad, y, muy a menudo, a horas desusadas de la noche, tan pronto en la quinta del conde de Quinta Alegre, tan luego en casa de Eizaguirre, ó en la de Larrain. También recibían á personas que no eran del Ayuntamiento, y Fretes, Alvarez Jontes, Hipólito Villegas y otros, dejaban rara vez de asistir á dichas reuniones.

Carrasco, cuya vijilancia se había hecho mas minuciosa y molesta, sabía muy bien lo que se trataba en ellas, y se quejó al cabildo. Los miembros de aquella corporación paternal, que eran de su partido, suscitaron sobre el particular una larga y reñida discusión; pero ¿qué podía una minoridad de ideas ya muy pasadas contra una coalición llena de convencimiento y de virilidad y que aspiraba á gozar de nueva vida social? Nada, en efecto, mas que reconocerse impotente, y someterse con resignación al prestigio que reinaba y que era una
necesidad imperiosa de las circunstancias. No obstante, aquella minoridad aun quiso hacer un esfuerzo, protestando abiertamente, y pidió al gobernador pusiese á la cabeza del cabildo, para presidirlo, un hombre de talento y firmeza y, sobre todo, afecto á la monarquía española. Carrasco adoptó sin dificultad este nuevo proyecto, y, por la misma fatalidad inseparable de su flaqueza, nombró al mismo Campos, que le había ocasionado tantas desazones con la Universidad, acarreado la enemistad de la real audiencia, y qué iba, en aquella ocasión, á quitarle el único apoyo que le quedaba en todos los cuerpos políticos de su gobierno.

Claro estaba que los miembros del cabildo, que habían solicitado de él aquella medida, verían con sumo disgusto un nombramiento que, en cierto modo, los ponía bajo la dependencia de un presidente, ya malquisto de ellos, y extraño á la corporación. Así sucedió, y se quejaron amargamente á Carrasco, arguyéndole con dificultades ilusorias, y, lo que fue peor, altaneras, y propias á producir su efecto ordinario, á saber, una negativa terca y obstinada. De allí se siguió una correspondencia agría, enconada, insultante, que concluyó haciendo odiosas á entrambas partes, y desuniéndolas de un modo deplorable para los realistas; porque desde aquel instante el presidente se quedaba aislado de toda corporación política, y reducido á sus débiles medios de resistencia contra una facción que se reforzaba cada día más, y que anhelaba por vengar sus derechos ultrajados.

En semejante situación, ya no puede un hombre hacerse ilusiones sobre el peligro que le amenaza, y presidente de antemano su ruina por la diminución de su fuerza moral, que le abandona y le hace incapaz de
pensar con juicio ni fruto. Sin embargo, no le medió así a Carrasco, el cual hizo como el avaro, cuando en el momento de perder su tesoro arrastra los mayores peligros para conservarlo, y quiso imposibles para defender su agonizante autoridad, bien que no tuviese más apoyo que algunos empleados y las tropas que guarne- cían la capital y la frontera. Con esto contaba, sin re- flexionar que en casos tales un jefe debe apoyarse en la fuerza moral y no en la material; y, recordando los consejos que le había dado Cisneros, resolvió seguirlos y convocó a la Real Audiencia para nombrar una junta de vijilancia, capaz de favorecer sus proyectos. Esta junta fué compuesta de siete miembros (1), de la clase más distinguida de la sociedad, pero muchos de los cuales estaban ya imbuidos de las nuevas ideas. Al mismo tiempo escribió a los gobernadores, prescri- biéndoles rigores contra los revolucionarios, y, para darles más vigor, empleó las amonestaciones de la reli- jión, ordenando rogativas y sermones para que Dios se dignase preservar a los fieles de las armas francesas y de las seducciones de los novadores.

El clero se apresuró a ejecutar aquella órden con su fervor acostumbrado, pidiendo a Dios con fe viva y con esperanza firme se dignase poner paz en aquellos con- flictos políticos. Al mismo tiempo, tronaban los púlpitos y fulminaban anatemas contra los impíos enemigos de la religión y del rey. Por la parte del Sur, especialmente, los misioneros, que eran casi todos españoles, ejecuta- ron con fanático celo las órdenes de Carrasco. En Osorno, un religioso que predicaba con la mayor vehemencia contra

(1) Los SS. marques de la Plata, Irígoiyen, Olaguer, Ugarte, Prado, Bravo del Rivero y Jerónimo Pizana.
las ideas del siglo, aseguró, con la mayor candidez, que Napoleon profanaba los más divinos misterios, dando á comulgar á sus caballos (1). Otro, en Valdivia, creyéndose inspirado, profetizaba la próxima venida del antecristo y el fin del mundo. En Chillán, en donde había un número mayor de misioneros, procuraban estos fanatizar á sus oyentes, y, tal vez, exaltar sus pasiones, con sermones de la misma naturaleza irritante y con devociones de cada día. Durante muchos, hubo misas cantadas con su divina Majestad espuesta, y seguidas de oraciones sobre tempore belli, etc. En fin, se hicieron novenas que se concluían con procesiones de la mayor solemnidad y siempre en favor de las armas de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios chilenos (2).

El pueblo, penetrado de sentimientos religiosos, y atraído por la majestad imponente del templo, oía, sobrecogido, la palabra amenazadora de aquellos misioneros, convertidos en apóstoles de una política ya ajada y pasada, bien que aun tuviese raíces en el corazón de la multitud. La devoción produjo una pronta exaltación, y, en cualquiera otra parte, habría, tal vez, ocasionado persecuciones religiosas ó de partido; pero en aquellas pequeñas poblaciones, tan inocentes y pacíficas, solo

(1) Archivos del gobierno.
(2) «Primero, se retocó el sagrario comulgatorio para trasladar á él al Señor; se cantó una misa solemne con el mismo Señor patente, y con su respetivo sermón. Por la tarde, saltó por los calles una procesión solemne, llevando yo el tesoro del cielo y de la tierra, y el palto, seis sacerdotes revestidos con los ornamentos más vistosos de albas y casuillas que se hallaron. Se viatieron de ángelas tres niños para decir en honra del sacrificio tres loas; á todo lo cual acompañó la música de una arpa encendida, para realizar su armonía, con cuerdas de clave, y canto de una letra relativa al sacrificio, etc., etc.»

Informe del reverendo comisario general, Fr. Pablo de Mayo, en el colegio de Chillán.
crearon, bien que fuese, tal vez, peor, y muy ciertamente más bajo, hipócritas y espías. Todos se miraban con temor y desconfianza; ya nadie se atrevía a hablar de política por miedo de dar que pensar, pues hasta el pensamiento más secreto no se creía seguro en el seno de la amistad; por donde se ve cuanto más injurioso es el hombre para engañarse que para desenganarse.

Los primeros golpes del espionaje cayeron sobre los amigos que O'Higgins tenía en Chillán, Fr. Rosario Acuña, prior del hospital de San Juan de Dios, y el coronel de milicias don Pedro Ramon Arriagada, sujeto muy rico y muy estimado de Mendiburu, suegro del doctor don Juan Rosas, los cuales, en el acaloramiento de una discusión, que se había manifestado muy pacífica en el principio, olvidaron los consejos de la prudencia, y se atrevieron a decir que España estaba perdida; que la junta central no podía arrogarse derecho alguno sobre el país y que este no tardaría en ser gobernado por sus propios hijos. Habiendo llegado esta discusión a oídos de Alava, intendente de la provincia de Concepción, hombre tan débil como de limitado entendimiento, este dió aviso inmediatamente del caso a Carrasco, el cual mandó al comandante de la frontera, don Pedro Benavente, fuese, incontinenti, con veinte y cinco dragones, á arrestarlos y enviarlos á Santiago, en donde, efectivamente, fueron entregados á la justicia de Irigoyen. La causa que se les formó fue muy larga, y, sobretodo, muy costosa para Arriagada; pero Irigoyen procuró que su situación fuese soportable, en cuanto era posible, pues ya presentía, con su tino y perspicacia bien conocidos, que no tardaría en haber
CAPÍTULO V.
83
una reacción, y, por otra parte, Rosas vigilaba con todo su influjo y poder aquellas dos primeras víctimas de la revolución chilena.

Otro acto de severidad, mucho más grave, y que influyó muchísimo en los progresos de la revolución, y en la ruina de Carrasco, fue el arresto de otras tres personas de distinción: J. A. Ovalle, don Bernardo Vera y don José Antonio Reyes, el primero de los cuales se hallaba en los baños de Cauquenes con algunos parientes y amigos. En aquella época de borrascas políticas, todos respiraban un ambiente de presentimientos y temores, y, naturalmente, caía la conversación sobre tan importante materia y sobre las consecuencias que se había de esperar muy pronto. En aquella reunión, todos hablaban con un desahogo que dejaba creer que los pareceres y opiniones eran unánimes, y sus discusiones se hacían acaloradas, atrevidas y tanto más frecuentes, cuanto no podían tener otra distracción en medio de las cordillerass. El punto sobre el que se hallaban casi todos de acuerdo era que España no podría resistir a un enemigo tan hábil y tan poderoso como lo era Napoleón; pero tan pronto como se trataba de sacar partido de la ruina de la madre patria en provecho de la libertad chilena, las opiniones se manifestaban opuestas y obstinadas. Unos, enojados y temerosos de perder lo que tenían, temblaban al pensar en las consecuencias del rechazo de una invasión; otros, que resistían aun a toda idea de reforma social, condenaban con rigor los principios turbulentos de las facciones, cuyo fin principal, según ellos creían, era aprovecharse de las acciones revolucionarias de las masas para satisfacer sus propias pasiones.
Entre los que daban este parecer, se hallaba don José María Villareal, abogado de mérito, pero cuyo carácter vengativo le impelió a la baja de hablar al presidente del hecho de aquellas reuniones, delatándole Ovalle como autor de las proposiciones las mas peligrosas contra la monarquía Española. Las órdenes que había recibido Carrasco de proceder contra los llamados perturbadores del orden público eran demasiado rigurosas y terminantes para desentenderse de ellas, ó, por mejor decir, para no fundar en ellas la determinacion que iba á tomar contra aquel personaje, en despecho de su distincion y de su título de procurador de la ciudad; y tanto mas cuanto la revolucion hacia rapidos progresos. En aquel estado de cosas era de absoluta necesidad el obrar, para lo cual se presentaban dos medios, uno de conciliacion, y otro de violencia, y este último fué el que le aconsejaron la mayor parte de los afiliados, opinando por el arresto del procurador, opinion que Carrasco adoptó con su acostumbrada imprudencia. Sin embargo, para dar á su resolucion un semblante de legalidad, envió al escribano de cámara don Francisco Meneses á Rancagua para pedir informes á Valenzuela, que también había oido las palabras sediciosas de que se trataba. Con el escribano de cámara iba el jóven Centeno, con órden de pasar por los baños mismos de Cauquenes, en caso necesario.

Bien que los informes que estos dos enviados tomaron fuesen de poca importancia, el gobernador los halló muy suficientes para llevar adelante su determinacion, y Ovalle fué arrestado, al mismo tiempo que algunos empleados de la policia iban á visitar los papeles de ciertos patriotas, de cuyos papeles resultó tambien el arresto
de don José Antonio Rojas (1) y de don Bernardo Vera.

Este monstruoso atentado se ejecutó el 25 de mayo de 1810, por la noche, y sus inocentes víctimas no tuvieron ni el tiempo necesario para arreglar sus asuntos, pues una orden á rajar tabla prescribía al sargento mayor don Juan de Dios Vial los condujese con sus doce dragones á Valparaíso, en cuyo puerto fueron entregados, tan pronto como llegaron, á bordo de la fragata Astrea. Al cabo de algunos días, fué el oidor don Félix Basso á tomarles declaración, y, desde luego, pudieron saltar en tierra é ir á alojarse en casas de amigos que tenían allí y que se presentaron al punto para salir por siadores de ellos.

Bien que ya lo hayamos dicho, lo volvemos á decir: la suerte de las sociedades depende, esencialmente, de una ley de necesidad, instituida por la providencia, y en virtud de la cual el espíritu humano hace progresos reales y verdaderos, constantes y universales. La fuerza que quiere oponerse á estos progresos, lejos de detenerlos, les da impulso; pero, desgraciadamente, los medios violentos y estremados, al producir este resultado, irritan la llaga de que jime la sociedad, y esto fué precisamente lo que le sucedió al partido realista, cuando se supo el arresto de aquellos tres honrados patriotas. Sumamente irritado de aquel acto de rigor,

(1) Don José Antonio Rojas no era un sujeto de mucha instrucción, pero sumamente curioso. Al tiempo de la revolución de los Estados Unidos se hallaba en España, y, en las peripecias de aquella lucha, se había imbuido de ideas de libertad, que quería introducir en Chile, á pesar de las amonestaciones del presidente, que tenía órdenes de la corte para vigilase su conducta y registrar los muchos libros, demasiado liberales, que tenía. Rojas comunicó sus ideas de libertad á muchos jóvenes, y, entre ellos, al doctor Vera, que le hacía frecuentes visitas.

GASPAR MARIN.
el pueblo de Santiago se puso en un estado de esferve-
cencia en que no se le había visto nunca, y corrió 
tumulto al ayuntamiento á pedirle su intercesión para 
que fuese revocada aquella irritante, injusta órden. 
Pero aun no había llegado el caso de obrar de un modo 
decisivo; la prudencia aconsejaba el que no se intentase 
nada á la ventures que se aguardase el momento en 
que la revolucion llegase por sus pasos contados á sus 
fines. Este era, en efecto, el mejor medio de que no se 
derramase sangre, que podría no producir mas que sen-
timiento tardío y lágrimas, como sucede tan á menudo 
én combates políticos.

La ausencia de Ovalle dejaba un vacío en el ayunta-
miento que causaba á la administracion cierto emba-
razo, al cual Carrasco quiso remediar pasando un oficio 
á sus miembros para regarles se sirviessen elejir una 
persona de celo y probidad que llenase el puesto de 
procurador de la ciudad. Así se hizo y la elección recayó 
één don Gregorio Argómedo, con mucho descontentó 
del gobernador, y de todos los realistas, que veían en 
dicho nombramiento una venganza de los liberales, y 
un formidable enemigo de mas; porque Argómedo era 
uno de los Chilenos patriotas mas fanáticos y exaltados. 
Era un hombre arrojado y de mucho talento, un verda-
dero tribuno capaz de vengar á la patria de la afrenta 
qué acababa de recibir con el atropellamiento de sus 
tres defensores. Honrado, siendo aun muy joven, con 
un puesto en el ayuntamiento; dotado de una grande 
elocuencia, que su aire grave y elevado y su voz sonora 
y flexible realzaban, mostró, desde un principio, mucha 
decision en llenar su papel, que se anunciaba esencial-
mente popular. Pero penetrado de sus deberes, y que-
riendo dar á todas sus acciones un carácter uniforme de justicia, voluntad y firmeza, creyó conveniente el aguardar por una ocasión favorable para interpelar al presidente sobre las causas del hecho que había conmovido las espiritus.

Mientras el poder real hacia inútiles esfuerzos en Chile para desasirse de otra potencia invisible, pero real y verdadera, que lo arrastraba á su pérdida, el mismo poder sucumbía, en Buenos-Aires, á los tremendos golpes que le daban algunos bizarros patriotas, bastante resueltos para levantar el estandarte de la insurrección, y tan audaces, que quitaron toda esperanza de poder resistirles. Ya el virey Cisneros había depositado su autoridad y el mando en una junta, reduciéndose al nombre sencillo de simple ciudadano, el día 25 de mayo, el mismo día, justamente, en que el hado de Carrasco le daba el último golpe.

Un mes después, esta noticia salvaba las cumbres heladas de las Cordilleras, y penetraba en Chile con pasos atentados, temerosa y desconfiada, como una descubierta que se aventura demasiado. El encargado de llevarla allí fué don Gregorio Gomez, el cual, pareciendo sospechoso al resguardo de la Cordillera, fué arrestado, y enviado con buena escolta á Santiago, en donde Carrasco lo mandó encerrar en la caserna de San Pablo. Sin embargo, pasados algunos días, pudo ir á vivir en casa de un realista para el cual llevaba cartas de recomendación; de suerte que noobstante estuviese privado de una entera libertad, aun pudo comunicar con algunos liberales, en el mayor secreto, declarándoles reservadamente que era portador de un escrito del jeneral Belgrano para don Juan Martinez Rosas. Aquel
escrito, que se había escapado milagrosamente de manos de los del resguardo, fue inmediatamente remitido á don Juan Rosas, que se hallaba en Concepción, asín de que sirviese, como en efecto sirvió, a preparar aquel la provincia para sostener la lucha. En cuanto á Gómez, se quedó en Santiago, instruyendo á los denodados patriotas de esta capital de los acontecimientos de Buenos-Aires al tiempo de la deposición de Cisneros.
CAPITULO VI.

Carrasco procura ocultar la noticia de la revolución de Buenos-Aires.— Asunto de Ovalle, Rosas y Vera.— Los dos primeros son embarcados para el Perú, y el último queda en Valparaíso, enfermo.— Ruido que esta noticia ocasiona en Santiago.— El ayuntamiento toma partido por los desterrados y envía una diputación á Carrasco.— La real Audiencia se junta al cabildo para pedir una contradorden de desembarco.— Carrasco se presenta en la real Audiencia.— Mala acogida que recibe.— Adiere á la voluntad del pueblo, y, á petición de Argomedo, quita el empleo á sus amigos y empleados, Campu, Meneses y Tadeo Reyes.

Carrasco sabía, desde el 24 de junio, la revolución de Buenos-Aires, pero había creído oportuno ocultar la noticia, bien que ya se susurrase en la ciudad. El interés que tenía en ocultar aquellas noticias era tanto mayor, cuanto en los mismos pliegos había recibido comunicación de la firmeza con que el gobernador de Córdoba, Concha, había sostenido los intereses de la monarquía contra la injusticia y la ambición de los facciosos. Dos personajes de la mayor influencia le apoyaban en su temeraria empresa, el obispo Orellana, que representaba el poder real, y Santiago Liniers, que gozaba aun del prestigio que le habían dado sus victorias sobre los Ingleses.

Esta última noticia había infundido algunos ánimos á los realistas de Santiago, los cuales volvían los ojos con alguna esperanza hacia aquella coalición, que parecía querer reconquistar el poder perdido, y aun algunos aconsejaron con calor á Carrasco diese al público las proclamas contenidas en los citados pliegos, así como también las que acababa de recibir del embajador del
Brasil. Era, en verdad, un medio muy inocente de contrapesar en la opinión la noticia de la caída de Cisneros, de cortar al mismo tiempo el contagio de las ideas revolucionarias, ya prontas á introducirse en todas las clases de la sociedad, y á reducir casi á la nada la autoridad y el prestigio de los leales representantes de la monarquía española. Pero para eso habría sido necesario que Carrasco se pusiese de acuerdo con la real audiencia, y tenía demasiado puntillo para someterse á semejante condescendencia. En lugar de esto, prefirió perseverar en su mala política y oponer el disimulo y la astucia á las incesantes pretensiones de sus enemigos, cuyo número crecía, y cuya actividad se desplegaba cada día más.

Justamente, en aquella coyuntura, las cabezas no soñaban más que con una idea de justicia, y veían con despecho eternizarse la detención de los tres infelices presos en Valparaíso, pidiendo con instancias su regreso á la capital. Sobre este objeto, el gobernador recibió muchísimas peticiones por conducto del cabildo, en las cuales se le daban alabanzas y, para ablandar su corazón, se le trazaba un cuadro de los males físicos y morales que aquellos tres sujetos de distincion habían tenido que sufrir. Al mismo tiempo, los principales habitantes se ofrecían por fiadores de ellos y de su conducta para en adelante, y aun se adelantaban hasta prometer la pacificación de la ciudad. Como procurador de esta, se encargó de presentar la peticion Don Gregorio Argomado, y lo cumplió con mucho tino, y con un tono de afabilidad que contrastaba con su carácter austeró e impetuoso. Sus palabras respetuosas habían ya casi rendido al presidente; pero la mansión de los
tres celosos apóstoles de la revolución en Santiago le parecía tan peligrosa, sobretodo después que la opinión pública se había manifestado tan a las claras en favor de ellos, que se vió obligado á disimular sus verdaderas intenciones, y á emplear una superchería, solo recurso que parecía conveniente á la debilidad de su carácter, y á la decadencia de su poder. Por esta razón, sin duda alguna, se contentó con dar una respuesta insidiosa, prometiendo, bajo su palabra, que muy pronto aquellos tres ilustres ciudadanos volverían al seno de sus familias, por un lado, y dando órden, por otro, á Valparaíso, para que aquel gobernador los trasportase á bordo de la nave que iba á dar la vela para Lima.

Apenas hubo recibido el oficio del gobernador del reino con esta ultima orden, el de Valparaíso envió á llamar á Ovalle, Rosas y Vera, y se la comunicó, advirtiéndoles que hiciesen inmediatamente sus preparativos para aprovecharse del pequeño buque mercante la Montaña, que estaba aparejando para salir dentro de algunas horas del puerto. Al oir una orden tan cruel, aquellos infelices ancianos quedaron consternados, sintiéndose ya afligidos por su edad, sus achaques y males que habían padecido. Sin embargo, esperando aun enternecer al gobernador, le pidieron con candor les concediese algunos días para implorar la compasión del presidente, afin de obtener de él, por lo menos, los dejase allí hasta la entrada del verano, época en que no había borrascas que correr en el mar. Algunas personas, atraídas allí por el ruido de su marcha, y presentes á esta escena, procuraban interceder por ellos con todo el influjo que tenían; pero la orden era terminante y el gobernador tenía que darle cumplimiento.
Convencidas, desde luego, aquellas personas de que dicha orden había sido dictada por una pasión de encono, y que sería inútil insistir, despachen un propio á Santiago dando parte de un acto tan injusto y tan arbitrario. Las infelices víctimas de él no tuvieron tiempo para saber el resultado, pues aquel mismo día tuvieron que embarcarse para Lima, dejando su patria, su familia e intereses, y angustiados por un triste presentimiento, muy natural en un septuagenario, al emprender tan largo viaje y en tales circunstancias. Uno de ellos, Don Bernardo Vera, se quedó en Valparaíso, enfermo, con certificado del doctor Zapata, y, jeneralmente, se ha creído que había sido un pretexto para evitar el deshielo y, sobretodo, el resentimiento del virey Abascal, que, muchas veces, había ridiculizado, y que lo consideraba como uno de los más peligrosos patriotas de Chile.

La noticia de aquella tropelía llegó á Santiago el 11 de julio á las seis de la mañana, y se esparció como una centella eléctrica por toda la ciudad, llenando de estupor á todos los habitantes, y, como sucede siempre en semejantes casos, el pueblo se amontonó en tumulto en la plaza mayor para saber los pormenores de aquel desgraciado suceso. Al principio, sin embargo, había moderación; pero muy luego se exaltaron las cabezas, discutiendo, y concluyeron con un rapto furioso. Empezaron algunos gritos con amenazas, que fueron repetidos por la masa del pueblo, que pedía cabildo abierto con la unanimidad que demuestra la existencia de un resentimiento universal y que se presenta inaccesible á negativas bajo ningún pretexto. Es verdad que el Ayuntamiento mismo tenía sumo interés en que el pueblo
participase de sus propios sentimientos, afin de poder organizar y dirigir sus acciones y operar una revolución sin sangre ni convulsiones.

Con este pensamiento, el cabildo oyó sus quejas y se puso á su disposición. Se discutió con claridad y sin discursos difusos, es decir, neta y claramente. Se hizo una protesta firme y digna contra la injusticia de Carrasco, y contra su odioso maquiavelismo, decidiendo que una diputacion del cabildo se presentase inmediatamente á él para pedirle, en nombre del pueblo, una órden de desembarco, y libertad. Eizaguirre y Argomedo fueron á llenar esta mision con el mas profundo convencimiento de que era la cosa mas justa, mas prudente y necesaria para la tranquilidad de la ciudad, ya muy comprometida.

Advertido de este paso que iba á dar el cabildo, Carrasco había reunido algunos partidarios en su gabinete para que presenciasen su temeraria firmeza. En efecto, recibió la diputacion con una desdeñosa frialdad, que impone siempre un poco á los que van á pedir justicia; pero en aquel corto silencio Argomedo tuvo tiempo de reflexionar, y, tomando la palabra, empezó manifestándole la sorpresa que había causado su falta de palabra; continuó echándole en cara su doblez, su injusticia y la increíble irreflexion con que administraba, y concluyó pidiéndole una órden que revocase la que había dado, con advertencia de que el negársela podría serle fatal, en atencion á la esfervescencia que se manifestaba ya con síntomas alarmantes de un verdadero alzamiento.

Los caracteres débiles y, sobretodo, de poca reflexion, tienen muchas veces arranques desesperados. Cierta-
mente, Carrasco no era inhumano; pero, en sus actos, se dejaba llevar de una falsa conciencia, que le imponía una conducta sistemática, contraria a la justicia, y que le hacía sostener, á todo trance, los derechos de un poder que se caía de vetusted y de oprobio. Como primer magistrado tenía derecho al respeto de todos, respeto que ya ciertas autoridades subalternas empezaban á rehusarle, y ya se veía abandonado de la real audiencia, siempre pronta á adoptar una neutralidad insultante para su honor, y peligrosa para su gobierno. Todo esto, junto con el aislamiento en que se hallaba de todo apoyo, y con los progresos de la revolución, le llenaba de disgusto y de melancolía, y no era muy extraño que viéndose humillado por el tono altanero y casi imperioso de la diputacion, respondiese con otro desdénoso y lleno de resentimiento. Obrando así, pensaba vengarse de aquella afrenta; pero obraba impolíticamente, en vista de la fermentación que había por toda la ciudad, cuyo pueblo se entregaba al tumulto porque tenía la conciencia de su derecho, y no podía impedirse de perseverar en su demanda.

Así sucedió que tan pronto como se supo el mal resultado de la diputacion, muchos quisieron ir ellos mismos, en persona, á palacio para pedir justicia, y fue preciso todo el talento del procurador para oponerse á ello, prometiéndoles que se iba á acudir á la real audiencia, como, en efecto, lo ejecutaron los alcaldes y el procurador, yendo á esponer á aquel supremo tribunal las respuestas insultantes que les había dado el presidente, y la necesidad de que se presentase para discutir un asunto tan interesante para la tranquilidad pública, y para particular de los habitantes.
CAPÍTULO VI.

En cualquier otra circunstancia, la real audiencia había desoído los clamores del pueblo, siempre exagerado en sus demandas, y, muchas veces, injusto en sus pretensiones; porque, como magistrados, querían sostener el dogma de obediencia pasiva a las autoridades, así de conservar su propio prestigio, que no podía menos de menoscabarse con semejantes concesiones; pero desde algún tiempo á aquella parte, se hallaban bajo el influjo de ideas revolucionarias, y veían que la máquina se desquiciaba, en vista de lo cual muchas veces habían pensado poner remedio al mal, persuadiendo al presidente cuán meritorio le sería el dejar un puesto en donde ya no le era posible mantenerse con decoro. Por esta razón, las proposiciones del cabildo, en aquella sazon, tenían dos ventajas: la de lisonjear la vanidad del tribunal, y la de favorecer sus propios proyectos, los cuales eran muy propios á humillar al mismo presidente, motivo por el que la real audiencia dió buena acogida á la demanda, y nombró inmediatamente al oidor Irigoyen para ir á ejecutarla, acompañado del escribano de cámara, á fin de darle un carácter mas legal.

Fundándose en la etiqueta que le imponía su superioridad, Carrasco se negó, al principio, á suscribir á aquel acto de humillación; pero reflexionando en los inconvenientes que podría tener su resistencia, se resolvió, y tuvo que soportar los gritos de mofa de una multitud reunida en el primer zaguan de la cárcel sobre la que daban algunas ventanas de la audiencia.

Luego que el rejente Ballesteros hubo espuesto los motivos de aquella reunión, el procurador Argomedo renovó, en presencia de todos los oidores, las razones
ya dichas anteriormente & Carrasco, y exijó una órden perentoria para el regreso á Santiago de las tres víctimas atropelladas, añadiendo, después de haber dado una mirada á Eyzaguirre, que nadie saldria de la sala hasta que dicha órden fuese debidamente firmada y legalizada. Mientras habló el representante del pueblo, hubo un profundo silencio en el zaguan; pero apenas se hubo oído su conclusion, estalló una aclamacion unánime pidiendo la libertad de los ilustres Chilenos, y aun algunos se propusieron á pedir la deposicion del presidente, que en aquel instante se hallaba exaltado por el resentimiento, y por las ultimas palabras de Argomedo, las cuales le habian, por decirlo asi, embriagado de pasion y de orgullo, dejándolo incapaz de ningun jénero de temor. Sintiéndose, pues, herido en tal manera, y contando con la poca tropa que tenia en la plaza, preguntó, á su vez, y en tono amenazador, si estaban ellos mismos seguros de salir de la sala? Fanfarronada á la cual respondió Argomedo diciendo que cuatro mil personas se hallaban reunidas en la plaza, prontas á apoyar su demanda. Esta respuesta hizo callar al presidente, cuyo carácter era demasiado débil para perseverar en el arranque que le habia sujerto su despecho. Es verdad que, al mismo tiempo, sus amigos le daban aviso de que los oficiales, sobre los cuales contaba, fraternizaban con el pueblo y le manifestaban sus disposiciones amicales.

El éxito de la diputacion en la real audiencia, y el pronunciamiento arrogante de la multitud, habian entusiasmado á Argomedo en términos, que no se contentó con pedir el regreso de los desterrados, sino que tambien pidió la destitucion de tres empleados mayores, que eran: Campo, Meneses y Tadeo Reyes, como principa-
CAPÍTULO VI.

les consejeros de Carrasco. Los dos primeros habían aceptado su nombramiento a consecuencia de una destitución brutal y caprichosa, y se hacían muy bien cargo de que, a pesar de su talento y habilidad, una reacción, que no podía tardar mucho, se lo quitaría; pero el último contaba más de veinte años de servicio en la administración principal, y siempre se había distinguido por su talento y exactitud. Ya había sido, aun muy joven, secretario de O'Higgins, y le había acompañado en las muchas visitas que aquel ilustre presidente había hecho por toda la república. En la parte del Sur había asistido al parlamento de Negrete, cuyo historiador había sido también (1). Por el Norte, había contribuido eficazmente al fomento de las ciudades de Illapel, Coquimbo, Copiapó y otras, y al aumento de escuelas, que consideraba, con mucha razón, como principales elementos de civilización. Los sucesores de O'Higgins lo habían considerado como igual a un asesor; lo admitían en sus consejos y reuniones, y seguían su opinión, de preferencia a otras, en las cuestiones más delicadas, porque hallaban en ella la fuerza y el convencimiento de buen raciocinio. Su mérito, como empleado, no era menos brillante. Su jenio era laborioso, y no se contentaba con desempeñar puramente sus deberes, sino que también pasaba las noches en escribir sobre los diferentes ramos de la administración. Los documentos que aun existen en manos de su digno hijo, don Pedro Reyes, bastarían para dar una alta idea de su talento y capacidad de previsión, si los archivos del gobierno, hasta

(1) En nuestro atlas se halla este parlamento, que he dibujado según un plano que él mismo había levantado, y que obra en poder de su digno hijo, don Pedro Reyes.
entonces en bastante confusión, y desparramados, no
los confirmasen por el buen orden en que los ha puesto.
Todos los que han tenido ocasión de recorrerlos no cesan
de admirar la paciencia y el saber del que los ha dispuesto
de un modo tan bien arreglado. Mas, con todos estos bellos
antecedentes, aquel mismo sujeto estaba tildado como
peligroso para el país; porque, siendo un realista juicioso,
recto y convencido, y hallándose dotado de sentimientos vivos de religión, consideraba bajo un aspecto
fatal toda innovación que dimanase de los principios que
habían sumerjido la Francia en una horrible anarquía,
desterrando de ella sus dogmas religiosos, y contami-
nando hasta las antiguas instituciones de la mayor parte
de Europa, cuyos extremos se hallaban aun, en aquel
mismo tiempo, ensangrentadas por las espantosas guerras
producidas por dichos principios.
La nueva demanda del procurador ponía á Carrasco
en el mayor embarazo, no tanto por la contra orden pe-
dida para el regreso de los desterrados, puesto que tenía
motivos para pensar que el barco que los llevaba cind-
glaba ya á Lima, sino por lo penoso que le era el quitar
el empleo á sus tres amigos, y tanto más cuanto eran las
solas personas que le quedaban afectas á su gobierno, y
sobre las cuales pudiese aun contar. Persuadido de que la
real audiencia no cometería la imprudencia de rehusarle
su apoyo en circunstancias tan críticas para la monar-
quía, pidió permiso para entrar en consejo con ella; pero la deliberacion ruló en un sentido favorable al
pueblo. Los oidores le aconsejaron se rindiese á sus ins-
tancias, añadiendo que en ello no haría prueba de jene-
rosidad, sino mas bien un acto de necesidad, en atencion
á la fermentación de las cabezas, y á la poca confianza
que podían inspirarle sus tropas, las cuales parecían unidas con el pueblo, como verdaderos hermanos.

En consecuencia, Carrasco se decidió a formar las deposiciones del asesor interino, don Juan José Campos, del escribano, sustituto de cámara, don Francisco Ménesés, y, con mucho mayor sentimiento, la del secretario don Juan Tadeo Reyes, lo cual fue considerado por la jeneralidad de los habitantes como una de las mayores injusticias. Pero ya se sabe que las revoluciones son un verdadero océano de bonanzas y tempestades, alternativamente, y que en medio de rasgos heréticos se presentan manchadas con acciones indignas, y aun también criminales, como si la Providencia hubiese dispuesto que nada fuese perfecto en este mundo miserable orgullosamente. Finalmente, por colmo de humillación y de vergüenza para el presidente, el supremo tribunal le quitó estos tres empleados, y puso á su lado al oidor decano don José Santiago Concha, sin cuyo consentimiento era condición expresa no se tomase determinación alguna.

El cabildo recibió, á la una y media, el decreto que devolvía la libertad á los illustres prisioneros, con estrepitosas aclamaciones del populacho, que, ya mucho más numeroso y ajitado, esperaba nada menos que la caída del presidente. El alférez real don Pedro Larraín se ofreció para ser portador de la voluntad del pueblo, y salió, acompañado de doce personas de la mayor distinción, con el decreto para Valparaíso, á donde le habían precedido otras muchas que habían marchado apresuradamente por la mañana, con el fin de llegar á tiempo para impedir la salida del trasporte que los llevaba; si, por ventura, se hallaba aun en el puerto.

Por desgracia, llegaron demasiado tarde. El Miontino
había dado la vela al viento el día anterior, y, por mayor desgracia, no había quedado un solo barco en el puerto para correrle en pos, y entregarle los pliegos de Carrasco para el virey del Perú, con la orden de la libertad de los presos infelices que llevaba.

En vista de este contratiempo, Larrain puso inmediatamente en conocimiento de sus familias aquel suceso, y aun les remitió los mismos pliegos, con lo cual la mujer de uno de ellos, doña Mercedes Salas de Rojas, tuvo la valiente resolución de enviarlo por tierra con un propio, á espensa suya, pías expensas, propio ó correo que anduvo, en un mes, mas de seiscientas leguas, atravesando el inmenso, árido desierto de Atacama, cuyo camino hacia mas de dos siglos estaba abandonado.

Mientras que el público se lamentaba de aquella fatalidad, Carrasco, aun halucinado por su terca inclinación, había convidado algunos de los pocos amigos que le quedaban á un concierto que daba aquella noche en su casa, bien que no pudiese quedarle duda de que cuanto le decían, y él mismo veía, no era cuento sino la pura verdad espresada altamente y á gritos por el espíritu público, y que, insultando á este mismo espíritu, como lo hacía, aumentaba el disgusto jeneral y daba nueva materia de triunfo á los descontentos. Así sucedió en efecto. Las murmuraciones y sátiras á que había dado lugar se renovaron con mas saña; sus enemigos lo acusaban de soberbio y de proyectos violentos contra la ciudad, y una visita que hizo, el día siguiente, al cuartel de artillería, bastó para alarmar á todos los habitantes, que, desde luego, juzgaron que era del mayor interés para ellos el ponerse en actitud de defensa. El mismo día, se esparció la voz de que el procurador Argomedo y los dos
alcaldes Eizaguirre y Cerda, así como también algunas otras personas de influjo, que habían figurado mucho en las precedentes reuniones, estaban seriamente amenazadas de una venganza del presidente, para lavarse de su vergüenza y humillación. Es verdad que muchos creyeron que aquellos ruidos eran una pura y astuta invención de las cabezas de motín para exasperar al pueblo contra Carrasco; pero bien que las consecuencias no los hayan ni confirmado ni desmentido, todo era de temer de su parte, y tal fue la aprensión del público, que más de mil hombres, armados por la mayor parte, se reunieron aquella noche en la plaza, como de reten. Desde allí, enviaron patrullas por diferentes partes de la ciudad, y mientras unos protegían con su presencia las casas de los patriotas amenazados, otros se mantenían vigilantes observando si no había movimiento de tropas y de artillería. Estas precauciones duraron toda la noche, á pesar de los rigores de la estación de invierno, y se repitieron, tal vez con más celo, los días siguientes; porque las imaginaciones del pueblo estaban exaltadas con el recuerdo de los actos arbitrarios cometidos contra Rojas, Ovalle y Vera, y aumentaban con su propia exageración la verosimilitud del riesgo que corrían los ilustres representantes.

Por todo esto, se echa de ver con qué carácter grave e imponente avanzaba la revolución, que cada día se mostraba inminente. Todos aguardaban, á cada instante, verla aparecer á las claras manifestando todas sus pretensiones, pues los pronunciamientos á mano armada se componían de una tal masa de fuerzas, que quitaba, virtualmente, toda especie de independencia á las autoridades españolas. Sin embargo, pocos patriotas, ni
aun de aquellos en quienes se hallaba, por decirlo así, personificada, preveían con claro discernimiento toda la trascendencia que tendría, pues muchos de los que anhelaban por una reforma social no pretendían por eso emanciparse de la madre patria, y se hacían la estrana ilusión de poder formar un gobierno enteramente nacional, sobre el cual el rey Fernando, a quien se sentían sinceramente sometidos, no tendría más que un simular de autoridad. Otros, al contrario, sobre todo los Españoles, trataban de mantener íntegros todos los derechos de la corona; y los más timoratos, por no decir, pusilánimes, esponían todas sus aprensiones, escotadas de muchos y diversos consejos, a la real audiencia, la cual, por el canal del oidor Concha, tenía parte deliberativa en las resoluciones y actos del gobierno. Es verdad que ya dicho tribunal tenía muchas zozobras, en razón de la fermentación que también se había estendido a las provincias, y se reunía, muy á menudo, en consejo para tratar de cortar sus progresos; porque tenía correspondencias confidenciales en que se le daba parte de las muchas sociedades que se formaban en las casas de patriotas exaltados, y en las cuales se proyectaba derribar al gobierno existente, y poner, en su lugar, una junta compuesta, principalmente, de miembros del país.

Por legal que fuese la ejecución de dicho proyecto, como reflejo de la política de la misma España, tenía el inconveniente grave de poner alerta los derechos del hombre, y de emancipar el pensamiento en favor de la libertad y de la justicia, obligando á dicho tribunal, por el hecho mismo, á abrazar todas aquellas ideas, y á someterse á ellas hasta que fuese posible dominarlas para que
redundasen en favor del rey y de sus intereses. Lo que querían, ante todas cosas, era conservar el mismo gobierno sin mas alteración que el remplazo del gobernador, que mandaba por una persona del país de bastarne influjo para el mantenimiento del orden y de la misma especie de administracion (1). El que reunía todas las circunstancias y cualidades que requería el papel de gobernador, tal como lo ideaban, era el conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano; porque era sumamente rico, de una de las cunas más ilustres del país, y tenía muchos parientes muy considerados, no solo en la capital sino también en muchas provincias del reino. En cuanto a él mismo, ya había llenado los primeros empleos y tenía despacho de brigadier con fecha del 18 de setiembre de 1809, despacho que le daba un derecho incontestable a la presidencia, si llegaba a vacar. Por consiguiente, se ataba de preconizar aquel personaje, ensalizando sus méritos, servicios y calidades, por un lado, y, por otro, de poner patente la necesidad de destituir á Carrasco, ó, á lo menos, de urjirle á que diese su demisión, en obsequio del interes general.

Esta idea fué encomendada á agentes secretos y discretos para que la esparciesen por la ciudad, y la inculcasen á sus habitantes, y, en efecto, lo ejecutaron con tanta sagacidad, que los patriotas la adoptaron como si fuese parto de su propio entendimiento. Es verdad que todos tenían interés en propagarla en un sentido, á saber, que el ejemplar de una destitución de aquella naturaleza era, no solo una novedad immensa para el país, sino que también desquiciaba el poder español,

(1) Conversación con Gaspar María.
ponía en claro el derecho que tenían los notables del país de tener arte ó parte en el nombramiento del presidente y hacia presentar el principio de una nueva era administrativa y social.

Una vez decretada, en dichos términos, la deposición de Carrasco por el pueblo, restaba que la real audiencia llenase el penoso y difícil encargo de sujeterle su aceptación, para lo cual se necesitaba la mediación de un hombre de influjo y de persuasión que lo indujese á dicho consentimiento; en atención á que su carácter era terco é interesado, como todos sabían. Por estas razones se pusieron todas las miras en el R. P. Cano, confesor del mismo gobernador, depositario, naturalmente, de su confianza, y dotado de todas las santas virtudes de su ministerio. La real audiencia le pasó recado, y le dió á entender, sin dificultad, la situación crítica del país, situación que llenaba ya de tribulaciones al mismo padre, poco mas ó menos, como á todos los realistas, y aceptó, sin reparo, aquella delicada mision, á la cual preparó al gobernador con palabras halagüeñas.

Pero sus flores de retórica quedaron sin efecto. Carrasco rechazó desdeñosamente la proposición como vergonzosa para él y contraría á los intereses del estado. Bien que ya se sintiese interiormente desamparado de toda su fuerza moral, aun creía poder contar sobre las tropas, y su negativa final fue acompañada de un jesto convulsivo de impaciencia, en vista de lo cual Cano vió claramente que era inútil perder tiempo en querer persuadirlo, y se fué á dar parte de su mal suceso á la real audiencia.

Justamente, á la sazon, aquel tribunal acababa de recibir de un miembro del Cabildo el parte mas alar-
mante sobre la actitud del pueblo, actitud que denotaba indubitadamente que se acercaba la crisis tan temida, y por la cual su propia existencia iba a hallarse comprometida. En consecuencia, resolvió condenar al ostracismo al hombre que era la causa principal del desorden que crecía visiblemente, y se trasportó, en cuerpo, al palacio del gobernador.

El rejente, tomando la palabra, puso á la vista de Carrasco las imágenes mas espantosas, como resultado infalible de su resistencia á la voluntad general. Los clamores que se oyen, le dijo, la conmoción que todos veimos, no son una pueril ficción y sí el estremecimiento de una fuerza potente, irresistible, que se prepara á arrancar por la raíz todos los elementos del poder de la corona, empezando por el de V.

Lejos de rendirse á estas razones, Carrasco entamó una discusión sobre el objeto de la demanda, á la que no podía oponer más que la consciencia de su inviolabilidad; pero contra esta objeción, que sería de mucho peso en diferentes circunstancias, el rejente le puso argumentos sin réplica que lo acosaron, y tuvo que decírse á dejar un puesto en el que se había visto perpetuamente juguete de todos los partidos; pero, afín de poner su grave responsabilidad á cubierto, pidió hacerlo en presencias de todos los cuerpos políticos reunidos.

En efecto, se reunió aquella memorable asamblea el día 16 de julio de 1810, asamblea que se redujo á una junta de guerra, con la real audiencia y el Cabildo por acompañados. Después de haber pedido á la asamblea su consentimiento, que le fué concedido, Carrasco expuso que su salud, sumamente debilitada, no le permi-
tía entregarse al cuidado de los asuntos administrativos con la eficacia que pedían las circunstancias críticas del país, y que exigiéndolo, como lo exijan el interés de la monarquía y la tranquilidad del país, creía oportuno el desistirse del título de presidente en favor de otra persona propia á calmar la fermentación de los espíritus. Pidió, en seguida, para ejecutarlo sin conflictos, el beneplácito de los militares que por su graduación y antigüedad tenían derecho á la sucesión del mando; á lo cual le fué respondido que aquel derecho pertenecía al conde de la Conquista, como brigadier el más antiguo, pues lo era, en efecto, de algunos meses más que el intendente de Concepción, don Luis de Alava, el único de su grado. En consecuencia, se dieron votos y todos recayeron en el conde de la Conquista, en vista de lo cual Carrasco pronunció con voz alterada su abdicación, pasando, al mismo tiempo, el bastón á manos de don Mateo de Toro Zambrano, con grande satisfacción de la asamblea, y aplauso de una multitud de habitantes que aguardaban con ansia por este resultado delante de palacio.

Así se terminó la carrera política de aquel personaje, que la ventura sola había ensalzado á la suprema dignidad del estado, dignidad que habría podido sostener en tiempos de buen orden y de regularidad, pero que en aquellas circunstancias, muy ciertamente, no podía menos de comprometer. Sin embargo, sin querer hacer la apología de ciertos actos de rigor y de injusticia que hubo en su gobierno, no se puede negar que Carrasco era humano y tenía probidad; pero débil y limitado, la cortesía de sus luces y la prontitud con que se acaloraba lo precipitaban á providencias las más impolíticas y opuestas á lo que exijan las circunstancias.
Tan pronto se dejaba llevar indolentemente mirando con indiferencia el progreso de las ideas, tan pronto tomaba medidas exageradas de rigor contra ellas, y así siempre acababa por proporcionar alguna ventaja á los partidarios de la revolución. La suprema junta de España le había espedido el despacho de gobernador en propiedad de Chile, con fecha de 10 de febrero de 1809; pero el virrey del Perú, Abascal, que había recibido diferentes informes sobre su incapacidad, no le había dado curso. Es verdad que, por informes de la misma naturaleza, la rejencia misma de Cádiz se lo quitó un año después, temblando de que pusiese las cosas en peor estado, y lo había trasladado á la real audiencia, que no tuvo tiempo para disfrutarlo. En resúmen, el día de su caída fué para Carrasco y sus partidarios un día de duelo, como lo fué de esperanza para los demás partidos, de los cuales unos contaban sobre el influjo de los numerosos deudos y aliados del nuevo presidente en la tranquilidad pública; y otros, por el contrario, presentían, y casi creían ver la revolución realizada y dando nacimiento á una nueva era social. En cuanto al gobernador caído, su desgracia no le quitó del pensamiento sus intereses, y aun tuvo la mala suerte de inspirar una especie de desprecio final reclamando la totalidad de los 10,000 pesos de su sueldo de presidente.
CAPITULO VII.

Don Gaspar Marín es nombrado asesor del presidente, y don Gregorio Argo-medo secretario. — Pronunciamiento de los liberales, a consecuencia de un banquete en casa del conde de la Conquista. — Mal éxito de los miembros del cabildo en su proyecto de aumentar el número de regidores. — Medidas que toma don José Antonio Rodríguez para impedir la instalación de la junta de que se trataba. — Su carta para comparecer en casa del presidente y su enérgica respuesta. — Dificultades que encuentra la real Audiencia para hacer jurar obediencia a la reynería de España. — Interpretación del ayuntamiento contra don José María Romo, por causa de sus sermones sediciosos.

La caída de Carrasco era, plena y completamente, obra de la real audiencia. Esta fue quien la proyectó, quien esparció su utilidad, y, finalmente, quien salió con ella. Lo que resta, ahora, á saber, es si consiguió lo que quería con esta especie de éxito, es decir, si aquella suprema corporación pudo atajar la reforma encerrando el movimiento en un cuadro de estrechos límites, ó mediano, conforme, en fin, con los deseos y los intereses de la monarquía.

Ya se sabe que en una revolución social apoyada en principios de derecho, de justicia y de libertad, todo impedimento se hace ilusorio, aun cuando el pronunciamiento se hiciera por una minoría débil é impotente. El carácter de estas revoluciones es el obedecer á las inspiraciones y á las necesidades de la época, y de adelantarse sin volver nunca la cara. Es cierto que los progresos son lentos, casi imperceptibles y nunca jamás uniformes; pero todo esto no les impide el ser continuos, y, por lo tanto, suficientes para llegar á los límites que les señala el desarrollo proporcional de las ideas y de las luces de
la nación. Esta es la marcha progresiva de toda civilización, y esta misma marcha estaba reservada para las diferentes comarcas de la América, dominada durante tres siglos por un verdadero espíritu de debilidad y de sumisión.

La real audiencia, al hacer nombrar el conde de la Conquista presidente del país, había querido hacer creer que cedía á los deseos del pueblo y del partido reformista. Era este un medio que le habría asegurado una cooperación general, en caso de necesidad; pero tenía por fatal consecuencia el dar mas atrevimiento y mas pretensiones al mismo partido; porque, en las grandes convenciones populares, en las cuales los espíritus se hallan tan violentamente ajitados, las concesiones son sumamente peligrosas; á la primera se sigue la segunda, y de debilidad en debilidad la autoridad pierde muy luego su derecho, y, por consiguiente, su fuerza moral. Toro Zambrano era, sin duda alguna, un personaje que por su nacimiento y sus bienes de fortuna podía ejercer el mayor influjo en el país, que lo amaba y lo consideraba. Su apego á la monarquía era franco y sincero, y, con respecto á su carácter, era brillante en virtudes y cualidades; pero ya de edad de ochenta y seis años, ya se comprende que también tenía las que da la decrepitud. Sus alcances eran muy limitados; no tenía energía ni voluntad propia, y sus ideas, ya bastante mudables, dependían del último que le hablaba. Así lo vamos á ver, durante su corta administración, en una fluctuación continua de pensamientos y de acciones; acosado, alternativamente, por los dos partidos, y, alternativamente, sometido á sus diversos caprichos, mudando á cada instante de opinión, y concluyendo, como
era de prever, por adoptar aquella cuyo símbolo era: actividad, vigor, penetración y ciencia.

El primer pensamiento de este nuevo gobernador, al entrar en el mando, fue puramente y altamente moral; manifestando la voluntad firme de reconciliar los espíritus, y de reunirlos en un mismo centro de sentimientos de afecto y de adhesión a Fernando VII. Este pensamiento podía, tal vez, haberle sido sujeto por la real audiencia, que tenía sumo interés en restablecer el orden, con olvido de todo lo pasado; pues así de hacer variar el influjo popular, atraíéndoselo a su propio favor, había mandado celebrar el nombramiento de aquel presidente con solemnidades funcionales, durante las cuales se esparcieron proclamas que respiraban una paz y beatitud muy propias a serenar los espíritus apocados, pero no menos opuestas a la energía necesaria para sostener debates acalorados y vehementes de progresos. De que los Chilenos se hubiesen sometido, sin murmurar, a una obediencia pasiva, durante tres siglos, no se seguía que hubiesen de permanecer para siempre en aquel triste y vergonzoso servilismo. El conde de la Conquista no era para ellos el palacio de la monarquía y de su eterno sistema de inobedencia. Lejos de eso, su título le imponía una misión mucho más importante y noble, cual era la de constituirse, como instrumento de transición, el representante de una era de fin y de renovación que tendía a dejar en olvido y borrar enteramente lo pasado, preludiando a lo venidero. Era, por consiguiente, preciso, por decirlo así; apropiarse este influyente personaje, imbuyéndolo de ideas del siglo, ó bien llevarlo por la mano, como a un ciego, é insensiblemente, al fin a que lo destinaba la Providencia.
Entre los hombres de talento de la época, figuraba D. S. Gaspar Marin, aun joven y natural de la Serena, y vecindad, desde su niñez, en Santiago, en donde por su muda capacidad había ganado, en concurso, la cátedra de Leyes en la Universidad, la presidencia del colegio de abogados y, finalmente, el título de asesor del consulado. Pero en lo que se distinguía sobremanera era en la elocuencia brillante con que le había dotado la naturaleza. Hablaba con admirable pureza; tenía una memoria prodigiosa, a la cual debía su grande erudición, y, resumiendo en sí todas las eminentes cualidades del orador, tenía un ascendiente de persuasión tal, que ninguna opinión contraría le resistía. Amigo y consejero, ya mucho tiempo había, del conde Toro, este lo llamó á su lado, tan pronto como ascendió al gobierno, para que fuese su asesor, con gran disgusto de los realistas, los cuales tenían demasiada prevision para no temerle, por la escasa travesura de su talento. A poco tiempo después se le asoció, como secretario del presidente, el impetuoso y audaz Argomedo; de suerte que estos dos ilustres patriotas eran las dos columnas de gobierno del conde de la Conquista.

La real audiencia no tardó en conocer que se había dado chasco á sí misma, y en sentir amargamente el haber tenido arte y parte en aquella mudanza de gobierno, adquiriendo, en breves días, el convencimiento de qué el jefe que había juzgado conveniente oponer á las ideas destructoras de la revolución era un sujeto crédulo; débil, fácil de engañar, y, por consiguiente, propio á comprometer, involuntariamente, los derechos de la monarquía. Este temor, ya bastante fundado, se hizo mucho más inquietante aun á consecuencia de un ban-
quete que el presidente dió á los S. S. de aquel supremo tribunal, y al cual fueron también convidados el cabildo, los jefes militares y otras muchas personas de distincion. Todos creían (y sin duda alguna, tales eran las intenciones del presidente) que aquella reunion ofrecería una coyuntura favorable para reconciliar algun tanto los partidos; pero, lejos de eso, solo sirvió á hacerlos, recíprocamente, más desconfiados y odiosos. En el número de los convidados había muchos que eran exaltados, y entre los cuales el doctor Vera, que acababa de llegar de Valparaiso, y que, por esta razon, se presentaba adornado de la aureola de gloria, ganada en su injusto destierro.

Al principio de la comida, sin embargo, su lenguaje era puramente jovial, alegre, agudo y picante, pero, muy pronto, animado por las miradas espresivas de los patriotas, y el recuerdo de las persecuciones que acababa de padecer, su agudeza se cambió en indirectas mordaces contra la monarquia, y en sátiras contra los corifeos del partido realista. Su verveosidad seductora no tardó en cautivar la mayor parte de los convidados, y, desde luego, la conversacion dejó en discusiones politicas las mas ruidosas, y casi tumultuosas. Por mas que el presidente y algunos oidores manifestaban su desagrado, se rompieron los diques de la circunspeccion, y todos hablaban en términos y de manera que no se oían ya mas que pullas e invectivas contra la administracion (1) colonial y contra las injustas pretensiones del gobierno.

Don Francisco Antonio Perez, especialmente, las ridiculizaba con la mas salada agudeza.

(1) Conversacion con don Miguel Infantes.
CAPÍTULO VII.

Marín, sabio y purísimo lógico, demostraba cuan absurdas eran, y vencia todas las opiniones contrarias, á medida que hablaba.

Fern. Errázuris no reparaba en predecir claramente la ruina total de España, y aseguraba que al dejar el trono Fernando VII se había llevado tras sí, y para siempre, á toda su posteridad.

Eizaguirre, respirando convencimiento, hacia la apología del movimiento revolucionario de Buenos-Aires, y sostenía con calor y obstinacion el derecho que habían tenido aquellos habitantes de constituir una junta gobernadora. En este particular, el que mas lo apoyaba era Miguel Infante, hábil abogado, el cual, aunque jóven, ya dejaba ver, en sus jestos y lenguaje, el carácter audaz y firme de un verdadero tribuno.

En vista de un pronunciamiento semejante, que manifestaba tan á las claras las miras secretas y la ambición de los revolucionarios, la real audiencia comprendió que la presidencia de aquel gobernador no sería mas que un campo de batalla que iban á disputarse los dos influyos contrarios, como un estribo para subir al poder; y, asaltada de tristes presentimientos, no vió mas recurso contra tamaño mal que el que podía ofrecer la firmeza inflexible de sus propios actos. En consecuencia, usó de todos los medios que estaban á su alcance para contraminar las asechanzas del partido novador.

Justamente, en aquel mismo momento el Ayuntamiento pedía se nombrasen seis rejidores mas, so pretexto de que eran necesarios para desempeñar todas las tareas que las circunstancias imponían; y los oidores, no viendo en aquella demanda mas que un medio disi-
mulado de alcanzar una mayoría para sus fines, consiguieron, por medio del fiscal, que fuese desechada, como también que se impidiese una grande reunión que los discontentos habían proyectado con el objeto de protestar enérgicamente contra aquellos impedimentos, y aun de pedir con osada determinación la instalación de una verdadera junta.

En efecto, Miguel Infante decía públicamente que dicha instalación se verificaria muy pronto, y su aserción se acreditaba tanto más, cuanto ocupaba el puesto de procurador de la ciudad que acababa de dejar Argomedo. Con su entusiasmo patriótico, Infante no sabía hablar de otra cosa, no tenía más conversación que aquella, y cuando oía decir que algunos miembros del clero intrigaban en favor de la monarquía, no podía impedirse de mezclar en sus coloquios palabras insolentes para los que, en su opinión, debían su poder y el temor que inspiraban a la ignorancia y a la credulidad de un pueblo acostumbrado a dejarse engañar durante muchos siglos. Indirectamente, semejantes palabras eran dirigidas contra nuestra santa religión, y no podían menos de sobresaltar al clero, que ya se sentía bastante desasosegado con las ideas impías de que hacía alarde la juventud. Este fue, sin duda, el motivo por el cual don José Santiago Rodríguez juzgó muy conveniente el tomar, como vicario capitular, la defensa de la religión misma, en la persona de Fernando. Bien que fuese un acendrado realista, solo pensaba, en aquel instante, en los riesgos que corría el catolicismo en América, que se hallaba casi amenazado por un verdadero cisma, debido a las ideas desorganizadoras de la época, y su conciencia le dictaba que el
monarca solo podía detenerlo al borde del precipicio.

Con este convencimiento, y con ayuda de algunas personas pías y timoratas como él, escribió a todos los curas de su diócesis una circular llena de exortaciones a la fidelidad y apego debidos a la monarquía, mandándoles, al mismo tiempo, que empleasen todo su poder para que cada uno hiciese firmar la suya por el suedelegado, y por el mayor número posible de habitantes del campo, los cuales prestaban aun entera obediencia a los ministros del culto.

El cabildo, que tuvo noticia de dicha circular, y de la clausula especial contenida en ella, recomendando no cambiasen nunca, ni bajo pretexto alguno, de gobierno, no vio en ellas mas que un abuso del ministerio sacerdotal, y una invasión de la influencia religiosa en el interes exclusivo de un partido político. Alarmados por la perspectiva de los resultados que podía tener aquel plan de resistencia, los cabildantes resolvieron pedir al gobernador su mediación para oponerse a él, y nombraron, sin pérdida de un momento, cuatro diputados (1) para ir á citar ante la autoridad de aquel primer magistrado al imprudente sacerdote que les inspiraba aquellos temores.

Fue la diputación á palacio, y Miguel Infante, como procurador de la ciudad, tomó la palabra y espuso los graves inconvenientes y riesgos que podrían surjir para la tranquilidad pública de permitir circulasen escritos que, para él, no podían tener mas objeto que el entregar el país á la princesa Carlota, como era fácil averiguarlo rejistrando la correspondencia y papeles del vicario.

(1) Los SS. Larrain, Perez, Errazuriz e Infante.
Bien que estas palabras hubiesen sido dichas con modo respetuoso, Rodriguez respondió en términos que denotaban la irritación que les habían causado, expresando con indignación su extrañeza de verse acusado de conspiración en favor de una princesa, ya, por decirlo así, considerada como extranjera á España; y, sobretodo, de que se quisieran profanar con mano sacrílega escritos inviolables, por la santidad de su ministerio. Finalmente, apurado por lo odioso de aquellas suposiciones, y fiándose á su inocencia, pidió, él mismo, la ejecución de aquel acto arbitrario, y el permiso de someter al juicio de la opinión pública algunas cartas que acababa de recibir, y en las cuales se veria si los habitantes de Rancagua, y de otras muchas partes, eran del mismo bando que el cabildo, siempre dispuesto, á lo que parecia (añadió él), á sacrificar el bien público á novedades tan quiméricas como fatales al mantenimiento universal de la fe.

Esta respuesta, tan enérgica como espresiva, y debida probablemente al estado de exasperación en que se hallaban el clero y los realistas, dio buenas esperanzas á los señores de la Real Audiencia, que, justamente, deliberaban, á la sazón, sobre los términos en que debía ser reconocida la rejencia de Cádiz, ya reconocida, según anunciaban los pliegos que acababan de llegar, por casi todas las provincias de España. El rejente opinaba que aquel reconocimiento debía de hacerse con funciones y regocijos públicos, tan propios á entusiasmar al pueblo, y el presidente, previo el parecer del fiscal, había adoptado la misma opinión. Pero alarmado por ruidos inquietantes que el viento del cabildo le susurraba, no tardó en retractarse, ó, lo que es lo mismo,
quiso diferir hasta el día 21 para recibir en su propia casa, y sin ninguna especie de aparato ceremonial, el juramento que los miembros del cabildo querían evitar a toda costa. No reflexionaba el presidente que, por el hecho de ceder tan fácilmente a las sujestiones de los partidos patriotas, mostraba un carácter débil y versátil, que muy pronto le haría mudar de parecer dejándole caer en un sistema penoso de variaciones, de alternativas y de incertidumbre, segun se fiase en las apariencias de un interes lejítimo y posible de cada partido.

De esta retractación se siguieron pretestos mas ó menos vanos, y, por la misma razón de la grande importancia de la discusion, la indecision del presidente se hizo mas difícil de vencer. Durante muchos días, le fué imposible el fijarse en una idea racional. Tan pronto inclinaba á un lado, tan pronto á la parte opuesta, y, en medio de estas oscilaciones de su espíritu, las corporaciones eclesiásticas, lejislativa y militar, reunidas en su casa el 23, le hicieron salir al son de cajas, y le llevaron, casi por fuerza, á la plaza mayor, en donde fué finalmente proclamado el supremo congreso de la rejencia de España. Si se ha de dar crédito á los ruidos que corrieron sobre aquel acto solemne, el presidente había obedecido tan maquinalmente al impulso forzado que había recibido, que su indecision había sido la misma en todo el tránsito de su casa á la plaza.

Pero, lejos de dar fuerza y vigor á los realistas, aquel nuevo triunfo de la Real Audiencia no sirvió, al contrario, mas que á apresurar el momento de su caida, escitar á los patriotas á emplear todos los medios de salir avante, y á luchar para conseguirlo, puesto que no les quedaba mas recurso. Además, desde que la religion se
había hecho el elemento moral del partido contrario, la cuestión de la junta era mucho más difícil de resolver, porque esta circunstancia embarazaba tanto más su política, cuanto los principios religiosos, que servían de principal apoyo á la política opuesta, ejercían un poderoso influjo, y la forzaban á rebatir los argumentos, de difícil réplica, de que se servía el clero, sobretodo el regular, cuyos religiosos predicaban en los púlpitos, no solo con apasionada desenvoltura, sino también con temeridad, contra el movimiento revolucionario. No contentos con inculcar á sus oyentes la fidelidad al monarca, como defensor de la religión cristiana contra los peligros que la amenazaban, llenaban de espanto y terror su débil credulidad con odiosas cálmulas contra sus enemigos, ó, como ellos los llamaban, contra los visionarios cuyas ideas turbulentas tendían necesariamente á sumerjar el país en un caos de ruinas, por medio de la anarquía y de la impiedad.

Al cabo, el Ayuntamiento, juzgando que aquellos sermones, demasiado frecuentes, eran no solo contrarios al buen orden sino también al verdadero espíritu de la Iglesia, pidió què el P. José María Romo, uno de los más diestros y osados predicadores, compareciese ante el presidente para responder á los cargos que se le hiciesen. A la cabeza de la diputación encargada de esta demanda se hallaba el procurador de la ciudad, que era el mismo Miguel Infante, el cual desarrolló, en aquella ocasión, su carácter distintivo de rígido tribuno. Después de algunas palabras de puro preámbulo con el presidente, Infante entró en materia, demostrando, con la gallarda elocuencia de que estaba adornado, los graves inconvenientes que había en tolerar se
introdujese en discusiones políticas en el santuario de la religión; y luego, volviéndose al padre, le manifestó que en lugar de llenar el corazón de sus oyentes de sentimientos de odio, tan contrarios a la ley de su santo ministerio, debería seguir los preceptos de caridad del evangelio, procurando calmar las pasiones, apaciguar enemistades y atenuar toda causa de discordia; porque (añadió él) la misión de un ministro de paz es rogar al Espíritu Santo se digna alumbrar al pueblo para que conozca sus verdaderos deberes de unidad, de amor y de libertad; y, al pronunciar la última palabra, se expresó con mucha más fuerza, dando a entender que aquel derecho, inherente al cristianismo, sería, de allí en adelante, inseparable de todos sus pensamientos y acciones (1).

Por su edad, el presidente se inclinaba de corazón al partido del clero; porque, al llegar al término de la vida, el hombre se hace naturalmente timorato, prudente y, sobretodo, enemigo de todo conflicto propio a comprometer el fin de su carrera. Los patriotas, que conocían su debilidad y la inconstancia de sus ideas, convinieron en que era preciso dar, sin pérdida de tiempo, el último golpe, puesto que habían empezado a descubrir la cara, y obrar decididamente. Este era el pensamiento de la junta de Buenos Aires, siempre perseverante en llevarlos por aquel camino, como también lo era de don Antonio Helinda, don Ignacio de la Carrera, don Juan Henríquez Rosales y de otros muchos, tanto miembros del Ayuntamiento como de fuera de esta corporación, los cuales se hallaban imbuidos de los debates que había en sus reuniones, principalmente

(1) Conversaciones con don Miguel Infante.
en las que tenían en casa de Manuel Cotapos, Agustín Eizaguirre, Diego Larrain y otras, que eran verdaderos clubs de la revolución chilena. Por otra parte, el movimiento que intentaban operar se apoyaba en los más bellos principios de derecho y de justicia, y no podía menos de cautivar los ánimos de todas las clases. Hasta el mismo presidente, rodeado, como lo estaba, de patriotas los mas entusiastas y convencidos, se sentía seducido, y, en su familia, que era numerosa, solo doña Josefa Doumont, nueva suya, pensaba con afecto á la monarquía, porque era oriunda Española, y, por consiguiente, del partido de sus compatriotas. Pero ¿si sostenía con celo y tesón el interés de este partido, qué podía hacer contra las fuerzas poderosas que precipitaban el movimiento? Nada, y así sucedió que no tardó en tener que alejarse para no presenciar sus inevitables resultados.
CAPITULO VIII.

Desesperacion de los realistas al ver los progresos de la revolucion.—Procuran levantar algunas tropas á sus espensas.—Pasos que dan para ganar al presidente á su partido.—Indecision de este jefe é inconstancia de sus opiniones.—Al fin, toma partido por los liberales, y al anuncio de la llegada del jeneral Elío de Montevideo á Chile, como presidente, se decide por la instalacion de una Junta suprema.—Competencia que tiene con la real Audiencia.—Desasosiego de los diferentes partidos.—El ayuntamiento reune en los arrabales casi todas las milicias de los contornos de la ciudad.—Ultimo esfuerzo de la real Audiencia para impedir la convocacion de una junta.

La determinacion irrevocable de los patriotas era el suplantar, por una junta nacional, el gobierno absurdo que los habia avasallado hasta entonces, y aniquilar, de una vez, la triple resistencia representada por la ostentacion de poder, la sumision y el interes; ó, en otros terminos, por la Real Audiencia, el clero y los Españoles. Ya muy debilitados por la corriente impetuosa de las ideas revolucionarias, y reducidos, por la perdida de su influjo, á una minoría impotente, los realistas quisieron, sin embargo, hacer un esfuerzo, procurando rechazar todo pronunciamiento insurreccional por la fuerza de las armas. Desgraciadamente para ellos, el número de los soldados, con que creian poder contar, habia disminuido mucho, y, por colmo de desgracia, tambien temian que hubiese insubordinacion en la compania de artilleros, considerada, hasta entonces, como batallon sagrado, ancora de esperanza y de salvacion.

En efecto, el comandante Reyna, en cuya fuerza descansaban todas las esperanzas, manifestaba, sobre el particular, los mas inquietantes presentimientos; lle-
vado, por una parte, de sentimientos racionales de libertad, y temiendo, por la otra, que se introdujese la desmoralización en sus tropas, no cesaba de quejarse de la impotencia de las milicias, que, por su corto número (según él decía), nunca podrían resistir á la terrible tempestad que se preparaba. Este fué el motivo por el cual Manuel Antonio Talavera persuadió á los jen- rosos patriotas, defensores de la causa real, á que pusiesen en pie, á sus espensas, algunas compañías con las cuales pudiesen contar, como lo hicieron con el mayor entusiasmo, prestándose noble y voluntariamente todos los realistas á cuantos sacrificios fueron necesa- rios. En muy pocos días, se contaban mas de sesenta suscriptores, unos por tres soldados, otros por cinco, y hubo suscriptores que suscribieron por diez, que habian de ser equipados y sostenidos por ellos. Nadie puede saber en que hubiera parado aquel arranque, si el presidente, por instigación del cabildo, no se hubiese aprestado abiertamente á él, amenazando con severas providencias á don Roque Allende, que era uno de los comisarios de la suscripción.

Los preparativos de armamento y de defensa, juntos al estado de agitación de los ánimos, no podían menos de turbarlos y de darles materia á serias reflexiones, sobretodo en una ciudad, en donde, desde el principio de la conquista, no se había oído un tiro, á no ser en regocijos públicos, y, las más veces, en honra del advenimiento de un monarca, ó de la llegada de un gobernador. Todos se preguntaban á sí mismos en que vendría á parar, cual sería el fin final de una libertad que pocos comprendían, rechazada imperiosamente por el clérigo, y, por otro lado, proclamada como aurora de los
progresos, y como precursores de prosperidad y de felicidad futuras. Los entendimientos cortos, subyugados por el prestigio de la fe, y por sentimientos de temor, de indiferencia y de moderación, veían aquel tumulto con grande zozobra, al paso que las clases inferiores, naturalmente inclinadas a la licencia y al desorden, hallaban en él toda su existencia, y todos los elementos de desarreglo que convenían a sus vulgares sensaciones. Los motores de la insurrección sabían muy bien que, favoreciendo la inclinación de las masas, tendrían en ellas un poderoso auxiliar para conseguir, por medio de la fuerza, cuanto era negado a la razón; pero había, en esta conducta, algún riesgo, y algo de demagógico, que era indispensable evitar, ó, á lo menos, moderar con bastante vigor para no verse arrojados afuera de los límites de sus sinceras intenciones. Al mismo tiempo, era de su deber el dar un semblante de legalidad al movimiento, haciendo cómplice de él al mismo presidente, de modo que aprobase ciegamente y sin censura todas las resoluciones que saliesen de su club. Por este medio, evitaban convulsiones violentas, y la revolución se realizaba bajo el patronato, casi directo, del jefe del estado.

Pero los realistas que vigilaban, siempre alerta, los pasos de los patriotas, comprendieron muy luego que su propio interés exigía que también ellos atrajesen á su partido al presidente, á pesar de la especie de repulsión que les causaba; porque, en efecto, lo consideraban, en cierto modo, como una ciudadela que era preciso atacar sin descanso y hacerle brecha para que no cayese en poder de sus enemigos, porque, dirigiendo así sus tiros, agotarían los cortos restos de fuerza y de actividad que les quedaban.
Justamente á la sazon, llegó una noticia que no podía menos de decidir la cuestion, en atencion á que suscitaba grandes debates entre los dos partidos. Carrasco, como lo hemos dicho ya, había sido denunciado en Cádiz como un hombre sin enerjía, sin talento y totalmente incapaz de resistir á las ideas turbulentas del siglo. Uno de los primeros cuidados de la Rejencia gobernadora fué llamarlo á España remplazándolo por el jeneral don Francisco Xavier Elio, militar de nervio y de resolucion, y, por consiguiente, dispuesto á cortar, á toda costa, los vuelos á los enemigos de la monarquía. Su viaje por Buenos-Aires daba lugar á los patriotas para operar la revolucion, pero al mismo tiempo los obligaba á anticipar su plazo, y se aprovecharon de la ajitacion que reinaba, después de algunos días, en diferentes barrios de la ciudad, para dar á entender al presidente cuan inoportuno y peligroso seria el desistirse del poder en favor de un estrano que no ofrecía garantía alguna á la tranquilidad del pais. Y, luego, lisonjeando su vanidad y orgullo, le aconsejaban hiciése avortar todos aquellos fatales proyectos, y proclamase la instalacion de una junta gobernadora, cuyo presidente perpetuo seria él mismo, de derecho.

Estas insinuaciones, hechas con reserva en momento oportuno, se manifestaron al público el dia 12 de setiembre, dia en que los desórdenes, que iban creciendo, exijieron una reunion de las primeras corporaciones en casa del presidente. En presencia de la Real Audiencia, y de los comandantes militares, no dudó el alcalde don Agustin Eizaguirre asentar que ya había llegado el momento de seguir el ejemplo de España, nombrando una junta capaz de adoptar medidas enérjicas para re-
chazar toda invasión, en caso de ataque, á fin de conservar el país á su amado Fernando VII. Probó, en seguida, que el derecho de propia conservación era el mas justo, y aun también un deber el mas solemne que tuviesen que llenar; y, en este particular, el alcalde estaba apoyado, con vivo teson, por todos los demás miembros del cabildo, principalmente por don Fernando Errazuris, el cual añadió que escluyendo aquel sistema de gobierno, de hecho, al brigadier Elio de la presidencia, como también á su asesor don Antonio Garfias, era un deber para ellos el escribirlles á Montevideo para ahorrarles la fatiga de un largo é inútil viaje.

Esta proposición fué aceptada, sin dificultad, por el conde de la Conquista; pero su indecisión no le permitió resistir á las respuestas diestras del rey, el cual trató de probar que por la misma razón de haber jurado obediencia y fidelidad al supremo consejo de rey, el cual trató de probar que por la misma razón de haber jurado obediencia y fidelidad al supremo consejo de rey, no tenia especie alguna de derecho para alterar sus decretos, y, por consiguiente, no podía negarse á recibir la persona que había sido nombrada para ir á dirigir los asuntos, tan delicados como enredados, de aquella capitánía jeneral; y que, en cuanto á la constitución del país, la responsabilidad que había tomado de conservarla en toda su integridad era tanto mas grave, cuanto la había jurado delante de Dios sobre los santos evangélicos. En seguida, el rey pasó á probarle que el público tenía mucha mas aprensión de las vanas y quiméricas especulaciones de los patriotas, que de una invasión enemiga, á la sazón, sobretodo, que la reina de los mares, la Inglaterra, combatía en favor de la madre patria; y que, para tranquilizarlo completamente, bastaría publicar un bando anunciando la firme resolución de no ha-
cermudanza alguna que pudiese causar el menor perjuicio á los intereses del rey, y dejando entrar, sin oposición, al valiente y sabio jeneral que España les enviaba para su bienestar y reposo (1).

Los principios de derecho, de justicia y de religión en que el rejente se apoyaba, y los hábiles comentarios con que los oidores corroboraban sus razones, pusieron al gobernador en un nuevo conflicto de dudas y temores, y lo echaron otra vez á la banda de la real audiencia, pues aceptó la publicación del bando que le proponían, y que el oidor Concha se encargó de estender aquella misma noche.

Bien que los miembros del ayuntamiento fuesen muy opuestos á este nuevo rasgo de versatilidad del presidente, noobstante no tuvieron por conveniente empeñarse en disputas, en presencia de la real audiencia, por temor de molestar demasiado al que, en resumidas cuentas, había de aplanarles el camino para llegar á sus fines, y prefirieron diferir hasta el día siguiente el hablarle con ánimo sereno, y bajo el influjo de algunos canónigos dignos de su mayor aprecio, y, por lo tanto, capaces de quitarle el temor que tenía de faltar á sus deberes de religión y de fidelidad. Después de haberle preparado, por medio de algunas personas de su confianza, obtuvieron de él para aquel día, 13, una nueva reunión, á la cual asistieron, además de los miembros del ayuntamiento, dos canónigos, otros dos sacerdotes y cuatro habitantes de distinción, á saber, dos Españoles, don Fernando, marques de la Plata, del supremo consejo de S. M., y el prior del consulado don Celedino Villota, y dos Chilenos, el coronel de milicias don

(1) Archivos del gobierno, etc.
Ignacio de la Carrera, y el consul don Joaquín Gandraillas. En cuanto a los coroneles Olaguey Reyna, que, igualmente, habían sido convocados, fueron también, pero luego se retiraron.

Después de algunas discusiones sobre los peligros, cada día más inminentes, de la patria, y sobre los desórdenes continuos de la ciudad, don Celedonio Villota, ya animado de un puro espíritu de libertad, demostró la necesidad de cortar el mal de raíz, y en su orfén, porque, de otro modo, no podía asegurarse la deseada paz, y que siendo esta la cuestión : si podría ó no hacerse junta de gobierno arreglada á las que han celebrado las provincias de España para mejor defensa de la patria, sujeta al superior gobierno de rejencia, sin innovación de las leyes, ni de las autoridades constituidas, debía tratarse y decidirse este punto, y que su resolución sería lo que aquietaría al pueblo, que solo por la diversidad de opiniones se halla tan desorganizado.

Todas las personas presentes fueron del mismo parecer, y el procurador de la ciudad añadió que aquella medida muy legal, puesto que las provincias españolas habían dado el ejemplo de ella, debía de llevarse á cabo con la mayor formalidad y brevedad, á no ser que se considerase á Chile como un país absolutamente esclavo, é indigno ó incapaz de gobernarse á sí mismo. Dichas estas palabras, tomó el bando, que el rejente acababa de enviar á la firma del presidente, é indicó en él artículos que no podían obtener su aprobación, entré otros uno que imponía pena de la vida á cualesquiera que se atreviese á proponer ó insinuar la menor innovación en la organización política del país.

Este discurso, hecho con firmeza, y que no tuvo opos-
siccion seria, produjo el mejor efecto, cortando el hilo de
que pendía la voluntad del presidente, y quitando á este
la especie de repugnancia que había manifestado siem-
pre, cuando se había tratado de tomar una determina-
ción. Decidido, en fin, á seguir los consejos de sus
compatriotas, mucho mas interesados en la suerte del
país, declaró solemnemente que no solo el bando no sería
publicado, sino que también estaba resuelto á convocar
cabildo abierto para tratar con la mayor solemnidad po-
sible, en una asamblea imponente, compuesta de los
habitantes de mas influjo, en lo civil, eclesiástico y mi-
Ilitar, un asunto tan grave y de tanta importancia. Al
efecto, se resolvió enviar á las personas convocadas una
esquela de convite, del tenor siguiente:

«Para el día diez y ocho del corriente espera á V. el
muy ilustre señor presidente, con el ilustre ayunta-
miento, en la sala del real tribunal del consulado, á
tratar de los medios de seguridad pública, discutiéndose
allí que sistema de gobierno debe adoptarse para con-
sevar siempre estos dominios al señor Fernando VII°. »

Esta nueva, que se esparció muy pronto por la ciu-
dad, tal vez exagerada por el temor de una resistencia
armada, produjo una grande sensación en ambos par-
tidos, particularmente en el de los realistas y españoles
los mas interesados en el mantenimiento del orden. En
cuanto á la real audiencia, esta no pudo ver sin estreme-
cerse todos sus planes de salvacion anonadados, y la
imposibilidad en que se hallaba de reconquistar el favor
del presidente, tan fuertemente influido, en vísperas
de un pronunciamiento que amenazaba con cambios y
desorganizacion. En la última entrevista habian hecho el
mayor esfuerzo para ganarlo, pero habia sido el último,
puesto que habían tocado el terrible registro de las penas desacralizados contra cuantos desobedeciesen á su rey, como jefe temporal, cuyos poderes seguían se desvanecían directamente de Dios. Por consiguiente, sería inútil cuanto quisiesen hacer después; pero noobstante, atemorizados por aquella grande crisis, resolvieron pasar un oficio al presidente, en el cual renovaban cuanto le habían dicho ya, tan pronto en lenguaje amigable e insinuante, tan luego amenazándole con las terribles consecuencias del conflicto que iba á levantarse entre los partidos, y protestando altamente, protesta en que hicieron entrar á los padres de la Merced y de San Agustín, los cuales no habían podido conseguir, por mas que lo habían pedido, el asistir á aquella asamblea. Todos aquellos oficios y protestas no produjeron efecto alguno en el espíritu, ya determinado, del presidente, bien que, á la verdad, por prueba de que no obraba por obstinación sistemática, mandó mudar la cláusula de la esquela que parecía haber dado mas que pensar á la real audiencia, por manera, que borrando en dicha esquela todo lo que tenía relación con el sistema de gobierno, quedó su tenor reducido y se imprimió en los términos siguientes: 

«Para el día diez y ocho del corriente á las nueve de la mañana, espera á V. el muy ilustre señor presidente, con el ilustre ayuntamiento, en las salas del real consejo, á consultar y decidir los medios más oportunos á la defensa del reino y pública tranquilidad.»

Mientras que el presidente y la real audiencia discutían de esta manera la necesidad y los riesgos de una asamblea grande, embozándose cada uno, á su modo, en el manto de César, como pretesto ó de buena fe, de una entera sumisión á su amado Fernando, el pueblo se

V. Historia.
hallaba en la mayor convulsión. En la plaza, como en los diferentes barrios, se veía una ansiosa agitación, y ya las pasiones de los turbulentos empezaban á manifestarse y á infundir temores y algozaba en los corazones pacíficos. Santiago parecía atormentado por el jonio de la maldad. Todos salían de sus casas armados con sables, puñales ó pistolas, llenos de desconfianza unos de otros, y dispuestos á defenderse ó á atacar. Por la noche, había muchos mas coros y mucho mas turbulentos. Los patriotas se reunían en casa de Larrain, de Eyzaguirre, y los realistas principalmente en la de Aldunate. En estas especies de clubs no se trataba más que del estado crítico del país. Algunas veces, había mociones para evitar sus consecuencias, y, de una y otra parte, se enviaban parlamentarios á proponer una junta de reconciliaciones; pero las condiciones que proponían unos, y la mala voluntad de otros, no permitían el concluir nada de bueno. ¿Cómo era posible que la razón ejerciese su santo ministerio, cuando los corazones se hallaban envueltos en una atmósfera de tempestades morales, consecuencia del último aliento de una vida de vasallaje, que iba á esperar sofocado por una nueva civilización? Lejos de eso, muchas veces procuraban dañarse, intimidarse y aun engañarse, pues en medio de estas proposiciones los Europeos tuvieron el atrevimiento de tramar un complot con el objeto de apoderarse del parque de artillería, para dirigir sus tiros contra el consulado, si realmente se verificaba la instalación de una junta. Este complot, lo que es mas, había ya empezado á ejecutarse por mas de doscientos realistas, y, probablemente, habría llegado á sus fines, si el ayuntamiento no hubiese recibido
avisa, á tiempo, del riesgo, por dos de sus espías, lo cual lo puso en la rigorosa necesidad de tomar medidas de represión, y de multiplicar patrullas por la noche, mandadas por dos principales personajes, Carrera, y Rosales. Con cincuenta hombres montados cada uno, estos recorrían todos los barrios y arrestaban todos cuantos eran sospechosos, de cualquiera clase ó condición que fuesen, y los enviaban al cuartel, de donde no salían hasta que se tomaban informes sobre su conducta ó intenciones. Gracias á este buen servicio, el desórden no llegó á los límites extremos que se temían, y, realmente, no hubo ni violencias ni escenas; pero á medida que el 18 de setiembre se acercaba, la fermentación crecía, y el ayuntamiento tuvo que redoblar de vigilancia, valiéndose del derecho de policía, que le daba su constitución. En consecuencia, y de acuerdo con el presidente, mandó venir á Santiago el mayor número posible de milicianos, les acampó en los arrabales, nombró de ayudante mayor de la plaza al capitán de ingenieros Makena y se hicieron trasportar los cañones al cuartel de San Pablo, escoltados por ciento y cincuenta hombres. Dos piezas, cargadas á metralla, fueron puestas en batería en la plaza, y las demás en el zaguán.

La real audiencia, sintiéndose desmayar á la vista de aquel aparato de fuerzas y de resolución, aun quiso hacer un esfuerzo por medio de otro oficio que pasó al presidente, prediciéndole todas las desgracias que iban á caer sobre el país, y de las cuales él solo sería responsable á los ojos de Dios y de su Rey. Además le persuadió á que no hiciese novedad alguna, de interin su desgraciada patria estaba en lucha contra el tirano
de la Europa. «Así lo desean, decía la real audiencia, la mayor parte de los habitantes de la población, como con demostración lo verá V. S. si saliese un señor alcalde de cuartel con un individuo del ilustre ayuntamiento, el cura párroco y un ministro de la fe, á exigir los votos de los padres de familia. Son muchos los que jimen, lloran y se lamentan de los males que amenazan á la patria, y sienten ver solos y desamparados á los ministros que componen este tribunal, de su presidente, protector, padre y compañero, sujetos á innumerables columnias, ultrajes y desprecios. No los intimidan por un instante los males de que se ven amenazados, y si V. S. cree que con abandonar sus cargos y retirarse de la capital se remedian las desgracias públicas, sin pérdida de un instante hagáselo V. S. saber para ejecutarlo: será la primera vez que en materias pertenecientes al bien del estado se apartan las reales audiencias de sus jefes, pues cualquiera desconformidad en materias tan sagradas cubre á alguno de horribles manchas y enormes delitos, porque deben ser los espejos de la fidelidad en los deberes al Rey, que representan, y sus pueblos. Por último, señor, ya no tiene recurso que apurar este tribunal; reitera sus protestas y clamores; espera que V. S. tomará aquellas providencias que sean del agradó de Dios y del Rey; y si nada de lo espuesto alcanza, y ha de celebrarse el congreso, presídalo V. S., no permita establecimientos de junta y dé órden á los jefes militares que no obedezcan á esta nueva autoridad, si se establece (1).»

El presidente no participó de los temores de la real audiencia, y convencido de que la fermentación de la ciudad no tenía mas oríjen que la dilacion del estableci-

(1) Véanse los documentos.
miento de aquella grande asamblea, y de que no cesaría hasta que estuviese finalmente instalada, pensó en convocarla a la mayor brevedad posible, antes que el ruido que corriera de la llegada de algunos buques extranjeros al mar del sur se realizase. Habiéndose mantenido siempre fiel al Rey, y no habiendo manifestado nunca la menor tendencia en favor de la independencia del país, el presidente obraba a cara descubierta firmando con verdadera hombria de bien las respuestas y oficios que se pasaban al rejente, sin sospechar en manera alguna que desquiciaba el poder absoluto. Se puede decir con verdad que en la conciencia con que obraba había mas sentimientos que razón, pues tenía su origen en su mismo corazón, y este, en todos tiempos, se hallaba exento de remordimientos de inculcación de ingratitude. Bien que en sus frecuentes reuniones se tratase a menudo de la prosperidad futura del país, para él esta cuestión no era mas que un sueño, más bien un misterio que la providencia cubría de un velo impenetrable. Por consiguiente, si abrazó la causa de la libertad, fué más por persuasiones que se le hacían que por propio convencimiento, ofreciéndole un auxilio poderoso y cierto, a pesar de la inconstancia fatal de sus opiniones. Es verdad que á su lado había hombres del mayor mérito, que no cesaban de infundirle sus ideas y que le impelían, a pesar suyo, en el sentido que se necesitaba para alcanzar sus fines. Estos eran Gaspar Marin, Argomedo, Eizaguirre, Infante y otros muchos grandes patriotas, que interpretaban el movimiento bajo un punto de vista distinto, considerándolo como un acontecimiento que emanaba de la Providencia y no como parte de una pura casualidad.
En efecto, como ya lo hemos visto, esta revolución databa solo de un año, y á su nacimiento había prece-
dido una de estas grandes connmociones que ponen en
tionamiento, á la reflexion y al interes, y
animada, muy luego despues, por sus primogénitas las
repúblicas de Venezuela y de Buenos-Aires, se puso en
movimiento, aunque lentamente y con pasos poco fir-
mes. Los principios que proclamaba eran demasiado
opuestos á las costumbres del país para no ser objeto
de ataques y repulsas. La real audiencia, como se ha
visto, se presentó armada de todo su prestigio, de su
ciencia y de sus leyes tan antiguas como inmudables.
En el punto en que vió la sociedad chilena ajitada por
peligrosos novadores, empleó todo su conato en descubrir
sus fines y hacerles imposible el que los consiguiesen.
Para esto, invocó, alternativamente, la autoridad su-
prema de reales cédulas, y luego el honor, la responsabi-
unidad personal, las amenazas, protestas y, finalmente,
los santos Evangelios, que están siempre á la disposición
de los que tienen la imprudencia de servirse de ellos
para sus miras particulares, llenando de temores el
espíritu creído de la multitud. En este punto, los
realistas se sirvieron de ellos, sobretodo al principio,
con un juicio digno de una época menos adelantada (1).
En toda la república el clero, los regulares y los mision-
ers estuvieron constantemente encargados de interve-
nir con su santo ministerio para cortar el vuelo á las
ideas liberales; y, en Santiago, habían alarmado á las

(1) En un documento que tenemos á la vista, vemos que el solo colegio de
Chillan anunciaba, durante estas connmociones y en los principios de la guerra,
cincuenta y dos misas cantadas, muchas de ellas con sermones, dos procesiones
jenerales, ciento y treinta misas rezadas y muchos novenarios públicos, etc.
CAPÍTULO VIII.

apacibles religiosas en tales términos, que el gobierno se vió en la necesidad de ir a tranquilizarlas convenciéndolas de la verdad, sin finjimientos.

Por fin, todos estos gritos y ruidos, tan tumultuosos al principio, se apaciguaron poco á poco, y tomaron el carácter de puro susurro y de melancolía denotando el estado de desmayo de un poder agonizante que da el último suspiro de su existencia.
CAPITULO IX.

Reunión electoral en el consulado. — El conde de Toro entrega las insignias de gobernador al pueblo soberano. — Discursos de su secretario y del procurador de la ciudad. — Instalación de la junta soberana, y personas que la compusieron. — Regocijos públicos. — La real Audiencia forzada á Jurar obediencia á la Junta, y sus circulares á los aulegados de las provincias. — Principios de fusión entre los partidos; tendencia del clero y de los realistas á adoptar las ideas de la revolución.

Apenas los primeros albores anunciaron la venida del día 15 de setiembre, cuando ya se manifestó en todos los barrios de Santiago una grande agitación. La llamada de cajas de guerra, á la que los soldados y milicianos acudían de todas partes, parecía también querer despertar á los ciudadanos para que se preparasen á asistir, unos como espectadores, y otros como actores, al gran drama que iba á emancipar el país; dar soberanía y nuevo ser á sus habitantes y asociarlos á todos los actos legislativos, como miembros de una nación libre e independiente.

Por orden del presidente, las tropas habían ocupado muy de mañana sus respectivos puestos. El reajuste de la princesa, bajo las órdenes de Don Pedro Prado, ocupó toda la extensión de la cañada, comprendida entre San Diego y San Lázaro; el del Príncipe, mandado por el Marqués de Montepio, fue dividido por compañías, tres de las cuales ocuparon las cuatro avenidas del consulado, mientras las demás se encargaban simultáneamente de mantener la tranquilidad en la ciudad, y de la guardia del cuartel de San Pablo. En la
plaza mayor, había tomado posición el rejimiento del Rey, en comunicación, por medio de la compañía de línea de dragones de la Reina, con la de dragones de la frontera, establecida en la plazuela del consulado, al mando de don Juan Miguel Benavente, plazuela en donde se hallaban el comandante jeneral de las armas don Juan de Dios Vial Santelices y sus dos ayudantes, con orden de contener al populacho, y, sobretodo, de vigilar los facciosos para impedirles de turbar el orden de aquella solemne y augusta función (1).

Las personas con papeleta de convite eran las solas que podían atravesar los dos cordones de tropas que guardaban las cercanías del consulado, y entrar en la sala donde iba a tener lugar la ceremonia. Allí, llegaban separadamente, y muy pronto se hallaron reunidas cuatrocientas, las tres cuartas partes de las cuales, á lo menos, estaban imbuidas de los mas vivos sentimientos de patriotismo y afecto al Ayuntamiento, considerado como el jenio de la razon y del progreso. Cerca de las once, se presentó el conde de Toro con su asesor y su secretario, y precedido de las corporaciones eclesiástica, civil y militar. Solo la Real Audiencia tuvo por conveniente el no asistir, protestando, por el hecho de abstenerse, contra un acto supuesto de legalidad, con la esperanza de tener, tarde ó temprano, una ocasión favorable de satisfacer su venganza y sus resentimientos.

Bien que, según el tenor de la esquela de convite, la reunión no tuviese mas objeto que el tomar medidas oportunas para poner el país á cubierto de la invasion de que estaba amenazado, sin pensar, ni remotamente, en mudar la forma de gobierno, el primer acto del pre-

(1) Historia manuscrita de don Melchor Martínez.—Diario del doctor Vera.
sidente probó, no obstante, y desde luego, lo contrario. Apenas hubo ocupado el puesto que le habían preparado, declaró en alta voz que se despojaba del poder de que estaba revestido y lo depositaba en manos del pueblo soberano. Estas fueron las solas palabras que pronunció (1); pero su secretario Argomedo se encargó de explicar los motivos, con el tono de convencimiento propio á penetrar una grande asamblea, y, en la viveza de su discurso, no pudo contenerse sin hacer la apología de las brillantes cualidades del gobernador, que, por el interés solo de la tranquilidad pública, había tenido la suma jenerosidad de desistirse de un mando que desempeñaba tan gloriosa como felizmente.

Tras este discurso, el procurador de la ciudad don Miguel Infante pronunció otro mucho más largo, en el cual empezó motivando el objeto de la reunión, y prosiguió hablando de España, de cuya situación hizo la mas lastimosa pintura, considerándola ya á la merced de un conquistador tan felíz como ambicioso; recapitulando las turpitudes de Carrasco y sus injustas persecuciones contra los tres ilustres Chilenos, y quejándose de la ajetreada que desde algún tiempo á aquella parte reinaba en la ciudad, y que no provenía, á su parecer, mas que de la dilación que había habido en nombrar una junta reclamada con ansia por los deseos del público. Al tocar esta clausula, que era de su especial conocimiento, demostró la grande utilidad de semejante gobierno, sobretodo en circunstancias en que el país necesitaba obrar con mucha actividad y energía. « Es cierto, añadió él, que muchos, ya sea por temor, ó, mas bien, por ignorancia, se oponen á esta grande reforma;
pero si estas personas ojasen nuestros compendios de leyes, verian que hay muchas sumamente favorables a ella. » Y diciendo y haciendo, el orador ponía cuidado en citarlas, y aun de leer ciertos puntos al apoyo, sin olvidar el ejemplo que España les daba en aquel mismo instante, dejándose gobernár por una junta que no cesaba de aconsejar á las Américas formasen otras semijantes por el mismo modelo.

En este discurso, brillante todo de tino y de habilidad, el orador Infante pedía, con intención, que la junta no pudiese gobernar mas que en nombre de Fernando VII; porque si era cierto que sus miras sobre la suerte de su país se extendían mucho mas allá, también lo era que conocía la necesidad de acortar el vuelo patriótico á su propio corazón, y de emplear un lenguaje que diese satisfacción á todos los partidos; sin esceptuar la Real Audiencia (1). Esto, porque sabía con certeza que si chocaba la opinion del pueblo, que aun tenia un sincero afecto á su joven y desgraciado rey, se espondría á encontrar una fatal oposicion; y era, justamente, lo que él quería evitar. Por eso tenia que hacer violencia á su caracter y á sus sentimentos, procurando hacerse propio á la opinion de progreso, para que adquirise influjo hasta en los negocios de estado, é imbuiéndole, casi á pesar suyo, de sentimentos de amor propio y de interes público.

Es verdad que tal ha sido el caracter de las revoluciones de la América española, en donde todas fueron hechas en nombre y en favor del monarca amado, sin que se haya pretendido darles un movimiento mas independiente; de modo que todas parecian haber sido

(1) Conversación con Miguel Infante.
trazadas por un mismo modelo, con el mismo objeto; y, en este particular, Chile se presentaba con principios absolutamente idénticos. Dejando á parte un cortísimo número de opiniones mas estremadas, todas las demás, con inclusion de muchas que se hallaban á la cabeza del movimiento, pensaban firmemente mantenerse bajo la dominación española, y no deseaban mas que algunas reformas, tales como mejorar las instituciones, proporcionar fomentos, establecer las relaciones de la metrópoli y de las colonias sobre las verdaderas bases de la justicia, y quitar algunos abusos que se introducían, de tiempo en tiempo, en la sociedad, en despecho de la moralidad ejemplar de los presidentes. Tal era el pensamiento dominante de la nación y de casi todas las personas reunidas en esta asamblea, las cuales aceptaron con universal aclamación el nuevo sistema de gobierno, persuadidos de que su fidelidad no seria de modo alguno comprometida (1). Solamente, dos ó tres españoles, mas desconfiados ó mas avisados, quisieron oponerse á él; pero su débil voz no encontró eco, se apagó y se desvaneció al instante con el ruido del triunfo.

Después que la instalación de la junta hubo sido unánimemente aprobada, fué necesario buscar personas que por su probidad, posición y conocimiento del manejo de asuntos administrativos, fuesen dignas de desempeñar aquel cargo elevado, y, gracias á una reunión que había habido la víspera en casa de uno de los hijos del

(1) Al ver en el diario del ilustre patriota don Manuel Salas, escrito de su mano: «Los habitantes, sin exceptuar uno solo (esta es la verdad y la escribo delante del dios de la verdad), sin exceptuar uno, volvieron los ojos á su buen rey, y á la nación de que nacieron y dependen, etc.» Al leer, este pasaje de un hombre tan virtuoso y uno de los caudillos de la revolución, no puedo persuadirme que hubiese en aquella época muchos Chilenos que tuviesen ideas ciertas y seguras tocante á sus proyectos de independencia.
CAPÍTULO IX.

presidente, don Domingo de Toro, la eleccion no fué ni dudosa ni larga; pero lo que ofreció cierta dificultad fué el desacuerdo que se suscitó sobre el número de miembros que debían componer la junta (1). Algunos querían multiplicarlos, esperando obtener de este modo mejor garantía de la conservación de sus derechos; otros, al contrario, fundándose en las leyes de partida, sostenían que no podía haber mas que tres ó cinco; pero, siguiendo el ejemplo de Buenos-Aires, se decidió que habría siete, y el procurador de la ciudad recibió el cargo de proponerlos. Los cinco primeros nombres, de los cuales dos estaban ausentes, obtuvieron los sufragios de la multitud y fueron recibidos á la mas completa unanimidad; pero no sucedió lo mismo con los restantes, los cuales hallaron mucha resistencia de parte de los electores. La lucha se empeñó especialmente entre don Francisco Cisterna, que quería nombrar á Infante, por sus grandes conocimientos, y Henriquez Rosales, apoyado por sus numerosos parientes, y aun mas por los de la grande familia de los Larrain, particularidad que no podía menos de influir mucho en su eleccion (2), y, en efecto, fué nombrado á votos reservados, juntamente con Francisco Xavier de Reyna.

Levantado este pequeño obstáculo, la junta fué finalmente proclamada con el título de: Junta provisional gubernativa, y conservadora de los derechos del Rey, durante su cautiverio, y compuesta de los miembros que siguen:

El escelentísimo señor don Mateo de Toro Zambrano, nombrado presidente, de derecho;

(1) Conversacion con don Miguel Infante.
(2) Miguel Infante.
El ilustrísimo señor don José Antonio Martínez de Aldunate, obispo de Santiago, vice presidente.

Vocales, los señores:
Don Fernando Marquez de La Plata, consejero de Indias;
Doctor don Juan Martínez de Rosas;
Don Ignacio de la Carrera, coronel de milicias;
Don Xavier de Reyna, coronel de artillería;
Don Juan Henríquez Rosales, maestre de campo.

Después de los gritos de alegría conque fueron acojidos estos nombramientos, el alcalde Eyzaguirre proclamó por secretarios á don José Gaspar Marín, y á don José Gregorio Argomedo, y, en seguida, todas las corporaciones prestaron juramento, manifestando la mayor satisfacción por las elecciones (1).

Tal fue la conclusión de aquella memorable asamblea, que proporcionó un brillante día de gloria á la patria, día que el pueblo celebra, y celebrará aun por muchos años, en homenaje rendido á la libertad y á los primeros apóstoles de la nacionalidad chilena. Al salir de la sala, casi todos los miembros que componían la escelentísima junta fueron acompañados hasta palacio con gritos de aplauso del pueblo y de la tropa, gritos que repetía con no menos entusiasmo la clase inferior, que, por medida de prudencia, la caballería había contenido sobre el cerro de Santa Lucía (2). Por la noche, hubo iluminación

(1) Algunos pidieron que la real Audiencia fuese también llamada á prestar juramento inmediatamente; pero Infante les advirtió que era ya tarde (las cuatro). Noobstante esta advertencia, los mismos persistieron en su demanda, hasta que Marquez de La Plata les prometió que el día siguiente se cumpliría aquella indispensable formalidad, y entonces cedieron por miramiento particular al ilustre personage que les hacia esta promesa.

(2) Se esparció mucho dinero á la plebe que, el día anterior (18 de setiem-
CAPÍTULO IX.

general y regocijos públicos con música, hasta ser de día.

Estos regocijos duraron muchos días consecutivos, en los que hubo ceremonias a las cuales asistieron, ocupando el primer lugar, las autoridades. El 19, todo el cabildo á caballo, y acompañado de mas de quinientos soldados, publicó por toda la ciudad la instalación de la suprema junta, afín de dar á aquel acto toda la solemnidad que requería, tirando dinero á la plebe, y divirtiéndola por la noche con iluminaciones y fuegos.

El veinte, se levantó un tablado en la plaza mayor, guardado por la tropa, y allí subió la suprema junta para recibir, previa lectura de la acta de su instalación, juramento de obediencia que prestaron las corporaciones civiles y eclesiásticas, y, en seguida, el de banderas de todos los regimientos, al son de la música, salvas de artillería, y aclamaciones del pueblo, al cual hicieron una nueva distribución de dinero (1).

Mientras que el pueblo manifestaba de este modo la alegría que le causaba un acontecimiento cuyo objeto ni cuyas consecuencias no podía apreciar, la real audiencia tenía consejo para deliberar sobre los medios de salvarse de aquella borrasca; porque todavía, altiva y orgullosa, aun en su soledad, quería conservar la independencia absoluta de sus opiniones, y solo cedió á las amenazas que se le hicieron, yendo á jurar obediencia al nuevo poder, bien que protestando contra él (2).

(1) Diario de B. Vera é historias manuscritas de Martinez.

(2) "Se le respondió categóricamente que la junta estaba resuelta á hacerse obedecer, y esperando al tribunal. Este apenas se demoró lo necesario para leer respuesta tan precisa, y corrió á palacio con el ajente que hace de fiscal, el
El prestigio que tenía aun la real audiencia era tal, que á su entrada en la sala los miembros del gobier­no se pusieron en pie, y ofrecieron, como por instinto, sus puestos á los que ya eran sus subordinados, como si un servilismo de tres siglos los hubiese dejado en la ignorancia de las mas sencillas leyes de la jerarquía (1).

Pero esta baja demostración de miramientos no duró mucho, pues penetrados, al fin, de sus derechos, y cansados de tolerar sus intrigas, tomaron una actitud digna, y escribió la junta:

«Que quería el gobierno arrancar de raiz toda desavenencia escandalosa, para pensar solo en el desempeño de los nobles, fieles, y justos fines encargados por el voto jeneral á su cuidado, y que juró cumplir, » añadiendo:

«Convídalo V. S. con la paz y union siempre que V. S. la acepte de un modo que todo el reino la entienda. Mas si V. S. se niega á tan necesaria demostracion, corra al momento la cortina, y signifíque V. S., individualmente, cual es la protesta, para que pueda surtir su efecto; porque si ella abraza todas las cláusulas ó expresiones de los oficios y pareceres de V. S., en el ante dicho espediente, previene á V. S. la junta, por última prueba de sus deseos de la concordia, que, en tal caso, se verá necesitada (aunque con dolor) á tomar por si la satisfacción que V. S. resiste á darle. V. S. sabe que es la

señor Sanchez, quien empezó á hablar como protestando y deseando imponerse de las causas y efectos del establecimiento. El señor Plata le salió con la misma acta, que se leyó, con los fundamentos irrefragables que movieron á la instalacion, en que desde luego, convino el asiento, y sucesivamente todos los oídors que prestaron los juramentos, aunque con protesta, llenos de respeto y ternura, derramando por los ojos algunas gotas de aquel humor que no siempre ha de significar tristeza ó colera. »  (Diario de Bernardo Vera.)

(1) Miguel Infante.
CAPÍTULO IX.

primera obligacion del majistrado no permitir se profane su autoridad, y que esta obligacion tanto mas crece cuanto es mayor la dignidad que constituye á aquella (1).

Algunos dias despues, la junta exijia que la real audiencia retractase su protesta, y que, ademas, pasase una circular á todos los partidos, induciendo á los sudelegados y gobernadores á que reconociesen la lejitimidad de la junta, y á ayudarle en sus tareas.

Esta severidad era, en cierto modo, necesaria para poner fin á la activa rivalidad de un poder, que ya no era mas que secundario. A pesar del acto de sumision que tan solemnemente habian jurado, habia pruebas de la falsedad de su adesion, que ponian patentes sus secretas tendencias contrarevolucionarias, y bien que la junta conociese sus proyectos, aun no podia tomar medidas violentas, porque altivos con su importancia aun reciente, y sostenidos por el clero, y por algunas personas de distincion, los ministros de aquel tribunal habrian podido, tal vez, luchar con alguna ventaja, y hacer problematica la existencia de un gobierno, que empezaba solo, y por decirlo asi, á ensayarse, y por esta razon aun debil, bien que fuese un resultado de la voluntad nacional.

Por esta razon, la junta prefirio dejar al tiempo el cuidado de vencer aquella resistencia y de minar el prestigio de aquel tribunal, atacando la parte mas tenaz de ella, que consistia principalmente en importancia y en orgullo, para lo cual no le faltaban ocasiones tan favorables como frecuentes.

En las ceremonias que tenian lugar á menudo y á las

(1) Véase en los documentos de 18.

V. HISTORIA.
que tenían que asistir, los ministros pretendían el primer lugar, después del presidente, fundándose en reales cédulas, que no podían en manera alguna servir de regla, y, demostrándolo así los miembros de la junta, se seguía una correspondencia pueril, ridícula, que dejaba luego en resentimientos de amor propio, bien que impotentes.

Por otra parte, muchos realistas, que antes de la reunión habían sido fieles a las voluntades de la real Audiencia, la desampararon, inducidos a ello por deseos de la tranquilidad, primera condición de existencia del hombre de razón y moderado. Lo mismo sucedió también con muchos religiosos, los cuales, en sus sermones, ya se atrevían á predicar que el nuevo gobierno emanaba de Dios mismo, lo que era admirablemente útil y necesario en aquellas circunstancias (1).

Este pronunciamiento de los realistas no era precisamente ocasionado por pensamientos de ambición, culpables y reflexionados, sino que provenía de la satisfacción que resiente el individuo apacible y sin opinión de tener por superiores á hombres de probidad y virtud, dignos de su confianza. Bajo este aspecto, los miembros del nuevo gobierno tenían títulos que ningún Chileno podía contestar. Dejando á parte las flaquezas de la naturaleza humana, y de las que nadie nace exento, los antecedentes de dichos miembros eran los más honrosos, y presentaban las mejores garantías de la buena suerte del país, pues representaban todas las clases, todos los partidos: clero, ejército, España, progresos, y, en fin, todos los intereses.

Sin duda era penoso el no ver entre ellos miembro

(1) Historia manuscrita de Melchí, Martínez.
alguno del ayuntamiento, verdadera cuna de la libertad chilena; pero esta ausencia no provenía de olvido, ni de falta de miramiento, sino de las protestas que ellos mismos hicieron de no aceptar empleo alguno, ni para ellos ni para los suyos; y esto con el solo objeto de confundir las murmuraciones de sus enemigos, que les imputaban miras de vanidad y de ambición (1).

Las provincias reciben con júbilo la noticia de la instalación del nuevo gobierno.
—Solo la de Coquimbo se niega á reconocerlo.—La junta pasa notificación de su advenimiento á diferentes potencias.—Nuevos esfuerzos de Buenos-
Aires para revolucionar á Chile.—Idea de un congreso General americano.—
Pedido de sables y fusiles, y leva de nuevas tropas.—Suspensiones de las
sudelegaciones.—Regreso de los desterrados Rojas y Ovalle.—Reclamamiento
en Santiago de don Juan Rosas.—Su política.—Sombra que causa al ayun-
tamiento.—Convocación de un congreso nacional para el 15 de abril.

La revolución de Chile estaba hecha. Inquieta y turbulenta la víspera, firmó, el día siguiente, su acta de ins-
talación en medio de vivos trasportes de entusiasmo, y fué proclamada por la porción más noble y más in-
fluyente de la sociedad chilena. Su aparición no causó ni escaso ni violencia. El buen orden no padeció la menor
alteración. Los empleados conservaron sus empleos, y todos los intereses quedaron protegidos bajo la salva-
guardia de un poder que se apresuró á desmentir el es-
píritu de desmoralización que sus enemigos le atri-
buían.

Pasados los primeros días de regocijos, la junta

gubernativa pensó en enviar circulares anunciando aquel
grande acontecimiento, y manifestando sus leales inten-
ciones hacia su amado monarca. Las provincias ocuparon
sus primeras atenciones, por ser las mas interesadas en
aquella metamorfosis y tener la mejor parte en ella. Para
llenar aquel encargo, fueron escojidos los sujetos de la
primera distinción. El reyedor Errazuris marchó á Val-
paraiso; don Gabriel Valdivieso, Borja Irarrázabal y don
Bernardo del Solar se dirigieron á la parte del norte, y
don Anselmo de la Cruz y José María Rosas al sur. Este último llegó hácia el 10 de octubre à Concepcion, la víspera de la huida del intendente Alava, que se embarcó en el buque la Europa, á la sazon de partida para el Perú.

El recibimiento que le hicieron allí fué tan brillante como espresivo y prometía las mas cordiales simpatías con un gobierno que las autoridades civiles se apresuraron á reconocer, dos días después, y á proclamar con música y salvas de artillería (1).

El juramento de las tropas de Concepcion no se verificó hasta el día 17, y lo prestaron bajo la dirección de don Tomas de Figueroa, teniente coronel graduado y comandante interino de batallón, el cual desempeñó su papel con el mas loable celo dando parte de aquella jura al nuevo gobierno, con espresiones de la mas acendrada adhesión. Las demas tropas acantonadas en lo interior de la provincia prestaron juramento ante el comandante de la frontera, don Pedro Benavente (2).

En las demas provincias, el entusiasmo y las demostraciones de alegría no fueron menos ruidosos. Talca, Chillan, Valdivia y Quillota mostraron la mas sincera adhesión. San Fernando se distinguió en funciones que, gracias al patriotismo de su sudelegado, don José María Vivar, se prolongaron desde el 29 de setiembre hasta el 1º de octubre. En la plaza, levantaron un gran anfiteatro rodeado de arcos de triunfo sobre los cuales se leían muchos versos en honra de Fernando VII, de Rosas, Carrera, Rosales y otros miembros de la junta (3).

(1) Archivos del gobierno.
(2) Idem.
(3) Idem.
En los Anjeles, los oficiales catequizados por O'Higgin se prestaron a aquel acto de obediencia espontáneamente todos, menos don José Antonio Salcedo, que no se sometió á él sin haber manifestado antes una grande repugnancia (1).

Los mismos indicios de oposición se reprodujeron en algunas otras partes; pero, en general, sin carácter ni eficacia. Solo presentaron cierta gravedad en la ciudad de la Serena, en donde el sudelegado y otras varias personas de la mayor distinción se tomaron la libertad de protestar contra la junta, rehusándose obediencia, y aun también jurando de no vivir jamas bajo otras leyes ni respetar otras autoridades que las de su desgraciado rey Fernando VII, cuyos fieles vasallos querían permanecer. Esta protesta, entregada al párroco de Santiago por el vicario capitular, pasó á manos de la suprema junta, que escribió enérgica y perentoriamente al enviado don Bernardo Solar, dándole órden para que inmediatamente exijiese, bajo su responsabilidad, el juramento del sudelegado y del cabildo. Fué el único punto del país en donde el nuevo gobierno se vió obligado á emplear su autoridad, y aun esto se redujo á la simple amenaza, pues al cabo de algunas contestaciones el cabildo obedeció, y el 8 de octubre se publicó por bando en aquella ciudad el acto de instalación.

Después de haber llenado este deber de interés y de conveniencia política, la junta escribió á las diferentes cortes de la América del Sur, remitiendo circulares, para su conocimiento, de cuanto había sucedido en favor de la monarquía española. Escribió por el mismo tenor á Abascal, virey del Perú; á la princesa del Brasil, Car-

(1) Bernardo O'Higgins.
lota Joaquina de Borbon; al embajador español en la misma corte, marques de Casa Irujo, y al de Inglaterra, lord Strangford. Despachó circulares en el mismo sentido á la junta de Cádiz y á la de Buenos-Aires, en donde fueron recibidas con el mayor entusiasmo, persuadidos sus miembros de que aquella hermana se aprestaba á entrar por los principios democráticos que muy luego habían de introducirse en todo el nuevo continente.

En este punto, es preciso confesar que la república de Buenos-Aires ha tenido grande influjo en la suerte de la de Chile, pues, bien que esta última se haya elevado por su misma inspiración, casi espontáneamente y en razón de las circunstancias en que se hallaba, no se puede negar, sin embargo, que los patriotas de Buenos-Aires han contribuido con eficaz perseverancia á determinarla á obrar con arranque y decisión. En efecto, vemos, desde el principio, á dichos patriotas seguir una correspondencia tirada con los pocos Chilenos iniciados en el secreto de la santa causa, persuadiéndoles, aconsejándoles, dándoles ánimos y aun enviándoles emisarios. Finalmente, vemos que escribieron directamente al presidente ofreciéndole socorros, en caso de un ataque del Perú (1), y aun le despacharon también un represen-

(1) «La junta no duda que se atrevan, en Lima, á atentar contra la respetable persona de V. S., y para tal caso, si no bastasen los recursos de ese reino (que el despotismo antiguo habrá debilitado diestramente), podrá Buenos-Aires partir con él los abundantes auxilios que la poderosa nación inglesa franquea con mano pródiga á los pueblos fieles del rey Fernando, que sostiene, etc.»

Oficio de la junta de Buenos-Aires al presidente de Chile, del 1° de septiembre 1810.

En otro oficio del 31 de octubre, aquella misma junta persuade á la de Chile se ligue muy estrechamente con la Gran Bretaña (como el mayor apoyo de nuestra causa), descubriendo así tristemente el fatal principio de alianza con grandes potencias, muchas veces injustas, casi siempre imperiosas y que han ocasionado frecuentemente anarquía durable, y siempre por causa del carácter inconsciente y imprudente de los enviados.
tante, que salió de allí el 18 de setiembre, y, por consiguiente, el día mismo del movimiento de Chile, que no podía saberse en Buenos-Aires, con orden de establecer relaciones de interés y de alianza con la junta, si sus previsiones se realizaban, y, en caso contrario, secretamente con el ayuntamiento, foco político de la suerte del país.

El encargado de esta importante mision fué Albarez Jonte, el cual la llenó con tanto tino como habilidad, y desde aquel momento se establecieron entre las dos partes relaciones íntimas y tiradas, con el objeto de fundar en bases sólidas las máximas políticas que habían de servirles de regla para proveer á los medios de defensa contra ataques externos, prometiéndose recíprocamente unión y prudencia en sus proyectos, union y perseverancia en sus acciones.

Al recorrer la correspondencia de aquella época, se ve con que esmero estas dos republicas procuraban prestarse mutuamente auxilio para asegurar la conquista de sus derechos y preparar todo cuanto podía ser principalmente útil á los intereses comunes de su patria. Pero lo que se nota de mas particular es que ya en aquella época se dejaba presentir la grande necesidad de un congreso jeneral de todas las republicas de la América meridional para formar en él una alianza firme y dura.

* Esta junta (dice un oficio de 26 de noviembre) conoce que la base de nuestra seguridad exterior, y aun interior, consiste esencialmente en la union de la América, y por lo mismo desea que, en consecuencia de los principios de V. E., proponga á los demás gobiernos (siquiera de la América del Sur) un plan de congreso para
CAPÍTULO X.

153

establecer la defensa jeneral de todos sus puntos, y aun refrenar las arbitrariedades y ambiciosas disensiones que promuevan los mandatarios; y cuando algunas circunstancias, acaso, no hagan asequible este pensamiento en el día, por lo menos lo tendrá V. E. presente para la primera oportunidad, que se divisa muy de cerca.

Este pensamiento, debido al gran patriota don Juan de Rosas y sostenido hábilmente por don Juan Egaña, fué claramente explicado en un diario que escribía el primero á la sazon, y que, por no haber imprenta, salía á luz manuscrito, con el título de Despertador americano, en el cual aparecía como idea primitiva del congreso de Panamá (1).

Por la misma correspondencia se ve que lo que mas preocupaba á la junta era la necesidad de armarse contra tantos enemigos esternos, pues se aparentaba temer continuamente una invasion europea, y muchos la creian con tanta mas razón cuanto las cartas de España hacían una pintura espantosa del estado del pais, que ya se hallaba, ó poco mas ó menos, á la merced de su ambicioso conquistador. Es verdad que los oficios de la junta de Cádiz y los del embajador Casa Irujo tendian á persuadir lo contrario, ó, á lo menos, parecian predecir mejores días y la próxima expulsion de los Franceses; pero como las malas nuevas causan siempre mucha mas impresion, estas habian obtenido de preferencia crédito en el vulgo, el cual daba por cierta la ruina total de España. Así, todos hablaban de ella sin rebozo y como

(1) Man. Tecoral, Memoria sobre el primer gobierno nacional. p. 128. No hemos olvido nunca mencionar este diario manuscrito, bien que tengamos en nuestro poder algunos otros de la misma especie, aun despues de la Introduccion de la imprenta en la Republica, tales como el de Aconcagua, el Valdiviano federal, que, en el principio, salió manuscrito en Valdivia, y otros.
de cosa indudable. La junta gubernativa parecía estar en la misma creencia, y so pretexto de prudencia procuraba organizar una resistencia armada, que los vocales de buena fe pensaban emplear contra los enemigos de España, pero que las opiniones adelantadas consideraban, al contrario, como verdadero auxiliar y defensor de los derechos que acababan de conquistar.

El país, en aquel tiempo, se hallaba sumamente atrasado en todos los ramos de la industria, sin maestranzas y sin fábricas de armas, y solo se veían algunos armeros pertenecientes a los regimientos para componer las que no estaban en buen estado de servicio. En tal estado de penuria, don José Antonio Rosas fue encargado de pedir de afuera armeros inteligentes y hábiles para fabricar fusiles y sables, de que había suma falta; pero esto pedía tiempo, y no se podía esperar, por lo que se hubo de recurrir a un Inglés, llamado Diego Wintiguen, con el cual se pasó una contrata para encargarlos a Inglaterra; y como este país ardía en guerra y podía negarlos, por esta razón se tomó la precaución de pedirlos directamente al marques de Welesley, y también se escribió á la junta de Buenos-Aires, suplicándole se sirviese tratar con un Inglés ó Americano del Norte para conseguir aquellas armas, destinadas al armamento de los cuerpos que se iban á formar (1).

Con este fin, se había apelado á los sentimientos patrióticos de los Chilenos. Se despacharon oficiales á las provincias para instruir y disciplinar á los milicianos. En Santiago, se organizaron un regimiento de grana-

(1) Archivos del gobierno. Las armas que se pedían eran 6,000 fusiles, 1,000 pares de pistolas, 3,000 sables y 63,000 piedras de chispa; y, posteriormente, á Valdivia, seis cañones de á 24, dos de á 16, cuatro de á 8 y dos de á 6, todos de bronce y con suficiente cantidad de vallesos.
deros de setecientas plazas, dándole por coronel á don Santiago Lucas, y por sargento mayor á don Juan José de la Carrera; dos escuadrones de trescientas plazas cada uno, al mando de don José Joaquín Toro, con don Joaquín Guzman de sargento mayor, y una brigada de artillería compuesta de piezas pedidas posteriormente á Valdivia. La mayor parte de estas tropas fueron acuarteladas en el edificio de los espósitos, dispuesto como cuartel, traspasando las doce ó catorce criaturas que había en él á la casa de recojidas.

En vista de esta actividad, la revolución podía contar con una fuerza numérica ofensiva, á la vez, y defensiva, y condición precisa de existencia en medio de enemigos humillados y activos. Los dos grandes poderes (la junta suprema y el cabildo) parecían rivalizar de celo y de ambición para el sustento de tan bella causa; pero bien que sus principios fuesen absolutamente los mismos, muchas veces no estaban de acuerdo, porque cada uno quería el bien según lo entendía, sin miramiento al amor propio y á las pretensiones individuales. Por lo mismo, hubo algunas veces zelos de supuestas usurpaciones de derecho y de autoridad. Afortunadamente, estas pequeñas desavenencias duraron poco, y las dos ilustres corporaciones pudieron continuar, en la parte respectiva de cada una, llenando sus deberes con grande satisfacción de la nación, orgullosa de verse gobernada por sus propios hijos.

Pero en medio de esta grande dilatación de una actividad bélica, los ilustres mandatarios no descurdaban los negocios administrativos. A pesar de que su posición precaria y su título provisional no les permitiesen emprender grandes reformas, suprimieron, noobstante, las.
sudelegaciones, como fuentes de abusos, de arbitrariedad y de injusticias, y pasaron su poder al alcalde de primer voto, que después fue remplazado por los gobernadores de los partidos. En seguida, estendieron reglamentos para su conducta y gobierno en el manejo de los negocios, y el lugar que debían ocupar en las ceremonias y funciones públicas, resabio que había quedado de la vana ostentación, tan profundamente arraigada en las costumbres españolas; y, en fin, procuraron dar a sus acciones el espíritu de utilidad y de entusiasmo que conduce a la organización de las voluntades, como principal ajente del buen éxito en conseguir los fines sociales.

Mientras que la junta gubernativa procuraba, de este modo, dejar tras sí honrosas huellas de su paso por el poder, los ilustres desterrados, Rojas y Ovalle, llegaban del Perú al seno de sus familias y de sus amigos. Su recibimiento fue tan brillante como cordial, expresión simple y sencilla del sentimiento del público, en jeneral, por los males morales y físicos que habían debido padecer aquellas primeras víctimas de la libertad chilena.

Diez días después, la llegada de don Juan Rosas dio lugar a otro recibimiento aun mucho más brillante. El gobernador le envió al conventillo, a donde fue a aparecerse, una guardia de honor de veinte y cinco dragones, y, al día siguiente por la mañana, hizo su entrada acompañado de otros miembros de la junta, de la real Audiencia, del cabildo y de todas las corporaciones. El acompañamiento pasó entre dos filas de soldados, formados allí para que la ceremonia fuese de las más solemnes, al son de música, salvas de artillería, repique de campanas y aplauso universal del pueblo. El mismo día prestó su
juramento de costumbre, y hubo por la noche iluminación y fuegos.

Esta marca de distinción en honra de este miembro de la junta era una prueba elocuente del espíritu revolucionario que reinaba, en aquella época, en la capital de la República, y de la importancia que se daba a los servicios del que, en resumidas cuentas, había dado el primer impulso al movimiento y lo dirija aun. Rosas era, en efecto, para todos los patriotas el hombre de inteligencia y de acción, que sacaba su fuerza de un sentimiento casi fanático de patriotismo, y sabía comunicar sus pensamientos y su entusiasmo á los que tenían la felicidad de ponerse en contacto con él.

Con todo eso, no ejercía un poder ilimitado sobre la multitud, porque una cierta mezcla de temor y de prudencia lo contenía casi involuntariamente, y se servía de él como de un movimiento de táctica para llegar mejor á sus fines. Sabía que el pueblo era aun idólatra de su rey, y querer chocar este respeto y pretender dirigir su opinión habría sido obrar con poca maña y querer una cosa imposible. Por lo mismo, prefería disimular, aun con algunos de sus colegas, y obrar como si sus pretensiones políticas no hubiesen nunca de escender la profesión de fe contenida en el acta de instalación, pues tenía que emplear estos leves medios de astucia para no dispersar la peligrosa susceptibilidad de algunos de sus compatriotas y ponerse al abrigo de persecuciones ocultas de sus enemigos, que al cabo de algunos meses le echaban ya en cara su orgullosa ambición, y se propusaban á poner pasquines á su puerta denunciándolo como aspirante al poder absoluto (1).

(1) En uno de estos pasquines había pintado un bastón atravesado por una
Afortunadamente, su conciencia y su carácter austero le hacían muy superior á todas estas calumnia; que despreciaba como producto de intereses heridos, y apoyándose en sus antecedentes continuaba sirviendo con tesón á su segunda patria, como le habría hecho por una verdadera madre. Toda su actividad y todo su saber se empleaban en esto. Él fue quien tuvo la primera idea de una leva de soldados pertenecientes á la revolución, y que habían de ser, por consiguiente, su apoyo y sus defensores; pero para subvenir á sus gastos era preciso disponer de un dinero que la tesorería estaba lejos de poder suministrar. Levantar un impuesto habría sido impolítico y se guardarion bien de proponerlo, prefiriendo hacer una llamada á los sentimientos jenerosos de personas pudientes, dejando á su libre voluntad la suma de los donativos, de manera que no pudiesen causar perjuicio al nuevo poder, ni á su prestigio de administrador prudente y sin tacha. Igualmente, se pensó en hacer un descuento á los empleados y aumentar el precio del tabaco, lo cual producía un rédito de 80,000 pesos de aumento, y como estas medidas no eran suficientes, se juzgó oportuno el aprovecharse, en calidad de emprés- tito, de las existencias en las cajas de ciertas administraciones. Todas estas medidas, exijidas por los acontecimientos y las circunstancias, desagraron á algunas personas. Los miembros del cabildo pensaron oponerse á ellas, ó, á lo menos, se les figuró que constituían un atentado contra su autoridad y se quejaron de él; pero en vano, pues pesando la responsabilidad enteramente sobre la junta suprema, debía de ser esta señora de todas

espada ensangrentada y superado de una corona real; por inscripción tenía "Chilenos, abrid los ojos, cuidado con Juan I. Martínez, Hist. mss"
sus acciones, en cuanto emanaban de sus atributos. Otro proyecto de que se ocupó, desde luego, Rosas fue el enviar á buscar una imprenta con todos sus enseres. Hasta entonces, Chile, sumergido en las espesas tinieblas del absolutismo y del abandono, no había podido elevarse á las altas rejones de la inteligencia, y estaba encar chords en el estado de nulidad que un gobierno egoísta le había impuesto. Una imprenta muy pequeña con algunos pocos caracteres ya gastados componían la oficina tipográfica del gobierno, y solo servía para esquelas, papeles sellados y, algunas veces, recibos de indulgencias (1).

Don Manuel Salas, que aparece en todas partes siempre que se trata de progresos y de ilustración, se había quejado muchas veces de tan reprensible indolencia, y á ruegos suyos, por proposición de Rosas, la junta pidió una á la de Buenos-Aires, la cual dió el encargo á Moreno, su encargado de negocios en Londres. Desgraciadamente, la muerte de aquel grande y hábil patriota sobrevino para impedir la realización del envío, de suerte que Chile se vió privado hasta en 1812 de este admirable instrumento de progresos, de libertad y de civilización. También se había pensado en fomentar la enseñanza pública, y don Juan Egaña fue encargado de formar un plan de estudios. Igualmente se pensó en abrir las puertas al comercio extranjero, proposición que chocó mil intereses diversos, y que, por esto mismo, no tuvo desde su principio toda la aceptación que merecía. Los Españ...

(1) El 21 de marzo de 1809, la Universidad, humillada de no ver ninguna en el país, decidió, por su propia honra, que se enviase á buscar una á Buenos-Aires ó á España, y que, por falta de fondos, se tomase la cantidad necesaria á interés, hipotecando los fondos de la Universidad.

Archivos de la Universidad.
ñoles, sobretodo, como comerciantes los más ricos y los más numerosos, fueron los que emplearon todo el influjo que les quedaba en hacer avortar dicho proyecto.

Pero había una cuestión que, por el momento, era de una importancia mucho mayor aun, puesto que se trataba de legitimar un gobierno sobre la apreciacion de un voto jeneral.

La junta no había sido nombrada mas que por los habitantes de Santiago, y, por consiguiente, no era más que la expresión de una sola ciudad, y, tal vez, de un solo partido. Por esta razón, se presentaba bajo el título modesto de provisional, y desde su instalación había tenido cuidado de prometer que su existencia duraría solo hasta el momento de la reunión de un congreso jeneral; pero el momento de esta reunión había llegado después de mucho tiempo, y la junta no cumplía su promesa.

Esto ocasionó algunas quejas por parte de las provincias, de las cuales algunas habían ya nombrado sus diputados sin preocuparse de la forma en que estos nombramientos debían hacerse para que fuesen legales. En Santiago, el cabildo, que desde el 13 había pasado sus instrucciones Í indicado el 1º de marzo 1811 para la reunión de los diputados, tampoco veía con indiferencia el retardo contrario á la soberanía del pueblo, y á la regularidad de todo gobierno popular y representativo. Sobre este particular, ya muchas veces había hecho estas observaciones, tanto verbalmente como por escrito, á la junta suprema, y, el 14 de diciembre, el procurador de ciudad le pasaba una representacion en la cual terminaba diciéndole que:

- Evacuando aquel importante negocio con la breve-
dad y en los términos propuestos, será de la mayor satisfacción para todo el pueblo, y calmará, consiguientemente, la crítica inquietud en que está, desde el momento en que V. SS. puedan cerciorarle de haber quedado ya expedido (1).

Al día siguiente, la junta gubernativa llenaba los deseos del ayuntamiento y de la nación pasando un acto por el cual esponía los motivos que habían inducido á la capital á formar un gobierno provisional, y daba reglas para la convocación de un congreso nacional, cuyo mandato era:

- Acordar el sistema que mas conviene á su régimen, seguridad y prosperidad durante la ausencia del rey;
- Discutir, examinar y resolver, tranquila y pacíficamente, qué jénero de gobierno es apropiado para el país en las presentes circunstancias;
- Dictar reglas a las diferentes autoridades, determinar su duración y facultades (2).

El país, entonces, estaba dividido en veinte y cinco partidos, que debían nombrar, á lo menos, un diputado cada uno; pero algunas veces dos ó tres, según la población que tenían. Santiago, como ciudad principal, y la mas populosa, debía elejir seis.

Se necesitó también un reglamento de elección, y, por falta de todo poder legislativo, el cabildo se encargó de formular uno, que la junta provisional adoptó y añadió á su proclama al pueblo de la República.

Este reglamento era sencillo, moderado y también bastante liberal para las provincias, en aquellas circunstancias; pero, no obstante, algunos que no consideraban

(1) Véanse los documentos.
(2) Véanse los documentos.

V. HISTORIA.
en los actos políticos más que la voluntad del pueblo; pretendieron que era dar un desmentido al principio; y que todo Chileno debía votar, pues cada uno tenía el derecho imprescriptible de nombrar su diputado; sin escluir mas que aquellos que no lo mereciesen por su moralidad.

Miguel Infante, que era el alma de este partido, lo pedia con la fuerza de convicción que le daban sus opiniones eminentemente democráticas y exigía el sufragio universal, convirtiendo así una cuestión de derecho político en un acto de puro y sencillo ejercicio de una facultad.

Afortunadamente, la mayoría, mucho más prudencia, combatía este principio, porque comprendía que sería un grave yerro el querer que votasen hombres sin antecedentes, sin inteligencia, y, las más veces, bastante infelices para ponerse á la merced del primero que les pagase, lo que seria, para en adelante, un ejemplo fatal. Así, en el artículo 4 del reglamento, la junta tuvo cuidado de decir que para las elecciones: «Se debia citar al cabildo, por medio de esquelas, á los jefes de todas las administraciones, prelados de las comunidades y vecinos nobles de la capital.»

Queriendo, de este modo, limitar el derecho de voto, no al número, sino á la parte sana y arreglada de la sociedad.

Lo mismo sucedió en la elección que se debía de hacer de los diputados, que era preciso escojer entre las personas pudientes, porque el título era gratuito; y, sobre todo, que fuesen de edad de veinte y cinco años, «de buena opinión y fama, aunque sean eclesiásticos secu- lares,» decía el reglamento.
CAPÍTULO X.

Los curas, los subdelegados y oficiales veteranos eran excluidos, porque por sus obligaciones no podían ausentarse de sus destinos.

Igualmente, lo eran los extranjeros, los quebrados, los acreedores de la real hacienda y los que habían tenido alguna condena infamante.

En cuanto al día de la reunión en Santiago, debía de ser el 15 de abril, y las sesiones habían de empezar el 1 de mayo.
CAPITULO XI.

Tropas enviadas á Valparaíso. — Juan Makena gobernador de esta ciudad, en
remplazo de Joaquín de Alos, depuesto de su empleo. — Suscripción á favor
de España. — Muerte del conde de la Conquista. — Destitución del provisor
don Santiago Rodríguez.— Apertura de los puertos al comercio extranjero.
— Ruidos de guerra.— Enganches voluntarios.— La junta pide instrumentos
y maestros para organizar una música militar.

Con el sistema electoral, comienza una era enteramente nueva para Chile. El pueblo, hasta entonces
sumerjido en una nulidad administrativa casi absoluta, va á aparecer de aquí en adelante en el teatro de la
política, y á penetrarse del espíritu de reflexión que in-
fluye tan eficazmente en la suerte de un país, desarro-
llando sus inteligencias, despertando su patriotismo y
esparciendo por todas partes los elementos democráticos,
cuyo fin es el interés jeneral.

Pero de interín llegaba el plazo de las elecciones, el
gobierno provisional tenía que obrar con energía y acti-
vidad para prevenir toda contrarrevolución é impedir el
desmayo de accion en el público. La real Audiencia
levantaba de tiempo en tiempo su cabeza venerable, y
no aun despojada de prestigio, sostenida por el comercio,
que era casi enteramente español. Bajo este punto de
vista los comerciantes de Valparaíso imitaban á San-
tiago, en opiniones y proyectos. El gobernador de aquel
puerto, don Joaquín de Alos, si se había sometido á la
junta, lo había hecho con repugnancia y por fuerza, y
parecía favorecer los numerosos pasquines que se ponían
todas las noches en las esquinas de la ciudad en todas
formas y con colores que pintaban casi terrorismo. Don Agustín Vial, uno de los primeros y más celosos patriotas, se había quejado de él, como muy peligroso para el sistema proclamado y como causa de desórdenes bastante graves. En vista de esto, la junta habría obrado con poca prudencia si hubiese continuado imposible al frente de un enemigo, casi agresor, y envió allí ciento y diez dragones al mando del valiente patriota don Miguel Benavente, el cual quitó el empleo al gobernador Alos, poniendo en su lugar al capitán de ingenieros don Juan Makena, joven resuelto y de talento, partidario de los progresos de su nueva patria, e imbuido ya del espíritu de libertad y de reformas, que empezaba á ejercer su suave influjo en las ideas de la juventud chilena.

Se pensó también en dar al movimiento una fuerza militar, en primer lugar, para poder resistir á toda invasión extranjera, y, en segundo, á las tentativas que el Perú quisiese hacer contra el nuevo sistema de gobierno.

Pero aquí los dos grandes cuerpos políticos del momento se hallaron aun en desacuerdo. La junta, no teniendo mucha confianza en los cuerpos de milicias, quería tropas regladas que fuesen bien disciplinadas, y en las cuales, por consiguiente, la patria descansaría confiada.

El cabildo, como imágen pura y viva de la democracia, no veía en un ejército, así compuesto, más que un elemento de despotismo, que, muchas veces, era peligroso introducir en los gobiernos. Por lo mismo, el cabildo pidió la formación de una guardia nacional siempre dispuesta, por la naturaleza de sus instituciones, á constituirse fuerza popular, á obrar y contrapesar el poder ejecutivo.
En principio, el ayuntamiento tenía razón. Una guardia nacional es el verdadero emblema de la democracia armada, y susceptible, en razón de su fuerza, que puede doblar con la disciplina, de conservar á la masa su poder y su autoridad. Pero en el estado en que se hallaba el país, no era fácil sacar de ella un partido bastante satisfactorio. Dejando á parte las ciudades, villas y aldeas, toda la población se hallaba esparcida por los campos, y estaba, además, subyugada por el clero, enteramente partidario del antiguo gobierno, y aun se conservaba la memoria de las grandes dificultades que se habían encontrado, en tiempo del presidente Guzmán, para reunir y disciplinar un cierto número (1).

No debe, pues, causar sorpresa que la junta persisiese en sus proyectos, con tanta mas razón cuanto el virey Abascal la amenazaba con todo su poder, y que se susurraba el ruido, unas veces confirmado y otras desmentido, de la llegada del general español Elío á Montevideo con un ejército de seis mil hombres.

Pero aquí se ofrece una contradicción muy particular entre las ideas y los hechos: mientras que la junta organizaba con energía una resistencia armada contra los verdaderos partidarios de la monarquía y contra toda invasión que pudiese tener lugar aun en nombre del gobierno español, la misma junta procuraba, por otro lado, ser útil á este mismo gobierno, suscribiendo con garbo y jenerosidad á una llamada de fondos que le pedía el consejo de rejencia para sostener la guerra contra el guerrero feliz de aquella época.

(1) En la citada época, Mata Linares había hecho todos sus esfuerzos para instruir á los milicianos, que, con los ejércitos de fuego, se habían arrojado con poco al ruido de las armas: pero, no obstante, Linares escribía que no había que contar con ellos. Archivos del gobierno.
El 19 de enero, el conde de la Conquista reunía, en efecto, en su casa, las personas de más influjo de la ciudad, para comunicarles la circular de don Nicolás María de Sierra, ministro de gracia y justicia, é interino de hacienda, y las exhortaba á fomentar, ya individualmente ya en cuerpo, á dicha suscripción, prometiéndol á los particulares, aun de parte del consejo de rejencia:

«Que el rey oiría con particular agrado las solicitudes de los que se distinguiesen por su jenerosidad.»

Este fue el último acto político de don Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista. El 27 de febrero, pasó á mejor vida, siendo ya de edad de ochenta y seis años, después de haber experimentado en esta todas las vicisitudes del hado y de la fortuna. Nacido de padres pobres, bien que emparentados con las mejores familias, y no habiendo querido seguir los consejos de su tío, obispo de Concepción, que quería entrase en las órdenes, se había entregado, muy joven, al comercio, y, con una muy médica cantidad, se había establecido en una de las tiendecitas de la casa Tagliés, en la plaza mayor, en donde, gracias á su probidad y á su jenio activo, adquirió muy luego un gran crédito y un capital suficiente para empresas mayores, y, al efecto, se trasladó á una tienda de la plaza de la Merced, en la cual ganó uno de los más ricos capitales del país.

Desde aquel instante, pudo hacerse útil á la administración, como lo fué, ocupando los primeros empleos. Fué capitán de caballería del rejimiento real de Santiago, corregidor y justicia mayor de la misma ciudad; lugarteniente de mar y tierra, y primer superintendente de la moneda, cuando, en 1770, fué incorporada

(1) Correspondencia del consejo de rejencia, en los Archivos del gobierno.
con la corona. Bien que llenase todos estos cargos gratuitamente, y contra sus propios intereses, aun dejaba traslucir, por todas partes, su noble jenerosidad, y en el alzamiento de los Indios, en 1768, se adelantó á levantar y á mantener en pie, á sus espensas, la compañía del príncipe de Asturias, mandada por su hijo primójenito don José Gregorio, y destinada á ir á acampar en el corazón de las cordilleras para defender el camino del Portillo (1). Habiendo muerto el 27 de febrero, fué enterrado al tercer día en la iglesia de la Merced, y hasta el 15 del mes de marzo no se le hicieron las exequias correspondientes á su rango y á su mérito. El religioso mercedario Fray Miguel Ovalle hizo en ellas la panegírica del difunto, en términos los más lisonjeros para su memoria, y enteramente favorables á la revolución (2).

La pérdida de este ilustre personaje, muy sensible, sin duda, no tuvo influjo alguno en los asuntos políticos. Hallándose ya, como se hallaba, en un estado de decrepitud, no podía ser útil á la causa liberal, que para su última evolución pedía hombres activos, audaces y emprendedores. Bienque los progresos de esta causa fuesen visibles, aun tenía que obrar sobre las masas y que apropiarse, sobretodo, el poder espiritual, siempre muy peligroso por la oposición que podía hacer á los principios. La ocasión de dominar este poder era su-

(1) Relación de los méritos y servicios de don Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista, impresa en Madrid, y existente en la biblioteca de don Francisco de Huidobro.

(2) «Persuadió, ó quiso persuadir que España se hallaba enteramente subyugada del tirano; que el pequeño rincon de Cádiz se conservaba inconquistado por íntimas políticas de los Franceses, que lo conservaban como punto de reunión del comercio y caudales que iban de América.»

_Hist. mss. de la Revol., por Melch. Martinez._
mamente favorable. El obispo Aldunate, promovido por los votos de sus conciudadanos al obispado de Santiago, había dejado el de Guamanga para venir á su nuevo destino, y, á su llegada, había creído oportuno habitar una quinta de la Cañadilla, para curar sus achaques, y pasar una vida tranquila y pacífica. Una vez allí, se vió muy pronto rodeado de sus parientes y amigos, los cuales, siendo partidarios, en general, de las ideas de la época, procuraron atraerle á su partido, y consiguieron firmase escritos, que, ciertamente, no hubiese firmado, si su voluntad, ya inconstante, por su edad, no hubiera sido juguete de espiritus activos y traviesos. Don Santiago Rodríguez continuaba siendo un objeto de aprensión para los liberales. Sus vastos conocimientos, el renombre de que gozaba y su posición como administrador de los asuntos eclesiásticos, le daban un grande ascendiente sobre todo el clero, al paso que los realistas le consideraban casi como jefe de su partido. Ya muchas veces la junta del gobierno había querido quitarle su empleo de provisor, y si entonces no había podido conseguirlo, hoy se hallaba en posición muy favorable por la presencia de don José Errazuriz en la secretaría del obispado, siendo este pariente cercano de don Domingo Errazuriz, que querían elevar á aquella dignidad. Ademas, don Miguel Infante favorecía con todo su talento y toda su audacia esta mutacion, y aun se cree que fué su principal apoyo, puesto que inmediatamente después le nombraron asesor del Juzgado eclesiástico, título de la mayor importancia para su partido, y propio á darle un gran ascendiente sobre el clero, poniéndose continuamente en contacto con sus intereses.

Con esta nueva conquista, los liberales acaban de ad-
quiso un poder casi mágico en atención al influjo que les podía dar sobre la masa del pueblo. Ya se podía esperar, en adelante, que de lo alto de los púlpitos no volverían á descender palabras indiscretas, y que el nuevo provisor hallaría medios para contrastar los actos contrarevolucionarios de don Santiago Rodríguez, ó de otras dignidades de su partido, sabiendo granjearse estimación, y disponer de la opinión del clero provincial, demasiado sumiso y timorato.

Así se aprovechaban de los más pequeños acontecimientos para oír con resolución, despojando á los conservadores de su autoridad para apropiársela, y poniéndolos en la imposibilidad de dañar. Tal es el carácter de todo movimiento de renovación, que, comprendido solamente de algunos pocos privilejiados, necesita manifestarse, desde el principio, resuelto y determinado, al paso que la mayoría, confiada en sus propias fuerzas, se mantiene en la inacción, y no se despierta hasta que la tempestad ha hinchado el torrente. Entonces, la lucha se hace desigual y da la ventaja al partido progresista, por mas activo y resuelto, y concluye por atraer la multitud de los que no tienen una opinión fija y viven en la incertidumbre, como parte fluctuante de la población.

Pero independientemente de este sistema de aislamiento y de exclusión, adoptado por los liberales para apoderarse de los primeros empleos, meditaban igualmente los medios propios á absorber lo pasado en el orden presente, acabando de arrancar el poder español por los cimientos, y quitándole el último aliento de vida. Entre estos medios, había uno que llamaba mas particularmente la atención de los más celosos patriotas, y
este medio era entregar al comercio extranjero los puet-
tos del país, y la generosa hospitalidad de los habitantes,
 haciéndolos, por consiguiente, cesar el bloqueo universal,
 que el egoísmo había mantenido durante tres siglos por
toda la extensión de la costa. Este proyecto, ya pre-
puesto y desechado por el comercio español, que aun
gozaba de cierto influjo en aquella época, fue de nuevo
puesto en discusión, y todos los miembros de la junta
se apresuraron á adoptarlo, porque ofrecía la ocasión
la más favorable para atraer á los extranjeros y apro-
vecharse de su ingenio, de sus invenciones y de su an-
tigua industria.

Este decreto, que fue, incontestablemente, uno de
los más favorables á la propagación de las luces y de
la civilización, fue firmado el 21 de febrero de 1811 (1),
y estaba estendido sobre bases demasiado liberales
pará que no fuese necesari añadir, después, algunos ar-
tículos restrictivos; porque no solamente abría al com-
ercio extranjero el puerto de Valparaíso, sino también
los de Valdivia, Concepción y Coquimbo, circunstancia
que acarreaba mucho embarazo á la administración ge-
neral, por la razón de que exigía un número mayor de
empleados, mucha más vigilancia, y descentralizaba el
comercio por mayor, lo cual hacía las ventas más difi-
ciles (2); prometía ayuda y protección á los estranje-
ros, bienque solo se les permitiese vender por mayor y

(1) Esta libertad de comercio tuvo también grandes ventajas para la te-
soría. En 1811, la aduana de Valparaíso no producía más que 12,075 p., y seis
meses después, es decir en agosto, había más que doblado este rédito, puesto
que producía 24,814. En nuestra estadística, haremos patente con que pron-
tud se aumentó aun más, pues que, en el día, da hasta 2,000,000 d p.

Notas sacadas de los archivos del consulado de Santiago.

(2) En aquella época, había tal escasez de dinero, en las provincias sobre-
en los puertos precitados: por lo demás, los votantes, como hombres ansiosos de progresos y de instrucción, habían declarado de libre entrada todo cuanto era concerniente a las ciencias y artes liberales, como libros, instrumentos, mecánicas y máquinas propias al trabajo de lanas y de plantas textiles.

Por aquí se ve la tendencia de aquellos dignos patriotas a una política de progresos, y cuan sinceramente deseaban el amejoramiento moral y material del país; uno, por la cultura de las ideas, y el otro, por la introducción de la industria, siempre favorable a las clases inferiores. Pero como si tuviesen un presentimiento de desórdenes venideros, decretaron igualmente la franquicia de fusiles, cañones, sables, y, en jeneral, de todas armas militares, verdaderos instrumentos de circunstancia propios a preservar el santo suelo de la patria de una invasión que quisiese imponerle, por segunda vez, el vergonzoso yugo del absolutismo, privándola de la libertad que acababa de conquistar.

Es verdad que ya había días se susurraba mucho que habría guerra. La noticia de la llegada del jeneral Elio a Montevideo acababa de confirmarse por una reclamación de la Junta de Buenos-Aires a la de Santiago de los auxilios que se había servido ofrecerle (1), y el todo, que en Coquimbo mismo el buque Colt, anglo-americano, que fue el primero que arribó allí, no pudo vender casi nada.

_Lexamen del reglamento del comercio libre, por don Manuel Manso._

(1) «Con este motivo, ha pasado este gobierno las mas estrechas órdenes á las provincias, á efecto de que le auxilien con jente y armas para escametar al jeneral Elio, y V. E., que ha entendido esta necesidad urgente, se le ofrece con una jenerosidad sin ejemplo por su oficio del 6 del corriente á prestar los podeosos auxilios de sus mejores tropas regladas, etc... y que, su pérdida de momento, se pongan en camino para la ciudad de Mendoza, y todas armadas.»

_Documentos de la historia manuscrita de Fray Melch. Martinez._
virey del Perú, con necia arrogancia, se atrevía a amenaazar con furor á los liberales de Chile, añadiendo que iría á atacarlos hasta en las mas altas cumbres de las cordilleras. A este efecto, había levantado el rejimiento de la concordia, compuesto de los principales Peruanos y Españoles, y de los cuales se había declarado coronel, y el arzobispo, de capellan. El objeto especial de este rejimiento era la guardia de la ciudad, y debía, por consiguiente, mantenerse sedentario; pero levantaban, al mismo tiempo, otras tropas que debían marchar sobre el alto Perú para reforzar el ejército de Goyeneche, y otras, destinadas á Chile, debían de ser disciplinadas por los veteranos de la guarnición.

En vista de estas noticias que corrían y eran la materia de todas las conversaciones, el poder ejecutivo tenía que tomar medidas las mas prudentes para conciliar, en medio de todo, la susceptibilidad de los realistas con la suerte del país. Así, mientras que, por un lado, simulaba una entera sumisión al virey del Perú, el poder escribía, por otro, á Concepcion, mandando embarcar las tropas pedidas, y permitía al diputado Alvarez Jonte levantar la bandera en el país para alistar bajo de ella un cierto número de voluntarios. Pero, antes de pasar estos decretos, había tenido que superar todas las dificultades que le suscitaba el cabildo, el cual era enteramente opuesto al envío de tropas; y, posteriormente, encontró nuevos obstáculos por parte del de Concepcion, que estaba alarmado de ver sus fronteras á la merced de irrupciones de los Indios.

Este temor no carecía de fundamento, pues los Araucanos y, sobretodo, los Pehuenches, escitados por la pasión del pillaje, solo se mantenían contenidos en sus
montañas por la presencia de las tropas que acampaban en sus vecindades; y, á pesar de eso, estaban siempre en acecho para aprovecharse de un descuido y precipitarse como torrentes sobre los llanos vecinos. Las cercanías de los Anjeles acababan de experimentar una de estas invasiones; y los habitantes, que se hallaban aún sobrecojidos del peligro, veían con tristes presentimientos la marcha de una parte de las tropas, sola fuerza defensiva sobre la cual podían contar. Por otra parte, los militares no estaban muy deseosos de alejarse de sus bellas comarcas; de sus parientes y amigos para emprender un viaje tan largo y de tanta fatiga, y se reunían á la población para manifestar su descontento, que, por el condúcto del Ayuntamiento, llegaba á conocimiento de la junta, poco dispuesta á darle buena acogida; porque la causa que esta defendía no era solo la de Chile sino también la de toda la América, y sus pensamientos eran demasiado elevados para que no reconociese las consecuencias materiales y morales de aquella intervención, por débil que fuese. Hasta aquel instante, la junta no había podido hacer mas que dar bordadas en un mar nebuloso é incierto, y ya era tiempo de dar al navío un rumbo seguro por medio de los escollos que lo rodeaban, escollos que consistían en las fuerzas que amenazaban á las repúblicas vecinas. A estas fuerzas era indispensable oponer otras fuerzas, ya como centinelas avanzadas y en calidad de auxiliares, ya concentrándolas en diferentes puntos, manteniéndolas de reserva para operar al primer peligro.

Todas estas disposiciones, debidas principalmente al injenio de don Juan Rosas, despertaron en los corazones de la juventud chilena sentimientos de gloria militar
que decidieron á muchos á alistarse con los dignos defensores de su país, é indujeron á la junta á tomar las mejores medidas para su organización y bienestar. No teniendo Santiago casi casernas, se trasladaron los presos de San Pablo al juego de pelota de la plaza del Vásu-ral; y después de haber hecho las mejoras necesarias se acuartelaron allí trescientos hombres con sus oficiales respectivos. Al mismo tiempo, para dar ánimes y ardor marcial á las tropas, se sustituyó á los timbales y violines una verdadera música guerrera; y, al efecto, se pidieron á la junta de Buenos-Aires los instrumentos necesarios, así como también maestros profesores de música. Esta petición se hizo el 29 de marzo de 1814, y, poco tiempo después, los regimientos marchaban ya al son de tocatas guerrerass que animan el paso, divierten la fatiga del soldado y le hacen despreciar peligros, en defensa de su patria.
CAPITULO XII.

Preparativos para las elecciones. — Conspiracion de Tomas Figueroa, y ac-
cion del 1º. de abril. — Prision y muerte del caudillo de los anotados.
— Disolucion de la Real Audiencia. — Destierro de sus miembros. — Muerte
del obispo don José Antonio Aldunate. — Don Domingo Errazuris nombrado
vicario general.

La venida de la instalacion del congreso, decretada
por la junta suprema, daba al pais una nueva animacion.
En las provincias, ya las elecciones eran conocidas, y se
continuaban sin indicios de desorden ni de ajitacion.
Menos algunos distritos del sur en donde los realistas
habian podido organizar un leve triunfo, en todas partes
el escrutinio era bastante favorable á los principios es-
tablecidos por la revolucion, y aparecian como espre-
sion de una politica de recomposicion y de progresos.

En Santiago, en donde las cabezas de partido se ha-
llaban cara á cara, los resultados fueron muy diferentes.
La real audiencia tenia aun mucha influencia, y su ac-
tividad, suspensa y no apagada, acababa de avivarse
de nuevo al soplo de esta inovacion. En aquel momento,
se hallaba en la ciudad Tomas Figueroa, que los Espa-
ñoles, segun se decia, habian hecho venir de Concep-
cion para hacer una tentativa de contrarevolucion en
favor de la real audiencia. Este Figueroa, muy descon-
tento porque Juan Rosas no le concedia la proteccion
que le habia prometido, se mostró, desde luego, ene-
migo del gobierno, y enemigo tanto mas peligroso,
cuanto era hombre de accion, ambicioso, y, sobretodo,
de muchos recursos. Antiguo guardia de cors, y acusado
de un delito bastante grave, había sido enviado al presidio de Valdivia, de donde, por un medio sumamente ingenioso, había conseguido escaparse. Cojido de nuevo en las costas de Nueva-Granada, había sido enviado a su antiguo destino, y, algún tiempo después, por haber tomado parte muy activa contra un alzamiento de indios, obtuvo gracia y entró de oficial en el ejército. En 1810, tenía ya grado de teniente coronel, y era comandante interino de un batallón, y él fue quien recibió de las tropas el juramento de obediencia al nuevo gobierno, encargo que llenó con un celo verdaderamente republicano (1).

La mayor parte de las tropas que se hallaban en Santiago habían servido bajo sus órdenes, y como estaban aun imbuidas del prestigio de su rey, no le fué difícil sobornarlas y hacerlas entrar en un complot, lo que se hizo con tanta prudencia como habilidad. Hasta ahora, no hemos visto documento alguno que pudiese instruirnos sobre la naturaleza y las disposiciones de este complot; pero es cierto que ya estaba organizado, y que, probablemente, debía tener ramificaciones en los realistas, y, sobretodo, en la real audiencia.

Los liberales, por su lado, no se mantenían imparables con las manos cruzadas en presencia de la augusta misión que los habitantes iban á llenar. Reunidos en comisiones preparatorias, procuraban inspirar la vida política á estos mismos habitantes iniciándolos en el principio de su fuerza, autoridad y derecho; instruyéndolos en el sistema electoral seguido por los Anglo-americanos, que habían tomado por modelo; y excluyendo del derecho de votar á los Españoles y Chilenos demasiado afectos al antiguo régimen. Así preparaban una

(1) Archivos del gobierno.
mayoría decisiva, sin pensar, ni remotamente, que una conspiración armada se estaba urdiendo para destruir de un solo golpe las conquistas que siete meses de trabajo y de ajitación les habían hecho obtener.

Los electores habían sido convocados el 1º de Abril al consulado para nombrar sus diputados. Desde por la mañana, Miguel Benavente había ido á buscar la compañía de dragones de la frontera para llevarla á la plaza del consulado. Antes de salir de San Pablo, en donde estaba acuartelada, algunos soldados habían pedido que la otra compañía veterana los acompañase; pero negándoselo el capitán, no insistieron y continuaron su marcha. Esto no era mas que el preludio.

El sargento Saez fué quien, tomando la iniciativa, mostró un espíritu insubordinado, con palabras y jestos que muy luego indicaron el papel sedicioso que estaba encargado de desempeñar. Miguel Benavente quiso muchas veces llamarlo al orden; al principio, con palabras de paz, y al fin, con amenazas; pero viendo que su autoridad era, en cierto modo, desconocida, se tomó la libertad de pegarle con la hoja del sable, lo cual fué la señal, ó el motivo de la rebelión, y desde luego toda la compañía se desordenó. Viendo que toda pacificación era ya imposible, Miguel Benavente renunció á ella, y el comandante jeneral de las armas, don Juan de Dios Vial, no pudiendo conseguir la tampoco, se vió forzado á enviar los soldados á su cuartel.

Apenas entraron en él, Tomas Figueroa, hasta entonces simple espectador del acontecimiento, fué allá y lo recibieron con gritos repetidos de: ¡Viva el rey! ¡Viva la religión (1)!

(1) Hallo en mis notas, redactadas, según creo, después de una conversa-
CAPÍTULO XII.

Figueroa, como jefe, los felicitó de su honrada fidelidad, aceptó las buenas intenciones de que estaban penetrados y mandó se les abriesen las puertas de los almacenes para armar su bizarro denuedo. Luego que tuvieron armas y municiones, se puso á la cabeza de este pequeño ejército, reforzado con muchos husares que se le incorporaron por fuerza, y los condujo todos, en número poco más ó menos de seiscientos (1), al lugar de la reunión. Su primera intención había sido el apoderarse de los cañones montados junto á la Moneda; pero habiendo sabido, en camino, que aquellas piezas habían caído en poder de los granaderos, que las habían puesto en batería en la misma calle, se dirigió á la plaza del consulado para dispersar los electores y disolver la suprema junta.

La sala de la asamblea estaba casi vacía; Figueroa no se tomó ni siquiera la molestia de entrar en ella, y, persuadido de que su deber era ir á ponerse á las órdenes de la real audiencia, se trasladó allí con su falange; la formó en batalla en la plaza, y aun delante de las cajas reales, y, hecho esto, se presentó al rejente, que estaba rodeado de todos los oidores. La conversación que tuvo con ellos ha quedado ignorada (2); pero fué bastante larga para dar tiempo á los granaderos, man-

con el general Aldunate, que no fue Saez sino, mas bien, el cabo Molina quien tomó la iniciativa de este acto de insubordinación, y que, de vuelta al cuartel, se trasladó, con dos ó tres dragones, á casa de Marquez de la Plata, en donde se hallaba la junta, con intención de asesinar los que la componían; pero en aquel momento habia muchas personas, y, en lugar de ejecutar su atroz proyecto, fueron arrestados Molina y sus compañeros, que depositados en un patio consiguieron escaparse por los tejados. Esta versión se halla confirmada, con poca diferencia, en el diario mss. de Miguel Carrera.

(1) Los manuscritos hacen subir el número á cerca de 600; pero creo que hay exageración.

(2) Según el padre Martinez, la real Audiencia se descartó de esta accion de
dados por don Santiago Luco, y los artilleros, que mandaba don Luis Carrera, para trasladarse á la plaza y formarse en frente de los rebeldes, del lado de los portales.

Prevenido de lo que se pasaba, Figueroa se despidió de la real audiencia; se apresuró á volver á su puesto; mandó avanzar su tropa hasta cerca de la Pila, y á la distancia de medio tiro de pistola de los granaderos de Luco, y luego entabló con don Juan de Dios Vial una discusión sobre la superioridad del mando. El uno pretendía que le pertenecía por su grado y antigüedad de servicios, y el otro por el derecho que tenía la junta suprema de depositarlo en manos del que más merecía su confianza. Sus pretensiones tomaron un tal carácter de tenacidad, que juzgando, uno y otro, inútil prolongar la discusión, se decidieron á referirse á la decisión de la fuerza, y se cuenta que Figueroa dió la señal de hacer fuego con su pañuelo. A lo menos, fué cierto que al punto sus tropas hicieron fuego, echándose muchos luego á tierra, para evitar las balas de sus adversarios aun poco hábiles en el manejo de las armas.

Cincuenta y cuatro cayeron, entre muertos y heridos (1). Los amotinados huyeron sin pensar en aprovecharse de su ventaja. De los soldados de la patria, también hubo muchos que hicieron lo mismo; pero la mayor parte se mantuvieron firmes y fieles, y el oficial Santiago Guerrias persiguió al enemigo hasta la calle del puente.

Figueroa, y aun también le respondió que no tenía órdenes que dar. personalmente, y que, ante todas cosas, era preciso informar á la suprema junta.

*Mss. de la revolución de Chile.*

(1) *Historia del padre Guzman.*
CAPÍTULO XII.

Tal fué el resultado de aquella fatal jornada, para siempre memorable en la historia de la independencia. La revolución, que, desde un principio, se había manifestado prudente, noble y jerosa, acababa de recibir, á pesar suyo, manchas de vergüenza y de sangre, y esta especie de bautismo no podía menos de ser fatal á su porvenir. Los dos partidos, en lo sucesivo, van á tener sentimientos recíprocos de odio y de venganza, y á verse dominados por el espíritu de anarquía, que por fuerza había de ensangrentar las páginas de la historia nacional. Ya se había esparcido un terror pánico por toda la ciudad; todos corrían á sus casas; las puertas se cerraban, y la plaza mayor, ocupada militarmente, de un lado, por los granaderos, del otro, por los artilleros á pié de los cañones, anunciaba patentemente que había llegado la era de las armas, y que estas iban á decidir la suerte de la patria.

Los dragones de la frontera, huyendo del campo de batalla, se habían dirijido á su cuartel, y Tomas Figue- roa fué á refugiarse en el convento de Santo Domingo, bajo la protección de algunos religiosos. Allí ocultaba, escondido detrás de una parra, su cabeza y su vergüenza de haber sucumbido en tan bella causa. Las ventajas, en efecto, estaban todas de su parte. Sus antecedentes probaban que era sujeto de energía, de acción y de talento. Independientemente de los realistas que había en Santiago, podía contar con tres ó cuatrocientos veteranos, en jeneral, animados de un fanático afecto á su rey, y á los que, además, había podido inspirar entera confianza, con decirles que los enemigos eran simples reclutas sin experiencia. Pero la Providencia, que velaba por la salvacion de la patria, le privó de conocimiento y
de prevision, dejándolo cobardé e irresoluto, y permitiendo olvidarse que, en el término de dos ó tres días, podía ver sus cortas fuerzas aumentadas con los trescientos auxiliares que habian salido, de muy mala gana, de Concepcion para ir al socorro de Buenos-Aires (1).

La junta suprema, reunida, en parte, en casa de Marquez de la Plata, se trasladó inmediatamente á la plaza mayor, y, mientras algunos miembros se concertaban con los jefes militares para tomar las medidas necesarias á la tranquilidad y al buen órden, Juan Rosas subió á la Real Audiencia para manifestar su descontento á los S. S. de aquel tribunal, que él consideraba como cómplices de la conspiracion. En seguida, tomó un caballo, se fué, con algunos soldados, á descubrir el jefe de la rebelion, y, por las señas que le dieron, se dirigió al convento de Santo-Domingo, de donde iba ya á salir, después de inútiles pesquisas, cuando un mozo se le ofreció para enseñarle el escondite del que buscaba.

Cojido por los soldados de Rosas, Tom. Figueroa se dejó llevar sin resistencia, en primer lugar, al cuartel, y, en seguida, á la cárcel, en donde muy luego se presentaron tres jueces de conocida integridad, que fueron: el vocal don Juan Henriquez Rosales, el asesor don Francisco Perez y el secretario Gregorio Argomedo.

Las circunstancias y las pruebas irrecusables de un crimen, siempre grave á los ojos de un partido político

(1) Es de presumir que Tom. Figueroa fué llamado á Santiago por los Españoles, con el objeto de suscitar una reaccion en favor del rey. Lo cierto es que se puso en camino algunos dias antes del embarco de los 300 auxiliares, prometiéndoles hacer cuanto pudiese para que no se verificase. A su llegada á Santiago, animado por los realistas, no creyó necesario esperar llegasen aquellas tropas para hacer la revolucion, persuadido de que el dia de las elecciones era el mas favorable para sus proyectos. Si, por el contrario, hubiese aguardado aquel primer refuerzo, es probable que los patriotas hubiesen sido dispersados. _Conversacion con el general Bernardo O'Higgins._
victorioso, exijan que la causa se sustanciase sin dilación, y pocas horas bastaron para interrogar al acusado, oír á los testigos y pronunciar la fatal sentencia, que lo condenaba á la pena de muerte.

El confesor que le dieron fué el padre de la Buena Muerte, Fray Camilo Henríquez, que muy pronto vemos como una de las brillantes estrellas de la revolución. Penetrado de su santo ministerio, este confesor puso á un lado todo pensamiento político, y se presentó como el ángel de la guarda de un alma, cuya fidelidad, mal entendida, ó, tal vez, cuya ambición la hacía salir de esta vida para la otra. Hasta las cuatro de la mañana, se mantuvo auxiliando al paciente, y solo se separó de él cuando la justicia humana hizo ya superfluos sus consuelos espirituales.

Dicen que antes de morir, Figueroa protestó contra la irregularidad de la causa que le hicieron, y aun contra el rehusó de darle un confesor de su agrado.

Por la mañana, el pueblo iba de tropel á ver aquella primera víctima del tribunal revolucionario, sentada en una poltrona á la entrada de los arcos de la cárcel, en donde permaneció, lo mas del día, espuesta á la vergüenza.

Esta esposición no fué la sola que haya asijido á la República. Entre los amotinados que se hallaron muertos en el sitio de la acción, se tomaron los cadáveres de Saez y de tres compañeros suyos, y fueron colgados á una horca levantada en la plaza mayor; ejemplo que sin duda contrastaba las costumbres del país, pero necesario para intimidar á los facciosos, tranquilizar á los habitantes é impedir que el movimiento dejarse en un gran alzamiento.
Los demás facciosos fueron declarados traidores á la patria, al paso que todos los militares que defendieron la causa legal recibieron una recompensa individual, proporcionada á su grado, y un escudo, para poner en la manga de la casaca, con el exergo: Yo salvé la patria (1).

El joven Juan de Dios Vial, hijo del comandante de las armas, se distinguió, en aquella ocasión, por su serenidad y presencia de ánimo. Así como recibió la descarga, sacó una pistola y corrió á descargarla, á quemarropa, contra Figueroa; pero erró el tiro.

La junta suprema, para darle una prueba de su satisfacción, decretó que pudiese llevar siempre la pistola á su lado, ó bien bordada en la manga de su vestido.

Por donde se echa de ver que las costumbres democráticas, que, al ejemplo de los Estados Unidos, se querían introducir, no podían preservarse de cierta tendencia involuntaria al espíritu de vanidad y de ostentación, tan propio del carácter español, bienque, por otra parte, tan útil para dar entusiasmo, y avivar la ambición.

Tan pronto como el buen orden pareció un poco restablecido, y que el acontecimiento hubo sido encadenado en provecho de la libertad, los miembros de la junta pensaron en sacar partido de la victoria para prevenir otra revolución. La primera sangre que esta lucha acababa de hacer derramar les daba una fuerza legal de que pudieron servirse contra los ajitadores, é informados de que los dragones de la frontera habían marchado por el camino de Valparaíso con intención de reunirse

(1) Los oficiales fueron ascendidos. Los sargentos recibieron tres pesos fuertes, los cabos veinte reales, y los soldados dos pesos.
Las viudas recibieron también una recompensa proporcionada á los grados de sus difuntos maridos.
á los auxiliares, que venían de Concepción, para organizar una resistencia simultánea, enviaron contra ellos una compañía de dragones a las órdenes de Henrique Campino, el cual los alcanzó en la cuesta de Prado, y los hizo casi a todos prisioneros, gracias al socorro que le ofrecieron los mismos auxiliares que querían sobornar y con los cuales fueron incorporados haciendo parte de la expedición de Buenos-Aires.

Después de esto, persuadidos los miembros del Gobierno de que las circunstancias los habían puesto en una altura desde la cual se desvanecen todas las consideraciones para no dejar dominar más que la política que interesa á la tranquilidad del país, creyeron oportuno pensar, pero sin odio ni pasión, en todas las personas que, por su posición o su influjo, habían tenido parte, mas ó menos directa, en aquella contrarevolución.

El ex-presidente Carrasco, retirado, después de su caída, en una casa de la Chimba, fué una de las primeras víctimas de este sistema de suspiccion. Acusado de ser uno de los cómplices del complot, fué arrestado y traído al palacio con su amigo don Julian Celleruelo, en casa del cual vivía, y ambos fueron puestos en la cárcel.

Igualmente fueron arrestados algunos Chilenos enemigos del gobierno establecido, y muchos Españoles, puestos, á poco tiempo después, en libertad por orden del licenciado Correa de Saa, encargado de su interrogatorio.

Pero lo que más preocupaba la junta era el deseo que todos tenían de destruir, de una vez y para siempre, el poder de la Real Audiencia, que, como cuerpo sabio y respetable, podía, tan pronto como sus heridas estuviesen cicatrizadas, recobrar bastantes fuerzas para po-
ner nuevas trabas á la marcha de una idea, tan diame-
tralmente opuesta al juramento y á los intereses de sus
miembros. Era esto una especie de nudo gordiano que
no se podía deshacer mas que por violencia, y que el
carácter serio y fuerte de Rosas podía solo, en aquel
momento, tener el arte de desanudar. Para ello, la
junta tenía que hacer, sino una cuestión de derecho, á
lo menos una de urgencia y de necesidad, fundada en
los acontecimientos que acababan de suceder, y en la
necesidad de evitar animosidades.
Los oidores por otra parte protestaron de su ino-
cencia y procuraron temporizar con el nuevo poder;
pero cansados del papel humillante de una obediencia
pasiva, cuando, poco antes, eran tan vanos y orgu-
llosos, concluyeron separándose y dispersándose ellos
mismos. El 6 de abril, don José Santiago Aldunate dió
el primer ejemplar de una completa abnegación de sus
derechos, renunciando á su título de oidor, y, dos días
después, pidió su pasaporte para Lima.
Este ejemplar fué muy luego seguido por Irrigoyen
y Baso y Berri, que el gobierno mandó detener en Val-
paraiso, con orden, al primero, de volver á Europa por
la via de Buenos-Aires.
Enfin, el 26 del mismo mes, la Real Audiencia se
halló enteramente disuelta, y los dos miembros que que-
daban fueron desterrados, con sueldo de 150 pesos,
uno, Rodriguez, á San Fernando, y el otro, el dean
Concha, á la Ligua; pero á este, como pariente de José
Nicolas Cerda, se le permitió permanecer en la chacra
de su primo, en Nuñoa con su mujer y sus diez hijos, y
de allí pasó á la hacienda del Injenio (4).

(4) Este Concha había sido sumamente útil al país. En tiempo de su presi-
Así terminó aquel célebre tribunal, que gozaba en América de la mas alta consideración, como primera corporación, y cuyos miembros, escojidos, en general, entre los sujetos más notables, por su ciencia e integridad, recibían continuamente testimonios de respeto y de sumisión, que dejeneraban algunas veces en una especie de culto; consecuencia de la política diestra del gobierno español, que por medio de leyes esclusivas, y de aislamiento, quería dar á sus empleados un gran prestigio, y, sobre todo, poner á los magistrados á cubierto de todo atentado contra su santo ministerio. Por esta especie de contracción, la posición de los oídores era tan penosa como ridícula, pues no podían contraer matrimonio en el país, ni asistir á casamientos ni á entierros, ni siquiera ser padrinos de un niño, en el bautismo. Igualmente, les era prohibido adquirir bienes raíces, especular, recibir regalos de gran lujo, y el número de casas á donde podían ir de visita era tanto más limitado, cuanto les estaban prohibidas las de los negociantes y abogados, y, sobretodo, las de personas que tuviesen alguna causa ó proceso.

De este modo, las leyes cuyos intérpretes eran, á la vez, y columnas, seguían con su influencia natural y á dencia interina en la real Audiencia, había mandado desembarcar del buque extranjero, Warren, todo el hierro y acero que llevaba, para distribuirlo entre los agricultores y los mineros, que carecían enteramente de ellos; creó en Santiago una sociedad de beneficencia, de la cual fue nombrado presidente y director. Enriqueció con muchas obras la academia de matemáticas, formada por el gran patriota Salas, y había hecho instancia al rey envíase profesores de mineralogía para fundar una escuela de minas. La humanidad de sus sentimientos no era menos recomendable. Hizo grandes mejoramientos en el hospital de San Juan de Dios, y promovió una suscripción, que produjo 200 pesos, para sobvenir á sus necesidades. Nombrado, en 1801, director de dicho establecimiento, obró con tanto celo y economía, que halló posibilidad de admitir en enfermos cuando la dotación era solo de 53 causas.

*Archivos del gobierno.*
cubierto de fraudes, vijilando las acciones de los ciudadanos que faltaban á sus deberes, sin distinción de rangos, y por elevados que fuesen, pues entre aquellos jueces la injusticia era desconocida.

El porte de sus mujeres no estaba menos sujeto á una rigorosa vijilancia del rejente y del presidente. En efecto, estaban sometidas á la misma etiqueta y á las mismas prohibiciones, y obligadas á participar de las privaciones sociales de sus maridos, que por este modo de vida se hician necesariamente graves y taciturnos. En vista de una existencia tan particular, llena de misterios y tan diferente de las demás existencias sociales, ¿que se podía hallar de extraño en el prestigio de que gozaban aquellos anacoretas políticos? ¿Los tan alabados agüeros de la crédula antigüedad llevaban por acaso otra clase de vida?

La Real Audiencia no fue la sola que tuvo que sufrir su mala suerte, pues la misma cupo á algunos militares y á todos los empleados que por su rango podían aun ejercer algun influjo en la suerte política del país. Ya se ve que después del sangriento acontecimiento del 1º de abril, la revolución ya no estaba obligada á miramientos; el velo se había rasgado, y se hallaba, mas bien, en la precisión de echar á un lado toda irresolución y de avanzar francamente y con denuedo á sus fines, si quería elevarse á la altura que estos pedían. Los medios de que debía disponer eran la justicia, el derecho y la fuerza; porque después de las reuniones electorales el principio de la revolución ya no se hallaba concentrado solamente en la capital, sino que se había extendido á casi todas las provincias, y había encerrado en su círculo de acción á una infinidad de personas que, hasta
entonces, se habían mantenido extrañas é indiferentes al movimiento, y que ahora estaban muy dispuestas á entrar en él.

Por otra parte, era de temer que el virey Abascal no quisiese tolerar principios cuyas máximas escritas en las banderas de la Plata eran combatidas por sus tropas en el alto Perú, y que, al fin, se decidiese á enviar al país un ejército de invasión considerable. Tal era la opinión de muchos hombres de previsión, opinión tan pronto justificada, tan luego desmentida por las cartas de Lima; y aun parece que en los papeles de Tomas Figueroa se hallaron pruebas de aquella intención, y el aviso de la salida del buque San Juan, fletado con armas para los que intentasen la primera insurrección.

Todas estas noticias sujirieron á la junta suprema el dar su principal atencion al ejército nacional, y mandar disciplinar las milicias, á pesar de los grandes gastos que estas medidas podían ocasionar. Al mismo tiempo, se procuró que la religion contribuyese á aumentar el entusiasmo del pueblo, y al efecto mandaron venir al eminente patriota Andreu, obispo auxiliar, que, el 7 de abril, principió á predicar en la plaza mayor, en favor de aquella noble causa, aconsejando al pueblo:

«De respetar, obedecer y amar al gobierno, como fundador de un sistema el mas conforme á la razon y á la religion, y el mas á propósito para librarnos de las intrigas y ambiccion de Bonaparte.»

Andreu llevó su celo hasta el punto de sujerir la delacion al gobierno de cuantos fuesen opuestos á dicho sistema, y pudiesen, por consiguiente, serle perjudiciales.
El día siguiente de este sermón, que causó, como era natural, grande sensación á los realistas Chilenos y á los Españoles, murió el digno y virtuoso prelado don José Antonio Martínez, obispo de Santiago. Esta muerte fué en extremo sensible, en razón de la ciencia, de las virtudes y bellas prendas que adornaban aquel ilustre Chileno, cuya estremada jenerosidad le había hecho el verdadero padre de los pobres. Esta jenerosidad era tal, que antes de salir para el obispado de Guamanga se había desprendido de su inmensa fortuna para darla á sus parientes y á necesitados, quedándose él reducido á una modestísima existencia. Los achaques de que adolecía después de su vuelta y su avanzada edad le impidieron de tomar parte en las deliberaciones de la junta, y así murió libre de todo acto político, y casi sin que el gobierno lo supiese. Su cuerpo, después de haber recibido los honores debidos á su rango y á su mérito, fué enterrado en la catedral.

Pero si esta pérdida pasó como sin sentirse para la junta, no sucedió lo mismo con respecto al clero, cuyas antiguas pasiones se despertaron con la ocasión del nombramiento de un vicario jeneral, empleo que, por la muerte del obispo, tuvo que abandonar el canónigo don Domingo Errazuris. Los realistas querían poner, en lugar de este, al sabio Rodríguez. El cabildo, al contrario, quería al canónigo Fretes de Buenos-Aires, hombre de mucho talento y actividad, y uno de los más eminentes patriotas; pero su calidad de extranjero, en una época en que el amor nacional quería que la revolución chilena no perteneciese á nadie más que á sí misma; fué la causa de que dicho nombramiento recayese en el mismo Errazuris. Sin duda alguna, ignoraban que en aquel mismo
instante, un Chileno, también canónigo, el doctor don José Cortés Madariaga, ocupaba un alto puesto y tomaba una parte la más activa y gloriosa en la revolución de Caracas, con grande satisfacción de un pueblo que no era menos celoso de su nacionalidad y patriotismo.
CAPITULO XIII.

Aplazamiento de las elecciones de Santiago. — Llegada de los diputados de las provincias. — O'Higgins. — Proclama de la Junta. — Tendencia de Rosas a alcanzar la presidencia. — Rivalidad entre Rosas y el ayuntamiento. — Instalación del tribunal de apelación, y del de seguridad pública. — Reconocimiento de la Junta por el marques de Casa Irujo. — El marques de Medina no admitido como presidente de Chile.

El triste acontecimiento que acababa de suceder había producido dos grandes efectos: el de desmoronar el partido realista, reducido, en lo sucesivo, a una nulidad casi completa, y el de adelantar á los liberales en términos, que ya no podían ni hacer alto, ni volver atrás. Ya no podían menos, aunque no quisiesen, de dejarse llevar de la pendiente que los conducía al punto marcado por la Providencia, y de ayudar al movimiento en su propia fuerza de acción y de progresión.

El pueblo de Santiago se hallaba aún conmovido por la sensación que le había causado la sangre derramada; porque no estando acostumbrado á estas insurrecciones armadas, y no habiendo participado nunca á luchas políticas, le eran aun enteramente extraños los sentimientos de pasión y de odio que enjendarían generalmente las guerras de partido. Por lo mismo, su emoción, en aquella circunstancia, era por las infelices víctimas, que su sencillez natural les hacía considerar como un objeto pasivo de una disputa de intereses. Las personas de distinción, dominadas por los mismos sentimientos, no estaban menos conmovidas; se habían puesto casi indiferentes á la suerte de la República, y habían diferido casi indefini-
damente las elecciones interrumpidas por el acontecimiento.

Entretanto, las provincias habían nombrado ya sus diputados, y todos los días se veían llegar algunos a Santiago. Entre los que estaban presentes se hallaba O'Higgins, que Rosas había llamado con la más premurosa solicitud.

Cuando había sabido la rebelión de Figueroa, se encontraba cerca de Curico, y su primera intención había sido de continuar aceleradamente su marcha para tomar parte en las consecuencias del suceso. El 5 de abril, llegó a Santiago, y apenas se apó corrió al palacio, embozado aun en su poncho de camino, para ponerse á la disposición de la suprema junta, ofreciéndole su espada para contribuir á calmar los pocos temores que pudiesen tenerse todavía.

Pero si había temores, ya no eran de que hubiese una nueva rebelión, y la inacción provenía solamente de la consternación que había paralizado todo movimiento, y llenado de amargura los corazones de los habitantes. De todos los miembros de la junta, no hubo verdaderamente mas que Rosas que se hubiese mostrado superior al acontecimiento, y mantenido á la altura de su mision. Sin participarlo á los demás miembros, había escrito una proclama, en la que, después de haber dado algunos detalles sobre el suceso del 1° de abril, y sobre la conducta del perdido Figueroa, decía, para tranquilizar los ánimos, que se haría justicia equitativa pero rigorosa:

«No hay medio (añadía). Es preciso llenar dignamente esta obligación del gobierno. Chile no debe alimentar en su seno á los monstruos que han proyectado
devorarlo, y aunque la humanidad se resienta del escarmiento, la patria imperiosamente lo manda. Su muerte evitará la de tantos inocentes que han estado á punto de ser víctimas del furor de los asesinos del día primero (1).

Rosas había manifestado muchas veces el deseo de ver á O'Higgins á su lado, porque sabía que con su carácter decidido y denodado conseguiría mas fácilmente romper el último eslabón de la cadena que sujetaba el país á la monarquía española. Las grandes revoluciones (decía él) no se hacen sin connociones ni sin violencias, y el ejemplo del 14 de abril le convencia de que debía imprimir al movimiento un carácter esencialmente militar, afin de contener por la fuerza el espíritu de traición; pero estaba lejos de ser él mismo soldado, y la ambición de O'Higgins no se había aun puesto en evidencia, ya fuese por respetos á su ínclito maestro, ya porque sus inclinaciones guerreras estaban aun comprimidas por la fuerza de la subordinacion.

De todo esto nacía la necesidad de ceñirse aun á los consejos de una política diestra y astuta, por los que el hombre obra con prudencia, y, muchas veces, contra su propio modo de sentir. En efecto, había pocos días qué Rosas y los demás miembros de la junta habían firmado una proclama alentando á los Chilenos á qué se elevasen á la esfera de independencia que les había señalado el autor de la naturaleza, y á presentar á los extranjeros el espectáculo de un pueblo instruido y laborioso; á nuestros hermanos, los valientes, leales y desgraciados Españoles Europeos, abriéndoles un asilo que mitigue el dolor de haber perdido sus hogares; á

(1) Obra en mi poder una copia de esta proclama, debida, según me dijo B. O'Higgins, á la sola pluma de J. Rosas.
nuestro buen rey, conservándole este último reducto de la fidelidad, mejorado, si es posible, hasta el punto de hacerlo digno de su morada (1).

Tal era aun el lenguaje de la junta en el momento de las elecciones, lenguaje que para tranquilizar los ánimos, y temporizar con el enemigo, tenía la fatalidad de paralizar el arranque de la libertad nacional, y de esterilizar la ventaja que acababa de obtener sobre el absolutismo. Al mismo tiempo, alentaba las pasiones, aun ardientes, del partido vencido, le autorizaba a levantar la cabeza y lo impelia, por decirlo así, a disputar el éxito, procurando introducir legalmente en el congreso miembros enemigos del movimiento, y afectos con alma y vida a la monarquía española. Este era, en resumidas cuentas, el resultado de la política tímida, débil, sin prevision, y, muchas veces, contradictoria, que subyugaba a la mayor parte de los miembros del nuevo gobierno.

Las elecciones de las provincias, que habían parecido ser favorables a los liberales, acabaron por resentirse de esta organización viciosa. Algunos realistas habían conseguido ser nombrados diputados, y tan luego como llegaron a Santiago se pusieron en relación con los Españoles y Chilenos enemigos del gobierno. Rosas no los perdía de vista, y procuraba adivinar, con su tino infalible, el papel que cada uno de ellos pensaba desempeñar. Analizaba el talento y la conciencia de todos. Calculaba el influjo que tenían, y después, en sus reuniones, nunca dejaba de insinuar la oposición que iban a causar en la asamblea, y cuan urjente era adoptar medidas propias a desbaratar sus arterias.

(1) Esta proclama se halla en el diario mss. de don Manuel Salas.
Era esta una astucia de aquel gran político, que previendo se pondrian trabas á sus miras de interes y de ambicion, se preparaba con tiempo á romperlas. Porque no puede menos de verse, en todas las acciones de Rosas, un vivo deseo de dominar al pais, y de llegar á ser su presidente. Desgraciadamente, tenia por concurrente á Ignacio de la Carrera, que pretendia lo mismo, y con mas derecho, no por su talento sino porque era Chileno, y representaba el ayuntamiento, siempre deseoso de introducirse en el poder supremo.

De estas dos opuestas pretensiones surjió un espíritu de rivalidad que separó los miembros de la junta en dos campos, siempre dispuestos á hacerse una verdadera guerra sordamente. Por consiguiente, era muy importante para el fiero republicano el aumentar el número de sus partidarios en el poder ejecutivo, y, al efecto, propuso la necesidad de reunir todos los diputados que se hallaban en Santiago, y de incorporarlos en la junta para tener parte en sus sesiones. Esta proposición fué hecha por el diputado de Valparaiso, Agustín Vial, que citaba los ejemplos de Buenos-Aires, Quito y otras partes, para que pareciera mas conforme á lo que pedían las circunstancias. Rosas, Rosales y Marquez de la Plata la apoyaron con todo su poder, y fué combatida por los demas miembros, reunidos á una diputacion del ayuntamiento, á la cabeza de la cual se hallaba el procurador de ciudad, el ríido Miguel Infante.

Desde luego, se levantó una discusion, tan viva como terca de ambas partes, pero que se terminó en favor de Rosas; porque los Chilenos presentes en la reunion, fastidiados de vivir en incertidumbre, y deseando tener un gobierno laborioso, se habian manifestado altamente
inclinados á ella, y con mormullos bastante ruidosos habían conseguido intimidar á Miguel Infante, y obligarlo á retractar, ó, á lo menos, á modificar su discurso tocante á aquel plan (1).

Este nuevo contratiempo le fué muy sensible al ayuntamiento. Desde algún tiempo á aquella parte, su participación en los asuntos públicos se hacía ilusoria, y se hallaba tanto mas descontento en aquella circunstancia, cuanto la cuestion, ya bastante grave por su naturaleza, presentaba un interes capital de existencia para aquella grande corporacion. Como la solución dependía mucho de los diputados, el ayuntamiento se creía el derecho, á lo menos, de retardar y diferir la ejecución del proyecto hasta la elección de los vocales de Santiago, que debían ser nombrados á principios del mes de mayo.

Así lo pidieron los cabildantes con mucha instancia; pero se les negó como contrario al plan de Rosas, y, desde aquel instante, trabajaron con mucho mas ahínco en contrarrestar el proyecto de aquel gran patriota, para lo cual emplearon todo su influjo afin de que se nombrasen diputados favorables á su competidor Carrera.

Las elecciones, que debían tener lugar el primero de mayo, fueron diferidas hasta el 6, por causa de algunos desórdenes que sucedieron. De parte y de otra hubo actos de agresión y de resistencia. Rosas empleó todos los recursos de su ingenio para alcanzar sus fines. Tan pronto intentaba ganar las tropas, nombrando, de su propia autoridad, un jefe afecto, tan pronto llamaba á las elecciones los mulatos que podían votar legalmente; pero burlado enteramente por el Ayuntamiento, y por una porción de la junta, vio su prestigio debilitarse por

(1) Conversacion con don Miguel Infante.
esta táctica electoral, y, en efecto, el escrutinio dió diputados contrarios, en jeneral, á sus miras.

Y sinembargo no se puede decir con certeza que Rosas no tuviese en sus acciones mas móvil que el de su interés propio. Es verdad que se le echaban en cara algunos antecedentes que autorizaban en cierto modo á suponerlo, ya fuese en Concepcion, ya por haber participado mucho del lucro vergonzoso del asunto del buque Escorpion; pero en este momento daba muchas pruebas de desinterés, tanto para sí como para los suyos en el hecho de no querer aceptar para ellos ningún empleo de oficial en los rejimientos que se formaban; conducta que estaban lejanos de seguir los demás miembros de la junta; y además de esto, ¿porqué no se había de tomar en cuenta el estado moral de la revolución, cuando él visaba á la presidencia? La revolución, siempre débil e incierta, sin tener mas que el apoyo pasivo de un partido en el que, menos algunos, todos querían paz y tranquilidad, no tenía verdaderamente por sí mas que á él, y el solo podia, por sus jerosos arranques, y sus principios democráticos, darle la fuerza y eficacia de que era capaz, y conducirla pronta y noblemente á su verdadero fin.

Sobre este punto, la propia conciencia de Rosas le dictaba lo mucho que podía hacer en favor de un pueblo que tenia tanto trabajo en sacudir el yugo de la esclavitud, de cuyos hábitos tanto adolecia; y así, animado por sus compatriotas los diputados del sur, y por muchos habitantes de Santiago, entre los cuales se hallaban la numerosa familia de Larrain, la de Salas, Rojas y otras, no desesperó de su éxito, y esperó ocasión mas oportuna para renovar pretensiones justificadas por su
patriotismo y su capacidad, y que él sabía serían sumamente útiles para el país, demasiado imbuido aún de ideas monárquicas, y para el cual la consolidación de la República era aun un problema.

El 9 de mayo, se celebró en Santiago la elección de sus diputados y el triunfo del Ayuntamiento con grandes demostraciones de júbilo. Hubo misa en acción de gracias, a la cual asistieron las diferentes corporaciones. Se entonó el Te Deum con gran repique de campanas y salvas de artillería, y se prolongaron las funciones hasta el 11, día en que los nuevos diputados se reunieron con los demás para tener parte en las sesiones.

Una de las primeras operaciones fue nombrar ocho alcaídes y rejidores para reemplazar á los que la cámara se había apropiado como diputados. En seguida, se procedió con premura á la reorganización del tribunal de justicia, el cual, desde la caída de la Real Audiencia, no había podido asentar decreto alguno, ni en la justicia civil, ni en la de Alzadas, relativa al ramo de consulado y minería.

Había podido ser esta coyuntura sumamente feliz para introducir en aquella administración una parte de las reformas que, desde algún tiempo, el carácter nacional, la naturaleza del país y los principios de la nueva existencia social reclamaban; pero á pesar del espíritu eminentemente legislativo de algunos Chilenos, estos no podian emprender aun tamaña tarea. Las leyes españolas no podían ofrecerles todos los elementos uniformes y mecánicos que constituyen un código conveniente para un país. Eran ellos mismos demasiado novicios, y necesitaban, ante todas cosas, penetrarse de la legislación estranjera, casi desconocida en
Chile, y tan rica de toda especie de cuestiones jurídicas.

En consecuencia, no hicieron innovación alguna en la legislación, y continuaron sirviéndose de la inmensa colección de leyes coordinadas de un modo indijesto y sin método, verdadero caos que la más admirable paciencia podría a penas desenmarañar.

Noobstante, se mudó el nombre del tribunal en el de apelación, formado de tres juiciosos y sabios abogados y presidido por otro, que no tenía mas facultades que la del gobierno económico y distributivo en el despacho de los negocios (1).

Estos actos, que no exijan ninguna contracción meditativa, ni podían dar materia á oposición, pasaron sin tardanza y sin dificultad; pero no sucedió lo mismo cuando fué preciso entrar en todos los pormenores de la administración jeneral y particular. Entonces, el poder, fraccionado entre treinta y seis miembros, se hizo una especie de juguete de las ideas las mas vanas é insustanciales. Cada cual quería dar á la discusion su voto de censura, y de allí se oriijaron disputas acaloradas y ridículas, que muy pronto dejeneraron en personalidades, resultado que les sujirió el dividirse en secciones, según su gusto, sus conocimientos y capacidad. De este modo, hubo la seccion de hacienda, la de estado, la de guerra, la de policía. Cada una de ellas tenía sus reuniones diarias y particulares, y en las jenerales, presididas por la junta, daban una idea de sus operaciones, que eran discutidas antes de ser adoptadas (2).

(1) Estos jueces, á quienes se confirió el título de colegas, eran: Juan de Dios Gacitúa, don Francisco Pérez García y don Lorenzo Villatón. El presidente fué don Francisco Cisternas. El sueldo que tenían era de 2500 p. al año.

Martínez, Historia mec. de la revolucion de Chile.

(2) Conversación con Bernardo O’Higgins.
Es verdad que estas operaciones no tenían gran importancia para las administraciones, y, las más de las veces, eran relativas a la forma y al reglamento que se habían de dar al Congreso que iba á ser instalado. En este punto, Rosas hacía cuanto podía para que prevaleciesen sus opiniones, que los diputados de Santiago conseguían siempre modificar, y aun desecar.

Desde la entrada de estos nuevos miembros en la asamblea, las discusiones se habían presentado más apasionadas; se había formado una verdadera oposición contra J. Rosas, oposición que los partidarios de este llamaban la oposición de los Godos. Rosas procuró deshacerse de esta oposición, atacando la legalidad de las elecciones de Santiago, que no debía dar mas que seis diputados, en lugar de doce, y procurando probar que semejante mayoría en una ciudad violaba las condiciones de la igualdad electoral, y que era una espoliación política que daría nacimiento á privilejios, que era preciso evitar, en cuanto fuese posible.

O'Higgins sostenía con todo su poder la moción de su maestro, demostrando que aquella representación nacional era absolutamente contraria á la letra y al espíritu del decreto de 15 de diciembre de 1810, y que su protesta no era, en el fondo, mas que la expresión de la voluntad de todos sus electores; lo cual probó por el tenor de su mandato.

Otros doce diputados protestaron igualmente contra aquella desigualdad electoral (1).

Algunos días antes, el partido de Rosas había querido formar un reajimiento de patriotas, hombres de influjo,

(1) Conversación con B. O'Higgins.
en jeneral, y los mas afectos al sistema revolucionario. El obispo auxiliar Andreu se había ofrecido de capellan, y los SS. Mendiburu y Recavarren debían de ser los jefes. Este rejimiento, organizado sobre el pie de los de la Concordia de Cádiz y de Lima, había de ser el Pala- dion de la republica naciente, pero tenía el inconve- niente de presentarse como parte del pensamiento de una facción representada por los dos jefes, el uno de ellos suegro, y el otro íntimo amigo de Rosas. El par- tido del ayuntamiento se apresuró á arruinar dicho proyecto, al cual sustituyó el de un tribunal de segu- ridad pública, que, en efecto, fué instalado el 1ª de junio, teniendo, por presidente, á Martin Calvo Encelada, y, por asesores, á los dos honrados patriotas Agus- tín Eyzaguirre y Gabriel Tocornal.

El objeto de este tribunal era vijilar los enemigos de la revolucion, y particularmente los Españoles, que, si veían el poder monárquico trastornado, no lo veían aun enteramente aniquilado. Ciertamente, hubo en aquella circunstancia algunos actos arbitrarios, y aun, tal vez, injustos; pero quien se atrevería á pretender poner, en tiempos de revolucion, en un cuadro regular los dife- rentes actos de dos partidos?

En aquella época fué, poco mas ó menos, cuando llegó á Valparaiso la fragata Bigarrena, proveniente de Montevideo con pliegos para el gobierno chileno, entre los cuales había un oficio del gobernador español en la corte de Rio Janeiro, el marques de Casa Iruyo, apro- bando en todo su tenor el acta de instalacion de la junta y los motivos que le habían dado origen. Era este un do- cumento sumamente importante para el partido republicano, que se apresuró á mandarlo publicar en todas las
ciudades, como propio a atraer á sus principios las personas tímidas y timoratas.

Con el mismo oficio, había otro del marques de Medina, nombrado gobernador de Chile y presidente de la real audiencia por la junta gubernativa de Sevilla, el cual se hallaba, á la sazón, en Montevideo, y pedía pasar á Chile para llenar el puesto á que estaba destinado; pero casi unánimemente la asamblea votó su exclusión, y, pocos días después, se le contestó:

«Que Chile, á ejemplo de otros vireynatos y presidencias de la América, estaba resuelto a gobernarse por sí mismo hasta la completa pacificación de España, y regreso de su amado rey Fernando VII, y que, por consiguiente, se sirviese quedarse en Montevideo.»

Al mismo tiempo, se escribió á la junta de Buenos Aires, rogándole se opusiese por todos sus medios á su salida (1).

(1) Archivos del gobierno.
CAPITULO XIV.

Apertura del congreso.—Discurso de Rosas.—Organizacion de la mesa de la presidencia.—Tentativa de los radicales para que Rosas fuese nombrado presidente.—Protesta de la provincia de Concepción contra el número de diputados de Santiago.—Segunda tentativa en favor de Rosas.—Arrival del navío inglés Standard, y objeto de su viaje.—Tumulto en Santiago y nuevo chasco de los partidarios de Rosas.—Separación de trece diputados de la Asamblea.—Último esfuerzo en favor de Rosas, y salida de este para Concepción.—Reflexiones sobre este acontecimiento.

La apertura del congreso había sido fijada, finalmente, para el 14 de julio.

Los miembros del poder ejecutivo, queriendo dar á aquella augusta ceremonia la mayor solemnidad, pidieron el concurso majestuoso de la religión, y á la apertura del congreso precedieron, en todas las iglesias, tres días de rogativas, que el clero hizo con muchísima fervor.

Sin embargo, los hombres más eminentes estaban con zozobra sobre el resultado de aquella instalación; porque tenían demasiado presente el acontecimiento del primero de abril, para no temer que se repitiese la misma tragedia, y con tanta más razón, cuanto se sabían los pasos que acababan de dar los amigos de Rosas para poder asistir á las sesiones de la asamblea, como usando de un derecho inerente á la libertad y á la soberanía del pueblo. El fin, sabido de todos, que se proponían en esto, era el dar impulso á su corriente para que alcanzase la presidencia, y, sin duda alguna, el partido contrario tomó por pretexto la solemnidad de aquella imponente ceremonia para desplegar, en aquel día, todas las fuer-
zas de que podía disponer, á fin de mejor comprimir todo pensamiento de violencia.

El coronel Reina, que, en despecho de Rosas, había sido nombrado Comandante jeneral de las armas, fue encargado de tomar todas las medidas militares convenientes, y el 14, de madrugada, había mandado ocupar militarmente los principales puntos de la ciudad por las tropas milicianas y veteranas, en la forma siguiente:

«En la plaza mayor formaban el reimiento del rey al costado del S. y O.; el batallon de Pardos al este; el batallón de granaderos y la compañía de la Reina tendían al norte, estendiendo su línea hasta la puerta del costado de la catedral; por donde debía entrar y salir el gobierno, y todas las cuadras inmediatas á la plaza estaban guarnecidas de los reimientos de caballería príncipe y princesa, teniendo órden todas las tropas de no permitir tránsito á persona alguna que llevase poncho, si capa. No se olvidará de asegurar bien el parque de artillería con dobles centinelas y varios cañones cargados á metralla; y, asimismo, la sala de armas, etc.

Como á las nueve y media, entraron en la plaza todos los que componían el cuerpo del gobierno; la junta, con todos los diputados; el nuevo tribunal de apelaciones; el cabildo con muchos jefes militares y algunos vecinos principales.

La tropa presentó las armas, y entre el estruendo marcial de una salva de artillería se dirigió el pomposo congreso á la santa Iglesia catedral, en donde, prevenido el cabildo eclesiástico, se dió principio á la misa, que celebró el vicario capitular.

Acabado el evangelio, se les dió incienso y á besar el misal á los vocales de la junta.»
Dijo la oración el célebre padre Camilo Henríquez de la buena muerte, quien, después de haber dado una breve noticia del orígen, progresos y final de los principales imperios del mundo, explicó que los pueblos, usando de sus derechos imprescriptibles, habían variado a su voluntad la forma de los gobiernos; y de esta doctrina intentó deducir y probar los tres puntos en que dividió su arenga.

El 1° decía que la mutación del gobierno de Chile era autorizado por nuestra santa religión católica;

El 2°, que era conforme y sostenida por la razón en que se fundaban los derechos del hombre; y

El 3°, que entre el gobierno y el pueblo existía una recíproca obligación, con el primero,

De promover la felicidad y libertad del segundo; y con este,

La de someterse, con entera obediencia y confianza, al gobierno.

Habló de la tiranía y despotismo de los gobiernos monárquicos, que, con la fuerza, tenían usurpados y comprimidos los derechos con que Dios creó al hombre libre para elegir gobierno que mas le acomodase, pues por principio natural inconcuso todos tenemos derecho de proporcionarnos un estado que nos libre de los males, y nos atraiga la felicidad posible; que la esclavitud en que nos tenían debíamos repelerla con el sacrificio de todos nuestros esfuerzos, y aun de nuestra misma vida, y que, por dirigirse á este heróico empeño, la instalación del congreso nos debía ser tan recomendable, como respetado y obedecido este cuerpo, y su suprema autoridad, pues en él depositaba toda su confianza, sus
ín negate le derechos y la esperanza de su libertad y felicidad, todo el reino de Chile.

Concluido el sermón, se levantó el secretario Águedo, y, puesto al frente del congreso, exigió el juramento de todos los diputados, en la forma siguiente:

¿Jurais por Dios nuestro Señor, y sobre los santos Evangelios, defender la religión católica, apostólica romana?

¿Jurais obedecer a Fernando VII de Borbón, nuestro católico monarca?

¿Jurais defender el reino de todos sus enemigos interiores y exteriores, cumpliendo fielmente con el cargo?

Entonces respondieron todos en clara voz:

Si juramos.

Dicho esto, se levantaron los diputados, y, pasando de dos en dos, hincaron la rodilla ante la imagen del crucificado, que estaba sobre una mesa, en el presbiterio, y tocaron el libro de los SS. Evangelios, retirándose sucesivamente, luego que practicaban dicha diligencia.

Acabada la misa, salió el congreso a la plaza mayor, en donde fue saludado con salva real de artillería, y dirigiéndose a la sala que antes había servido al tribunal de la Real Audiencia tomaron asiento y posesión de ella, prestando atención a los diputados don Juan Antonio Ovalle y Juan Rosas, que pronunciaron, cada uno, un discurso de apertura. (1)

En el suyo, Juan Rosas trató de demostrar la triste situación de España, entregada a un guerrero poderoso y feliz por desleales Españoles sobornados por él, y empleados en favorecer sus miras ambiciosas.

(1) Historia mss. de la revolución de Chile, por el padre Martínez.
Pero no sucederá lo mismo en Chile, añadió él:

- Aquí, los vivientes protestan que no obedecerán sino á Fernando; que están resueltos á sustraerse, á toda costa, á la posibilidad de ser dominados por cual-
   quer otro, y á reservarle estos dominios, aun cuando
   los pierda todos.

El orador se veía así obligado á proseguir la política
astuciosa que en aquella época convenía al país y á las
costumbres de sus habitantes; pero por una habilidad
no menos ingeniosa procuraba probar que ellos solos
debían llenar aquel santo deber, no pudiendo fiarse, de
ningún modo, á todos aquellos empleados enviados, mu-
chas veces, por juntas no reconocidas, por jefes insur-
reccionados, y, tal vez, por los emisarios de Napoleón,
que, según el parte del embajador de España á los Es-

tados Unidos, se habían estendido ya por una gran parte

de la América.

De este modo, justificaba la instalación de la junta,
y reservaba al congreso un derecho de veto absoluto,
ó simplemente de suspensión de todos los actos y de-
cretos que pudiesen llegarle de España.

Sobretodo, añadía él, « ¿qué cosa mas natural ni mas
lógica que un pueblo tan lejano de la madre patria, y
tan aislado, se encargue de su propia defensa? Además,
¿no es esté un ejemplo que nos da la misma España?
¿Formándonos en junta, y dándonos una constitución,
no obramos nosotros según estas mismas inspiraciones?»

Y entonces, llenando de confianza los corazones tím-
idos de la mayor parte de los diputados, procuraba des-
pertar sus sentimientos de gloria, haciéndoles compren-
der los méritos que iban á recoger para sí y para sus
descendientes por - haber fabricado la fuente de las
CAPÍTULO XIV.

virtudes, el asilo de la inocencia, el destierro de la tiranía, en suma, el honor y la seguridad de la patria. »

« Borrad, añadió, de vuestros diccionarios las voces excepción, y olvidad hasta las ideas de estos anzuelos del despotismo, que ni las provincias, ni los cuerpos ni las personas pueden tener privilejios que los separen de la igualdad de derecho. Por eso echo de menos entre vostros a los representantes de los cuatro Butalmopues. »

Así los exortaba á trabajar con justicia y conciencia a aquella grande obra, y no cesó de decirles que esta virtud es la primera cualidad de una nación, concluyendo su discurso con estas palabras:

« Haced el bien y limitad vuestras miras á la dulce satisfacción de haber obrado bien. Inmolaos gustosamente á vuestra patria y ocultad con destreza los servicios que le haceis. Estas son las cualidades de un ilustre ciudadano, señores, y estas son las vuestras(1). »

Este discurso produjo una gran sensación en la asamblea. Durante un largo rato, hubo una poderosa manifestación de entusiasmo de parte, especialmente, de los radicales; y si los demás no fueron persuadidos, á lo menos se sintieron conmovidos.

Restablecido el equilibrio de la tranquilidad, los miembros de la junta y sus dos secretarios se dimitieron de sus títulos y poderes, y los depositaron entre las manos del soberano congreso, que, en la misma sesión, se ocupó en nombrar su presidente, título al cual se reunía el de capitán jeneral de la República. El venerable Juan Ovalle fue el que obtuvo la mayoría de los sufragios, y se le asoció, como vice-presidente, el diputado Manuel Calvo de Encalada, y, por secretario, Francisco

(1) Discurso de Rosas, según una copia escrita de la mano de Manuel Salas.

V. HISTORIA.
Tagle Torquemada. En cuanto a este, no habiendo sido nombrado más que provisionalmente, fue reemplazado, pocos días después, por el doctor don Francisco de Echaurren, cura de Colina, y el doctor don Domingo Ant. Elizondo, cura de San Fernando.

Bien que estos nombramientos no fuesen más que por quince días, lo cual los ponía aún más bajo la dependencia del país y de los representantes, sin embargo los amigos de Rosas no pudieron impedirles de manifestar públicamente su gran descontento. Según ellos, hallándose aun la República en un estado débil y sin consistencia, querían un gobierno pura y simplemente representativo, y que la concentración de todos los poderes recayese en un miembro que reuniese á las cualidades de tino, saber e inteligencia, un poco de enerjía y la firme resolución de emplear su alto influjo en destruir para siempre el último rayo de esperanza que un principio de discordia daba al partido realista, y de marchar francamente á su fin, despojándose de la política astuta y falaz que se burlaba de la sencillez de la mayor parte de los miembros del congreso, aun tan crédulos que soñaban un gobierno constitucional, bajo la dependencia de un rey absoluto.

 Tales eran los deseos de los republicanos avanzados que, en todas las circunstancias, proclamaban á Rosas como el único capaz de llenar aquella misión, y con este objeto hubieran querido revestirllo de una fuerza preponderante, y aun tal vez arbitraria, persuadidos de que en semejante posición conseguiría libertarlos enteramente del yugo español, levantando sin temor la bandera de la independencia, y cerrando la puerta á una recaída de debilidad y de timidez.
CAPÍTULO XIV.

Desgraciadamente, la cámara se resentía, como lo hemos visto ya, de la falta de homojeneidad, lo que la había dividido en dos partidos; el del Ayuntamiento y el de Rosas. Este último, numéricamente débil, no tenía por sí mismo que su entusiasmo y su acción continua de alma y cuerpo, y no podía menos de luchar con desventaja contra una grande mayoría que a un deseo ardiente de conservar su influjo reunía el de ver caído el de Rosas, elevado á la altura en que la ambición empieza á inquietar.

"Nuestra libertad, decían los que componían aquella mayoría, está aún demasiado mal asegurada para entregar á un ambicioso una escasiva facultad de libre acción, de que podría servirse en su propio interés."

Penetrados de la existencia de este peligro, procuraban, por cuantos medios podían, deshacer las tramas temerarias que no cesaban de urdir los fieles partidarios de Rosas. El coronel español Reyna, como comandante jeneral de las armas, había sido encargado de esta misión, que llenaba desplegando, al menor ruido, fuerzas que comprimían todo proyecto de conspiración, y los reducía á simples pasquines que se aparecían por la mañana en las esquinas de la ciudad.

Bien se comprende que con este escaso de desconfianza, de celos y de desorden, los dos partidos estaban siempre prontos á disputarse el poder, y hacer las sesiones de la asamblea sumamente tumultuosas y poco útiles para la nación. Durante el primer período de su existencia, no hubo, en substancia, más que discusiones pueriles, indiscretas, que muy luego dejaron en columnas y personalidades, indignas de la representación nacional. El partido de Rosas, que representaba el mo-
vimiento, no podía suscribir á la inmobility del go-
bierno, ni á sus inclinaciones casi retrógradas. Siempre
que se presentaba una ocasion, no dejaban nunca de
organizar una conspiración armada para proclamar á
su jefe presidente y capitán jeneral de la República,
poniéndolo, de este modo, en posición de dar á la revo-
 lucion toda la fuerza de que era susceptible.

En este particular, el enviado de Buenos-Aires, ayu-
dado de sus compatriotas residentes en Santiago, favo-
recia, con todo su poder, sus proyectos (1), y los miem-
bros del congreso que participaban de sus principios,
aunque pocos, no cesaban de protestar contra las elec-
ciones de la capital, considerándolas como absoluta-
mente nulas, en cuanto habían escedido el número de
diputados que le señalaba el decreto. Esta protesta la
hacían con tanto más ahínco, cuanto el cabildo de Con-
cepción, enteramente sometido á Rosas, les había pa-
sado un oficio para que pidiesen la nulidad, y exijiesen
una nueva elección.

Este mismo cabildo, que sabía todo cuanto sucedía en
el congreso, pasó otro oficio á sus diputados para exijir
igualmente que en los tres miembros que se debían nom-
brar para el poder ejecutivo hubiese uno de Concepción,
á fin de que fuese representada una de las provincias las
mas importantes de la República. Este era aun uno de
los medios que empleaban Rosas y sus partidarios para
llegar á sus fines y apoderarse, de una vez, de la au-
toridad que las exijencias de las circunstancias hacían su-
mamente importante. Al mismo tiempo, tenía la des-

(1) La parte activa que este enviado tomaba en la política era tan grande y
tan contraria á los votos de la mayoría, que la cámara se vió forzada á pasar una
súplica á su gobierno para que lo llamase ó le quitase sus credenciales.

Martínez, Hist. max.
ventaja de dar ori
don podían menos de surjir guerras civiles.
Este nombramiento debía de hacerse el 27 del mes de
July, y los dos partidos procuraban ya servirse de su
influyó para que les fuese favorable. La sección que votaba por el Ayuntamiento estaba, en razón de la mayoría de sus votos, segura de obtener un buen resultado, y pedía un gobierno moderado. Los audaces republi-
canos, al contrario, querían desbaratar aquel proyecto, y, en lugar de un tribunal compuesto de tres personas, hubieran querido que Rosas entrase en él, revistiéndolo de una especie de dictadura; pero en una reunión que tuvieron la víspera, la mayor parte se opusieron á este intento, como enteramente contrario á las costumbres y á las opiniones del país, y para dar una cierta garantía de ponderación fué propuesto el que se nombrase una junta, compuesta de Rosas, por presidente; de J. Ant. Rojas, Gregorio Argomedo y el ex-mercedario Larrain, como miembros, y con Bernardo Vera y Camilo Henríquez de secretarios.

Pero para esto necesitaban audacia y violencia, y sus actos, por ocultos que fuesen, no podían quedar igno-
rados con el sistema de policía secreta que tenía organizado tan hábilmente el tribunal de pública seguridad. En este tribunal era en donde se descubrían todos los complotes que continuamente tramaban los inquietos republicanos, y en donde se iba á deliberar sobre los medios conducentes á burlar el que se preparaba para el día siguiente al 27.

Así, á penas los conspiradores se presentaron en la plaza, se vieron obligados á dispersarse, sin haber conseguido más que causar á la asamblea un momento de
ajitación, que solo produjo el efecto de diferir aun por algunos días el nombramiento del nuevo poder ejecutivo.

En aquella época, poco más ó menos, es decir, el 31 de julio, fué cuando llegó á Valparaíso el navío inglés Estandarte, mandado por el capitán don Carlos Elphistone Fleming, que desde Cádiz llegaba, con algunos pasajeros, de quienes tendremos ocasión de hablar, á los mares del sur, para recibir, por órden de la junta gubernativa, todos los productos de las administraciones fiscales, y llevarlas á España, que, después de algún tiempo, se hallaba, como ya se ha dicho, en el estado mas lamentable y desastreoso.

La Moneda, el consultado y demás ramos tenían entonces en depósito cantidades de bastante consideración (1). Muchas personas eran de parecer que aquel dinero debía ser entregado, como propiedad legítima del gobierno español. Otros, al contrario, sostenían que se debía retener; pero, verdaderamente, solo el congreso podía resolver, y el presidente don Manuel Co- tapos apoyó con todo el poder de su autoridad la restitución, justificándola por la consideración de la infausta situación de la Madre Patria, y, muy particularmente, por el temor de comprometerse con la Inglaterra, aliada de la España.

Un número, bastante grande, de diputados afectos á la monarquía fueron de la misma opinión; pero no sucedió lo mismo con los radicales, los cuales se exaltaron con indignación y con violencia contra aquel falazísimo proyecto.

«A pesar que estemos en minoría, esclamó Bernardo O’Higgins, sabremos suplir nuestra inferioridad numé-

(1) Cerca de 1,000,000 p. según Bern. O'Higgins.
rica con nuestra energía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastantes brazos para oponernos eficazmente a la salida de este dinero, tan necesario para nuestro país, amenazado de invasión.

Y diciendo estas palabras, se produjo con tal vehemencia y convencimiento, que la asamblea, penetrada íntimamente de la realidad del peligro, se levantó en masa declarando que no había lugar á deliberar.

Esta negativa, trasmitida de oficio al comandante inglés, le dió gran descontento. Desde su llegada á Valparaíso, había contraído estrecha amistad con el gobernador Makenna, que él consideraba como patriota verdadero; pero, luego que recibió el oficio del congreso, se manifestaron algunos síntomas de frialdad entre ellos, y muy pronto esto se supo en Santiago.

Los republicanos exagerados, perpetuamente ajitados por el deseo de nuevos movimientos que favoreciesen sus miras subversivas, se agarraron de este desacuerdo para hacerlo redundar en provecho de su propia causa, y lo pintaron como un acontecimiento sumamente serio y grave, que podría acarrear consecuencias desagradables á las autoridades de Valparaíso; al mismo tiempo, ensalzaban el patriottismo del pueblo, lisonjeando simultáneamente su valor y su amor propio, y de este modo dejaban creer en un rompimiento inmediato entre el comandante del Estandarte y el gobierno, esperando que, en tan triste conflicto, el pueblo nombraría por su jefe al doctor Rosas, como patriota el mas capaz por su saber, energía y actividad, á sacarlo de aquella embarazosa situación.

Esta trama, tejida, como se ve, con habilidad y prudencia, había producido cierto efecto. Muchos ciudadanos
nos, inducidos, sin duda alguna, por temor, eran de parecer que en aquella circunstancia se necesitaba un hombre de tino y de talento para dirigir los negocios, y no estaban lejanos de entrar en el partido de los radicales, que ellos mismos habían reforzado en cuanto habían podido. También hubo no pocos militares que, por interés ó por inclinación, adoptaron la misma opinión, como la más favorable á la nación, y en este punto se expresaban con la mayor franqueza, vituperando la impotencia y la inercia de la asamblea, y dejando presentir, por este hecho, que, tal vez, podrían ayudar á un movimiento violento y eficaz.

La asamblea veía todo esto con muchísima zozobra. Por más que hacía para que todos conociesen la exageración con que se pintaba aquel acontecimiento, asegurando que el espíritu de partido y de interés lo presentaban tan nebuloso, pocos la creían. El pueblo, generalmente inclinado á creer todo lo que le causa asombro, admitía de preferencia todos los ruidos que se habían esparcido por la ciudad, y se mostraba exaltado, como si realmente estuviese amenazado del peligro. Ya en ciertos barrios la ajitación crecía tumultuosa; ya se oían gritos contra los Godos, gritos que se dirigían al congreso, comprendiendo á los realistas y á los republicanos moderados, confundidos así en un mismo partido; porque habían hecho esta fusión, los unos con la esperanza de una reacción, los otros para resistir con mas fuerza á los pensamientos subversivos y disolventes del doctor Rosas.

Para estos últimos, la ley de progresos debía de obrar pacífica y legalmente. Menos algunos republicanos estremados que, por motivos de interés y de conveniencia,
se hallaban en sus filas, todos los demás pedían el buen orden y la tranquilidad pública, y miraban con horror la violencia. En este particular, estaban tan persuadidos de que el poder entre las manos de la autoridad radical daría la señal de una conflagración jeneral, que se creyeron obligados a combinar todos los medios posibles de precaverlo. Como hombres del poder, quisieron alcanzarlo por actos legales, y tuvieron recurso a la instalación de un nuevo poder ejecutivo que parecía ser el motivo principal de descontento.

Esta cuestión fue presentada en la cámara el 9 de julio y levantó vivas discusiones; porque, en efecto, se manifestaba muy grave, siendo decisiva para los radicales, los cuales no dejarían de defender su causa con tanto ardor como destreza. El leve pronunciamiento de una parte del pueblo parecía animarlos aún más en sus pretensiones á que fuese establecido un gobierno representativo con Rosas á su cabeza, y no temían pedirlo con la altanería que enjendaría la fuerza de convencimiento y de voluntad.

Los republicanos moderados no pudieron oír con calma esta proposición, espesada en tono imperioso y de amenaza; porque también entre ellos había hombres de cabeza y de nervio que, bien que confundidos en la clase inmóvil, no por eso dejaban de comprender el movimiento, y no hubieran querido disminuir la ventaja que la iniciativa revolucionaria había ganado sobre la anarquía. Animados por su propia conciencia, respondieron con firmeza á esta extraña pretensión, y muy luego se levantó, entre Rosas, O'Higgins y el canónigo Fretes, por una parte, y Miguel Infante, Cotapos y Ag. Eyzaguirre, por la otra, una discusión borrascosa, soste-
nida con una pasión que influyó de un modo perentorio en el resultado del escrutinio y en favor de los moderados.

Desde entonces, los partidarios de Rosas, convencidos de su debilidad y de su impotencia, en vista de la pertinacia de la mayoría, protestaron contra el congreso, contestaron todos sus actos, tachándolos de nulidad, y se retiraron abandonando para siempre aquel centro de política misteriosa y retrógrada, resueltos a devolver a sus comitentes su mandato y sus protestas.

La Asamblea quedando entonces enteramente independiente, «y convencida no solamente de la necesidad de dividir sus poderes sino también de la importancia de fijar los límites de cada uno de ellos, sin comprometer ni confundir sus objetos, se vio en la crisis de acreditar a la faz de la tierra su desprendimiento sin aventurar en tan angustiada premura la obra de la meditación mas profunda; quiso, desde el primer momento, entregarse solo a los altos fines de su congregación; pero no estuvo a su alcance una abdicación tan absoluta, antes de constituir la forma sólida de gobierno en los tres poderes, cuyo deslinde es el paso prolijo y mas espinoso, en todo estado. Por tanto, resolvió delegar enteramente el conocimiento de negocios y transacciones particulares de la ley a un cuerpo que se instaló con el título de autoridad ejecutiva provisional de Chile, la cual tenía que conformarse a un reglamento de diez y nueve artículos, casi todos relativos a sus deberes (1). Pero al despojarse así de sus títulos de diputados, aquellos inteligentes republicanos no pretendieron abdicar la misión que la Providencia parecía habérles con-

(1) Véanse los documentos y los archivos del gobierno.
flado. No sintiéndose ni convencidos ni desanimados, creyeron poder aun hacer algunas tentativas, y al día siguiente mismo se hallaban con medidas tomadas para atacar el parque de artillería y procurar tomarlo. Este proyecto tuvo su momento de ejecución, pero no podía menos de fallar al frente de fuerzas á la devoción del partido del Ayuntamiento, inspiradas por su comandante don Francisco Reyna.

Los facciosos no tuvieron mas que una débil ventaja, que fué de revolucionar al pueblo, y obligar la asamblea á reunirse por la noche para proceder al nombramiento de un poder ejecutivo. La efervescencia de la ciudad, la permanencia de complots y la audacia progresiva de los conspiradores le imponían el deber de concentrar el poder en una sola persona bastante enérgica para hacer frente á todos estos elementos de discordia; pero esta resolución fué muy combatida como propia á herir el amor propio provincial, que quería su parte de representación. Al fin, se decidió la formación de un directorio compuesto de tres miembros que debían representar las tres grandes provincias de la república «con reserva al alto congreso del pleno ejercicio de la lejislativa en toda su extensión, » y el resultado del escrutinio nombró á don Martín Calvo Encalada, don Francisco Xavier Solar y Juan José Aldunata; el primero por la provincia de Santiago, el segundo por la de Concepción y el tercero por la de Coquimbo. Habiendo este último dado su dimisión, se le reemplazó con don Gaspar Mirán, y hallándose el segundo ausente se le dió por suplente á don Juan Miguel Benavente.

En la misma sesion fué nombrado asesor José Ant. Astorga, y secretario Manuel Valdivieso, el mismo que
algunos días antes había sido nombrado auditor de guerra, empleo hasta entonces desconocido en la República.

Así quedó formado este nuevo gobierno, que las provincias de Santiago y de Coquimbo acababan de proclamar por el conducto de sus representantes, y que, por la extrañeza de su organización y la debilidad de su poder subordinado, en la dirección de negocios, a la iniciativa del congreso, daba lugar a cosas irregulares, y perpetuaba la discordia.

En cuanto á Rosas, abandonado y casi humillado en el abandono en que se vio, no pensó más que en marcharse de Santiago, y se dirigió, acompañado de algunos diputados de su partido, al sur, con el objeto de predicar una especie de cruzada en favor de la libertad, como él la entendía. Bien que al marcharse tuviese el corazón lleno de amargura, no por eso se sentía el espíritu de venganza de que algunas veces ha sido tachado. Lo que él más sentía era la ingratitude de aquellos mismos que lo aclamaban como padre de la revolución. En efecto, él había sido quien había dado las primeras ideas de derecho y de libertad, haciendo de ellas un principio de necesidad, el 18 de setiembre, y quien las había forficado física y moralmente el 1° de abril; y justamente cuando iba a poner la última piedra á su sublime edificio, encontró con la más fuerte y tenaz resistencia:

Algunos han creído descubrir el origen de esta resistencia en la especie de repugnancia quetodos tienen en dejarse gobernar por un estranjero, por grandes servicios que haga al país; pero esta creencia carecía de fundamento, en atención á que Rosas, lejos de ser estranjero, tenía un corazón eminentemente chileno. Bien que en
sus debates hubiese estado siempre sostenido por sus compatriotas Fretes, Jontes, Vera y los demás, no se puede negar que era cordialmente afecto á su nueva patria, tanto por inclinación como por interés, y por sus relaciones de parentesco. El verdadero motivo, como ya lo hemos visto, debía mas bien hallarse en el temor que tenía el Ayuntamiento de perder su influjo concentrando el poder en un solo individuo, y también, tal vez, en el que tenían los diputados de enajenar alguna partícula de la libertad recientemente adquirida, y siempre inquietante al frente de los ambiciosos. A pesar de que hubiesen creado una garantía segura en el hecho de organizar, con ayuda del mismo Ayuntamiento, un instrumento de vijilancia y de defensa contra toda injusticia ó tentativa de usurpación (como quiso hacerlo posteriormente con sus censores don Juan Egaña jeneralizándolo por toda la sociedad), y á pesar de que en la promulgación de la constitucion se pensase establecer un elemento de ponderacion para equilibrar el influjo del poder ejecutivo, sin embargo no quisieron nunca ceder y resistieron con perseverancia á las intrigas de estos republicanos poniendo en movimiento simultáneamente al tribunal de pública seguridad y á la fuerza armada, mandada por los jefes enemigos de estas ideas radicales.

Sobretodo, no obstante el talento y la actividad de Rosas, su plan de ataque era visiblemente defectuoso. Viéndose con una grande popularidad, esperaba disolver el congreso (que, según él decía, no estaba compuesto mas que de Godos, ó de malos patriotas y de hombres sin talento) comunicando al pueblo una parte del ardor de que él estaba animado, para atraérselo
como fuerza material, sin reflexionar que en un país tan aislado como lo era Chile el pueblo no había vivido más que consigo mismo, y, por esta razón, se dejaría guiar más fácilmente por sus memorias, afectos y preocupaciones, que por la razón.
Y, en efecto, fué lo que sucedió durante todo aquel período, en las conspiraciones, que se habían hecho permanentes. Los motines y las quimeras se sucedían perpetuamente con la misma animosidad y siempre con el mismo desenlace; porque el ataque debía tener un carácter militar, y era preciso ir á buscar en los corazones de los mismos soldados la palanca de esta revolución.
CAPITULO XV.

Llega Miguel Carrera á Chile.—Su popularidad entre los oficiales.—Se hace la mano derecha del partido de Rosas.—Combina con sus dos hermanos una conspiración contra el poder ejecutivo.— Revolución del 4 de setiembre.—Caída del Directorio.—Separación de siete diputados de la cámara.—Instalación de un nuevo poder ejecutivo.—Abolición de la esclavitud.

Tales fueron los esfuerzos que, en mil maneras, hizo Rosas para llegar á vencer la resistencia tenaz que oponía el congreso al desarrollo del progreso. Era una verdadera lucha entre la inteligencia, de una parte, y la fatalidad, de la otra, lucha que, por la particularidad de ser parlamental, no podía menos de ser ventajosa á la superioridad numérica, pero cuyo triunfo, por otro lado, había de ser necesariamente momentáneo, en atención á que desde mucho tiempo el principio de independencia había producido su efecto. Habiendo echado raíces en los ánimos de las personas de distinción, tenía que completar su evolución según las leyes de la civilización.

Desembarazada de sus antagonistas, la asamblea quedó entregada á sus propias inspiraciones. La tarea que tenía que cumplir era pesada. Se trataba de constituir un estado y fijar invariablemente el orden social en bases nuevas, conformes al espíritu del movimiento, y á no ser un corto número de miembros capaces, todos los demás eran hombres sin talento, sin letras y sin experiencia. Bien que los conocimientos de Rosas no fuesen tampoco de los mas estensos, y que todo su código se redujese al Contrato social, noobstante, era, tal vez, el
único capaz de dirigir aquella grande obra. Él era quien había desarrollado el jérmén de la revolución, y quien la había sostenido en sus inciertos pasos; después de lo cual había estudiado y meditado mucho para subvenir a sus necesidades. Al ausentarse para la Concepción, dejaba al congreso entregado a su propia nulidad, y espuesto a la primera ambición que se presentase armada, y la ocasión no tardó en llegar.

Entre los pocos pasajeros del buque inglés Standard, se hallaba un joven a quien la naturaleza había negado absolutamente la inclinación a las dulzuras de la vida privada, y lo había dotado de un jenio dominante y turbulento. Este joven era José Miguel Carrera, sargento mayor, en España, de un rejimiento de husares. Dotado de talento natural, y de un carácter franco y amable, belicoso y arriesgado, entusiasta y activo, gran patriota, ambicioso de gloria y buscándola a toda costa, y generoso hasta la prodigalidad, cautivo, desde luego, la consideración de sus conciudadanos, y al cabo de algunos días ya era uno de los hombres los más populares.

Todo esto no quiere decir que estuviese esento de defectos. Al contrario, tenía muchos y muy notables, pues era inconsecuente, travieso, frívolo, extravagante, trivial y aun licencioso; pero todos estos defectos se le simulaban por sus cualidades, y eran tan naturales al jenio militar de la época, que, lejos de dañarle, contribuían a aumentar el número de sus partidarios, sobre todo de los que podían contribuir a su fortuna.

Tan pronto como supo, en Cádiz, la situación de su país, deseando ir a sostener su santa causa, se escapó de la ciudad y consiguió embarcarse en el buque de su amigo Elphistone. A su arribo, se halló en medio de una
Capítulo XV.

familia que había seguido, toda ella, el movimiento. Su padre había sido uno de los primeros que habían firmado la abolición del poder monárquico, como miembro que era de la primera junta, en la que su voz tenía mucha preponderancia. Sus dos hermanos se habían distinguido en la insurrección del 1° de abril, y servían con buenos grados en los reajimientos acuartelados entonces en Santiago, y su hermana doña Xaviera, mujer resuelta, de mucho talento y sumamente amable, prometía ya el influjo que iba á tener en la política y en la carrera de sus hermanos.

Desde el primer día de su llegada, nuestro joven republicano tomó nociones de todos los resortes de la dirección de negocios públicos, y se convenció de que el gobierno no tenía ni unidad, ni consistencia, ni energía, y presintió al instante el papel que él mismo tenía que desempeñar. Este papel era ponerse á la cabeza del movimiento progresivo, y continuar la obra de oposición y de violencia de Juan Rosas, y esto por medios más eficaces, como lo eran la fuerza armada.

En aquel momento, el país se hacía militar, y en los reajimientos que se acababan de levantar se veían muchos jóvenes hijos de familia que no soñaban mas que gloria y honores. Las maravillosas campañas de Napoleon empezaban á llenarlos de entusiasmo militar, como también las del virtuoso Washington. Verse en presencia de un militar que había visto de cerca las primeras era para ellos la suprema honra y la más deseada. Así, buscaban con anhelo su sociedad, seducidos por sus narraciones tan diversas como peregrinas. Al mismo tiempo, Carrera les hablaba del estado miserable en que se hallaba España, como para que condenasen al olvido aquella
antigua dominadora. Su viveza, su entusiasmo y su agudeza, llena de donaire, cautivaban y causaban admiración a todos aquellos jóvenes militares. Si a estas conquistas se añade la particularidad de tener a sus dos hermanos sirviendo con grados superiores en los cuerpos de la guarnición, se verá que no le quedaba mucho que hacer para apoderarse del ascendiente militar y servirse de él en sus proyectos de ambición.

Además de todo esto, la inquietud de los partidarios de Rosas que se hallaban aun en Santiago favorecía también estos proyectos. Todas las noches había un conciliábulo en casa de Antonio Mendiburu, ó en la del doctor Velez, de Astorga, ó de otro de los muchos patriotas, y allí se discutían y se formaban diferentes combinaciones y planes, en atención a que, para ellos, todo poder que nacido de una revolución no avanzaba, reculaba, y querían oponerse a su tendencia retrógrada, sirviéndose del talento de Miguel Carrera y de la gran popularidad que había adquirido en las tropas.

Todo esto colmaba los deseos de Carrera y halagaba su jenio ambicioso. En una de estas reuniones preguntó cual era el objeto de la revolución que querían hacer en la asamblea, y le respondieron: «El congreso y parte de las armas están en poder de hombres ineptos y enemigos de la causa. Toda la porción sana del pueblo clama por remediar este mal y no se puede porque no hay libertad. Es preciso acudir á la fuerza que mandan los buenos patriotas, que es la única esperanza que queda. Todos sacrificaremos nuestras vidas para salvar la patria (1).»

Carrera adoptó con viveza las miras de aquellos

(1) María mss. de Miguel Carrera.
grandes patriotas. Bien que no tuviese mucha confianza en Álvarez Jontes cuyo carácter ardiente y cuyas pasiones ajitaban la mayor parte de aquellas pequeñas juntas, y sin poder obtener las firmas de garantía que reclamaba, no obstante, aceptó la responsabilidad de la empresa como si viese ya lucir su estrella, tan brillante al levantarse y en su ascenso, y tan opaca al descender á su ocaso. Reuniéndose con sus dos hermanos Juan José y Luis, trataron los tres del plan de ataque, y convinieron en ejecutarlo lo más pronto posible, porque oyeron que el presidente Calvo, probablemente por motivos de sospecha, se disponía á enviar á Valparaíso dos compañías de granaderos, soldados en quien ellos tenían la mayor confianza. Este plan necesitaba varias combinaciones que para mejor acierto fueron á debatir en presencia de Juan Henríquez Rosales, su íntimo amigo, Gaspar Marín y Carlos Correa de Zea, los cuales, en sus conciliábulos, habían sido escojidos para entrar en el poder ejecutivo que había de suplantar al otro. Muchas personas tomaron igualmente la palabra en la discusión, de donde resultó que el plan de ataque que se había de ejecutar el 4 de setiembre, debía tener lugar en la forma siguiente:

A las doce del día, debía asaltarse el cuartel de artillería por sesenta granaderos á las órdenes de los tres Carrera. Una compañía de granaderos había de tomar la catedral y colocarse en las murallas y torres. El resto del batallón, después de mandar una compañía de auxilio á la artillería, había de tomar posesión de las casas de Aduana y Consulado, y de la iglesia de la compañía. Los dragones de Chile eran destinados al Vasural. Las guardias del palacio, del congreso y de la cárcel, tenían
orden terminante para cerrar las puertas y colocar las tropas en los balcones y ventanas que caían al frente de la plaza.

Todas estas tropas menos sesenta hombres y la compañía auxiliar, no tenían otro objeto que batir el rejimiento del Rey, si quería hacer oposición, como justamente se temía. El rejimiento estaba acuartelado en el palacio del obispo. El congreso había de ser detenido, y en el caso de obstinación el oficial de la guardia debía pasar por las armas a los más acalorados Godos (1).

Este plan, que prueba claramente el talento militar de Miguel Carrera, no fue ejecutado porque muchos oficiales, ya fuese por temor de comprometerse, ya porque les repugnaba batirse contra hermanos, no se presentaron en los respectivos puestos que se les habían señalado, y en realidad los setenta granaderos (2) mandados por los hermanos Carrera fueron los que hicieron la revolución.

En la mañana del 4 de setiembre, se introdujeron disfrazados en la casa de su padre, contigua al parque de artillería, y hallándose bien provistos de armas, que habían podido introducirse la víspera, se pusieron en movimiento cerca de las doce, como estaba convenido.

En aquel mismo momento, Miguel y Juan José Carrera se habían reunido, á la puerta del cuartel, con su hermano Luis capitán de aquella compañía de artillería. También estaba allí el oficial Bareinga, y mientras lo distraían con futilidades, los granaderos entraron en el

(1) Diario mas. de José Miguel Carrera.
(2) El diario de Carrera no dice mas que sesenta; pero todos los demás documentos dicen setenta.
capítulo xv.

patio del cuartel con grande estrañeza de los artilleros. El sargento Gonzalez fué el único que quiso defender su puesto; pero habiendo pagado con la vida su jenerosa lealtad, toda la compañía se rindió sin especie alguna de resistencia.

Dueño, así, de la artillería, que era el punto el más importante para el éxito de su empresa, envió al momento a pedir otras compañías de granaderos y los dragones, que no tardaron en presentarse mandados por el buen patriota Joaquín Guzmán; pero lo que más le preocupaba era el temor de que el rejimiento del Rey se sublevase en favor de la asamblea, por la cual estaba, y para precaver este contratiempo, mandó al capitán Zorrilla fuese inmediatamente á poner al coronel Reyna de arresto en su propia casa, con algunas centinelas á las puertas, mientras que él, en persona, iba al cuartel de dicho rejimiento para aconsejar á los soldados se mantuviessen quietos, y, desde allí, pasó al congreso, presidido entonces por Juan Cerdan á quien presentó un papel que contenía los supuestos deseos del pueblo soberano, intimándole los cumpliese sin dilación.

Muchos diputados, irritados de tal arrogancia que ofendía directamente el honor de su representación, desecharon desdeñosamente sus injustas pretensiones, y el presidente mismo resistió hasta que supo la llegada del batallón de granaderos á la plaza, y que Fray Joaquín Larrain, Carlos Correa, Gregorio Argomedo y otros que entraron en la sala, le hubieron anunciado que el ejército estaba enteramente por ellos, y que toda resistencia era inútil.

En vista de esto, les fué forzoso á los diputados somi-
terse a las órdenes de la facción, y en la misma sesión se decretó un nuevo poder ejecutivo compuesto de: Juan Henriquez Rosales, Juan Makenna, Gaspar Marin, Martín Calvo Encalada y Juan Martínez de Rosas. Hallándose ausente este último, se le nombró por sustituto Juan Miguel Benavente. Los secretarios fueron don Agustín Vial y don Juan Chavarría.

Igualmente se decretaron diferentes artículos, entre los cuales el del nº 2, que pedía la separación del congreso de seis diputados como opuestos al espíritu del decreto de elección, y se citaron las personas que debían ser excluidas (1), y entre las cuales se hallaban illustres patriotas tales como Tocornal, Juan Antonio Ovalle, Miguel Infante, cuya sola culpa era el haber sostenido la facción municipal contra la de Rosas. Los dos últimos fueron aún desterrados por algún tiempo, a cierta distancia de la capital.

Los diputados de Santiago que quedaban, eran: Agustín Eyzaguirre, uno de los jefes del partido municipal, y que, en cierto momento, había querido dar su dimisión; Joaquín Echevarría, José Nicolas Cerda, Juan Agustín Alcalde y don Xavier Errazuriz; pero como el número no era suficiente, Joaquín Larrain consiguió ser nombrado y aun también que lo fuese Carlos Correa, con lo cual hubo siete en lugar de seis.

Tal fue el resultado de esta revolución que recibió todo su impulso del jenio de un joven guerrero, y cuya inspiración era enteramente debida a Juan Martínez de Rosas que, aun antes de marcharse a Concepción, había

(1) Estas personas fueron José Sant. Portales, Manuel Chaparro, Juan José Goycoa, Miguel Infante, Juan Ant. Ovalle, Gabriel Tocornal y Díaz Muñoz, coronel del regimiento del Rey.
preparado todos sus elementos. En efecto, en su partido se hallaba el alma de aquel gran movimiento, del que Miguel Carrera no fue más que el brazo derecho, sin mas utilidad que la satisfacción de haber descubierto la importancia de su talento y de su bizarria, y de haber contribuido a alejar Rosas de la presidencia absoluta, como se había tratado de ello muchas veces. Su padre solo obtuvo el grado de brigadier, grado de que se di-mitió poco tiempo después. Pero no sucedió lo mismo con los demás jefes de la conspiración; la familia Larrain sobretodo, que por el talento y habilidad de su ilustre jefe Fray Joaquín pudo empatronizarse en los primeros empleos, y hacerse representar en ellos por Rosas, Henriquez, Makenna y otros, todos alia-dos por parentesco de aquella numerosa familia. Makenna fue, ademas, nombrado coronel comandante jeneral de la artillería, en cuyo puesto se vio muy luego en la necesidad de sofocar un principio de rebe-lion, a favor del antiguo coronel Reyna, entonces destituido.

A la verdad, aquel partido merecía bajo todos as-pectos tener en mano las riendas del gobierno, y la prueba de ello es que, pocos días después, el mismo Joaquin Larrain, habiendo sido nombrado presidente de la asamblea, uno de los primeros decretos presen-tados fué el de prohibición de la entrada de esclavos en el país, y la emancipación de los que naciesen en él, acto de noble filantropia y uno de los mas honrosos para Chile, que fue el primer pueblo de la América en donde se tomó esta medida, por la cual su autor manifestó comprender el verdadero sentido de la palabra libertad, en el hecho de querer que su semejante no dependiese mas
que de Dios y de si mismo. Don Manuel Salas fué uno de los mas acérrimos promotores de esta ley (1), y ya en febrero del mismo año había conseguido que pasase la ley de igualdad de los Indios, y la abolicion de sus tributos, levantados ya por la junta de Cádiz, a petición de los diputados de Chile, Joaquín Fern. de Leyva, y Miguel Riesgo y Puente.

Igualmente, se trató de introducir algunas reformas en la administración eclesiástica, y se discutió el punto de abolir derechos parroquiales para sujetar los curas á la administración fiscal. Se remitieron doscientos quintales de pólvora á la junta de Buenos-Aires, que estaba en guerra con los Españoles y los Brasilenses establecidos en Montevideo, y se procuró sobretodo dar á la revolución la energía que le faltaba. En sus proclamas usaban el lenguaje el más firme, el mas virulento contra los realistas obstinados. "Dejennos, le decian, si odian los principios que proclamamos. Desde este momento, se conceden treinta días para suscribir en las listas jenerales de descontentos. Ninguno será inquietado por este hecho, y á todos se dispensan seis meses para realizar sus negocios y disponer libremente de sus personas, de sus familias y de sus intereses. Conozca el mundo las ideas que forman nuestro carácter; pero tiemblen en adelante los que no sean decididos por nuestra sagrada causa. Examinen detenidamente.

(1) Muchas veces, este jeneroso bienhechor me ha hablado con entusiasmo de este hecho, que él consideraba como el mas meritorio de su vida. No pudiendo, con grán sentimiento suyo, mostrarme la pluma con que había firmado dicho decreto, me mostraba sus tres dedos, como si le pareciesen reliquias. Suembargo, como sucede siempre en tan importantes transacciones sociales, muchos esclavos, abusando de esta ley de favor, ocasionaron desórdenes en la ciudad, en términos que el gobierno se vio en la necesidad de em- plear medios de rigor para restablecer el orden.
los motivos para no llorar su libre elección. Una vez hecha, se declara crimen de lesa patria la indiferencia, y será irremisible la pena sobre todas y cada una de las clases del estado (1).

Tal era el lenguaje de aquellos fieros radicales que hablaban apoyándose siempre en el nombre de su amado Fernando VII.

(1) Proclama del 14 de setiembre 1812.
CAPITULO XVI.

Descontento de Carrera.— Lema de nuevas tropas.— Preparativos de defensa contra todo ataque por parte del Perú.— Don Antonio Pinto, plenipotenciario en Buenos-Aires.— Revolución del 15 de noviembre, supuesta en favor del Rey.— Enfado que padecieron los Realistas.— Elección de un nuevo consejo ejecutivo.— Complot contra los hermanos Carrera.— Otra revolución del 3 de diciembre contra la asamblea, que queda disuelta.

Habiéndose elevado así al poder, la familia Larraín procuró mantenerse en él alejando del gobierno a todos cuantos por su carácter ambicioso y turbulentó podían hacerle sombra (1); política que los hizo injustos con Carrera, cuyos servicios precedentemente hechos no fueron bastante apreciados.

Dos días después de la revolución, el gobierno honró con felicitaciones a los oficiales Vial y Guzman, que no habían tenido mas que una parte secundaria en la acción, é igualmente a Luis y Juan José Carrera, dejando en olvido a Miguel. A lo menos, no cumplió con este deber hasta mucho tiempo después y cuando habían llegado a sus oídos algunos rumores de queja de su parte. Esta especie de indiferencia hacia un hombre que debía ser considerado como creador del nuevo gobierno, no surgió solamente del seno de sus miembros sino también de ciertas sociedades. En la de Joaquin Larraín se ensalzaba con afectación, y en presencia de Miguel,

(1) Era difícil que esta familia no tomase siempre mucha parte en los asuntos públicos, en atención a su rango, y sobretodo a las ramificaciones de la familia, cuyos individuos eran tan numerosos que la llamaban la familia de los quiñientos.
CAPÍTULO XVI.

el alto mérito de Juan Rosas, que se pensaba siempre en
nombrar de presidente.

Carrera era sinceramente afecto á este gran patriota; pero no participaba de su política, la cual, según él decía, no era más que un reflejo de la de Buenos-Aires, y como Chileno, orgulloso de este nombre, hubiera querido que su país no siguiese ciegamente las huellas de aquella re-
pública, y que al entrar en la era de su verdadera exis-
tencia, probase que tenía suficientes medios y capacidad
para ello. Desgraciadamente, el influjo que tenía Rosas en
su partido era inmenso, y todos estaban persuadidos de
que obraba por convencimiento, y de ningún modo por
predilección de nacionalidad. Lo que hacia aun más di-
recta la influencia de esta vecindad era la muchedumbre
de argentinos que se hallaban en Santiago, y entre los
cuales había sujetos que reunían á vastos conocimientos
mucho amor á las nuevas instituciones y mucha acti-
vidad. El antiguo poder, como los lectores recordarán,
alarmado por la demasiada exaltación del plenipoten-
ciario Alvarez Jontes, había solicitado de su gobierno
fuese llamado, y en efecto lo había sido y lo había rem-
plazado don Bernardo Vera, jenio no menos emprende-
dor y capaz de sostener por la fuerza de su talento
las ideas del que era, á la vez, su maestro y su conciun-
dadano.

Todo esto no podía menos de causar una fatal irrita-
ción al alma soberbia de Miguel Carrera que había des-
jado España para venir á servir su país, y que sentía
en lo íntimo de su conciencia la posibilidad de rejene-
rarlo y elevarlo á toda su dignidad, con tal que le ayu-
dasen algunos patriotas dotados de capacidad. Desde
entonces, entrando con todos sus sentidos y potencias
en la senda de reformas y progresos, no pensó en otra cosa mas que en hacerse cabeza de partido. Su jenieo fogoso y arriesgado le daba mucha ventaja sobre sus adversarios, y además de esto podía contar con la adhesión de la mayor parte de los oficiales que entonces estaban de guarnicion en Santiago. En efecto, los frecuentaba de preferencia, se mostraba jeneroso con ellos, y los divertía con sus bromas y gracejos, pasablemente bufones y muy vulgares algunas veces; pero que agradaban mucho á aquellos jóvenes ociosos y frívolos.

El poder ejecutivo sabía todo esto y lo veía con zozobra; pero por mas que sospechaba las intenciones de Carrera, no podía aun combatirlas abiertamente porque no estaba bastante seguro de las tropas y prefirió, por prudencia, hacer nuevas levas capaces de imponer respeto á los granaderos, que eran el batallon sagrado de los hermanos Carrera. Entonces, renovó la idea de Rosas que, en otro tiempo, había propuesto la formación de un cuerpo de patriotas, los cuales bajo el pretexto de proteger las nuevas instituciones contra el espíritu de reaccion, le servirían igualmente contra todo pretensamente al poder. Se levantó, en efecto, este cuerpo y se nombró por su coronel á don Juan Martínez de Rosas, bien que residiese entonces en Concepcion; por capellan, al presidente de la asamblea don Joaquin Larrain, y de oficiales, á muchos parientes y amigos de este último. Fué creado igualmente un batallon de pardos bajo el mando de Juan de Dios Vial.

Esta medida fué más desventajosa que favorable para el poder. Muchos no vieron en ella mas que un acto que gritaba egoísmo, y lo atacaron, como de costumbre, por medio de libelos injuriosos, de donde salieron chis-
pas de descontento de que supieren aprovecharse los hermanos Carrera anticipando la ejecución del plan de insurrección que ya tenían preparado. Pero para asegurarse más del buen éxito, esparcieron la voz entre los realistas de que aquella revolución era absolutamente en favor del gobierno del Rey, y añí de dar más peso a sus insinuaciones, pedían la presidencia para su padre don Ignacio, de interín llegaba el brigadier Bigodet que lo era en propiedad y residía entonces en Montevideo.

Esta arteria atrae al partido de Carrera un gran número de personas pudientes en estado de ayudarle con hombres y dinero. El fastidio de verse abandonados y el deseo de recobrar su influjo hicieron á los realistas tan ciegamente crédulos que ya se reunían en conciliábulos, persuadidos de que la revolución iba á ser enteramente en su favor. Ellos fueron los que escitaron á Miguel Carrera á apresurar la acción en atención á que habian recibido noticias de Lima con el anuncio de que Abascal estaba resuelto á forzar la junta de Chile á descubrirse la cara, y á gobernárr francamente sin susto, en nombre y en favor de su rey. Lo cierto era que el virey había recibido pliegos de la junta suprema de España, la cual, noobstante haber reconocido los lejítimos derechos de la de Chile, y aun también de haber aprobado sus motivos y el acta de su instalación, no por eso dejaba de ordenarle vijilase sus actos, y emplease la fuerza en caso que se mostrase desleal.

El presidente del congreso había también recibido pliegos del virey que confirmaban los mismos inminentes ruidos en términos tan arrogantes que llenaron de irritación al nuevo poder, tan inteligente, firme y decidido. Estos pliegos, leídos en la asamblea, fueron dis-
cutidos de un modo conveniente. Don Manuel Salas fué nombrado para responder á ellos, y lo hizo con la sagacidad y el tino que le caracterizaban, procurando no comprometer los intereses ni las opiniones de los habitantes, y salvando la conciencia en lo indeterminado de la cuestion. Pero no sucedió lo mismo en un consejo secreto en el cual la discusion puso patentes las intenciones que tenia el virey de invadir el pais.

Al día siguiente, fueron convidados á asistir á esta misma reunion todos los jefes militares formando un consejo de guerra al cual, cometiendo un nuevo yerro, no fueron convocados los hermanos Carrera. En este consejo, se discutieron y votaron las medidas mas eficaces para oponerse á toda invasion, y las costas, naturalmente, fueron consideradas como objeto principal de atencion.

El 12 de octubre, ya se ponian en marcha dos compañias del rejimiento de dragones, una para permanecer en Valparaiso, y la otra en Coquimbo. A este ultimo punto fué destacada, ademas, una compania de granaderos, y á Valparaiso una de artilleros. El teniente coronel Tomas O’Higgins, primo de don Bernardo, fué enviado á la Serena para tomar el mando militar de la provincia. En cuanto á la del sur, esta se hallaba bajo la salvaguardia de una junta que, como luego se vera, acababa de ser formada en Concepcion y no cesaba, por los ruidos contradictorios que le llegaban del Perú y de Buenos-Aires, de manifestar la urjencia de fortificar el pais.

A estas medidas de precaucion, el poder ejecutivo añadió luego otra que, en atencion á su aislamiento total, no podia menos de ser de la mayor importancia.
Hasta entonces, Chile no había tenido representante alguno en país extranjero; las noticias de América y de Europa le llegaban tarde, mal y algunas veces nunca. Cuando las recibía, era por Buenos-Aires, y se hacía incontestablemente útil tener allí un agente que siguiese todos los asuntos y acontecimientos interesantes para el gobierno. Esta misión era, además, tanto más necesaria cuanto la política de aquel país influyó mucho en la suya, y cuanto en aquel mismo momento sostenia una guerra de la cual dependía su propia existencia. Don Antonio Pinto fué nombrado para ir a desempeñar este cargo tan importante. De edad, entonces, de veinte y seis años, reunía ya á un carácter apacible y seductor mucho juicio y excelentes conocimientos, pues había sido destinado por sus padres á seguir la carrera de las letras.

Por aquí se ve que el nuevo gobierno procuraba por cuantos medios estaban á su alcance consolidar los principios establecidos, y darles un impulso hasta entonces desconocido. Si los hermanos Carrera, menos ambiciosos, hubiesen podido ponerse de acuerdo con él, es probable que mediante el talento militar de Miguel y su influjo sobre las tropas, Chile habría adelantado por mejores vías, y que el congreso se habría podido entregar á la revisión de las instituciones que todas las personas sensatas pedían. Desgraciadamente, la política obra menos por simpatía que por interes, y su amor propio habia sido tan herido que en su resentimiento debia necesariamente procurar deshacer lo que su espada había hecho.

En efecto, ya habia dias tenian formado el plan de derribar el poder ejecutivo. La salida de tropas para
Valparaíso y Coquimbo, la formación de nuevos cuerpos y sobretodo las medidas de precaución que se empezaban á tomar, los indujeron á apresurar el momento de ejecutarlo. El gobierno, aunque muchas veces prevenido, vivía tranquilo, persuadido de que por entonces solo alimentaban esperanzas, y de que el ejército del sur reprimiría la audacia de los conspiradores (1). ¿Cual no debió de ser su sorpresa cuando el 15 de noviembre por la mañana muy temprano le trajeron parte de que la brigada de artillería y el batallón de granaderos se habían sublevado y de que Luis y Juan José Carrera, que se hallaban á su cabeza, habían fortificado los cuarteles con las piezas del parque resueltos á derribar el gobierno?

En aquel mismo instante el poder ejecutivo recibia de Juan José un oficio por el cual le prevenía mandase publicar un bando cuya copia le enviaba, y el presidente del congreso recibía otro para que convocase todos los diputados afín de tratar de las reformas necesarias. La posición del gobierno en aquellas circunstancias era sumamente crítica. Casi todas las tropas estaban contra él, y las solas con las que habria podido contar se hallaban en la imposibilidad de obrar. En tan triste coyuntura, el secretario Ag. Vial fué despachado inmediatamente para tratar con los sublevados, procurando temporizar con ellos; pero la única respuesta que recibió fué que mandase publicar á la mayor brevedad el bando pedido.

Manuel Salas y Juan Egaña, enviados por la asamblea con el mismo objeto, recibieron una respuesta análoga.

(1) Informe de Makenna.
Vistas estas respuestas y no pudiendo resistir á la fuerza, se publicó el bando, y al instante se vió la plaza llena de Españoles y de realistas del país que, contra su costumbre, acudían para participar del movimiento.

En aquella época, el primer patio de la cárcel, llamado patio del cabildo, era público y mas de trescientos realistas se reunieron en él, en cabildo abierto. Tranquilizados acerca de los resultados que iban á obtener, usaban de un lenguaje tan libre que ofendieron el patriotismo de algunos chilenos, los cuales se mostraron irritados, bien que sin malas consecuencias. Como su objeto era el presentarse en la asamblea, resolvieron nombrar una diputación (1), que salió inmediatamente, y llegó rodeada de un numeroso jentío.

Su entrada en la sala fué triunfante; pero á penas hubo expresado su denuncia en favor de la monarquía española, los miembros de la asamblea se levantaron casi todos en un arranque de indignación, y respondieron con palabras no menos arrogantes, ordenando que se fuese á buscar Juan José Carrera para saber de su propia boca si realmente pensaba imponerles el antiguo yugo.

El capitán José Santiago Muñoz, comandante de la guardia del congreso, se hallaba presente, y no pudiendo contenerse con su acendrado patriotismo á semejante proposición, bajó corriendo á su puesto, y al ver el gran número de realistas que componían la concurrida, levantó la voz y les dijo: «En vano pretende el Sarracenismo levantar bandera. Solo podrá conseguirlo cuando no quede un solo granadero. » Y diciendo esto,

(1) Compuesta de: Manuel Rodríguez, Juan Ant. Carrera, Manuel Araoz y José María Guzmán.

V. HISTORIA.
formó la compañía en batalla amenazando con las armas (1).

Bien que fuese ya bastante tarde, Juan José Carrera creyó oportuno acudir á la llamada del congreso, pero fué allá á la cabeza de su batallón. Luego que llegó á la plaza, dejó la tropa en formación y subió á la sala en donde protestó con enerjía contra las insinuaciones de la acusación, declarando altamente que sus fines y los de las tropas, así como tambien los del pueblo, eran el mantener en toda su pureza y sostener el gobierno que habian proclamado el 18 de setiembre. A esta declaración se siguieron discusiones de derecho y de principios, que prolongaron la sesion hasta muy tarde sin haber podido obtener la dimision del poder ejecutivo.

La noche se pasó con mucha ajitacion. Todas las tropas estaban sobre las armas, y guardaban las principales calles con patrullas, vijilando especialmente para que el comandante Juan de Dios Vial no pudiese intentar una contrarevolucion por medio de los patriotas, los pardos y los de la asamblea, que estaban enteramente á su devoción.

El 16, por la mañana, se publicó otro bando convocando al pueblo á nuevo cabildo abierto, que tuvo lugar en el mismo sitio, es decir, en el primer patio de la cárcel, y al cual muchas personas se abstuvieron de asistir. Mientras estaban deliberando, el secretario Agustín Vial quiso arengarles desde una ventana contigua á la sala del congreso; pero no pudiendo conseguir que le oyesen, se contentó con preguntar si estaban descontentos del poder ejecutivo y cuales eran las quejas que tenían de él (2). La respuesta que recibió fue satisfacto-

(1) Historia mss. del Padre Martínez.
(2) Convers. con don Ag. Vial.
ria; pero la multitud, unos por intereses particulares, otros por seguir el partido de los Carrera, no dejó por eso de pedir la dimisión de los miembros del poder ejecutivo, y proclamó otro nuevo, con gran sentimiento de los realistas, que en un momento de credulidad habían consentido en un feliz retorno de fortuna, al paso que ahora iban á verse de nuevo proscritos (1).

Este nuevo gobierno se compuso también de tres personas que debían representar las tres grandes provincias, á saber: Juan Martínez de Rosas, la del sur; Miguel Carrera, la del centro, y Gaspar Marín, la del norte. Por ausencia del primero se nombró, en su lugar, á Bernardo O'Higgins, que se escusó al principio, así como también Marín, pero que al fin aceptaron, por las instancias que les hizo Pablo Fretes, á la sazón, presidente de la asamblea. Los secretarios fueron: Agustín Vial y José Chevarría.

Esta formación no llenó los deseos de la familia Carrera, bien que todos hubiesen tenido ascenso, habiendo sido nombrados; Juan José brigadier, y los otros dos tenientes coronel; porque veían al partido de Rosas triunfante y asociado á hombres que no cesaban de trabajar por él. Este pensamiento no podía menos de hacerlos disimulados y desconfiados para con sus compañeros, y fué oriene de un sentimiento mutuo de observación que era muy propio á paralizar los negocios y asuntos administrativos.

(1) Según Mackenna y otros, las intenciones de los Carrera, padre é hijos, habían sido, verdaderamente, proclamar el gobierno del Rey, y Juan José fué quien se opuso á ello, hecho que el mismo Juan José le había contado á Mackenna, á Gaspar Marín y á Agustín Vial. 

Véase el Duende, nº 15, p. 9.
El congreso, por su parte, no parecía tenerle mucha
mas simpatía, porque presentía que el poder en manos
de aquel joven iba a tomar una tendencia esencialmente
militar; que el ejército sería todo en su favor, y que
por consiguiente iba el país á verse sumergido en una
espantosa anarquía. Lo que daba estas persuasiones al
congreso era que en el oficio mismo en que había pedido
un cambio de gobierno, pedía también la construcción
de tres grandes cuarteles, y orden de juntar á la mayor
brevedad tres millones de pesos para subvenir á los
gastos que meditaba.
Aquel pedido de fondos en el momento en que todas
las tropas estaban sobre las armas, y aun más la orden
que él daba de no reparar en medio alguno para obtenerlos, produjo una sensación penosa, y aparecía como
un acto de tiranía y de espoliación. Muy luego en efecto
se esparció el ruido de que las tropas iban á saquear las
casas, y fue preciso que el gobierno hiciese manifiestos
desmintiendo aquel ruido; pero bien que estos manifiestos estuviesen firmados por los comandantes militares,
el temor duró aun muchos días. Unos huian de la ciudad al campo, otros ocultaban el poco dinero que tenían,
alimentando así el descontento general de donde surgió
una contrarrevolución.
Mackenna fué el encargado de organizarla, ayudado
por su cuñado Francisco Vicuña, por su tío Martín Lar-
rain y algunas otras personas que veían en Carrera un
enemigo perpetuo de la tranquilidad pública. Sinem-
bargo, su ánimo no era asesinarlos como las piezas del
proceso parecían darlo á entender, sino apoderarse de
ellos, y enviarlos á países extranjeros con empleos lucrati-
vivos y honrosos. Ya más de una vez se les habían hecho
semejantes propuestas; pero siempre habían sido dese
chadas por Miguel Carrera, que aspiraba á mas alto
honor, cual era rejenerar á su país. José Domingo Huici,
capitan de una compañía de granaderos, y Francisco
Formas, teniente de artillería, eran los principales in
strumentos que debían servir para hacer aquella revolu
ción, y, por un extraño capricho de la suerte, fueron
ellos mismos los que la descubrieron ó mas bien que la
malograron; pues prevenidos los hermanos Carrera que
el 27 de noviembre debía de tener lugar, tuvieron
tiempo para tomar precauciones contra este aconteci
miento, é hicieron arrestar la mayor parte de los con
jurados, en el acto mismo de la tentativa (1).
Todo esto sucedía sobre las diez de la noche, y era
de temer que la conjuración, mucho mejor organizada,
se realizase en lo restante de ella, antes del día. Para
evitarlo, los hermanos Carrera dieron las providencias
mas rigorosas.
El batallón de granaderos se mantuvo hasta el día
siguiente sobre las armas.
Miguel Carrera, que, pocos días antes, había pasado
revista de inspección jeneral á la caballería, mandó reú
nir los dos regimientos de milicias montadas de la capi
tal, y el de Melipilla, sobre el cual contaba mucho.
Mandó poner cañones delante de los cuarteles, y que

(1) Fué cogido en aquel momento un criado de Juan José Cheverría, y lo
fué tambien el teniente Francisco Formas, los cuales fueron tratados un poco
inquisitorialmente, lo que les obligó á declarar mal que les pesase. Tambien
se conocieron, por Muñoz Bezanilla y otros, los principales autores de aquella
contrarevolución, y Miguel Carrera, de su propia autoridad, mandó arrestar á
Mackenna, Francisco Benna, Martín y Gabriel Lorrain, coronel Vial y
José Gregorio Argomedo. José Ant. y José Domingo Huici pudieron escaparse.
Después de haber sido juzgados, fueron desterrados por algún tiempo á dife
rentos puntos de la República. Diario ms. de Carrera,
se hiciesen patrullas sin cesar en todos los barrios de la ciudad.

El día siguiente, mandó á llamar sus dos colegas, que no se habían informado en manera alguna del resultado de la conspiración. Su entrevista se verificó á las 9 de la mañana, y fué tan seria como embarazosa, porque de ambas partes había quejas. El uno se quejaba de la indiferencia de los otros dos acerca de un acontecimiento que había comprometido su poder y su vida; y ellos se quejaban de no haber sido prevenidos de las disposiciones tomadas. Al cabo, después de algunas salidas de amor propio, decidieron que Miguel Carrera fuese á presentar su parte á la asamblea, á la sazón reunida en la sala de sus sesiones.

Como ya lo hemos visto, la asamblea era poco favorable á aquella familia, y en la circunstancia se mostró, en cierto modo, hostil. Lejos de manifestar temor por el acontecimiento de la víspera, pareció sorprendida de que se hubiesen reunido tres regimientos de milicianos montados, cuando ya el peligro había pasado. Igualmente echó en cara á Miguel Carrera el tono de autoridad que tomaba en ciertos asuntos sin contar con sus colegas, ni con el congreso, de quien dependía.

Miguel, que tenía un carácter poco sufrido, y que sabía que algunos miembros habían tenido parte en la conspiración, no dudó en quejarse de ellos, y lo hizo en términos vehementes, casi de amenaza, dando lugar á contestaciones acaloradas, y tal vez descorteses. Habiendo sido vuelto á llamar al congreso por la tarde de aquel mismo día, estas contestaciones se hicieron mucho más graves con respecto á la suerte de los prisioneros. El diputado de Buenos-Aires, don Bernardo
Vera, se presentó como defensor de sus intereses, y según asentó la cuestión, dejaba creer que Miguel Carrera había trasgresado las leyes del país, y usurpado un poder arbitrario, condenando a los prisioneros a las mayores penas; acusación indigna y vituperable que causó la disolución del congreso.

En efecto, Miguel Carrera salió irritado del congreso y se fue a buscar a sus dos hermanos para concertar con ellos un plan contra sus enemigos, de los cuales sabía que tarde ó temprano podrían ser víctimas. En esta persuasión, mas valía aniquilarlos de una vez para ponerlos en la imposibilidad de oponerse a sus ambiciosos proyectos. Teniendo siempre las tropas a su devoción, la empresa no presentaba grandes dificultades; no había mas que ir á ofrecer la batalla á la sala misma del congreso, y fué justamente lo que hizo. A la verdad, antes de llegar á este extremo, pasaron al presidente un oficio en que los comandantes (1) le anunciaban que el pueblo pedía la disolución de la cámara. La respuesta siendo la que se había previsto, es decir, negativa, y fundada en que para disolverse el congreso necesitaba saber cual era la voluntad de los comitentes de sus miembros, los rebeldes recurrieron á la fuerza. Las tropas formaron en la plaza. Se pusieron cañones en batería contra la sala del congreso, y sus miembros salieron de tropel y atemorizados para no volver á entrar en ella (2).

Así despedidos, los diputados se retiraron a sus res-

(1) Juan José y Luis Carrera, Pedro Prado, Joaquín Aguirre, Manuel Barros y Joaquín Guzmán.
(2) "Y en fuerza de aquella ley, otorgó el congreso, como era regular, cuanto se le ordenó, protestando secretamente la violación, lo que se comunicó á Concepción."

Epocas y hechos memorables de la revolución de Chile; mss.
pectivas provincias, menos los de Concepción, que fueron forzados a permanecer en Santiago.

Tres días después, el vocal Marin dio su dimisión y se partió para Coquimbo. O'Higgins tuvo, por fuerza, que quedarse y tomó parte en el manifiesto del nuevo poder ejecutivo, que anunciaba la disolución de un congreso, enteramente irregular, cuyo nombramiento fue efecto de la cabala, del resorte y del empeño (1), y mandaba que cada provincia nombrase su procurador para residir en Santiago como representante. Pero esto no se ejecutó.

(1) Diario de Miguel Carrera.
CAPITULO XVII.

Separación de las provincias de Concepción y Valdivia del gobierno de Santiago.—La junta de Concepción ofrece tropas al congreso para recobrar su autoridad.—Carrera envía a O'Higgins como plenipotenciario acerca de dicha junta.—Preparativos de guerra por ambas partes.—Reunión de tropas sobre el río Maule.—Entrevista de Rosas con Carrera en las márgenes de este río.—Convenio entre los dos jefes y contrarreforma de las tropas.—Rosas regresa á Concepción, y Carrera á Santiago.—Contrarevolución en Valdivia y en Concepción.—Instalación de otras juntas en una y otra, y arresto de los antiguos miembros.

El acontecimiento del 2 de diciembre da un aspecto muy diferente á la política del país. La revolución pierde su carácter municipal. El gobierno representativo se hace ilusorio, y es sustituido por el régimen puramente militar. En adelante, vamos á ver el poder á la merced de un soldado de fortuna.

Ningún acto de malas consecuencias podía legitimar un tal cambio. La administración obraba con esmero y con acierto, siguiendo con lealtad la senda de reformas y progresos, y resulta á formar una constitución que fijase los derechos y los deberes de cada ciudadano. Por consiguiente, su disolución fué solamente obra de la ambición y de la audacia de un joven cuya soberbia no le permitía contentarse con representar un papel secundario.

Sin duda, Miguel Carrera tenía las mejores intenciones, y era, además, activo, inteligente y laborioso. En los últimos acontecimientos, había dado pruebas de que la inconsecuencia, imprudencia y frivolidad de su genio, en el ocio, no le impedían de tener cabeza y
carácter cuando las circunstancias lo pedían. Pero esto no bastaba. El país necesitaba, principalmente, un administrador, un jurisconsulto, un hombre, en fin, capaz de organizarlo y administrarlo. Si aceptaba la autoridad de un soldado que le imponía una fuerza brutal, abría sus puertas a la ambición, comprometía su libertad y corría riesgo de verse bajo el yugo del despotismo militar, el peor de los despotismos.

Mientras que el partido vencido tuvo el poder en mano, la provincia de Concepción estuvo en perfecta armonía con la de Santiago. Había entre las dos reciprocidad de intereses y de conveniencia; sus ideas eran las mismas y obraban de concierto para dar al movimiento un impulso propio a preservar para siempre el país de una dependencia extranjera. Pero al punto en que los hermanos Carrera hubieron derribado al gobierno, la provincia de Concepción se sintió muy contrariada y manifestó su descontento en términos violentos y de amenaza.

Pero aquí tenemos que volver atrás para tomar la historia en la época en que Rosas, desesperado de ver la inacción del poder ejecutivo, de la mucha mezcla de realistas en el congreso y de las inútiles tentativas que hizo para disolverlo, marchó para la provincia de Concepción con el objeto de revolucionarla.

En todos tiempos, esta provincia ha manifestado un espíritu de rivalidad contra Santiago; porque adolecencia del resabio que causa verse en un rango inferior, y que dejé envidia. En aquella época, tenía, además de esto, ciertos humos de federalismo, y deseaba despojar a la capital de su centralización. El cabildo de Concepción no se había manifestado, á principios del
siglo, tan dispuesto á aceptar la oferta generosa que le hizo el jeneral Cruz de emprender un viaje de esploracion hasta Buenos-Aires, sino porque tenia por principal interes el quitar á su rival aquella via, y adquirir para la provincia un grande influjo estableciendo un comercio directo con aquel vireynato.

Por consiguiente, tenia ya una cierta tendencia á separarse de ella, y si á esta disposicion de ánimo se añade el mucho prestigio que tenia Rosas en el pais, se verá que no le era dificil á este buen patriota el hacer que su provincia participase de sus resentimientos y rencorcs, el atraerla toda ella á sus intereses, sublevarla contra el gobierno de Santiago y constituirla independiente bajo la tutela de personas influyentes del pais. En efecto, fué lo que hizo el 5 de setiembre, el dia siguiente mismo que otra revolution sacaba triunfante su partido en Santiago (1).

Después del ultimo acontecimiento de esta capital, que armonizaba la politica de las dos provincias y la sometia á una igualdad de ideas y de opiniones, Rosas hubiera debido renunciar á sus proyectos subversivos, disolviendo una junta ilegal, y volviendo á Santiago para emplearse en los asuntos publicos, como miembro del poder ejecutivo. Pero ya entonces el spíritu ambicioso de los hermanos Carrera se habia abierto paso; ya el proyecto que tenian de subyugar al pais no era un misterio, y los diputados del sur que habian quedado en Santiago, lejos de llamarle, le aconsejaban al contrario se fortificase en Concepcion para imponer respeto al nuevo partido que muy pronto tendría que combatir.

(1) Se formó una junta compuesta de Pedro José Benavente, Juan Rosas Bernardo Vergara y Luis Cruz, y cuyo secretario fue Santiago Fernandez.
Es verdad que esta provincia no fué la sola que obró por influjo de Rosas. La de Valdivia se sublevó también, y lo mas particular fué que los miembros del clero fueron los autores principales de la sublevación. Para eso, aguardaron un día de fiesta al salir de misa, momento en que los conjurados se habían de hallar naturalmente reunidos para su ejecución, y el cura vicario Isidro Pineda, con el capellán Elipsegui, algunos otros clérigos y los conjurados, corrieron á casa del gobernador Alejandro Eagar, y lo arrestaron, así como también al capitán de ingenieros don Miguel María de Atero, los cuales no hicieron mucha resistencia luego que supieron que las tropas apoyaban aquel movimiento.

Acto continuo, por decirlo así, fué instalada una junta semejante á la de Concepción (1), y se embargó el buque de un comerciante, Ant. Quintanilla, que se hallaba allí de paso, para trasportar los dos presos á Talcahuano bajo la escolta del teniente Juan Manuel de Lorca con doce soldados (2).

La nueva de estas insurrecciones había llegado brevemente á Santiago. Todos hablaban de ellas libremente, y cada cual las exajeraba ó las atenuaba según favorecían ó perjudicaban á sus intereses. Al principio, se creyó que todo se reducía á un pronunciamiento de principios de federación, y que sus autores se manten-

(1) Compuesta del coronel graduado Ventura Carvallo, del párroco Isidro Pineda, de don Jaime de la Guardia, don Vicente Gomez, don Juan de Dios Cuevas y de don Pedro José Elipsegui capellán del hospital de Valdivia.
(2) Apenas el buque se halló fuera del puerto, Eagar, viendo á los granaderos macedos, aprovechó de aquel instante para ofrecer á Saturnino Perez, español, 3000 p. de recompensa, y 600 á su segundo, igualmente español, si los trasportaban á Chiloé. La oferta fué aceptada, y resultó que el teniente Lorca se halló el mismo preso, y enviado, poco tiempo después, a Lima.

Convers. con don Pedro Martínez Pínsel.
drian sobre la defensiva; pero muy luego los hermanos Carrera interceptaron un oficio de la junta de Concep-
ción dirijido en secreto al presidente del congreso, en el que le ofrecía tropas para el recobro de su autoridad.

Dos días después, la misma junta, echando a un lado reparos y temores, enviaba franca y ostensiblemente un pliego lleno de reconvenciones y de amenazas al nuevo poder ejecutivo, manifestando con entereza: «Que aquella junta y toda la provincia están en ánimo de preparar un ejército que vaya á restablecer la autoridad del congreso (1).»

Al leer este oficio, Miguel Carrera tuvo mucho trabajo en contener su jenio altivo y fogoso. En toda otra cir-
cunstancia se hubiera dejado llevar de su humor beli-
coso, y habría ido incontinenti á batirse con su adver-
sario; pero sabía que este podía apoyarse sobre una provincia entera y sobre un ejército bien disciplinado, al paso que él no podía contar mas que con pocas tropas, y tenía por enemigos á los realistas, que no le per-
donaban el que los hubiese dejado burlados; á los con-
ervadores, que lo tachaban de ser demasiado ambicioso y turbulento, y, en fin, á los radicales, que eran nume-
rosos, y que no esperaban mas que por la marcha de Rosas para levantar la cabeza y entrar en el movimiento. Su posicion era, por consiguiente, muy crítica; el mas pequeños reves de la suerte podía desencadenar todos los partidos contra él y prefirió violentarse y obrar con pru-
dente circunspeccion. Afortunadamente para él, se le presentó una ocasión bastante favorable para salir, á lo menos momentáneamente, del mal paso.

O'Higgins continuaba pidiendo con instancia su se-

(1) Epocas y hechos memorables de la revolucion de Chile. Ms.
paración del poder y el permiso de volver á su pro-
vincia para restablecer su salud, que estaba lejos de ser
buena. Carrera pensó que interesándole en su propia
causa podría sacar de él muy buen partido, y le propuso
sus poderes para ver de conciliar con Rosas los puntos de
contestación que tenía con él, y arreglar pacíficamente
los intereses de la república. Aceptada la proposición
por O'Higgins, Carrera le pasó un oficio credencial au-
torizándole á hablar en nombre de la junta, y reco-
mandándose al mismo tiempo á sus virtudes, talento y
patriotismo (1).

Pero Carrera no se contentó con esto, sino que, como
hombre de nervio y de prevision, destacó algunos días
despues una columna de observación de doscientos vet-
ranos al mando de su padre don Ignacio, dándole por
asesor y secretario á don Gabriel Tocornal, y él mismo
se entregó con celo y premura al cuidado de reunir los
elementos necesarios para la organización de un ejército.

«La inspección de caballería recibió una buena orga-
nización. El batallón de granaderos se elevó á la respe-
table fuerza de 1200 plazas. Se reformó el cuerpo de
300 dragones por inútiles, y se levantó el de la guardia
nacional de 500 plazas. Se quitó á los frailes de San
Diego el convento y se hizo de él un excelente cuartel de
caballería. Se fabricaron 10,000 lanzas, 1,500 tiendas de
campaña, vestuarios y monturas para todos los cuerpos,
municiones de todas clases, y, por último, cuanto se ne-
cesitaba para la defensa del país (2) ».

Estos grandes preparativos militares, que se continua-
aban activa e incesantemente, fueron un justo motivo

(1) Documentos publicados en el Perú, por Juan Ascenso.
(2) Diario de Miguel Carrera.
de descontento para la provincia de Concepción, aun penetrada de las palabras de paz que le acababa de llevar don Bernardo O'Higgins, y se reunió en aquella capital de la provincia una asamblea cantonal para de-}


deberar acerca de los intereses del país, y obligar por medios legales a Carrera a abrir nuevas elecciones para la formación de un congreso.

Sobre este punto todos los diputados habían estado de unánime acuerdo, y ya uno de ellos había sido nom-

brado para llevar aquella decisión a la junta de San-

tiago, cuando de repente recibieron aviso de que el bri-

gadier don Ignacio Carrera había avanzado con fuer-

zas hasta Talca con el solo objeto, según él decía, de

vijilar por la seguridad de ellos mismos.

Era esta una especie de provocación que ponía a la

junta en la necesidad de tomar también una actitud de-
fensiva, y fue destacado incontinenti el teniente coro-

nel don Manuel Serrano con cien dragones para ir a

campar a la orilla meridional del Maule.

Por otro lado, se dieron órdenes para reunir las tro-
pas, y O'Higgins, que había sido nombrado inspector

de las milicias de la Laja, marchó a disponerlas a todo

evento después de haber escrito a Carrera los motivos
de cuanto sucedía, declarándole que su posición en quel in-}
bandera, obraban bajo las mismas inspiraciones y ambos querían el bien del país, la felicidad de la patria; pero, desgraciadamente, conforme á sus diversos intereses, á su vanidad y vanagloria. Tal era la causa de una lucha que ya dejeneraba en guerra civil, pues, desde aquel instante, cortaron su correspondencia, y sus tropas marchaban unas contra otras (1).

El 9 de marzo, el brigadier Juan José Carrera salía de Santiago á la cabeza de 900 veteranos y 200 cabellos. Su hermano Miguel le seguía de muy cerca con plenos poderes para terminar amicalmente aquella pueril discusion, y el otro hermano Luis, entonces convaleciente, debía ir á reunirse con ellos con su artillería. Así, por parte de Santiago, todo estaba en movimiento y los soldados iban llenos de entusiasmo y de deseos de batirse.

Por el lado de Concepción, este entusiasmo no era menor. La provincia entera se puso en pie con las proclamas de Rosas y de Francisco Calderón. Cada villa, cada cantón se apresuró á dar su contingente de mili- cianos. Casi todos sus soldados quedaron sobre las armas en sus respectivos cantones, y tres mil quinientos sa-

(1) En una de sus cartas á Rosas, cuya copia tenemos, Miguel Carrera alega por motivo de la disolución del congreso su incapacidad de llenar su mision, sin pensar de ningún modo en elaborar una constitucion, objeto de los mas urjentes, malgastando un tiempo precioso en personalidades indecentes y etiquetas ridículas, y luego añade:

«V. se engañó fatalmente cuando provocó el congreso en un reino sin opinion, sin espíritu público, sin ilustracion, sin virtudes civiles y aun sin conocimiento de los primeros deberes del hombre. Lo ha tocado V. mismo, y suspender este congreso era el medio único decente y adaptable; y convengamos que Chile, y acaso todo el sur, solo es compatible con un gobierno nervioso, ilustrado, que mientras provee con la mayor ejecucion á su seguridad, dispenga por institutos nacionales unos pueblos insensibles para que salgan al estado de hombres. »
lieron á reunirse en Chillan, con sus jefes y oficiales. Estas tropas eran los lanceros de la frontera con sus lanzas, laquis y coletas, mandados por el valiente O'Higgins; los dragones de Linares, mandados por Benavente; el batallón de infantería de Chillan á las órdenes del capitán de granaderos don Clemente Lantano, por estar ausente su comandante don Julian Ulmeneta; y muy luego se le juntaron el batallón de Concepcion, los dragones de la frontera y algunas piezas de artillería mandadas por Juan Zapatero.

Hallándose los jefes reunidos, se pensó en formar un consejo de guerra para tratar de las consecuencias que podría tener cierto ruido, esparcido por un Franciscano, de que Carrera proyectaba revolucionar la provincia y ponerla á fuego y á sangre. En dicho consejo, se decidió que se fuese á campar á la villa de Linares y que Rosas, con algunas tropas, marchase á las orillas del Maule para tener una entrevista con Carrera, entrevista que el mismo Carrera deseaba con anhelo.

La providencia quiso infundir prudencia á aquellos buenos corazones, que las pasiones habían enconado uno contra otro, y esta entrevista se verificó en el Fuerte viejo, al norte del Río Maule, convertido, en aquella ocasión, en una especie de Rubicondo para los dos ambiciosos opuestos. Después de haberse prometido, recíprocamente, sincera y franca amistad, entraron en conferencia. Hablando Rosas en nombre de la Asamblea, pidió la aceptación del tratado que por el conducto de su delegado O'Higgins le había sido enviado, y en el cual se estipulaba la convocación de un congreso, el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo y sobretodo el establecimiento de un gobierno realmente representativo.

V. HISTORIA.
Carrera admitió sin dificultad la elección de un nuevo congreso, pero no el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo, en el cual temía no ser comprendido, y, por el hecho, hizo toda discusión inútil. Sus palabras vagas, subversivas y aun capciosas pusieron en cuidado á Rosas, que al reunirse con su estado mayor, no pudo menos de manifestar alguna desconfianza sobre las intenciones de Carrera (1). Sin embargo, emplazaron segunda conferencia, que debía verificarse en la villa de Talca, la cual se hallaba en el centro de la posición del ejército de Santiago. La aceptación de esta nueva entrevista era imprudente de la parte de Rosas, que ya sospechaba algún artificio en su rival; pero sin duda no se decidió á creerle capaz de un acto de felonía. Noobstante, su estado mayor, fundándose en que en la guerra, la prudencia es una de las principales virtudes de un jefe, le manifestó una respetuosa desaprobación. O'Higgins sobretodo se mostró desconfiado, temió la lentitud y aún también la imposibilidad de un tratado, y animado de un ardiente deseo de salir de dudas, pidió los cuatrocientos dragones que habían acompañado á Rosas, y los cuatro batallones, de cien hombres cada uno, de su regimiento de lanceros, y con estos ochocientos hombres se propuso causar una poderosa diversión en el ejército enemigo.

Su plan era ir á pasar el Río á la parte de las Cordilleras y marchar al norte para cortarlo y apoderarse de la artillería, que se hallaba mal ordenada entre San Fernando y Curico. En esta sorpresa, esperaba también hacer prisioneros algunos granaderos que se hallaban

(1) Convers. con don Bern. O'Higgins.
cerca de esta última villa, é incorporándolos con sus tropas, marchar directamente sobre la capital.

Este proyecto era atrevido, grande pero no imposible, especialmente como concepción de un militar muy ca-
paz de llevarlo á ejecución; pero Rosas no era militar
y no podía hallarlo de su gusto. Ardiente en discusiones,
valiente también con los ladrones y asesinos, de los
cuales era, en seguida, juez, este se sentía muy intimi-
dado al verse al frente de un batallón. Por lo mismo,
prefirió continuar su negociación por medio de la cor-
respondencia de oficio (1).

O'Higgins se encargó de llevar, al día siguiente 28 de
abril, un oficio á Carrera induciéndole á que fuese á
Linares en donde la Junta de Concepción se reunía para
terminar aquellos debates, y en caso de impedimento, á
terminarlos por correspondencia:

«El orfén, principio y fundamento único de nuestras
diferencias (decía), consiste en la no ratificación del
convenio del 12 de enero. En el oficio de V. S. á la
 junta, de 27 del corriente, asegura traer poderes bastan-
tes para terminar este negocio. Trátese de él, ante todas
 cosas: ratifique V. S. desde esa y todo está acabado.
Si hay reparos que oponer á algunos de sus capítulos,
V. S. señale cuales son con expresión y claridad para
contestarlos, y allanar los medios de que concluyamos
en breve. Si hay otro medio de comunicación; propón-
galo V. S., que yo estoy llano y pronto á todo (2).»

Los mismos motivos de prudencia que habían impé-
dido á Rosas de ir á Talca, indujeron á Carrera á no ir
á Linares; pero recibió con las mayores demostraciones
(1) Conversación con don Bern. O'Higgins.
(2) Oficio de don Juan Rosas á Miguel Carrera.
de afecto a O'Higgins, á quien prometió una respuesta categórica para el día siguiente. Esta respuesta, que no llegó hasta tres días después, era muy propia á tranquilizar los espíritus. Carrera admitía, en ella, la mayor parte de los artículos del tratado (1); pero quería dejar á la deliberación del nuevo congreso los que ofrecían alguna dificultad, lo cual fué aprobado por Rosas; de suerte que al cabo de algunos días, ya estaban de acuerdo y convenían en que hubiese suspensión de armas, y en que los dos ejércitos regresasen á sus cuarteles respectivos (2).

Así se terminó esta querella que se presentaba, á primera vista, tan borrascosa y que concluyó del modo más político dejando esperar el restablecimiento del estado normal de las cosas, cuando dos contrarrevoluciones sobrevinieron para arruinar uno de los dos partidos con provecho del otro.

La primera fué la que hicieron los realistas en la junta de Valdivia. Poco satisfechos de las nuevas que llegaban de Concepción y de Santiago, temiendo los resultados de la anarquía y no queriendo entregarse á Rosas, juzgaron oportuno operar una contrarrevolución para poner la provincia á la devoción de Miguel Carrera, que creían era el jefe del partido realista. Para llegar á su fin, ganaron primero á las tropas con promesas pecuniarias, y el 16 de marzo á las dos de la mañana, se verificó el alzamiento contra la junta, á los gritos de viva el Rey, viva la Religión, viva el presidente Miguel Carrera.

(1) Veo lo en los documentos.
(2) Este tratado fué desaprobado por muchos, y particularmente por Antonio Pinto, el cual escribía de Buenos-Aires á Man. Rodríguez que Carrera hubiera debido no tratar, y obrar con firmeza contra Rosas. (Carta particular á Man. Rodríguez.)
Muchos de los miembros fueron arrestados y enviados a Concepción, entre ellos el capellán don Pedro José Eleyzegui, que era uno de los exaltados. Otros quedaron en Valdivia. Uno, don Jayme Guarda, pudo escaparse y atravesar la Araucanía.

Esta junta así disuelta, se formó otra con el nombre de junta de guerra, y cuyo presidente fue don Ventura Carvallo coronel graduado, con José Antonio Martínez de secretario. En seguida, se pensó en poner la provincia en estado de defensa. Se restituyeron los empleos a los empleados que los habían perdido, y se remitió un parte circunstanciado al gobierno de todo lo sucedido.

En el momento mismo en que Carrera arreglaba en Talca los preliminares de paz con Rosas, recibió la noticia de la contrarrevolución de Valdivia y del entusiasmo con que lo habían proclamado presidente de la real Audencia. Por muy lisonjero que le fuese este título, no por eso dejó de sentir el error que padecían cuando aún pensaban en el gobierno caído, y, en su respuesta, después de manifestarse reconocido, les dice cuanto siente que «aun no les haya llegado la opinión de la patria. Discordan (añadió) nuestros pensamientos en el sistema; y Chile que á toda costa no perdonará medio que conduzca á su reajustacion, á su libertad y á su felicidad, sufre con dolor la desgracia de no haber alcanzado con las ideas de su profesion al corazón de los patriotas de Valdivia (1).»

La respuesta del gobierno fue aún mucho más explícita: «No hemos podido, les decía, menos de resentirnos y cubrirnos del mayor dolor y vergüenza al llegar á la proclamación de la rejecia de España y de un presidente

(1) La Aurora de Chile, n° 22.
del reino. Uno es la opinión de la patria, otro su orden, otro su gobierno y otras sus intenciones..... En Chile no hay presidente, ni el reino se somete a la rejerencia de España. Su institución, su orden y su poder están revestidos de las nulidades y vicios que proclama Valdivia contra su junta, y porque la destruyó y acabó (1).

Pero á pesar de la discreción de su lenguaje, y de haberles anunciado una remesa de dinero, los miembros de la nueva junta resolvieron desembarazar se de todas las traves revolucionarias y restablecer el antiguo gobierno, para lo cual pidieron á don Ignacio Justis, gobernador de Chiloé, un socorro de hombres, que les fueron enviados en número de doscientos soldados al mando del capitán de granaderos don Francisco Arenas, el mismo que, poco tiempo después, fué nombrado gobernador de Valdivia, cuando esta plaza, separándose enteramente del gobierno de Santiago, se sometió al virey del Perú.

La otra contrarevolución fué de mucha más importancia aun para la suerte política de Carrera, puesto que se efectuó contra su poderoso rival. Su origen fué la penuria de dinero en que se hallaba la tesorería de la provincia de Concepción después que Santiago le había rehusado todo situado, y los grandes gastos que habían sido indispensables para mantener sobre las armas el gran número de milicianos que debían marchar sobre Talca á la primera señal (2). Desde entonces, viéndose forzados á no dar á los veteranos mas que la mitad de la paga, estos manifestaron su descontento, del que los realistas y algunos patriotas opuestos á Rosas supieron

(1) La Aurora de Chile, n° 22.
(2) Conv. con don Bern. O'Higgins.
apróvechase. En efecto, el 8 de julio, á las diez de la noche, don Juan Miguel de Benavente, sarjento mayor del cuerpo de dragones, don Ramon Ximenez, sarjento mayor del batallon de infantería, y don José Zapatero, capitan del real de artillería, reunieron sus tropas en la plaza, poniendo centinelas en todas las esquinas con órden de no dejar salir á nadie, y en el mismo momento mandaron á los dragones arrestar á todos los miembros de la junta, que mantuvieron en arresto, á la disposicion del gobierno de Santiago.

El día siguiente, nombraron otra junta que fué ente-
ramente militar (1), que repuso en sus empleos á todas
las personas á quienes se les habian quitado, y que se
aplicó á tomar las mas útiles precauciones para hacer
vanas todas las tentativas posibles de reaccion. Los sol-
dados continuaron bivacueando en la plaza, en medio
de la cual, á cielo descubierto, el capellan les decia misa
como si estuviesen á la vista del enemigo, y se formó
una compañia de personas las mas notables y afectas á
la nueva junta para redoblar de vijilancia y aliviar la
fatiga de los soldados. El conde de Marquina fué nom-
brado capitan de dicha compañia, y su teniente y alfe-
rez fueron don Xavier Manzano y don Martin Plaza de
los Reyes, el primero teniente coronel del ejército, y el
segundo coronel de milicias. Todos cuantos eran contra-
rios y podian perjudicar al nuevo poder fueron espuls-
sados de la ciudad; el teniente de artillería Fer. Zorrilla fué enviado á Arauco, y José Eleyzegui arrestado,
como convencido de haber ofrecido $4,000 p. á los sol-

(1) Compuesta de don Pedro José Benavente como presidente; don Juan
Miguel Benavente, vice-presidente; de don Ramon Ximenez y del capitan de
dragones don José Maria Artiga, como vocales. El secretario era el capitan de
infantería don Luis Garreton.
dados si querían apoderarse de la artillería (1). Este Eleyzeguí era cuñado del vocal Bernardo Vergara, y el mismo sacerdote que era miembro de la junta de Valdivia, y que, seis horas después de su caída, se había visto obligado á refugiarse á Concepción. De un genio inquieto y muy liberal, tenía por la independencia de su país el fervor de un apóstol y el valor de un mártir. Por eso, á pesar de los engaños que padeció, no dejó de ser uno de los primeros á conspirar contra cuantos creía enemigos de las libertades proclamadas.

(1) Relación de las novedades ocurridas, en 1812, en Concepción.
CAPITULO XVIII.

Los habitantes de Santiago saben con satisfacción el tratado de paz de los dos pretendientes, y posteriormente la disolución de la junta de Concepción y el arresto de sus miembros.— Llegada de estos á Santiago.— Su destierro.— Rosas marcha para Mendoza, en donde fallece.— M. Carrera aumenta el número de sus tropas.— Su prodigalidad en sus gastos.— Los grados superiores en el ejército son dados á su familia.— El poder ejecutivo da su principal atención á las administraciones civiles.— Proyecto de empadronamiento.— Decreto para la fundación de escuelas gratuitas.— Instituto nacional.— Llega una imprenta á Chile.— Camilo Henríquez.— La Aurora, primer diario de Chile.— Su espíritu liberal y subversivo.— Su influencia en favor del movimiento.— El poder ejecutivo aprovecha todas las ocasiones para atraer el pueblo á su partido.— Recibimiento de Poinsett como consul general de los Estados Unidos.— Aniverario del 18 de setiembre.— Bandera nacional y su escudo.— Grande pronunciamiento en favor de la libertad y de la Independencia.

Al tiempo de la salida de Miguel Carrera para ir á disputar el poder á su poderoso adversario, y restablecer la unidad nacional bastante comprometida, el público de Santiago estaba jeneralmente desasosegado. El carácter ambicioso y resuelto de estos dos jefes era muy conocido y todos temían que la lucha fuese larga, obstinada, y que ocasionase una guerra civil, tanto mas de temer cuanto la rivalidad de las dos provincias podía contribuir á que fuese mas encarnizada. Algunas personas de influjo se habían ofrecido para ir á mediar y conseguir que se terminasen de un modo amical aquellas pueriles discusiones. Otros, probablemente con diferente objeto, habían hecho lo posible para formar una conspiración que no tuvo consecuencias pero que, tal vez, obligó á Carrera á irse con ideas mas prudentes y mas moderadas respecto á su modo de conducirse. En todo
caso, el pueblo estaba con mucha zozobra y manifestaba sus temores con quejas y con libelos. Así se hallaba atormentado por crueldades presentimientos cuando recibió el anuncio de la conclusión de la disputa.

Esta noticia, que llegó en el momento en que se acababa de saber el insignificante resultado de la primera entrevista, causó el mas vivo contento á los habitantes de Santiago; porque á todos les pareció que era de un feliz agüero para el próximo restablecimiento de la tranquilidad pública y se felicitaban de aquel acontecimiento, bien que estuviese aun lejos de su conclusión. Estaban todos tan cansados de un estado tal de incertidumbre, que muchos de los partidarios mismos de Rosas echaron á un lado sus resentimientos y salieron al encuentro del triunfador, que reunia, decían ellos, el mérito de hombre político al de militar. Su recibimiento en la ciudad fué tan brillante como sincero, y le acompañaron hasta su casa con demostraciones de afecto jeneral. Sus tropas tuvieron también parte en aquella ovación y pudieron gozar del entusiasmo con que todos salieron á recibirlas.

Pero este júbilo fué aun mucho mayor cuando, el dia 12 de julio, se supo la contrarevolucion que las tropas habian operado disolviendo la junta de Concepcion y arrestando á todos sus miembros. Esta noticia, que dejaba á Carrera solo dueño del poder, fué recibida con grandes muestras de alegría, y celebrada, durante muchos días, con funciones, iluminaciones, salvas de artillería y repique de campanas. Muchas personas firmaron y enviaron. Luego después, una acta de felicitaciones al gobierno, el cual se apresuró á reclamar los prisioneros, áfin de ponerlos en la imposibilidad de rescatarse, diciendo á la junta de guerra de Concepcion:
CAPÍTULO XVIII.

«Há vehículo, don Juan Martínez de Rosas pase inmediatamente a esta capital bajo su palabra de honor, acompañado de un oficial, remitiendo a los demás con una escolta que haga su seguridad individual sin mengua de su carácter y destinos (1).»

No eran menos los deseos que tenia la junta de Concepción de desembarazarse de aquellos ilustres prisioneros, los cuales, por sus relaciones de parentesco, su influencia y su talento, podían fácilmente eludir su autoridad y su vigilancia, y se apresuró a dar la orden de su marcha. Entre ellos, iban: el coronel Luis de la Cruz, el capitán de milicias don Bernardo Vergara, el licenciado don Manuel Nova, todos miembros de la junta disuelta, y don Francisco Calderón comandante de infantería.

En cuanto a Rosas, no se jugó oportuno que entrase en Santiago, y al llegar al río Maypu, se encontró con un oficial que tenía orden de conducirlo a San Vicente, hacienda de Carrera, en donde fue muy bien tratado y visitado por muchos de sus amigos. Dos meses después, es decir, el 10 de octubre, recibió la noticia que lo iban a desterrar a Mendoza. La orden de su salida para dicha ciudad se redujo a un simple pasaporte que espresaba por motivo de su viaje el arreglo de asuntos de familia, y, en efecto, salió inmediatamente sin haber podido obtener algunos días de dilación.

Los habitantes de Mendoza le recibieron con todos los miramientos debidos a su rango y a su mérito, y en breve se vió el hombre público del país, nombrado presidente de la sociedad patriótica literaria que acababa

(1) Contestación al oficio de la junta de guerra de Concepción. (Aurora extrord., n° 24.)
de ser fundada. Desgraciadamente, no pudo disfrutar mucho de todos estos honores, pues profundamente conmovido de los sucesos, y aun también disgustado de verse ausente de su familia y de esta su segunda patria, que en su acendrado afecto consideraba como su verdadera nación, se dejó llevar de pensamientos melancólicos, y el mal de hipocondría se lo llevó al cabo de algunos meses. Así acabó aquel grande hombre, á quien la patria debe el primer desarrollo de su fuerza y de su conciencia, y que se puede considerar como padre de la independencia chilena (1).

En cuanto á sus compañeros, estos fueron mas felices y permanecieron en su país, bien que relegados en las villas de lo interior. Don Luis de la Cruz fué confinado á Illapel; Vergara, á Melipilla; Novoa, á Quillota; y Calderon, al Huasco. Este último no era miembro de la junta, pero la sostenía con todo su poder como jefe de batallón de infantería de la frontera, empleo que había obtenido á consecuencia de la destitución del conde de la Marquina.

En tiempos de grandes connmociones políticas, las mayores y mas repugnantes injusticias pasan, por decirlo así, incógnitas, porque el egoísmo natural junto con

(1) Hizo, ademas, grandes servicios al país, como abogado hábil, y administrador celoso. Nadie ignora con qué ardor perseguía á los ladrones cuando era asesor del intendente de Concepcion, y el mucho bien que hizo á la ciudad, ya hermoseándola y ya asanándola secando algunas lagunas. Como hombre de talento, era el oráculo de todos los habitantes de la provincia, y á pesar de sus ideas muy avanzadas, y muy atacadas por los realistas, Carrasco no había dudado en tomarlo por su asesor particular. En suma, su renombre era tan bien merecido, que en 1798, cuando José María Luzan, fiscal de la real academia práctica forense de Santiago, le dió un certificado de sus méritos, no pudo menos de expresarse en términos los más honrosos en favor de sus "afijantados talentos, hasta el grado de hacerse respectar entre los mas sabios maestros, etc., etc."
las pasiones de los partidos, y el temor de los riesgos que cada uno corre, hace que nadie piensa más que en su propio interés, dejando con indiferencia que los demás sufran su suerte. Así sucedió que el destierro de Rosas, que en este instante inspira justa indignación, fué mirado en aquel tiempo de turbación con la mayor frialdad, y sin el menor sentimiento, casi todos abrazando la causa del hombre que ofrecía más garantías contra los elementos de anarquía que amenazaban la tranquilidad pública. Hablando del jefe del estado, todos se expresaban con cierta especie de cortesía, sincera o afectada, pero muy conveniente en aquel momento, en que se necesitaba conciliar intereses opuestos, quietar las pasiones y recomendar á los hombres capaces aquellas instituciones que pedían tanta atención y tantas reformas. Haciéndose, en cierto modo, jefe de la república, Miguel Carrera tomaba sobre sí una grave responsabilidad, y nadie mejor que él podía dirigir el carro del estado por la verdadera vía que debía seguir. Con sus arranques que causaban tanto entusiasmo; con la actividad de sus movimientos; con el nervio patriótico que tenía y que daba tanto aliento al patriotismo y, en fin, con la aceptación general que gozaba, estaba, en el más alto grado, obligado á llenar con honor y gloriosamente sus sagrados deberes. Además, la suerte le era sumamente propicia. Gracias á sus campañas de España, Carrera era el verdadero jenio marcial de la república y tenía una grande superioridad sobre los demás jefes, sin esceptuar los que disfrutaban mayores grados que el suyo. Las tropas le amaban, y los oficiales se hicieron al instante sus afec-tísimos amigos y sus compañeros en pasatiempos pue-
riles, que estaban muy lejos de merecer la aprobación de los hombres de juicio. Reflexionando sobre los riesgos a que estaba expuesto el país, ya por ambición de los partidos, ya por la posibilidad de una invasión española, creyó oportuno dar un impulso militar a las instituciones, y aun también a la educación de la juventud, sembrando, por el hecho, la carrera del defensor de la patria de los más insignes honores (1). También formó nuevos cuerpos de milicias que entregó, desde luego, a la instrucción y a la disciplina, y nuevos batallones de veteranos; y mandó que el jefe supremo tuviese una guardia de honor, bajo el nombre de gran guardia o guardia nacional (2), compuesta de un escuadrón de husares, de los cuales se nombró él mismo comandante, perfectamente equipados, lo cual ocasionó zelos en los demás cuerpos, que noobstante ocupaban igualmente su atención; porque, por lo mismo que había visto tropas perfectamente vestidas, deseaba poner en el mismo pie a las de Chile, no solo en cuanto al brillo exterior que realiza al soldado a sus propios ojos, sino también en su trato interior, y este fue el motivo que tuvo para levantar una caserna a los huérfanos, bajo un plan demasiado vasto y costoso para que fuese posible ejecutarlo nunca completamente.

Esta especie de lujo de construcción y de equipo había ocasionado grandes gastos que el país no estaba en estado de sobrellevar; porque todo cuanto se necesitaba

(1) Como después de la revolución, muchos que no eran militares llevaban uniformes, galones y charrteras, cosa realmente escandalosa, mandó formar una junta de jefes "para que registre y reconozca los títulos que documenten a cada uno su uso, privando de él a los que no los tengan." (Oficio del 27 de febrero 1812, en la Aurora, nº 5, extraord.)

(2) Compuesta de soldados de caballería lijera que debían ejercitarse en el manejo de la tercera, de la pistola y del sable, que eran sus armas. La fuente efectiva del cuerpo era de 496 h.
estaba sumamente caro, y si a esto se añaden los pocos ingresos del fisco, y la pobreza del país mismo, se verá que la tesorería no podía menos de hallarse muy pronto en el mayor apuro, y, en efecto, hubo que recurrir a donativos; pero si unos se apresuraban a mostrarse generosos, otros, en jeneral, lo hacían con bastante repugnancia, porque el carácter económico del chileno no le permitía mirar con indiferencia la grande prodigalidad que rayaba ya en desperdicio. Sobre esto aun hubo también algunos clamores de descontento, y algunos se propasaron a poner en duda la probidad de Miguel Carrera; acusación injusta, calumnia verdadera en oposición diametral con el espíritu liberal de un hombre que, no obstante la ambición que tenía de hacer las cosas con grandeza, manifestaba su abnegación personal en la sencillez y modestia de su traje.

Con todo eso no nos podemos disimular que había en esta familia un espíritu de conveniencia egoísta, visto que, como ya lo hemos dicho, sus miembros tenían los primeros empleos del ejército, sin duda con el fin de aprovecharse de ellos para dominar. En el espacio solo de algunos meses, el padre y Juan José habían sido promovidos al grado de brigadier; los otros dos hijos eran ya coroneles, y todos, menos el padre, tenían el mando de algún cuerpo. Es verdad que todos estos militares improvisados, por decirlo así, tenían un carácter diferente. Luis era poco ambicioso, y, lo que es más, tenía poca inclinación a las armas, según lo manifestó claramente en todas las acciones en que se halló con las débiles pruebas que dió de sus conocimientos y de su valor. Al contrario, Juan José se ha distinguido siempre por su bizarría, y tenía mucho más juicio que Juan Miguel, el cual, aun-
que menos valiente que su hermano primero, poseía todo lo que da superioridad, como talento, actividad y sobre-todo la preciosa experiencia adquirida al frente de un enemigo que en aquella época se reputaba un modelo de táctica y de disciplina.

A pesar de estas ventajas, Juan José no podía someterse á su hermano como inferior en grado y de menor edad, porque tenía también la conciencia de su mérito, y la jerarquía militar le hacía olvidar los miramientos que debía á un miembro del poder ejecutivo. Así había á menudo entre ellos discusiones y enconos que el padre procuraba apaciguar, pero se guardaban un rencor que, al cabo, no podía menos de estallar.

Afortunadamente, el estado de confusion en que se hallaba el país no les dejaba lugar para pensar en él. Todas las administraciones, como ya se ha dicho, pedían toda la atencion y todos los cuidados de las autoridades, y por mucho que el ejército le ocupase, Miguel tenía también que pensar en la organización de los despachos públicos, y en las medidas de reforma que exijía el nuevo estado de la sociedad y de la civilización. Pero ya se sabe que las acciones de un guerrero no tienen siempre por guia á la ciencia, y necesitaba consejos de personas que supliesen su insuficiencia. Para eso, tuvo el buen tino de escoger sujetos tales como Manuel Salas, Gabriel Tocornal, Juan Egaña, Bernardo Vera y otros, los cuales eran muy capaces de conducirlo por la verdadera senda de los progresos, y por medio de estos buenos patriotas pensó en establecer el órden y la legalidad que después de algún tiempo no se veían en los actos administrativos.

Pero lo que mas le preocupaba era el establecimiento
de un gobierno fundado en las verdaderas bases de la representación democrática. Como esta especie de gobierno tiene su origen en la elección y es de rigorosa justicia que el número de diputados de cada provincia sea proporcionado al de sus habitantes, mandó hacer un empadronamiento jeneral, operación que nunca se había hecho más que con resultados inciertos y aproximativos (1).

La instrucción de la juventud fué también un parte de aquellas ideas democráticas según las cuales el pueblo debía adquirir estensamente el conocimiento de sus derechos para llegar a ejercerlos con dignidad nombrando libremente y con acierto representantes capaces de defender los intereses de la nación, y de deliberar sobre la promulgación de las leyes las más conformes al bien público. Afin de conseguir este resultado, y dar al mismo tiempo al pueblo la instrucción necesaria para el manejo de sus propios y particulares intereses, dispuso que se estableciese en cada convento una escuela gratuita para niños y adultos, y también las había para las jóvenes (2), las cuales, hasta entonces, habían carecido de este medio de enseñanza. Esto en favor del pueblo.

Para las clases pudientes, se pensó en fundar un establecimiento destinado a ser "una escuela central y normal para la difusión y adelantamiento de los conocimientos útiles, y cuyo instituto era dar a la patria ciudadanos que la defendan, la dirijan, la hagan florecer y le den honor."

(1) Está en nuestro poder este empadronamiento formado sobre grande escala, pero desgraciadamente le faltan algunas provincias.
(2) Estas iban a aprender a leer y a escribir a casas de señorías, que se interesaban por ellas y las instruían por puro afecto.

V. HISTORIA.
Tal fue el origen del instituto actual, que no debía abrirse hasta un año después, y en donde se habían de enseñar todos los ramos de conocimientos por profesores que además reunidos en cuerpos científicos, habrían de compulsar los hechos históricos de la república y dar á luz memorias sobre diferentes objetos. Por donde se ve que dicho establecimiento estaba proyectado sobre un gran pie, y que no era puramente de enseñanza sino también de progresos, formando una verdadera sociedad académica, que habría tenido miembros honorarios y correspondientes, y en la cual se hubieran de discutir, perfeccionar y propagar las letras, las ciencias y las artes, en cuanto fuesen relativas á la prosperidad de la nación.

Ya en aquel tiempo y gracias al esmero que ponían los hombres eminentes en difundir la instrucción, Chile se hallaba poseedor de la maravillosa imprenta, de la cual, con vergüenza para España, había estado privada hasta entonces. Con este nuevo órgano de la palabra, los grandes patriotas podían hacerse oir de todas las provincias y de los más recónditos lugares, comunicándoles, de este modo, sus ideas y sus opiniones con pro- vecio de la nacionalidad que querían hacer fructificar. Este propagador de conocimientos humanos había llegado por el conducto de don Mateo Arnaldo Havel, recomendable sueco, y un ilustre Chileno, el padre Fray Camilo Henríquez, ñ fue el primero que hizo uso de él.

Nacido en Valdivia, de honrados padres, este buen patriota fue notado, en los primeros años de su adolescencia, por la solidez de su juicio, y el desarrollo de su temprana inteligencia, y era aun muy joven cuando fué á Lima á tomar el hábito en el convento de los padres
CAPÍTULO XVIII.

de la Buena Muerte. Allí, encerrado silenciosamente en su celda aprovechó de todo el tiempo en que estaba desocupado para entregarse con meditación á estudios de que debía resultar tanta utilidad. Muy diferente de otros religiosos que no alimentaban su espíritu mas que de las sutilezas de la filosofía monástica, el padre Henriquez, al contrario, se dedicó al estudio del derecho natural, dejándose llevar de su inclinación á la independencia, que ya era el móvil de todas sus acciones. Pero en aquella época de preocupaciones y de sumisión, se veía obligado á doblegarse á la supremacia de las máximas teológicas de que estaba imbuida toda la sociedad, y solo se atrevía á dejar traslucir con la mayor circunspección algunos albores de la luz que había de alumbrar, al fin, á sus compatriotas. Así vivió muchos años violentando su jenio; pero cuando el aire de la libertad empezó á soplar en aquellas regiones, no pudiendo contenerse ya, rompió el silencio y se expresó de un modo tan gallardo que alarmó al virey, el cual descreyó su proscripción.

Entonces, se fué al reino de Quito, en donde se hallaba el foco de la revolución, en la que tuvo una parte muy activa; pero obligado á abandonar la cuna de la libertad americana, pensó en traer á su propio país el fruto de sus estudios y de su experiencia, y, en efecto, desde su llegada á Santiago, empezó á tomar ascendiente sobre los espíritus, esparciendo sus luces en las sociedades patrióticas á que asistía, animándolas y aún también exaltándolas algunas veces; contribuyendo á derribar la Real Audiencia y participando, como consejero, de todos los actos de las diferentes juntas que se succedieron.
Cuando el gobierno se halló en posesión del material necesario a las oficinas de una imprenta, no podía hallar un sujeto mas capaz que el Padre Camilo Henríquez para dirigir un periódico, y era justamente también lo que deseaba aquel ilustre Chileno, que anhelaba por vivificar la libertad por medio de una instrucción sólida y oportuna. Encargado, por consiguiente, de esta honrosa y peligrosa mision, dió á luz su primer número el 6 de febrero de 1812, dia para siempre memorable en la historia de la revolucion y de la literatura chilenas, por haber sido la linea de demarcacion entre la era de tinieblas y la de la luz, y lo intituló la Aurora de Chile, dando a entender que el diario era el precursor de la claridad del dia y de la ilustracion del pais.

En el curso de su publicacion, muchas veces tuvo por colaboradores talentos del primer orden tales como Manuel Salas, Bernardo Vera, José Irrizari, Manuel Fernandez y el sueco Havel, que al principio tradujó del ingles artículos muy interesantes. Pero en jeneral se puede asegurar que el solo Henríquez soportó todo el peso de la redaccion con tanto celo como talento. Sus fines en esta tarea eran eminentemente patrióticos. Lo que él quería era instruir al pueblo sobre sus derechos y sobre la suerte que le aguardaba; despertar en los corazones el amor de la libertad y prepararlos así, poco á poco, al advenimiento de la independencia, que era el objeto principal de sus mas profundas meditaciones. Por esta razón, casi todos sus articulos no son, en el fondo, mas que lecciones sobre cuanto es concerniente a la forma del gobierno democratico, demostrando la imposibilidad en que estaba España de dirigir los intereses y asuntos de un país tan lejano del centro de
dIRECCION, Y LA NECESIDAD QUE RESULTABA PARA LOS CHILENOS DE VJILLAR ELLOS MISMOS POR SU PROPIA DEFENSA Y EL BUEN ÓRDEN DE SUS ADMINISTRACIONES.

Bien que probablemente estos artículos no fuesen todos de su pluma, se traslucen claramente en ellos su talento y el arte de recopilar nociones diversas para reunirlas en un solo cuadro luminoso de versos latinos ó españoles, como lenguaje el mas propio á persuadir y conmovier, ó de prosa gallarda y elocuente, animando á los lectores á mostrarse á cara descubierta dignos hijos de un país libre.

« En el momento, les decía él, en que los pueblos declaran y sostienen su independencia, gozan de la libertad nacional; su libertad civil y política son obra de la constitucion y de las leyes. ¿Y quién puede negarnos la facultad de establecer nuestra libertad inerior, ó, lo que es lo mismo, el buen órden y la justicia? Aun nos resentimos de los defectos del antiguo sistema; la ignoranciade tres siglos de barbarie está sobre nosotros, etc., etc. (1). »

En otro número va aun mas lejos, y principia anunciándoles que:

« Ya es tiempo de hablar libremente, de esponer sin vetos los intereses públicos y de que, en medio de un pueblo que debe ser libre, se eleve la voz intrépida de la verdad; época feliz en que se ostenta la administracion amable y honrada por la liberalidad de sus principios!... La verdad nació para reinar sobre todos los seres racionales y debe ser noble y varonil. Ella exalta el espíritu e inspira valor; pero si se necesitan almas fuertes para anunciárla, se necesitan también espíritus rectos y

(1) Aurora de Chile, n° 27.
fuertes para recibirla y sufrir su presencia... Tiempo es ya de que cada una de las provincias revolucionadas de América establezca de una vez lo que ha de ser para siempre; que se declare independiente y libre, ó que proclame la justa posesión de sus eternos derechos. No me detendré en probar que debemos ser libres. Sería un insulto á la dignidad del pueblo americano, dice uno de nuestros políticos, el probar que debe ser independiente. Este es un principio sancionado por la naturaleza, y reconocido por el gran consejo de las naciones imparciales. No nos liga pacto alguno, ni hay convencion que esclavice indefinidamente á todas las jeneraciones; ni hay ceremonia religiosa prescrita por la violencia del despótismo, que anule los derechos de la naturaleza (1).

Otras veces, en fin, hacia presentar la grande necesidad de un congreso americano, en estos términos:

«¿Alguna vez, un congreso jeneral americano no hará veces de centro? Eso está muy distante, y será una de las maravillas del año 2440; pero yo no soy profeta. La América es muy vasta, y son muy diversos nuestros jenios para que toda ella reciba leyes de un solo cuerpo legislativo, etc. (2).»

Es preciso hojear las elocuentes y juiciosas páginas del diario de este ilustre Chileno para ver con que entusiasmo y que convencimiento preparaba el pueblo al nuevo pacto social que debía de tener por consecuencia la independencia absoluta del país. Sus principios, sus ideas, escritos con calor, y un gran talento para persuadir, poniendo alguna vez la religión de por medio, se esparcían por toda la república, y eran el fanal con-

(1) Aurora de Chile, nº 35.
(2) Aurora de Chile, nº 28.
ductor de aquellas inteliencias débiles y tardías que fluctuaban aun en dudas é incertidumbre, y las condúcia insensiblemente al puerto de salvacion. Aun hay memoria del anhelo con que todos esperaban el dia de su aparicion, y de la influencia celestial que tenia en todas las clases de la sociedad, y aun para con los Chilenos realistas, que se vanagloriaban de poseer un diario para quejarse de su violencia.

Los articulos que daban tambien Bernardo Vera y Juan Irrizari no eran ni menos gallardos ni menos apasionados. Tambien ellos escribian, como Camilo Henriquez, bajo la influencia de dos inspiraciones, que eran la del progreso intelectual y la del triunfo de la emancipacion; y para dar esta tendencia á sus escritos, el primero empleaba su numero poético, y el otro su prosa facil, seria y alguna vez mordaz, bien que respirando siempre convencimiento.

El poder ejecutivo, por su parte, manifestaba el mismo esmero en sostener y propagar las mismas ideas como favorables á sus miras y á sus proyectos. Bien que sus actas fuesen firmadas siempre en nombre de Fernando VII, esta especie de sumision se habia hecho tan ridica como ilusoria, y nadie guardaba la menor duda acerca de la suerte que iba á tener el pais, cuya separacion absoluta de la monarquia española todos esperaban seria anunciada de un dia á otro. Siempre que se presentaban ocasiones para manifestar opiniones las mas radicales, las autoridades no dejaban nunca de aprovecharse de ellas para que obrasen en el espíritu aun indiferente del pueblo. Asi, cuando Poinset fué recibido de cónsul general de los Estados Unidos, y Ed. Haavel de vice-cónsul, la ceremonia fué majestuosa
é imponente; todas las autoridades asistieron á ella, y se siguieron regocijos que se repitieron aun con mas esplendor el día aniversario de la independencia de los Estados-Unidos (1). Lo mismo sucedía siempre que llegaban felices nuevas sobre buenos sucesos de las armas revolucionarias de diferentes comarcas de la América. En estos casos, al punto había funciones civiles y religiosas, Te Deum, iluminaciones y salvas de artillería, procurando de esta manera animar á la multitud para atraerla á la santa causa, y sacar partido de ella en caso de necesidad.

Pero la función la mas solemne y demostrativa fué sin disputa la que hubo para celebrar el aniversario de la instalación de la primera junta, función que fué trasladada del 18 al 30 de setiembre (2). Ya había dos meses que la escarapela nacional era tricolor: encarnada, amarilla y azul; pero solo la llevaban algunos militares, y aquel día se desplegó una bandera de los mismos colores con el escudo de las armas nacionales para eternizar la memoria de aquella era de renovación. Este escudo, que se acuñó durante muchos años en la moneda del país, fué dibujado, en grande, en el frontispicio de la casa de la moneda, centro de la función, y representaba un grupo de montañas por encima de las cuales rayaban los albores del sol que venía á alumbrar este dichoso país. Por exergo tenía dos inscripciones latinas alusivas á la circunstancia; una en la parte su-

(1) El consúl Poinset dió un gran baile al consulado, y á consecuencia de algunas discusiones que se levantaron entre Chilenos y Anglo Americanos, se vertió sangre y hubo algunos muertos. Esta lucha tuvo lugar en la calle cuando se llevaban presos á los quimeristas.

(2) En aquel instante Miguel Carrera estaba, por decirlo así, reñido con su hermano Juan José, motivo por el cual no asistieron á la función ni el ni los oficiales de su cuerpo. Miguel y Luis, que tenían algun recelo, tuvieron á sus reprimendas sobre las armas durante toda la noche. (Diario de Miguel Carrera.)
CAPÍTULO XVIII.

perior indicando la aurora de la libertad chilena, y la otra en la inferior esplicando que la luz de la libertad venia en pos de las sombras de la noche. Debajo de esta ultima inscripcion habia otras dos, tambien en latin, de las cuales una, conservada igualmente en el cuño de la moneda, declaraba que los Chilenos habian de ser libres por la razon, ó por la fuerza (1), y la otra no era mas que la repeticion de la segunda, con palabras equivalentes y mas concisamente. Ambas estas inscripciones servian de grafica á otro escudo en el medio del cual habia un globo sostenido por una coluna y superado de una estrella adoptada por astro de la suerte de Chile.

Si á estas manifestaciones tan ruidosas como espresivas, añadimos el cuidado que se habia puesto en ocultar, en cierto modo, las armas reales grabadas en algunas partes del edificio, veremos que no carecia de fundamento la voz esparcida aquel dia de que se iba á proclamar la independencia. Sinembargo, no se trataba de eso y solo hubo mucho jubilo y muchas esperanzas. En el baile lucidísimo que siguió por la noche en la misma casa de la moneda, todos los convidados parecian poseidos de sentimientos patrióticos que mostraban en todas sus acciones y palabras. Estos mismos sentimientos aparecian algunas veces en trajes insul- tantes para el nombre real; otras, en conversaciones, cantatas á himnos que inflamaban los corazones y exaltaban los espíritus. Hubo damas que los llevaron á mas

(1)  AURORA LIBERTATIS CHILENSIS;
UMBRÆ ET NOCTI
LUX ET LIBERTAS
SUCCEDUNT.
AUT CONSILIJS, AUT ENSE
POST TENEBRAS LUX.
alto punto renegando su oriundez española y presentándose vestidas en un brillante traje de Araucanas.

Por todo esto se ve que el entusiasmo era grande y sincero, y que el país se encaminaba a pasos largos á la independencia. El movimiento se aumentaba cada día más con nuevos patriotas, que orgullosos de verse en él, no podían contar ninguna de sus menores particularidades sin que su imaginación exaltase su amor propio. Ya los partidos y las diferentes opiniones empezaban á transijir y á confundirse. Todos procuraban echarse á la parte del que era la personificación de la revolución; y si algunos empleados civiles se mostraban indiferentes ó opuestos al nuevo gobierno, se les obligaba á seguir el ejemplo de los demás y á ponerse la escarapela nacional como símbolo de adhesión, real ó finjida. Algunos meses después, se exigía con tal rigor que todos llevasen esta insignia, que los pagadores tuvieron orden para no pagar á los que faltasen á este deber, ya fuesen civiles ó militares.
CAPITULO XIX.

Pronunciamiento general en favor de la independencia.— Desunión entre José Carrera y Miguel.— División de este del poder ejecutivo.— Es remplazado por su padre.— Reconciliación de los hermanos.— Desarreglo de las cosas y proyecto de una constitución. Agustín Vial presenta uno que es adoptado por el gobierno.— Sus bases.— Descontento que causa en Concepción y en el clero.— Instalación de un senado.— Nombramiento de dos ministros y de un intendente.— Reformas en el ayuntamiento.— Establecimiento de sérenos.— Formación de una sociedad filantrópica bajo el nombre de sociedad económica de amigos del país.— Fin del año 1812.

Desde el principio de la revolución nunca se había visto un pronunciamiento tan general y tan espresivo por la independencia; no parecía sino que una verdadera y sincera alianza de todos los partidos iba á triunfar de todas las enemistades y rivalidades que los dividían, y que en lo sucesivo todos serían responsables con sus acciones de un acontecimiento que hasta entonces había puesto la fidelidad en hostilidad contra la desgracia. Todo esto era muy propio á inflamar el noble patriotismo de Carrera; pero desgraciadamente, sus bellas intenciones se resentían muchas veces de la inconstancia de su carácter tan móvil que le hacía ser injusto aun con aquellos que podían ayudarle mucho en la ejecución de sus proyectos. Al adoptar el papel de reformador, ya debía de saber que iba á constituirse, en cierto modo, como fuente y origen de todos los acontecimientos futuros, que con razón le serían imputados, y que tendría que violentar su carácter inconstante, caprichoso y que se burlaba de la suerte de la nación, haciendo y deshaciendo su gobierno, muchas veces por leves moti-
vos. Así vemos, en el espacio de pocos meses, entre sus asociados en el poder ejecutivo personas tales como O’Higgins, Marin, Nicolas de la Cerda, Juan José Aldunate, Manso (1) Portales, Prado, sucediéndose unos á otros sin permanecer mas que el tiempo necesario para dar pruebas de sus nobles inclinaciones á la gravedad y á la moderacion en las ideas, y de no poder, por consiguiente, simpatizar con sus humos esencialmente belicosos, ni con las puerilidades que eran tanto de su gusto. Algunos de ellos, como Manso y Nicolas de la Cerda, habian mas bien caído en el poder que entrado voluntariamente en él; porque eran hombres muy pacíficos, dotados de un verdadero espíritu de conciliación, detestando los partidos estremados y que no habian jamas consentido en aceptar la mas leve complicidad en sus violencias y escosos.

Pero la desunion que habria podido ser mucho mas grave fué la que se declaró entre Juan Miguel Carrera y Juan José, entre los cuales habia despues de algun tiempo una especie de frialdad, que en realidad no era mas que un efecto de una rivalidad secreta de ambicion. Siendo el primojénito Juan José no queria ser subordinado de su hermano y se quejaba muchas veces de no poder obrar mas que segun este lo juzgaba conveniente. La disciplina y la ordenanza le forzaban á someterse á formalidades que le repugnaban, y no le acomodaba que su hermano diese en todo la preferencia á su gran guardia sobre los demas cuerpos. El descontento de Juan José llego á ser tal que no quiso ir al gran baile del ani-

(1) El cual era administrador de la aduana de Santiago, y pariente del ilustre Manso, que, por mediados del siglo 18, fué presidente de Chile, y despues virey del Perú.
versario, y que dos días después, a las seis de la tarde, mandó retirar los soldados de su batallón que estaban de guardia en la plaza, dejando el puesto abandonado. Antes de ejecutar este acto de insubordinación había pasado un oficio bastante insultante a su hermano, que se vio forzado a responderle en los mismos términos, y al mismo tiempo a dar su dimisión de miembro del poder ejecutivo.

Esta dimisión no podía ser ventajosa a Juan José Carrera, que no obstante ser valiente y buen militar no podía compararse con el que tenía mucha experiencia y mucho más talento. Además, la posición respectiva de cada uno de ellos era muy diferente. Juan Miguel era el propagador de la revolución y poseía el tino y el manejo que no tendría nada menos que a reunir en su sola cabeza los grandes intereses que defendía; porque sentía en su conciencia que podía conducirlos a buen puerto; al paso que Juan José no era más que un producto de la misma revolución, formado por circunstancias accesorias, de modo que sus sentidos y potencias lo impelían por una corriente que iba a llevarse toda su existencia. El uno obraba a impulsos de su propio genio; el otro obedecía a la influencia de los acontecimientos y era más propio a correr en pos del carro de la República que a conducirlo, y tal vez su enemistad provenía de cierta tendencia que manifestaba a ideas monárquicas. Habiendo contraído matrimonio, no había mucho tiempo, con una persona cuya familia tenía intereses esencialmente españoles, y a cuya casa iban muchas personas de la misma opinión, Juan José concluyó por seguir la misma corriente y hacer causa común con ellos.

Por la salida de José Miguel del poder ejecutivo se ha-
cia indispensable nombrar otro miembro que lo remplaza, y no siendo verdaderamente, según lo hemos visto, la política entonces actual mas que un reflejo que daban los intereses privados de una familia, todos sabian de antemano que dicho nombramiento recaería necesariamente en uno de sus miembros. Los reaccionarios hubieran querido que recayese en Juan José, y para eso Manso hizo los mayores esfuerzos á fin de que consintiese en aceptarlo; pero no pudo conseguirlo, porque Juan José conocia el jenio fuerte de su hermano, y se obstinó en rehusarlo, bien que procurando fuese nombrado su propio padre, que por su edad avanzada y su debilidad sería fácil de llevar.

Este nombramiento se hizo el 3 de octubre, hallándose el venerable anciano en el campo, á donde su hijo lo fué á buscar, y desde luego fué el punto de mira de los partidarios de tiempos pasados, cuyas intenciones eran nada menos que el dar un impulso retrogrado á los espíritus hacia el antiguo régimen. Juan José les sirvió de conducto para pedir se quitasen los nobles colores nacionales que había dos meses eran el símbolo de la dignidad del país, y se remplazasen por los que había antes de la revolución. Aun se dijo que el mismo Juan José había tenido el malhado pensamiento de inducir al virey Abascal á enviar una expedicion contra Chile, asegurándole que tendría un completo buen éxito (1). Pero todos sus planes fueron burlados por sus dos hermanos, que no dudaron en emplear medios violentos para sostener la causa de la libertad. Mas de una vez sus reajimientos estuvieron formados para combatir el espir.

(1) Diario de Carrera é Hist. mss. de la revolucion de Chile del padre Martínez.
ritu de reacción (1), cortando el vuelo a los designios imprudentes de su hermano, y procurando ponerlo en la imposibilidad de dañar al sistema establecido por la razón, la justicia y el celo patriótico.

Por medio de todas estas pruebas que dieron de nervo y de tino, y contraminando cuanto se trabajaba bajo de mano para que el padre inclinase hacia los realistas, estos generosos Chilenos consiguieron alejar el peligro que amenazaba a la patria, inspirar a su hermano mejores intenciones y forzarle a reconciliarse con ellos. Poco tiempo después, manifestó en efecto tener este deseo y se lo dijo así a Poinset y a algunos amigos de la familia Larrain, los cuales hicieron cuanto estaba de su parte para reunirlos y ponerlos de acuerdo. En consecuencia, se decidió que tendrían una entrevista en casa del cónsul americano para anudar el hilo de su amistad, que la rivalidad y tal vez algunos zelos habían enfriado momentáneamente. Llenando así este santo deber, é inspirado, por otra parte, de sentimientos naturales con tan estrecho parentesco, «ya no se trató de otra cosa que de acordar los pasos que debían darse para reformar el gobierno y dar un nuevo ser a nuestra revolución (2).»

Una de las más urjentes necesidades que resentía el país era la de una constitución que pusiese los ciudadanos a cubierto de la arbitrariedad del poder, preservándolo de este modo de toda tendencia al despotismo. Esta era una obra tan delicada como difícil, porque la nación no presentaba elemento alguno, no teniendo ni

(1) «Acordamos con Luis sostener el sistema á fuerza de sangre si no podia dada la razón, y para ello tomamos todas las medidas y precauciones necesarias. Algunas veces estuvieron los cuerpos sobre las armas con bala en boca.» (Diario de Miguel Carrera.)
(2) Diario de Miguel Carrera.
sueltos, ni ideas, ni principios, y careciendo sobretodo de la experiencia que debía ser la antorcha de dicha obra. Por lo tanto esta constitucion, como verdadera expresión de los sentimientos del país, no podía menos de presentarse en un estado de infantcia y puramente como obra provisional, propia a satisfacer a los muchos que deseaban salir del estado de incertidumbre que tanto los inquietaba (1).

Porque á pesar de tener el gobierno á su cabeza hombres sensatos y enemigos de la anarquía, como todo se pasaba bajo un régimen algo escepcional y casi militar, se seguía de aquí que muchos empleados subalternos, civiles y militares, obrando en nombre del pueblo soberano, abusaban muchas veces de la libertad en términos verdaderamente licenciosos, atacando la propiedad con escosos que se hacian insopartables (2). En vista de esto, no era pasmoso que hubiese muchos descontentos que pidiesen con instancia la constitucion que había de definir, fijar y distribuir los poderes políticos de cada uno encerrándose en los límites establecidos por la razón y la justicia.

Esta constitucion, escrita bajo la influencia de la familia Larrain (3), y la primera que la lejislatura chilena

(1) "En cuyo deseo estaban todos acordes, aun los mismos realistas, para salir de un estado de tanta confusion y de tanta incertidumbre y arbitrariedad, sin haber un solo día que fuese semejante á otro." (Martínez, Hist. de la rev. de Chile.)

(2) Hist. de Chile del padre Guzman.— Id. del padre Martínez.

(3) "Para el mejor acierto se reunieron don Francisco Antonio Pérez, don Jaime Zudaínez, don Manuel Salas, don Hipólito Villegas, don Francisco de la Lustra y el padre Henríquez, que formaron á su gusto todos los artículos, sin que por nuestra parte se hiciese el menor reparo." Esto se ve en el manifiesto de Luis Carrera á los pueblos, pero el 16 de octubre, don Antonio Pérez escribía que él era estraño á esta constitución, lo cual fué afirmado de nuevo por el mismo Luis. (Véanse los manifiestos de 1813 y los nú 85 y 87 del Monitor araucano.)
pueda recordar (1), fué presentada en el mes de agosto por Agustín Vial y entregada á una comision de diputados (2), "para que la examinen, discutan y rectifiquen, conciliando con la gravedad de su importante trascendencia la ejecutiva urjencia de su instalacion."

Bien que no emanase de un congreso y careciese, por esta razón, del prestigio de la legalidad, con todo eso era un gran paso en la nueva política que prometía grandeza y gloria al país, y revestía del carácter de derecho todo cuanto hasta entonces no había sido mas que un hecho, un pensamiento. Es verdad que también se presentaba, como se ve, aun tímida, disimulada, sometida a la autoridad absurda de un rey estranjero, bien que por una mezcla particular de sutileza y de contradicción, se proclamase la soberanía popular y se prescribiese en un artículo que "ningun decreto, providencia ú orden que emane de cualquiera autoridad ó tribunales de fuera del territorio de Chile tendrá efecto alguno."

En el preámbulo había una declaración de derecho, que surjía de un gran motivo de necesidad, autorizando al país á gobernarse por sus representantes como responsables de su seguridad.

Adoptada por el gobierno á pesar de la repugnancia de algunos de sus miembros, esta constitución se puso de manifiesto en el consulado para que fuese leída y fir-

(1) En 1811, don Juan Egaña escribió un proyecto de constitución que el supremo gobierno mandó publicar en 1813. Como ningún documento hace mención de ella, ni aparece citada en ningún decreto, manuscrito ni obra impresa, no debemos considerarla mas que como parte del año en que fue publicada, y por lo mismo tendremos ocasión de hablar de ella cuando hablemos de aquella época.

(2) Compuesta del candón de don Pedro Vives, don Francisco Pérez, don Manuel Salas, don Fernando Marquez de la Plata, don José Santiago Rodríguez, don Francisco Cisterna y el coronel don Juan de Dios Vial.
mada por el pueblo. Lo mismo se practicó en las provincias, y en todas partes se recibió sin ninguna señal de alegría ni de descontento, menos en Concepción, en donde fue rechazada por la reacción realista, que hacia cada día más progresos. Después de la contrarevolución que algunos militares habían hecho al gobierno de Rosas se había establecido una junta de guerra que J. Miguel Carrera miraba con temor y que hubiera querido disolver dejando á don Pedro José Benavente de intendente de la provincia; y como habían negado obediencia á su decreto, tuvo por conveniente enviar á don Juan A. Díaz Salcedo y Muñoz como diputado del gobierno «para tratar y cortar toda desavenencia siendo su principal objeto destruirla; aunque no se portó con la dignidad que exigía su encargo y representación, logró con el influjo de Pedro Benavente revolucionar la tropa, destruir la junta de guerra, apresarla, remitirla á Santiago con muchos de los sospechosos y dejar el mando seguro en manos de don Pedro José Benavente» (1).

Este acto de violencia, que los patriotas mismos reprobabán, aumentó el descontento y dio más vigor al partido realista, animado debajo de mano por los jefes militares y por las dignidades eclesiásticas. Así sucedió que cuando se recibió el proyecto de constitución, se alzó un grito de reprobación que el espíritu de partido procuraba animar con todo su poder. El obispo sobretodo protestó contra todos los artículos y atacó principalmente el primero como contrario al dogma de nuestra santa religión. En efecto este artículo declaraba que la religión católica apostólica sería la religión del estado, pero omite la palabra romana, queriendo sin duda depender

(1) Diario de Miguel Carrera.
CAPÍTULO XIX.

menos del Papa, y aun talvez con intención de instituirse iglesia chilena para apropiarse en lo sucesivo la consagración de los prelados. Es verdad que sobre este punto el cabildo y clero de Santiago no se mostraron menos escandalizados y protestaron igualmente contra dicha omisión, aunque sin resultado alguno, porque la constitución fué impresa tal como había sido concebida, y por premio de su resistencia muchos miembros fueron desterrados y obligados á irse á Mendoza.

En aquella época, se hallaba á la cabeza del clero de Santiago el gran patriota Andres Guerrero, obispo auxiliar que antes residía en Quillota, y que, por consejo de Manuel Salas y otros, Miguel Carrera mismo había ido á buscar para que contrarestase las tramas antipatrióticas de dicho clero.

Después de la firma de la constitución se pasó á la organización de un senado que fuese intermediario entre el pueblo y los jefes del estado, y sirviese á contrapesar su poder. Estos jefes fueron conservados tales como estaban antes (1). El senado, al contrario, fué obra del momento y compuesto de siete miembros que debían representar las tres grandes provincias, á saber: dos la de Concepcion; dos la de Coquimbo, y tres la de Santiago. En este número estaba comprendido el presidente, que fué don Pedro de Vivar, y un secretario, el célebre padre Camilo Henríquez, los cuales debían ser renovados cada cuatro meses. El senado debía serlo cada tres años, y tenía por misión participar de los negocios del gobierno y vijilar sus actos, como también los intereses del

(1) Por dimisión de Carrera padre, su hijo José Miguel había vuelto como miembro al poder ejecutivo, de suerte que este poder se hallaba compuesto de Miguel Carrera, Portales y Prado.
pueblo. Por lo demás, gozaba de la más alta consideración, pues «sin su dictámen el gobierno no podía resolver en los grandes negocios que interesan la seguridad de la patria, y siempre que lo intente ningún ciudadano armado ó de cualquiera clase deberá auxiliarle ni obedecerle, y el que contravinière será tratado como reo de estado» (1). Ya se ve que desde un principio los autores de esta constitución querían poner trabas al poder supremo sometiéndolos sus actos a la censura, y aun limitando su autoridad con ventaja de cierta aristocracia (2). Todo ciudadano, lo que más es, podía acusar los miembros de dicho poder culpables de traición, soborno ó otro crimen, y en caso de prueba delatarlos al senado, que los destituía y los entregaba al rigor de las leyes, y por consiguiente a la justicia ordinaria. Este mismo senado era de derecho su juez de residencia; enviaba al tribunal de apelación los que habían faltado á la probidad y á la justicia y aun tomaba parte en la sentencia.

Esta suprema corporación, que era á la vez cuerpo legislativo, consejo de estado y senado conservador, tuvo su primera sesión el 10 de noviembre de 1812. El discurso de apertura, que fué leído por su presidente el Dr don Pedro Vivar, era corto y sencillo. Después de dar gracias á sus conciudadanos por haberle honrado con la presidencia, exortaba á sus colegas á desempeñar con celo y conciencia sus tareas, tan importantes como honrosas. «El honor, decía él, que nos confiere la patria

(1) Reglamento constitucional provisorio de 1812, artículo VII.
(2) Bien que el pensamiento de la revolución chilena fuese puramente democrático, no obstante, se echa de ver en casi todos los actos de los gobiernos que se han sucedido una cierta tendencia á la aristocracia moderada que desde el principio ejerció su influjo en el movimiento y le aseguró para más tarde la benéfica y gloriosa tranquilidad aun desconocida en las demás repúblicas de la América.
está unido á grandes deberes, reposando en nosotros las esperanzas de un pueblo libre y virtuoso, debiendo entender en sus asuntos mas graves y arduos. Colocados entre el gobierno y el pueblo, el primero debe hallar en nosotros los consejos de la prudencia, los pareceres de la experiencia, de la reflexion y de la sabiduría; y el segundo debe encontrar en nosotros protección, celo y vigilancia por sus intereses bien entendidos (1).

Independientemente de este senado, la constitucion establecia por la primera vez en el pais un ministerio que no debia componerse mas que de dos ministros, uno para los asuntos interiores, y otro para los exteriores. Sin duda la organizacion administrativa de aquella época era demasiado sencilla para que se pudiese dar mas extension á aquella superior institucion, pero causa sentimiento no ver en ella un ministro especial de hacienda, porque era el ramo que pedia mas atencion por la importancia que tenia como agente principal en aquella grande reforma social, que se continuaba sin interrupcion. Es verdad que el 7 de setiembre se nombró un intendente sobre dicho ramo; pero por la naturaleza misma de sus atribuciones, que eran juzgar en primera instancia los asuntos litijiosos de la administracion, su papel era enteramente pasivo y sometido á reglamentos sin autoridad alguna de iniciativa de reforma, autoridad atribuida exclusivamente al ministro del interior, ó mas bien al poder ejecutivo; porque los ministros de aquella época dependian en tal manera de dicho poder, que en realidad eran puros instrumentos suyos para ejecutar en cierto modo sus órdenes y legalizar sus decretos. Tam-

(1) Véase la Aurora de Chile, nro 43.
nejo de los resortes de la administración de hacienda, en atención a la muchedumbre de sus operaciones, y porque tenía que obrar con prontitud y muchas veces de improviso.

También la organización municipal participó de la reforma. La constitución daba fuerza de ley a las medidas ya tomadas para que fuesen nombrados en elecciones populares los miembros de dicha corporación, revocando así todas las antiguas órdenes que hacían de dichos nombramientos otros tantos objetos de venalidad, y tal vez de opresión, y desde luego fue preciso proceder a otras elecciones. Los nuevos miembros manifestaron prudentemente las intenciones mas filantrópicas con respecto a la hermosura, la limpieza y la seguridad de la ciudad, y al bienestar de sus habitantes. Entonces fue cuando se pensó por la primera vez en el alumbrado de las calles, que hasta entonces habían estado abandonadas a una policía muy descuidada, y en formar una compañía de serenos para vijilar con cuidado y eficacia por la seguridad pública.

Igualmente se proyectó la formación de una sociedad económica de Amigos del país, sancionada por un decreto del gobierno que prometía fomentarla con todo su poder (1). El objeto de esta sociedad era reunir todos los partidos, haciéndolos partícipes, como consejeros privados, de los negocios administrativos; inspirar ideas de jenerosa filantropía y hacer apreciables las virtudes cívicas, que en una nación joven y a punto de ser rejuvenecida, deben ser los móviles de los actos de todo gobierno y de todo empleado. A su apertura, que tuvo lugar

(1) Esta idea filantrópica pertenece también á don Manuel Salas, que la hizo adoptar por el ayuntamiento, y, á consecuencia, por el gobierno.
el día primero de febrero, su secretario Don José Antonio de Irizarri, uno de sus mas activos fundadores, y su mas firme apoyo, pronunció un discurso en el que resaltaban sus vivos deseos de que los habitantes de este feliz país gozasen en adelante de una vida de delicias, y de que se pudiesen reunir todos los elementos de prosperidad para ponerlos en correlación unos con otros y formar con ellos la base sólida de una constitución social. «El anciano oprimido con el peso de los años y de las desgracias (decía él); la viuda miserable que mendiga el alimento de sus hijos; el huérfano que se halla aislado en medio de la naturaleza; la doncella perseguida por la necesidad y la malicia, todos, todos hallarán en esta sociedad el remedio suspirado. El arte proporcionará los medios de adquirir todas las comodidades de la vida. La ilustración disipará las sombras de la ignorancia, y los días más claros, más deliciosos y serenos seguirán á las noches tenebrosas en que estuvieron envueltas nuestras vidas (1). »

Fué uno de los caracteres de la revolución chilena el personificarse desde un principio en la clase la más distinguida, la de mas probidad y la mas decidida por el bien común. Sin duda en las grandes convulsiones políticas cuando un pueblo dominado aun por sus inclinaciones, hábitos y preocupaciones, se ve de repente impelido a adoptar nuevas ideas, obligado á defender los bien á proclamar derechos por tan largo tiempo oprimidos, debe de haber en las diferentes clases de la sociedad luchas de interés, de opinión y de amor propio que tomando un carácter apasionado se hacen tenaces y se alejan de la moderación y justicia que son los principios

(1) Véase la Aurora de Chile, n° 5 del tomo segundo.
fundamentales de una buena legislación. Esto es lo que ha sucedido en todos los países que han querido elevarse a la posesión de su dignidad. En todas partes, del medio de la agitación popular surgieron desórdenes y abusos de poder que ha sido preciso disimular para evitar mayores males. El año de 1812, que terminamos, ofrece desgraciadamente numerosos ejemplos de estos desórdenes, y muchas veces el rumor público había acusado á Miguel Carrera de tolerar demasiado abiertamente esta especie de abusos, sin poder comprender que un país que toma momentáneamente una actitud militar, toma igualmente una anticivil, ocasionada por la presencia de tantos soldados turbulentos por ociosidad, quimeristas y viciosos. Pero fuera de estos inconvenientes de difícil remedio, no se puede menos de reconocer al país mucho adelantamiento debido al patriotismo de sus nobles reformadores, y ciertamente también al nervio y al talento de Miguel Carrera, sujeto que casi resume en sí solo toda la historia del año. En el trascurso de este período vemos, á la verdad, que sus acciones se resienten tal vez demasiado de la vida tosca, altanera, pasada en campamentos de ejércitos europeos. Vemos igualmente que sin miramiento por el estado de penurias de la tesorería, y de la pobreza del país, se ha dejado llevar á gastos exorbitantes que desaprobaba el económico carácter chileno; pero al mismo tiempo debemos remontar á aquella época de desorganización general en que la lentitud propia de las administraciones civiles eran tan funestas al éxito de un movimiento y á la multitud de reformas que dependían de él, mision que procuraba llenar sino con el acierto de un legislador, á lo menos con la actividad y la decisión de un hombre que
CAPÍTULO XIX.

desea verdaderamente la prosperidad de su país. En efecto, en aquel año se ve la primera idea del instituto nacional, y la fundación de escuelas públicas, aun para las jóvenes doncellas, así como también la de una sociedad filantrópica compuesta de las personas las más sabias del país; se ven las primeras relaciones diplomáticas entabladas con naciones extranjeras; el establecimiento de la primera imprenta y del primer diario; una verdadera organización militar; la disciplina de las mili-cias provinciales; la construcción de nuevos cuarteles; la fábrica de armas; la sanción del emblema nacional; la de una constitución, la primera que se haya publicado en Chile y que prometía un gobierno legal, y, por consi-guiente, digno de ser respetado y defendido por todos los habitantes. Sin duda todas estas instituciones, reformas y mejoras no fueron parte del solo pensamiento de Carrera; pero se realizaron bajo su administración, y bajo este aspecto no se puede negar que contribuyó muchísimo a su prosperidad y propagación.
CAPITULO XX.

Nueva conspiracion contra los Carrera, y destierro de los conjurados.— Preparativos de José Miguel para ir á organizar el Sur.— Invasión de Pareja y su desembarque en el puerto de San Vicente.— Ramon Freire recibe el primer fuego de las guerras de la independencia.— Toma de Talcahuano por los realistas. — El gobernador don Rafael de la Sota se repliega sobre Concepción. — El comisario del ejército real don Tomas Vergara enviado de parlamentario, y de plenipotenciario acerca del intendente. — Consejo de guerra y cabildo abierto. — El comandante don Ramon Ximenez gana las tropas y las induce á amotinarse. — Salida de la tesorería para Santiago.— Rendición de Concepción después de un tratado hecho entre el intendente y el parlamentario.— Pareja verifica su entrada y destaca algunas tropas para apoderarse de la tesorería.— Juramento de la constitución de la monarquía española.

A pesar de la actividad con que Miguel Carrera proseguida en sus planes de reforma, y de que daba pruebas claras de hallarse animado de sentimientos de amor al orden y al cumplimiento de sus deberes, noobstante, se veía constantemente objeto de los tiros de tres partidos, que eran, el de los realistas, el de Rosas y de los antiguos municipales que se había coligado con este último. El primero, compuesto de hombres tímidos, no trabajaba mas que clandestinamente. El otro, mucho mas inquieto y turbulento, se encaminaba con perseverancia á sus fines por medios que iban creciendo en audacia hasta la conspiración. Ya hemos visto como este último medio, empleado por algunos, había quedado sin resultado, lo cual no les impidió de formar una nueva conspiración, aun mas formidable, dirijida por sujetos de distinción. Ya fuese porque querían impedir el desarrollo del poder en una sola familia, ó porque querían dar á este mismo poder una direccion civil, en
CAPÍTULO XX.

lugar de una militar que no tiene límites definidos y llega muchas veces á ser arbitraria, trataron de apoderarse de varios miembros de dicha familia para enviarlos con una mision extraordinaria á países lejanos. Pero bien que este plan hubiese sido bien concebido y meditado, fué descubierto en el momento en que Miguel Carrera iba á ponerse en marcha para ir á conquistar la unidad chilena, comprometida aun por la sublevación de Valdivia, y tuvo por resultado el destierro á Juan Fernandez y á otras diferentes partes de la República, de un cierto número de personas tan honradas por su patriotismo como por el rango que ocupaban en la sociedad. Así se mantuvo Carrera, por un nuevo favor de la fortuna, á la cabeza de la nación después de haber vencido sin violencia á sus enemigos y puéstolos en la imposibilidad de dañarle. Veamos ahora si el sistema de paz en que iba aun á entrar le permitirá ejecutar, al fin, el proyecto que meditaba después de largo tiempo, y que circunstancias imprevistas le habían permitido realizar.

Este proyecto era ir á dar un nuevo fomento á las ideas republicanas del sur, comunicarles una fuerza activa y homogénea, y neutralizar el influjo del clero, sobretodo el de los misioneros de Chillan, defensores acérrimos de la monarquía española. La ejecución de este proyecto era tanto más necesaria cuanto en el mes de noviembre, una carta del virey Abascal había llegado amenazando y fulminando al gobierno de Chile si no volvía á entrar en la antigua senda de fidelidad monárquica. Este oficio, escrito en términos tan altaneros como insultantes, había motivado, el 17 de noviembre, una junta de las primeras autoridades para deliberar sobre la respuesta que se le había de dar. Muchos de los miem-
bros de dicha reunión hubieran querido declararle inmediatamente guerra, animados por la que le hacía Buenos-Aires con tanta decisión; pero otros demostraron que la falta de recursos del país no permitía el adoptar semejante medida de tanta trascendencia, además de que no había ni buques ni verdaderas fortificaciones. En consecuencia se resolvió que era forzoso aguardar y se aguardaría una ocasión más favorable.

Por esto se ve de cuán grande utilidad era el viaje de Miguel Carrera, pues no solo iba á organizar la resistencia á una invasión sino también á preparar los espíritus á la declaración de la independencia para la reunión del primer congreso. A este efecto, Pérez, Vera, y don Ant. Irizarri habían dado varias proclamas, que igualmente debían enviar á Gaspar Marín para influir al mismo tiempo en el espíritu de los habitantes del Norte. Todo esto se hacía con el mayor apresuramiento cuando de repente se presentó, el 26 de marzo, delante de la bahía de San Vicente, una expedición enemiga que venía á quitar el nuevo gobierno, y á reponer el de la monarquía española.

El virey Abascal no se había contentado con amenazar las autoridades revolucionarias de Chile, y había resuelto, después de mucho tiempo, enviar una expedición para forzar el país á entrar de nuevo en la vereda de los intereses monárquicos. Para ejecutarlo, seguía una correspondencia tirada y secreta con muchos realistas de Santiago y Concepción que le tenían al corriente de lo que sucedía; del espíritu de discordia que reinaba entre los patriotas; del descontento que se había manifestado á consecuencia de la conducta incon siderada de los hermanos Carrera, y de los escosos
cometidos por algunos de sus oficiales y soldados. Por consiguiente solo esperaba Abascal por una ocasión para llevar a ejecución su proyecto, y esta ocasión se presentaba sumamente favorable con la llegada del brigadier Pareja, enviado por la junta suprema de Cádiz para llenar el puesto, en Chile, de intendente de Concepción.

Pareja había servido en la marina real, en la que se había distinguido por su ciencia y valor, sobretodo en el combate de Trafalgar en donde mandaba el navío Argonauta. Bien que ya fuese de edad avanzada, aun tenía nervio y vigor, y aceptó la proposicion que le hizo Abascal de ir á someter á Chile al dominio de la monarquía española; pero á fin de no dar lugar á sospechas, le revistió el virey del título de gobernador de Chiloe, poniendo solamente á sus órdenes unos cincuenta soldados, y suministrándole una cantidad aproximada de cuarenta mil pesos (1). Tales fueron los débiles recursos con que el anciano Pareja iba á invadir un país lleno de entusiasmo, de vigor, y de sentimientos de libertad y de independencia; pero tenía confianza en su propia experiencia y en la ciega sumisión de los Chilotes; contaba con la discordia entre los jefes de los partidos, y esperaba le sería fácil ejercer ascendiente sobre las tropas para servirse de ellas como de instrumentos de odio y de venganza.

Su salida de Lima se verificó por fines de 1812. "En 18 de Enero, dice, arribé á aquellas islas, y entregado de

(1) Algunos aseguran llevaba mas de 200,000 p.; pero esta aserción es inexacta. Tengo á la vista un testimonio del expediente seguido por el gobernador de Chiloe sobre relámpago de las cantidades gastadas en la expedición que invadió á Concepción, y los gastos hechos por esta tesorería ascendían a 523,477 p. 72 s. El vicario de Castro don Francisco Xavier Venegas le prestó también 5,400 p. para gastos del ejército.
su comandancia jeneral me dediqué sin perder momento á llenar los superiores encargos de V. E., y para ello me administraron cuantos datos fueron necesarios el gobernador interino don Ignacio Justis y el ministro de la Real Audiencia don Juan Tomas de Vergara, á quienes, decidido ya á realizar la expedicion, destiné á Valdivia para que se aprontasen tropas, víveres y otros necesarios artículos capaces de sustraerse de aquella plaza; habiendo ordenado de antemano al sargento mayor don José Ballesteros instruyese á la mayor brevedad posible un batallón de milicias (1).

Dos meses le bastaron para activar y terminar todos estos preparativos, y el 17 de marzo, ya se embarcaba para Valdivia, de donde salió el 22 para venir á conquistar á Chile. Su pequeño ejército se componía (2) de cinco compañías de su batallón veterano, al mando de un capitán don Carlos Oresqui, de la fuerza de; 390 hombres.

Del Batallón voluntarios de Castro, mandado por el teniente de asamblea don Juan Ballesteros; 500

De una compañía de artillería mandada por el teniente Pla; 182

De las tropas de Valdivia, que eran: un batallón de veteranos á las órdenes de Don Lucas Ambrosio de Molina, 506

Y de una compañía de artillería á las del teniente coronel José de Berganza, 44

Formando todas estas fuerzas un total de 1,572

La expedicion, como acabamos de decir, partió de

(1) Parte de Pareja al virey Abascal. (Gaceta extraordinaria del gobierno de Lima, n° 34.)

(2) Datos comunicados por el cura Berganza, que era uno de los capellanes de la expedicion.
Valdivia el 22, embarcada en tres pequeños transportes, y aun también en piraguas de Chiloé, especie de lanchas descubiertas y muy mal acondicionadas (1), y habría sido fácil detenerla si Miguel Carrera hubiese podido, como lo había proyectado, ir un mes antes a dar a los preparativos de defensa de aquella parte de la costa la solidez que su experiencia y su actividad solas podían darles, y si el gobierno, menos sensible a las reconversiones que se le hacían sobre gastos, hubiese pensado en armar un bastimento para recorrer la costa de descubierta; pero en aquella época la idea de invasión no era mas que un pretexto que empleaban los liberales para sus fines particulares, y, en realidad, había muy pocas personas que creyesen seriamente en ella.

Por las disposiciones defensivas de Talcahuano, habría sido muy poco prudente Pareja en dirigirse a aquel puerto y prefirió ir a desembarcar su pequeña expedición en el de San Vicente, situado a dos y tres leguas más al sur, y que por un incomprensible desseo se había dejado desprovisto de medios de defensa. Allí llegó el día 26 de marzo, y verificó el desembarco por la noche protegido por el teniente de asamblea Ballesteros, que había desembarcado previamente con parte de los voluntarios de Castro. Pero durante el día, había llegado el alarma a Concepción, el intendente había mandado tocar jeneral para reunir las tropas disponibles y las milicias; en Talcahuano el gobernador Rafael de La Sota desplegó no menos actividad en preparar medios, sino de resistencia eficaz, á lo menos de obstáculos al ene-

(1) Las tropas de Chiloé vinieron en la fragata Trinidad, bergantines Ma- chete y Nieves, dos goletas y cinco piraguas, y con estas embarcaciones se juntaron al salir de Valdivia la fragata Gaditana y el bote de artillería. (Notas del cura Berganza.)
migo, mandando ocupar las alturas que dominan la bahía de San Vicente y separam este de Talcahuano, por algunos dragones de la frontera, una partida de ochenta hombres que le llegaron de refuerzo y cuatro cañones enviados de Concepción. La ocupación de dicho punto habría sido importante con fuerzas suficientes, pero con las pocas que había contra un ataque de mil doscientos hombres con diez piezas de artillería, no se podía hacer mas de lo que se hizo: se defendieron durante algunas horas y luego se replegaron sobre Concepción (1).

Las tropas que recibieron el primer fuego de la invasión, y, por consiguiente, de las guerras de la independencia, fueron los pocos dragones que el gobierno había enviado de observación, mandados por el suteniente don Ramon Freyre, joven tan bizarro como resuelto y que vamos á ver crecer como uno de los mas ilustres guerreros y de los mas acérrimos defensores de las libertades nacionales.

Obligado á abandonar Talcahuano, que fue ocupado luego por una parte de los realistas, el gobernador La Sota se dirigió á Concepción, en donde, á penas llegó, asistió á un consejo de guerra con el intendente del ejército de Pareja, don Juan Tomas Vergara, que ya había visto la vispera cuando se hizo entregar los tres oficios dirijidos al gobernador, al cabildo eclesiástico y al Ayuntamiento. Vergara se hallaba allí como parlamentario para intimar la rendición á los habitantes prometiendo, en nombre del virey Abascal, la conservación de sus honores y empleos á todos cuantos reconociesen la soberanía absoluta de Fernando VII, y el olvido total de todo cuanto habían hecho por la independencia.

(1) Parte de Pareja al virey Abascal. (Gaceta del gobierno de Lima, n° 34.)
El coronel don Pedro Benavente, que era intendente del distrito, no podía tomar sobre sí semejante resolución y pidió diez días para convocar a todos los compatriotas y pedirles su parecer. Sin duda era pedir demasiado tiempo, y Vergara no le concedió ni veinte y cuatro horas, diciéndole que si al día siguiente no recibía respuesta, la fuerza sola decidiría la cuestión, rigor que justificaba achacándola á su jeneral, que probablemente estaba impaciente por aprovecharse del estado de abandono en que se hallaba la provincia para reconquistarla y dominarla. En vista de esto, hubo que limitarse á convocar cabildo abierto para el día siguiente por la mañana; pero entretanto, aquella noche se tomaron todas las medidas necesarias para despachar á Santiago el dinero que había en la Tesorería y que ascendía á 36,000 p. El Tesorero interino de Concepción, don José Ximenez Tendillo, fué el que lo condujo con una escolta de seis á ocho dragones, y acompañado de su capellán Pedro José Eleyseguí.

El día siguiente, 27 de marzo, tuvo lugar la reunión en casa del intendente, y se compuso, en parte, de personas que por su rango ó por su edad no querían esponerse á las consecuencias de una resistencia, y opinaron que mucho más valía rendirse con buenas condiciones, en atención á la desigualdad de fuerzas. Otros sostenían, al contrario, que podían oponerse con mucha probabilidad de éxito fuerzas suficientes, y en efecto había en Concepción ochocientos setenta veteranos á los cuales se podían juntar los ciento y ochenta de la guarnición de Talcahuano y los cuatrocientos ochenta y cinco milicianos perfectamente armados que su comandante Pedro Barnachea había ya reunido en la plaza, y en caso que
estas tropas no fuesen suficientes, se podía contar con las numerosas milicias de la provincia, en número de cinco a seis mil hombres, y ganar tiempo para poder esperar los refuerzos que necesariamente enviaria el gobierno de Santiago. Pero en medio de todo esto, no había mucha confianza en el jefe que había dado ya lugar a sospechar su lealtad; como la reunión era popular, puesto que había sido convocada a cabildo abierto, algunas personas se atrevieron a declararlo en alta voz, y entonces se resolvió enviar el gobernador Soto de segundo de Xim. Navia para observarlo y contenerlo en caso de felonía. Pero ya no era tiempo de hacerlo pues todas las tropas, granaderos, dragones y artilleros habían sido ganados, y cuando llegó a la alameda, en donde acampaban, los halló en plena rebelion gritando, ¡viva el Rey! y hollando bajo los pies la escarapela patriótica.

Esta revolución impidió de llevar a ejecución el proyecto formado de internarse en el país para esperar allí una organización mejor y poder hacer frente a aquel puñado de piratas, nombre que daban a las tropas de invasión. El intendente Benavente se vio obligado a quedarse en Concepción para protegerla contra el saqueo, y solicitado por algunos miembros del clero y otras personas de influjo y meticulosas del país, entró en negociación con Vergara, negociación de la cual resultó un tratado en la que se reconocía la lealtad de los habitantes de Concepción a la causa de Fernando VII, de una parte, y de la otra, la constitución de las Cortes de España, bajo la promesa de Pareja de que nadie sería inquietado por sus opiniones pasadas, ni privado de su empleo. Además, fue estipulado que los oficiales, tro-
pas veteranas y de milicias no serían forzados a tomar las armas contra la provincia de Santiago.

Estas estipulaciones fueron presentadas a Pareja, que las ratificó en toda su estension, y el mismo día entró en la ciudad á la cabeza de su pequeño ejército y en medio de las tropas que una vergonzosa defección acababa de entregar á su disposición. Para consolidar el éxito que había logrado, mandó publicar inmediatamente bandos de amnistía general y para que todas las sudelegaciones se incorporasen bajo de sus órdenes. Las de la costa, si no presentaron oposición, se mostraron indiferentes; pero en la isla de Laja, gracias á la presencia del Obispo Villodres en los Anjeles, y del Español Masa, sujeto rico, de mucho influjo y opuesto á los patriotas, todos acojieron con entusiasmo el nuevo gobierno y se prepararon á sostenerlo. Los Franciscanos de Chillán contribuyeron también mucho á inclinar el pueblo de dicha ciudad al partido de Pareja y aun á llenarlo de entusiasmo por su causa. El día que recibieron las proclamas del jefe de la expedición trabajaron con gran esmero para que fuesen publicadas con aparato, como lo fueron por José Marin Arriagada, que acababa de ser nombrado sudelegado del cantón; y al día siguiente, el guardián salió para Concepción á ponerse á las órdenes del jeneral, prometiéndose acompañarle en sus expediciones para servirle de guía, y al mismo tiempo para que utilizase el influjo de su ministerio sobre los alucinados y estraviados por doctrinas falsas y suversivas.

Mas adelante veremos que los religiosos de este convento, persuadidos de que realmente la religión corría inminentes riesgos emanados de dichas doctrinas, y con-
movidos de la situación crítica de España y de su amado Fernando VII, abrazaron con escesivo celo el partido realista y fueron en todos tiempos enemigos jurados y tenaces del sistema de independencia.

Pero estas demostraciones no bastaban para consolidar la monarquía; se necesitaba hacer grandes gastos para mantener en pie tantas tropas, y el poco dinero que había en la tesorería, como arriba queda dicho, había sido enviado á Santiago. Pareja se había apresurado á pedir al intende de la provinicia, Benavente, una orden para que regresase dicho dinero con su escolta, comisión que se dió á Melchor Carbajal con treinta dragones y milicianos de Quirihue asín de que se apoderase por la fuerza del dinero si se negaban á obedecer.

Al mismo tiempo, se hacían preparativos para jurar la constitución de las cortes de España, constitución que iba á ser la base de la nueva organización administrativa, y se esperaba la llegada del Obispo Villodres para dicha ceremonia, que se proyectaba augusta é impo
tente. El día 4 de abril, en que tuvo lugar, desde por la mañana, la plaza estaba guarnecida de tropas y se levantó un tablado á donde subieron el brigadier Pareja, el Obispo Villodres, el intende don Pedro José Benavente, los miembros de los cabildos eclesiástico y secular y los demás empleados civiles y militares que se hallaban en la ciudad.

Estando ya todos reunidos, se leyó en alta voz la constitución política de la monarquía española, á la cual todos juraron fidelidad y obediencia. En seguida, Pareja con todo su séquito fueron á la catedral, en donde se celebró misa cantada con el Te Deum acostumbrado y un sermón que predicó el obispo alusivo á la circunstancia
y á la mision que la providencia habia preparado á la
local provincia de Concepcion, socorrida por los valientes
hijos de Chiloe; su intencion era el hacer intervenir la
religion en la lucha que iba á ser empeñada en aquel pais
de paz y de tranquilidad.
CAPITULO XXI.

Llega a Santiago la nueva de la invasión de Pareja.—Miguel Carrera nombrado jeneral en jefe.—Medidas enérgicas que toma para hacer frente a la invasión.—Se pone en marcha sobre Talca para establecer allí su cuartel jeneral.—Encuentra con algunos fujitivos de Concepción.—Su llegada y sus temores acerca de la verdadera disposición de los ánimos en el pueblo.—El obispo de Santiago Andrés Guerrero va a juntarse con él.—Digresión sobre este prelado y su decisión por la libertad.—O'Higgins pasa a Talca y sabe por Linares la presencia de algunos dragones de Carbajal.—Pide tropas para ir a atacarlos, y se las dan.—Hace prisioneros a veinte dragones y al sargento Rivera.—Llegan tropas regulares a Talca.—Miguel Carrera forma el ejército en tres divisiones al mando de sus hermanos.—El partido del ayuntamiento recobra su ascendente en Santiago.—Formación de un nuevo gobierno elegido por el senado.—Medidas enérgicas que toma para la salvación de la patria.—Empréstito con hipotecas.—Creación de una decoración civil y militar.—Celo del ayuntamiento en cooperación con el gobierno.—Establecimiento de una junta de salud pública.—Enthusiasmo por una suscripción nacional.

Mientras que el jeneral Pareja se establecía en Concepción y procuraba atraerse las voluntades, la nueva de su invasión se esparracía en Santiago, donde había llegado el 29 de marzo, habiendo andado su portador cerca de ciento y cincuenta leguas en tres días. Tal y tan estraordinario fue el celo con que cumplió las órdenes del intendente, que lo había despachado.

En aquel instante, el país tenía muy pocas tropas para oponerse a un militar experimentado y dueño de la provincia la mas aguerrida, que se había familiarizado con el estrépito del cañón durante tres siglos, y en donde había mas hombres y armas de que poder disponer. A pesar de la actividad con que los hermanos Carrera habían querido crear algunos cuerpos, habian hallado siempre mucha resistencia en los mandatarios
y aun en el pueblo, y tuvieron mucha dificultad en organizar el de granaderos y un escuadrón de la guardia nacional, que componían un total aproximativo de mil doscientos soldados bisoños, sin disciplina y sin instrucción. Hasta entonces la mayor parte de los patriotas no habían llegado á comprender que la existencia política de su gobierno no podía tener apoyo seguro mas que en la fuerza armada; que de un día al otro cuando menos se pensase, podía ser atacado, y que por consiguiente, se necesitaba un ejército para rechazar injustas agresiones, sostener sus derechos y mantener el buen orden, siempre expuesto y comprometido en tiempos de revolución, todo lo cual no podía obtenerse sino con fuerzas suficientes y bien organizadas. Se podía contar sin duda con algunos cuerpos de las milicias de caballería tales como los regimientos del Príncipe y de la Princesa, que estaban más disciplinados; pero, en general, la insubordinación de los milicianos era bastante conocida para que inspirasen confianza, y fuera de los dos cuerpos citados y algunos artilleros, no había tropas con que hacer frente á un enemigo que se apoyaba en hombres y un material de guerra cuya fuerza eficaz le autorizaban á mostrarse audaz.

La noticia de la invasión había pues sobrecogido á los habitantes de Santiago, sobre todo á los que teniendo un verdadero conocimiento de su debilidad estaban en estado de calcular el peligro que los amenazaba. Sabían que no se levanta de pronto un ejército, y no ignoraban la mala subordinación de las pocas tropas que había, y cuya deserción había sido difícil ya prevenir. Esta tendencia era de temer se comunicase á los soldados de nueva leva y comprometiese la causa del país. En tan
críticas circunstancias los habitantes de Santiago, por un movimiento unánime y espontáneo, se ofrecieron todos á Miguel Carrera echando á un lado disensiones personales y enemistades de rivalidades que hasta entonces los tenían como divididos. Este ilustre chileno acababa, en efecto, de dar pruebas de que él solo era capaz de formar y ejecutar un plan de resistencia. La inminencia del riesgo había aumentado en alto grado su ardor natural y le había comunicado una fuerza moral y una actividad que sus mayores enemigos no podían contestar.

A penas hubo recibido los pliegos del intendente de Concepción, convocó con la mayor serenidad á junta en la sala de palacio los otros dos miembros del gobierno, el senado y los principales jefes militares, los cuales, después de algunas discusiones muy animadas, resolvieron nombrarle jeneral en jefe del ejército de la frontera, y que el senado diese al gobierno la entera facultad de obrar sin trabas y sin impedimento. Esta decision creaba una especie de dictadura momentánea en favor de Miguel Carrera, dictadura de que aprovechó para dar las disposiciones las mas vigorosas y las mas propias á tranquilizar, bien que arbitrarias y vejantes. Así, aquella misma noche á la luz del farol de la retreta (1), mandó publicar un edicto por el cual declaraba la guerra al Perú, enviaba á secuestrar todos los buques y propiedades de aquel virey nato, ordenaba al gobernador de Valparaíso pusiese aquel puerto en estado de defensa e imponía pena de muerte á cualquiere que comunicase con el enemigo, que diese el mas leve indicio de tenerle.

(1) Costumbre que aun existe, y que es española, de preceder con un farol, que lleva un soldado en alto, los tambores que tocan la retreta.
adhesión ó que esparciese noticias falsas y alarmantes; y afín de hacer mas terrible y mas indudable esta pena, mandó levantar una horca en medio de la plaza mayor con un aparato de terror; se doblaron los puestos y se colocaron piezas de artillería en las principales calles.

Dos horas le bastaron para tomar y hacer ejecutar estas resoluciones extremas, por manera que á las diez de la noche ya corrían por todas las cercanías de Santiago correos con órdenes para las diferentes sudelegaciones de la República de reunir las milicias y poner el país en estado de defensa, y al mismo tiempo de desplegar el mayor rigor contra los realistas. Al día siguiente, los que había en Santiago conocidos ya como tales, fueron, sin ninguna forma de proceso, unos desterrados, y otros alistados para pagar una contribución forzada de 400,000 p.; pero por de pronto solo se les exijieron 260,000.

Después de haber puesto así la capital en estado de precaverse fácilmente de enemigos internos, Miguel Carrera que tomaba sobre sí solo, por decirlo así, la responsabilidad de estas violentas y valerosas medidas, pensó en correr al enemigo para contener con su sola presencia las poblaciones en su deber, intimidar á los enemigos de la patria y entusiasmar á las milicias por una tan santa causa. Veinte y cuatro horas después de haber recibido los pliegos, ya estaba en marcha acompañado de su íntimo amigo Poinset en cuyos consejos tenía la mayor confianza, del capitán don Diego Benavente, de algunos oficiales y de catorce soldados de la guardia nacional. Esta era la sola fuerza que llevaba, pero había dejado órden en Santiago para que las tropas
veteranas se le incorporasen en Talca, en donde proyectaba establecer su cuartel jeneral.

Durante este viaje, desplegó toda la potencia de su previsión y de su actividad. Por el día, corría á caballo, y por la noche, daba órdenes y despachaba correos á todas partes. En cada poblacion por donde pasaba solo permanecía el tiempo necesario para mandar reunir las milicias, alejar á los enemigos de la independencia y convocar juntas de auxilios para subvenir á las necesidades del ejército. Todas estas precauciones eran tan útiles como oportunas, porque á medida que avanzaba tenía ocasiones de venir en pleno conocimiento del poderoso enemigo que iba á arrostrar, gracias á los leales Chilenos que habian huido de Concepcion para no tener que someterse al despótico gobierno que les quería imponer el enviado de Abascal, ni jurar la constitucion de las cortes, que los mismos radicales tachaban de ser escusivamente demagógica.

El primero de estos patriotas que encontró fue el ex-asesor del intendente de Concepcion don Manuel Velazquez de Novoa, sujeto que reunía á mucho talento natural un conocimiento exacto del país destinado á ser teatro de la guerra, y que por lo mismo nombró desde luego intendente del ejército que se iba á formar. Al día siguiente, pudo hablar con el ex-gobernador de Talcahuano, don Rafael de la Sota, y en Curico, con Ximenez Tendillo, conductor de los treinta y seis mil pesos, que como un presente de la providencia, llegaban para aliviar sus incesantes necesidades. Con Tendillo iban car- torque dragones, un tambor, cuatro eclesiásticos y quince oficiales de diferentes grados que fueron despues incorporados en el ejército.
El 5 de abril llegó á Talca sobre las siete de la tarde. En el sitio llamado Camarico había sabido la rendición de Concepción y el tratado que habían hecho el intendente Benavente y Vergara, ratificado el mismo día por Pareja. Ya fuese porque esta noticia le contristó ó ya, como lo dice él mismo, que el recibimiento que le hicieron hubiese sido frío y aun poco decente, aquella misma noche conoció que le era preciso tomar medidas de precaución, en atención á que no se creía seguro en medio de un pueblo que se manifestaba más inclinado al gobierno monárquico que al democrático. Por este motivo pidió al gobierno hiciese salir cuanto antes fuese posible las tropas regladas de Santiago, y por el mismo, deseaba la llegada del obispo auxiliar de Santiago don Rafael Andrea Guerrero, el cual con el influjo de su santo ministerio podría mejor que nadie inculcar á aquel pueblo mejores principios; inspirarle, según las máximas del Evangelio, el amor de la patria; desarraigarle su ciega sumisión, que no era más que el resultado de una incompleta y falsa educación, y en fin escitar su fanatismo por sermones apropiados á las circunstancias.

Guerrero había abrazado el estado eclesiástico siendo ya entrado en edad, y á penas ordenado, había ido á visitar la suedelegación del Paposo, situada en el centro mismo del desierto de Atacama. Penetrado del miserable estado del corto número de sus habitantes, que abandonados á la sola religión de su propia conciencia no podían cumplir ninguno de los preceptos de la Iglesia, se prestó á quedarse á vivir con ellos y á suministrarles los auxilios de una instrucción cristiana para la salvación de sus almas. Allí pasó muchos años llenando con fervor los deberes de su santo ministerio, bautizando á
jóvenes que en aquel destierro de toda sociedad no habían podido aun entrar en el gremio de la iglesia; despertando los corazones adormecidos y endurecidos en el vicio y sosteniendo á los que eran buenos y virtuosos en la perseverancia del bien; y no contento con todo esto, luego que los hubo encaminado por la vía de la salvación, emprendió el viaje de España para ir á pedir al Rey favor para aquellos desventurados.

Sus palabras, tan humildes como persuasivas, tuvieron el más feliz éxito y conmovieron el corazón bondadoso de Carlos IV, que tuvo á bien protegerlos enviándoles bastantes recursos para levantar una bella iglesia con todos sus ornamentos, y nombrando á su digno y celoso pastor obispo auxiliar de las cuatro diócesis que los rodeaban. Todo esto sucedía en 1806, y en el mismo año, Guerrero se presentó á su ilustrísima Maran, obispo de Santiago, para que le consagrara según lo mandaba la iglesia. Fiado en sus antecedentes, que le habían hecho llamar el Anjel del Paposo; en la firme intención que tenía de continuar sirviendo aquella población del desierto, y sobretodo en el favor y en la voluntad del Rey, Guerrero creyó que no habría el menor obstáculo para su consagración. Sin embargo, ya fuese por escrúpulos de conciencia, como lo dice Martínez, ó mas bien por falta de regularidad y de forma, el obispo Maran le negó su ministerio, á pesar de la protesta de la real Audiencia, y él, afin de evitar conflictos, se marchó para Buenos Aires (1), volvió segunda vez á España, y allí fué consagrado obispo de Epiphanía.

(1) A su vuelta de España, Guerrero había olvidado de traer la bula que le dispensaba de la consagración por tres obispos, y este fue el motivo que tuvo Maran para negarse á ello á pesar de los esfuerzos de la real audiencia. Por evitar un conflicto, Guerrero se desistió de su demanda al obispo, y
Luego que obtuvo su consagración, regresó á Buenos-Aires, en donde se hallaba cuando resonaron los primeros gritos de libertad que despertaron en su corazón el santo amor de la democracia, tan conforme á las máximas del Evanjelio. Desde entonces, fué un acérrimo defensor de ellos y se volvió á Chile con la esperanza, según decían, de obtener la mitra de Santiago, vacante á la sazon; pero sus ideas avanzadas le malquistaron con los miembros del cabildo eclesiástico de la capital, siempre afectos á la monarquía. Para no ser causa de disturbios, Guerrero se volvió muy pronto á marchar de Santiago y fué á refugiarse en Quillota, en donde permaneció hasta el punto en que Miguel Carrera fué á buscarlo en persona para ponerlo á la cabeza del clero chileno, y contrapesar por medio de él el influjo que dicho clero ejercía en los negocios políticos del estado. A pesar de la prohibición del arzobispo de Lima, Guerrero ocupó la sede episcopal, y sirvió las ideas del gobierno con provecho y utilidad de la patria, y algunas veces también á espensas de su propia tranquilidad con respecto á los canónigos, con los cuales los asuntos y su propio deber le ponían continuamente en contacto y comunicación.

Por el ardiente y perseverante celo que puso en hacer conocer y amar los nuevos principios tan propios á elevan el país á su verdadera nacionalidad, era considerado como apóstol de dichos principios y no es extraño que el gobierno desease fuese á Talca para dar entusiasmo á los que iban ser árbitros de la suerte de la nación. Su partida de comisión á Buenos-Aires para hacerse útil contra los Ingleses. De Buenos-Aires volvió á España, en donde fué consagrado, y después de haber servido á la independencia de Chile, se fué á morir á Roma. (Conversación con Ignacio de Arangua.)
salida de Santiago se verificó poco después de la de Carrera, y en cada población se detenía para predicar una especie de cruzada contra los enemigos que el capricho de un virey había arrojado sobre la costa. En efecto, así consiguió despertar y alimentar sentimientos de patriotismo en los habitantes de Rancagua, San Fernando, Curico, recibiendo en todas partes las primicias del proselitismo que iba á formar verdaderos ciudadanos, defensores de las instituciones que reúnan.

Pero su misión en Talca fue mucho más importante y fructuosa. Desde que llegó á dicha ciudad, el día 9 de abril, empezó á ejercer su santo celo, y al día siguiente, cantó una misa solemne en honra del Dios de las batallas, con un sermón, que predicó él mismo, y el cual respiraba el más puro amor de la patria. El objeto principal de su oración era inspirar á sus oyentes abandono y abnegación por la causa jeneral y darles valor para entrar en la lucha que se preparaba entre el despotismo y la libertad. Ochenta nacionales con sus fusiles (1), al mando del teniente Manuel Cuevas, lo habían acompañado y fueron luego á ponerse á la disposición del jeneral en jefe, el cual, por su lado, no tomaba un solo momento de descanso por instruir á las milicias, procurarles armas, caballos y bienestar; recorriendo el país para reconocerlo y estudiarlo y reuniendo el mayor número de milicianos, que muchas veces tenía él mismo que contener para impedirles de desertar. En todas estas fatigas le ayudaba particular y eficazmente el entendido capitán de húsares don Diego Benavente encargado de la organización de dos escuadrones de ca-

(1) Estos nacionales fueron los primeros que daban alguna seguridad al cuartel jeneral establecido desde el 5. (Diario de Miguel Carrera.)
balleria, y el intrépido O'Higgins, que acudió al primer anuncio de peligro para participar de él con todo su denudo (1).

O'Higgins se hallaba en los Anjeles cuando supo, por la circular del intendente, el desembarco de una expedición contra Chile, y sin pararse en mas consideraciones que la de cumplir con su deber, mandó formar los regimientos n° 1 y 2 de lanceros de la frontera, compuestos de mil hombres. Con ellos voló al socorro de Concepción pasando por Yumbel para que se incorporase el regimiento de Rere, mandado por Fernando Urizar. Habiendo llegado al salto de la Laja, recibió el tratado de Concepción y la orden de despedir sus tropas á sus respectivos cuarteles, como lo ejecutó inmediatamente después de haberlas harengado; pero no queriendo someterse al antiguo gobierno, se dirigió hacia Santiago con los hermanos Soto y cuatro criados. Al pasar por Linares, supo que los ochenta dragones de Carbajal se hallaban en las cercanías y tuvo que viajar con más precaución haciendo un gran rodeo para ir á pasar el Maule por el lado de las Cordilleras, de suerte que no pudo llegar hasta el 4 á Talca, en donde el día siguiente estaba ya reunido con Miguel Carrera.

O'Higgins era bizarro, y no habiendo visto nunca el fuego ardía por hallarse en una acción. La presencia de algunos dragones en las cercanías de Linares habían inflamado su ardor guerrero, y pidió á Carrera algunos soldados para ir á atacarlos; pero el jeneral en jefe no quiso esponer por tan poca cosa un militar que le inspiraba la mayor confianza, y se los negó. Sin embargo, á instancias de Poinset, consintió al fin en ello, y al ser de

(1) Diario de Miguel Carrera.
noche, O'Higgins se puso en marcha con sesenta milicianos armados solo con lanzas, doce soldados de la guardia nacional y cuatro dragones de los que habían escoltado el dinero de la tesorería de Concepción (1). Su objeto era sorprender a Carbajal durante la noche, pero se estravió en el camino y no pudo llegar hasta las nueve de la mañana cerca de Linares, en donde le dijeron que no había mas que doce dragones mandados por el teniente don José María Rivera, y reunidos ya en la plaza prontos á marchar para incorporarse con Carbajal en Cauquenes.

La fuerza numérica de O'Higgins era superior á la de Rivera, pero este tenía la ventaja de las armas y esta consideración hubiera podido arredrar á cualesquiera otro jefe mas prudente. Mas O'Higgins, impaciente por distinguirse, avanzó á la plaza enviando por delante un parlamentario, que fué el capitan Melo, para intimar á Rivera se rindiese, como lo hizo sin oponer la menor resistencia; de suerte que todo se pasó sin efusion de sangre y con gritos de viva la patria, por parte de los dragones de Rivera, entusiasmados con algún dinero que les dió el capitan de milicias don Pedro Barnachea.

Después de este pequeño suceso, que aconteció el 6 de abril, O'Higgins pensó en marchar sobre Cauquenes para atacar las tropas de Carbajal; pero supo luego que este se había dirijido apresuradamente sobre Chillan, que se había pronunciado por el Rey. En vista de esto, determinó reunir el rejimiento de milicias de Linares compuesto de ochocientos hombres bien montados y armados

con lanzas y machetes, mandados por don Santiago Arriagada, el batallón de cuatrocientas sesenta plazas que mandaba el capitan Urrea, esparcido por las cercanías; y otras muchas milicias de las cuales rehuvo una parte, enviando la demás fuerza á Talca á la disposición del jeneral en jefe, justamente asanado á la sazon en juntar un pequeño ejército para ir al encuentro de Pareja, que sabía no tardaría en avanzar sobre el Maule.

En aquel momento, el cuartel jeneral de Carrera tenía un aspecto muy militar. Las tropas regladas, que necesariamente eran su principal apoyo, acababan de llegar y se componían del batallón de granaderos mandado por José Carrera, á quien acompañaba Mackenna, que había vuelto de su destierro y había sido ascendido al grado de cuartel maestre, y del escuadrón de la guardia nacional, á las órdenes de don Juan Ant. Díaz Salcedo. El primero de estos cuerpos tenía mil hombres de fuerza, y el otro doscientos treinta, los cuales con los ochenta que habían llegado con el obispo y los catorce que había llevado José Miguel, componían un total de 1,324 soldados disciplinados, pronto á batirse á pie ó á caballo, como infantería ó como caballería, según las circunstancias lo exijiesen; pero que no tenían fusiles por habérselos quitado la junta para armar con ellos á los voluntarios de la patria, acción que el jeneral en jefe desaprobó en secreto, contentándose con remplazar los fusiles con lanzas, bien que no pudiesen en manera alguna serles de la misma utilidad, no estando acostumbrados al manejo de esta arma.

Algunos días después, llegó Luis Carrera á la cabeza de doscientos artilleros con diez y seis piezas de cam-

V. Historia.
paña mal montadas, y trasportadas, como tambien las municiones, en setenta carros y cuatrocientos acémili-
as (1).

La reunion de todas estas tropas, á las cuales se jun-
taron luego los rejimientos de milicias del Príncipe y de
la Princesa de Santiago, y el de Maypu, componiendo
un total de 1500 hombres, mandados por el coronel don
Estanislao Portales; las de Cauquenes, que ascendian á
1800, á las órdenes del teniente coronel don Fernando
de la Vega, enviado por su coronel don Juan de Dios
Puga, y otras muchas, permitieron al jeneral en jefe
clasificarlas segun su plan de campaña, y dividirlas en
columnas compuestas la primera de: «200 granaderos
de las milicias de Cauquenes y las partidas y piezas de
campaña que tenia O’Higgins en Bobadilla. Esta se
puso al mando del coronel don Luis Carrera.

La segunda la formaron el resto del batallon de gra-
naderos, cuatro piezas de artillería y el rejimiento de
Maypu, mandado por el brigadier don Juan José Carrera,
y que se situó en Duao.

La tercera la formaban la gran guardia, la guardia
general, cuarto piezas de campaña y los rejimientos
del Príncipe y Princesa á las inmediatas órdenes del
general en jefe, y acampó á una legua de distancia de la
segunda (2).

Así, los tres hermanos Carrera se habian repartido el
mando de todo el ejército, cometiendo un yerro muy
grave, cual era el dar márjen á la reconvencion de
egoismo á que habian dado ya lugar mas de una vez;
cosa que necesariamente habia de despertar los anti-

(1) Diario de Miguel Carrera.
(2) Diario de Miguel Carrera, y Memoria de José Miguel Benavente.
guos rencores que el peligro común había podido á gran pena apagar. Pero en aquel instante, todos estaban más dispuestos á obrar que á pensar en rivalidades y zelos que podían desbaratar el plan de organización del ejército.

Mas no sucedió lo mismo en Santiago, en donde el espíritu de oposición llegó á vencer la resistencia y apoderarse del gobierno.

Al marchar para el sur, Miguel Carrera había dejado en su lugar, como miembro, á su hermano José, que también tuvo que dar su dimisión para marchar á la cabeza de su batallón de granaderos. Por la ausencia de estos dos jefes y de sus tropas, el partido municipal, unido, como ya lo hemos dicho, al partido de Rosas, tomó cierto ascendiente en el senado y le dió á entender que en aquel crítico momento, era sumamente importante revestir el gobierno de toda la fuerza nacional, y que para eso se necesitaba legitimarlo por medio de elecciones sino populares, que las circunstancias no permitan, á lo menos por la del senado, la cual, aunque en cierto modo fuere ilegal (pues ni aun tenía una soberanía de delegación), podía sin embargo por la elección de sus miembros recibir la aprobación universal de los buenos patriotas.

Esta elección tuvo lugar, en efecto, el 15 de abril, y el resultado del escrutinio fué favorable á los tres antiguos municipales Francisco Perez, Agustín Eizaguirre y José Miguel Infantes, los cuales entraron desde luego en ejercicio, remplazando los dos miembros que habían quedado, Portales y Prado, y que algunos días después pidieron licencia, uno por enfermedad, y otro por quehaceres urjentes.
Bien que los nuevos miembros del gobierno hubiesen sido inquietados en otro tiempo por Carrera, y que uno de ellos hubiese tenido que padecer la pena de destierro, sin embargo no se opusieron de modo alguno á esta organización militar, á pesar de que les pareciera muy peligrosa para la sociedad, en atención á que ponía toda la fuerza material del estado á la disposición de una sola familia influyente y ambiciosa. Sabían y conocían que los hombres capaces de mandar eran raros, y que las tropas bisonas y sin disciplina exijan que hubiese en sus jefes una misma voluntad y un mismo pensamiento. Por consiguiente, se ve que estaban penetrados de los sentimientos más patrióticos, y que pensaban mucho menos en antiguos motivos de enemistad que en emplear todos sus esfuerzos y conato en sostener á Miguel Carrera, ayudándole con todos los auxilios necesarios, y fomentando el entusiasmo y la ambición de gloria que lo dominaban; porque veían que era el único modo de mantener el orden en un ejército tan mal disciplinado, prepararlo á batirse y alcanzar victorias y, en fin, á salvar la revolución, que era el principal objeto de sus acciones y pensamientos. Así los vemos, desde luego que entraron en el gobierno, revestir la misma energía que había mostrado el general en jefe al recibir la noticia de la invasión, seguir su política violenta para la seguridad de todos, prohibir la entrada del país á todo español, espulsar de él á los que tenía por sospechosos y corroborar el decreto que castigaba con la pena de muerte á todo aquel que estuviese en correspondencia con la provincia invadida ó con el Perú. Si esta medida de rigor no emanaba de ellos, no por eso dejaban de conocer y apreciar toda su importancia y se mostraban firmemente dispuestos á
darle vigor contra los Chilenos mismos que diesen el me-
nor indicio de felonía, ofreciendo al contrario premio á los
soldados que desertasen de la bandera enemiga. Con tales
pruebas de que tenían la fuerza de ánimo que pedía la si-
tuación política, y la firmeza necesaria para obrar con
decision, aquellos esforzados patriotas consiguieron com-
primir todo movimiento de reaccion y apercibir los infini-
tos recursos de que necesitaba el país para constituirse en
buen estado de defensa. Dos objetos llamaban y llenaban
principalmente su atención; el formar soldados, y el
mantenerlos en buen pie. Para conseguir el primero,
procuraban fomentar el ardor del espíritu nacional por
todos los medios posibles, en los que comprendían la
exaltación que causa la pompa de funciones religiosas,
penetrando las conciencias y disponiendo á la abnega-
ción de sí propio; esto además de los decretos promul-
gados para levas de voluntarios, y si estas no bastaban,
forzadas, imponiendo penas de rigor á cuantos siendo
capaces de llevar armas y de entrar en la milicia, no se
alistasen bajo sus banderas. Con este mismo objeto, ha-
bían pedido socorros á Buenos-Aires, ó á lo menos el
regreso de las tropas que se le habían enviado como
auxiliares.

Para alcanzar el segundo, tuvieron recurso á un em-
préstito, ya pedido por Carrera, sobre vales de Aduana,
y los hipotecaron con los réditos mas seguros del fisco,
entre otros, 400 regadores de la acequia de Maypu, que
valían entonces 2,000 p. cada una. De este modo daban
pruebas de su buena fe ofreciendo segura garantía á los
prestadores. También quisieron dar una de satisfacción
á los buenos patriotas que se distinguiesen por un acto
de civismo ó por una accion militar, creando una deco-
ración ó medalla que llevaba por un lado una corona de laurel sobre espada y flecha cruzados, con la inscripción: La patria á sus defensores. En el reverso, al rededor: En la invasion maritima de los tiranos. Y en el centro: El gobierno de Chile año de 1813.

El jenio entusiasta de Miguel Infante, que, apesar de su grande apego á la democracia, estaba muy inclinado á recompensar las acciones virtuosas civiles, había contribuido mucho á la creación de esta distinción, y el mismo empeño tuvieron Salas y Juan Egana.

No era menor el ardor del Ayuntamiento por el servicio de la patria. Los miembros jóvenes de esta corporación, con mucha actividad de cuerpo y de alma, tenían una invencible aversión á las cosas de tiempos pasados y se mantenían, por decirlo así, en sesión permanente para tocar con oportunidad todos los resortes de la resistencia ya animando, la juventud á la guerra, ya oponiéndose á que los hacendados inquietasen á sus inquilinos alistados en el ejército si estaban empeñados por sus arriendos, ya intimidando á los realistas con el establecimiento de una comisión de salud pública compuesta de un Juez mayor, que fué el coronel don Martín Calvo de Encalada y cuatro prefectos, uno por cada gran barrio, y los cuales eran don Juan Francisco Leon de la Barra, don Antonio Hermida, el conde de Quinta Alegre y don Francisco Xavier de Errazuris. De tiempo en tiempo, daban también proclamas en que respiraban los mas puros sentimientos de patriotismo, espondiendo los peligros de la patria y la necesidad de desplegar la mayor energía para romper el yugo de la opresión; exortando á los jefes militares á corresponder dignamente á la confianza que su valentía inspiraba al país, y á los padres
de familia á que inculcasen el amor de la libertad á sus hijos y servidores.

Pero el resultado más brillante que obtuvo esta ilustre corporación fue el de su jenerosa participación en la suscripción voluntaria á favor del estado, y en la cual el público entró con el más pródigo abandono. Al ojear el Monitor araucano de aquella época, no puede menos de sentirse uno penetrado de admiración por aquel público que se condenaba á los mayores sacrificios por la defensa de su país y de sus instituciones. No se contenían con dar dinero, y algunos, grandes cantidades, sino que muchos daban su vajilla y sus cubiertos de plata; otros sus aves, y hubo quien ofreció y dió cuanto poseía. Juan Egaña, además de la jenerosidad de sus dones pecuniarios, envió el oro necesario para seis medallas de la patria. Muchos empleados y entre ellos los tres miembros del gobierno y el secretario de la junta Mariano Egaña, servían sin emolumentos. Los hacendados ponían á la disposición del gobierno sus haciendas y sus rebaños. Hubo uno que ofreció una parte de sus tierras al primero que tomase un cañón enemigo. Los comerciantes igualmente, se mostraban rivales en entusiasmo de esta jenerosidad chilena. Unos suministraron botones, y otros, paños para vestuario de los soldados de que el público se prometía encargarse; porque es preciso saber que el ya citado monitor indica muchísimos patriotas que suscribieron para sustentar y mantener dos, cinco, diez y hasta veinte soldados, mientras durase la guerra. Por donde se ve que la defensa del país era un verdadero acreedor de todos los ciudadanos, y que los poco pudientes como los que podían mucho eran todos sus tributarios, sinduá
porque el espíritu democrático, al propagarse por todas las clases de la ciudad, había establecido una solidaridad reciprocamente entre todos los individuos, de donde debía surgir la unidad social que derogaba las distinciones, y constituía la fuerza de la nación.
CAPITULO XXII.

El obispo Villodres nombrado Intendente de Concepción. — Pareja marcha sobre Talca.— O'Higgins se dirige al cerro de Bobadilla, y lleva la guarnición al cuartel general. — Un pequeño destacamento sorprende en Yerbas Buenas al ejército real, que lo rechaza y lo hace retirarse precipitadamente. — Los dos partidos cantan victoria. — El gobierno la celebra en Santiago. — Insurrección en los buques la Perla y el Potrillo y entrega de dichos buques á los corsarios que bloqueaban el puerto de Valparaíso. — Pareja, muy enfermo, se decide á ir á atacar los patriotas en Talca. — Los Chilotos rehusan pasar el Maule, y resuelve regresar á Chillán. — Miguel Carrera le persigue. — Desorden en la marcha de las tropas chilenas por las lluvias y la poca disciplina de los oficiales. — Acampan en el estero de Bull, de donde se envía un parlamentario á Pareja. — Este sale de San Carlos y va á acampar cerca del rio Nuble, en donde tiene que atrincherarse. — Acción de San Carlos sin resultado alguno para los dos partidos. — El ejército real pasa el Nuble y su retaguardia es atacada por el teniente Molina, que la obliga á abandonar cuatro cañones y algunos bagajes. — Pareja llega á Chillán. — Carrera va á acampar sobre el Nuble.

Pareja acababa de proclamar la constitución de las Cortes y de tomar juramento de obediencia y fidelidad á todas las corporaciones civiles y militares de Concepción; pero no satisfecho con esto, quiso anular todos los actos del gobierno intruso, dar nueva organización á las diferentes oficinas y no conservar mas que empleados con que podía contar en toda seguridad. Así quitó á muchos el empleo, reformó una parte del cabildo, mudó todos los gobernadores y forzó al intendente Benavente á dar su dimisión, poniendo en su lugar al obispo Villodres, de jenio activo, resuelto y sobretodo apasionado por la monarquía española.

Este mismo Villodres fue encargado de verificar el estado moral de la administración civil, y de proponer
las reformas que le pareciesen necesarias en ella, por hallarse Pareja exclusivamente ocupado en organizar el ejército para empezar á la mayor brevedad la campaña, y marchar sobre Santiago, en donde se proponía entrar con el solemne aparato de un triunfador. La deserción de las tropas de la patria que habían pasado con apresuramiento á su bandera, y el entusiasmo con que algunos realistas de Concepción le recibieron, habían hecho creer al presuntuoso general haría una fácil conquista, y tuvo la imprudencia de comunicar á sus soldados la misma extraña ilusión.

Confianza así en un completo y pronto éxito, no le pareció necesario mantenerse por más tiempo en la capital de la provincia y resolvió marchar sobre Talca para desalojar al enemigo y establecer allí sus propios cuarteles de invierno. Su ejército acababa de recibir el refuerzo de los granaderos de la frontera y de los drago-nes, y en seguida, de varios regimientos montados de mili-cias que habían venido incorporársele de Rere, Arauco, los Anjeles y otras partes, con el cual ascendía aproximativamente á dos mil soldados viejos, contando doscientos artilleros con veinte y cinco piezas de campaña, y á cuatro mil milicianos montados, que mediante los bien provistos almacenes de Concepción, pudieron ser completamente armados y equipados.

De estas fuerzas, Pareja formó tres divisiones que mandó salir con intervalo de días; la primera, mandada por Berganza, se puso en marcha el 8 de abril; la se-gunda, á las órdenes de Ballesteros, el 11, y la tercera el 14, todas en la dirección de Chillán, y luego, sobre Linares, en donde hicieron su junción el 24 del mismo mes.
Un poco antes de la llegada de estas columnas, O’Higgins se hallaba aun en las cercanías reuniendo las milicias, y en el Parral supo el movimiento de Pareja, en vista del cual juzgó oportuno retirarse haciendo diversión al enemigo para dar tiempo á Carrera de combinar sus movimientos según sus intenciones y sus planes (1). Habiendo llegado así á Yerbas Buenas, su espíritu le sujirió el proyecto de atacar la vanguardia enemiga, compuesta de cuatrocientos hombres mandados por Elorreaga. La fuerza que él tenía era numéricamente algo superior, pero compuesta de milicianos en la mayor parte; solo tenía dos compañías de granaderos soldados viejos, que le había enviado el jeneral en jefe, y cincuenta husares de la gran guardia mandados por el capitán Francisco Cuevas. Su intención era caer de repentó sobre la vanguardia en el acto de pasar esta el río Achihueno; pero prevenido por sus espías de que Elorreaga no se había detenido en Linares, á donde había llegado casi al mismo tiempo el ejército, O’Higgins se trasladó al Cerro de Bobadilla, que estaban fortificando para impedir el paso que lleva el mismo nombre. La fortificación del Cerro, dirigida por el consul Poinsett, fué desaprobada por el cuartel maestre Mackenna, el cual demostró que en atención á su distancia del paso, que era de mas de 1500 varas, y al corto alcance de las piezas que tenía, no podía llenar el objeto que se proponía. De este modo, Mackenna contribuyó á que se tomase la determinación de hacer volver á pasar las tropas á la orilla norte del río á fin de cubrir y defender la mayor parte de los pasos con tanta más facilidad cuanto los muchos

(1) Convers. con O’Higgins.
árboles que había facilitaban el poner emboscadas con segura ventaja.

Algunos días después, Eleorraga se dejó ver en las cercanías de Yerbas Buenas con 300 hombres, y aun avanzó hasta la orilla del río á reconocer las posiciones de los patriotas acompañado de don Estanislao Varela, sarjento mayor del rejimiento de Rere, enviado de parlamentario por Pareja al cuartel jeneral de Carrera. Varela era portador de un oficio en el que el jeneral realista intimaba al patriota se rindiese, ofreciéndole grandes ventajas de parte del virey (1).

En aquel momento, Carrera se hallaba con las tropas de vanguardia, y mientras hablaba con el parlamentario, le fueron á decir que los soldados de Elorreaga hacían fuego contra sus centinelas, y habían muerto ya á dos soldados del rejimiento de San Fernando. Irritado de una acción tan contraria á los derechos y leyes de la guerra, resolvió tomar venganza haciendo una sorpresa por la noche al destacamento que él creía permanecería acampado en las cercanías, y al efecto, mandó formar una columna de 300 milicianos, 200 granaderos y 100 nacionales, al mando del coronel don Juan de Dios Puga, que marchó á la cabeza de esta expedición con las instrucciones necesarias.

Al llegar á Bobadilla, en donde pensaba encontrar al enemigo, Puga supo que este se había trasladado á Yerbas Buenas, y resolvió ir á atacarlo allí mismo, á pesar

(1) Según O’Higgins, Varela se había presentado á Pareja para que le encargase de aquella misión, con el solo objeto de dar parte á Carrera de que 300 hombres del ejército realista estaban acampados en Yerbas Buenas; y por aserción de Carrera mismo, le pidió á este lo recibiese á su servicio; pero el jeneral en jefe tuvo por conveniente enviarlo á Santiago. (Diario de Carrera, y Convers. con O’Higgins.)
de la distancia, que era de siete leguas. La noche estaba muy oscura y tenía guías tan fieles como prácticos que le condujeron hasta el campo enemigo, sin ser visto ni oído. A lo menos, solo cuando sus tropas estaban ya, por decir así, encima, algunas centinelas gritaron alarma; pero muy tarde: los patriotas penetraron por medio de los soldados entregados al sueño con imprudente confianza, y de un golpe de mano saquearon y dispersaron sin resistencia capaz de oponerse al impetu de su ataque. El enemigo, aterrado, no pensó más que en salvarse; dejando armas y bagajes, que por una fea codicia los patriotas quisieron llevarse, perdiendo momentos preciosos en amontonar fusiles, despojar a los muertos y aún a los heridos, sin caer en la cuenta, sin duda, de que acababan de ahuyentar al ejército entero de Pareja, que al ser de día le haría, tal vez, pagar muy caro aquel indigno botín.

En efecto, los realistas no tardaron en serenarse y hacerse. Sorprendidos en la oscuridad de la noche, y en profundo sueño, y viéndose despertar por un fuego muy sostenido, habían creído desde luego que tenían sobre sí a todo el ejército de Carrera, y habían huido en la mayor confusión, sufriendo una verdadera derrota; pero cuando estuvieron ciertos y seguros de que ni la más pequeña fuerza los perseguía, y de haber sido sorprendidos y batidos por un solo débil destacamento, hicieron alto, volvieron caras, se formaron y cargaron, á su vez, la banda indisciplinada, quitándole una parte de las armas y los cañones que habían antes dejado, y derrotándola completamente, á pesar de cuanto hicieron sus bizarras jefes, Bueras, Benavente, Rencorret y Ross, con palabras y con ejemplos de valentía, para que se mantuviesen firmes.
Tal fué el resultado de una acción que hubiera podido tener la mas feliz influencia en la suerte del país, si hubiese sido mas meditada, mejor combinada y sobretodo apoyada por una pequeña reserva. Pero una fatalidad se mezclaba en las acciones de los dos partidos. De parte y de otra había habido falta de prevision, y á consecuencia, yerros: los realistas habian creído que todo el ejército de Carrera los atacaba; los patriotas habian pensado no atacar mas que un débil destacamento que no merecía la pena y que bastaba ahuyentar para apoderarse de sus armas y bagajes, objeto de codicia especialmente para los milicianos, que creían tener en ellos un gran provecho (1). La codicia sola quitó la victoria de las manos á los vencedores, y salvó el ejército de Pareja, que huía con espanto y terror.

En aquella circunstancia, vituperaron la determinación del jeneral en jefe de quitar la partida de vanguardia que estaba acampada en Bobadilla, y que, si se hubiese hallado allí, habría decidido de la suerte de la campaña; pero era esta una crítica infundada, porque si dichas tropas hubiesen permanecido en aquella posición, es evidente que Elorreaga no se hubiera adelantado hasta las márjenes del rio, y que, por su lado, la guarnición habría tenido un verdadero conocimiento del movimiento de Pareja, en cuyo caso no hubiera cometido la imprudencia de ir á atacarlo, y la acción de Yerbas Buenas no hubiera tenido lugar.

Tambien fué muy criticada la ignorancia en que estaba de la marcha del enemigo, ignorancia que en cierto

(1) Habia un decreto por el cual se concedian 16 p. á cada soldado por cada fusil que presentase en buen estado, quitado al enemigo, y 12 por cada fusil descompuesto. Muchos milicianos presentaron hasta cinco.
CAPÍTULO XXII.

modo era una acusación de descuido y de impericia militar; pero lo que había habido realmente de reprobable en la conducta del general, había sido el dejar ir aquel destacamento sin darle el apoyo de una reserva para ayudarle a aprovechar la victoria, si vencia, ó para reforzarla, si era vencido. A la verdad, su hermano Luis había recibido orden para estar pronto á marchar con tres piezas á la primera demanda; pero hallándose acampado á la parte norte del Maule, este socorro no podía menos de llegar tarde y de ser por consiguiente infructuoso, y Luis se vio él mismo obligado á retirarse cuando quiso ir al encuentro de un enemigo que conocía la superioridad de su fuerza numérica, y animado por la exaltación que da una ventaja conseguida y el ir en seguimiento de un enemigo vencido.

De todos modos, tal cual tuvo lugar esta acción fue favorable á la causa de Chile, y produjo efectos contrarios en el espíritu de los dos ejércitos, desmoralizando á los Chilotges, que bajo la palabra de Pareja habían creído ir á una conquista fácil y de poca duración, y llenando de entusiasmo á los hijos de la patria orgullosos de haber causado la derrota momentánea de un ejército entero con un simple destacamento diez veces más inferior en número. En resumen, las pérdidas fueron con corta diferencia iguales. Los liberales perdieron unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, y ciento y veinte y cuatro prisioneros que fueron encerrados en un buque viejo, en la bahía de Talcahuano. Los realistas tuvieron algunos mas muertos, y entre ellos el fogoso intendente del ejército Juan Tomas Vergara, «hombre de conocimientos nada comunes, de una intrepidez singular, el alma de la expedición, y que se decía su primer
autor (1); el capitán Buenaventura Bargas, el suteniente José Pacheco y el de artillería de Valdivia José María Martínez. Pero en cuanto á prisioneros solo perdieron treinta y uno, gracias al rejimiento de caballería de Rere que acampado á cosa de una legua de Yerbas Buenas pudo acudir, rescatar á muchos que estaban ya cojidos, y proteger la huida de los que no lo estaban. Entre los rescatados se halló el comandante de artillería José Berganza, prisionero de mucha importancia, recomendado por lo mismo con especial cuidado por el capitán María Benavente al alférez José Molina, el cual se vió á su vez prisionero de los realistas.

Tan pronto como el parte de esta acción llegó al gobierno, lo mandó publicar como un verdadero triunfo debido al heroísmo de los defensores de la patria, afín de inspirar al pueblo el amor de la Gloria y de la libertad. Hubo en consecuencia Te Deum, regocijos públicos y una proclama la más lisonjera para la guardia cívica, proclama que produjo el efecto inmediato de ofertas espontáneas de servicio de muchas de sus compañías, una de las cuales fué destacada á Valparaíso para guardar aquellas costas. El plenipotenciario de Buenos-Aires quiso también pagar su tributo de entusiasmo y convidó, el 2 de mayo, á un suntuoso banquete un gran número de patriotas y los miembros del gobierno. Sentado á la extremidad de la mesa en frente á Camilo Henríquez, estos dos poetas de la libertad chilena, teniendo uno y otro en la cabeza un gorro frijio, tuvieron los más preciosos arranques de agudeza y cantaron himnos que respiraban los mas puros sentimientos de patriotismo. Pero mientras celebraban así una supuesta victoria que no po-

(1) Informe del brigadier Mackenna, nro. 15 del Duende.
día tener más que un cierto valor moral, sucedía en la Bahía de Valparaíso un acontecimiento de mucho mayor consecuencia.

Después que Chile había abierto sus puertos al comercio extranjero, las mares del sur se habían visto de repente surcadas por algunas naves inglesas y norte americanas que se apresuraron a gozar de aquella ventaja, de donde resultaron graves perjuicios para el comercio de Lima. El virey Abascal, en vista de esto, tomó medidas de rigor para coartar aquella libertad, y no pudiendo enviar buques de guerra para reprimirla, consiguió que los comerciantes, cuyos intereses se hallaban comprometidos, enviase corsarios con el mismo objeto. Estos corsarios guardaban las costas, bloqueaban los puertos y apesaban los buques que querían entrar en ellos, poniendo al país en un compromiso tan odioso como inquietante.

Tan pronto como el general en jefe llegó a Talca, escribió al gobierno que era necesario poner término a aquella situación armando algunos buques no solo para ahuyentar los corsarios, sino también para defender los puertos contra las tropas de refuerzo que probablemente Abascal no dejaría de enviar a la division de Pareja. Pero esto no era cosa hecha; el país carecía de cuanto era necesario para llevar á cabo tamaña empresa, pues no tenía ni armas, ni bastimentos, ni marineros, y con todo eso, gracias á la firme voluntad del gobierno, y á la feliz actividad de Lastra, gobernador de Valparaíso, se pudieron armar los dos buques del comercio, la fragata Perla y el Bergantín Potrillo, con el material de guerra que se pudo hallar en otros. A fines de abril, ya estos buques estaban en estado de ir á atacar una fra-
gata corsaria que daba bordadas en la Bahía, y el 2 de mayo, habiéndose acercado hasta la punta de ella, el gobernador dió orden al comandante para que fuesen á atacarla.

Era justamente día de fiesta. El capellan dijo misa de esperanza y de salvacion á los marinos, y después, les leyó con entusiasmo la proclama impresa por orden del gobierno en honra de ellos. Además de exaltar en ella su patriotismo, le había parecido también conveniente tentar su codicia prometiéndoles la presa que hiciésen, y diciéndoles: «¿Sois laboriosos y deseais aumentar vuestros intereses y con ellos los de la patria? Pues aprovechad la oportunidad de enriquecer vuestras familias, y sacarlas del triste abatimiento. Los despojos del enemigo serán vuestros..... y á la gloria de salvadores de Chile, añadireis la fortuna de vuestras casas, elevándolas de un golpe al grado de esplendor que las haga participantes de las distinciones que la sociedad dispensa al brillo esterior(1).»

Hechos estos preparativos, levaron el áncora con grandes demostraciones de alegría á la vista de todos los habitantes de Valparaiso, que habían subido á los cerros para ver por sus propios ojos el primer ensayo de la marina chilena. Pero desgraciadamente la mayor parte de ambas tripulaciones se componía de aventureros extranjeros que daban mucha mas importancia al botín que á la gloria, y que esperaban sacar mejor partido de su bajo que de su valentía. Ya antes de embarcarse tenían la intención de ser traidores tan pronto como se viesen fuera del alcance de la artillería del fuerte de san Antonio. Un italiano, llamado Antonio Carlo Magi, fué

(1) Proclama del gobierno á la valerosa marina de Chile.
el que tramó la conspiración y el primero que dio la señal de la rebelión en la fragata Perla. Los conjurados se aseguraron de los oficiales y los guardaron a vista.

El bergantín Potrillo, fiel a su pabellón, avanzaba contra la fragata Warren, a pesar de las balas que este le disparaba; pero viéndose abandonado por la Perla, que parecía querer pasar a sotavento del enemigo, voló de bordo para acercarse y fue recibido a cañonazos, que al parecer eran también la señal de la rebelión en el bergantín. Los dos buques traidores se pusieron en comunicación con el corsario, que, como acabamos de decir, era la fragata Warren, y el día siguiente dieron la vela para ir a ofrecer al virrey Abascal el fruto de su traición (1).

La noticia de este mal suceso, que llegó a Santiago el 5, contristó profundamente al gobierno, que se acordaba de cuanto había costado armar aquellos buques, y reflexionaba en la imposibilidad de armar otros; pero quien más se contristó fue Miguel Carrera, que mejor que nadie sabía que el país no podía quedarse sin ellos, y que la suerte de la provincia de Concepción dependía, en gran parte, de los obstáculos que pudiese oponer al arribo de socorros de Lima, y que no podían oponerse sino era bloqueando el puerto de Talcahuano. Sin embargo, lejos de desmayar, Carrera formó la firme resolución de vengar en el ejército real la iniquidad de aquella traición.

El día siguiente de la acción de Yerbas Buenas, Pareja había mandado avanzar sus tropas sobre el Maule con designio de pasar este río para perseguir a los pa-

(1) Gaceta del gobierno de Lima, n° 349.
triotas, y apoderarse de Talca, pensando que mas valia ir á tentar fortuna en el terreno ocupado por el enemigo que esperarlo en la frontera. Aquella misma noche fué á campar al sitio llamado Querí, distante de una legua del paso Andarivel, en donde fué constantemente observado por una partida de treinta dragones y husares mandada por el teniente Francisco Molina, que Luis Carrera había enviado con el objeto de inquietarlo. Esta partida pertenecía á la vanguardia que el jeneral en jefe había mandado marchar por delante, siguiéndola él mismo á la cabeza del ejército, con el designio de atacar á Pareja el día siguiente; pero al momento de pasar el río, los granaderos que marchaban á la cabeza se sublevaron contra su jefe, que se vió obligado á retrogradar en el mayor desorden para ir á acampar en campo-rayado. Esta insubordinacion de un cuerpo, reputado con razón hasta entonces como tropa escojida del ejército, llenó de pesadumbre al jeneral en jefe, que no sabía á qué ni á quien atribuirla. Sin embargo, tuvo bastante presencia de ánimo para contenerse y disimular por de pronto (1); luego mandó cubrir los diferentes pasos del río con piquetes de retén, y mandó formar la primera división para marchar é ir á tomar posicion en Fuerte viejo.

Mientras que todo esto pasaba en el ejército patriota, el realista cometía igualmente un acto de insubordinación ocasionado por la persuasión en que estaban las tropas que había habido traicion en Yerbas Buenas, y de que Juan Urrutia, su guía, era el autor de dicha traici-

(1) Este hecho me lo ha contado O'Higgins, bien que Miguel Carrera no hablé de él, limitándose á decir en su diario: «Es necesario olvidar esta noche, porque el desorden con que se retiraron las tropas, por la mala disposicion y abandono de muchos jefes, nos espuso á ser víctimas del enemigo.»
ción. Los que levantaron la primera voz fueron los batallones de Valdivia y de Chiloe, y cuando Pareja dio la orden de pasar el río, estos cuerpos se negaron a ello, alegando que al alistarse en la expedición, solo se habían obligado a someter la provincia de Concepción al dominio del monarca, sin pensar de ningún modo ir más allá. Esta pretensión la sostuvieron con tal obstinación, que Pareja se vió obligado a suspender la marcha y a retroceder para ir a tomar cuarteles de invierno a Chillán, como se lo aconsejaban los religiosos franciscanos que le acompañaban (1).

Sin embargo, antes de abandonar sus posiciones, resolvió enviar segundo parlamentario á Carrera pidiéndole una entrevista para entrar en composición, si fuese posible. Para llenar este encargo, nombró al coronel José Hurtado, el cual se trasladó al cuartel jeneral y se presentó á Carrera, que lo recibió con bondad porque le interesaba ganar tiempo para poder esperar el batallon de voluntarios que iba de Santiago á incorporarse en su ejército, y atacar en seguida al enemigo, que él sabía desmoralizado, mal pagado y descontento. En consecuencia, después de haber hablado con el parlamentario, lo despidió con esperanzas lisonjeras; pero habiendo vuelto este con la exijencia, de parte de Pareja, de que le enviase á su hermano Luis en rehenes, esta pretensión le irritó en términos que se negó á toda composición, y se

(1) En su parte al virey Abascal, Pareja no hablaba de esta insurrección, y le decía que no había pasado el río, «porque en el caso de crecer este, como lo hace tener lo avanzado de la estación, me hallaré de la otra banda con el enemigo á la vista, cortada la retirada, y sin los recursos necesarios para la subsistencia del ejército, puesto á la inclemencia del tiempo.» (Véase la Gaceta del gobierno de Lima, n° 14.)
decidió á continuar la guerra. Es verdad que entretanto, se le acababa de incorporar el batallón de infantería de la Patria, cuya fuerza no era más que de doscientos cincuenta hombres, pero bien disciplinados, y mandados por Muñoz Bezanilla (1), y por otro lado, había recibido aviso de que los habitantes de Bilbao, sostenidos por Pareja, se habían sublevado contra don José Cruz Villalobos, capitán del regimiento de Lautaro, y lo habían arrestado, así como también á los veinte y cinco soldados que guardaban el puerto; acción tanto más indigna á los ojos de un militar de honor, cuanto había tenido lugar mientras se negociaba un tratado.

Pareja tenía un carácter muy humano y hubiera deseado mucho evitar efusion de sangre firmando una paz honrosa para los dos partidos. La dificultad que encontraban sus intenciones de conciliación, reunida con el movimiento de insubordinación que se había producido en los Chilotes, le causó tanto sentimiento que su salud se alteró gravemente con una calentura maligna, inflamatoria, de las más alarmantes. Obligado á irse á Chillan á establecer allí sus cuarteles de invierno, no pudo soportar la fatiga del viaje, y tuvo que dejarse llevar en una litera por cuatro soldados, alejándose precipitadamente de las posiciones del Maule, en donde había esperado llegar al fin de la conquista, firmando un tratado de paz, y dejando el mando de sus tropas á Juan Francisco Sanchez, capitán de un batallón de

(1) Este batallón era el que había sido formado en 1812 con el nombre de batallón de Pardos. Para quitar distinciones en un país que se batía por la libertad y la igualdad, el gobierno, por un decreto del 25 de abril, había sustituido á este nombre el de batallón de Infantes de la Patria.
veteranos y acérrimo partidario de la causa real. Tan luego como Carrera supo la insubordinación de los Chilotes y su marcha para el sur, convocó un consejo de guerra en el cual se resolvió fuese perseguido con ardor el enemigo para aprovechar de su desorden. El ejército patriota había sido reorganizado; las milicias, muy disminuidas por las deserciones y por licencias dadas a hombres inútiles, fueron reunidas en dos brigadas, una mandada por O'Higgins, y otra por Luis Cruz. Las tropas regladas, aumentadas con el batallón de voluntarios de la Patria, al mando de don José Antonio Cotapos, que acababa de llegar de Santiago, quedaron al mando de sus hermanos. Bien que se resintiese aun de todo lo sucedido y de la pérdida de los dos buques, en los que tenía fundadas tantas esperanzas, nada se le notaba en el semblante, y con la misma serenidad de ánimo que siempre, aquella misma noche dio orden para empezar el movimiento e ir á campar á las márgenes del Maule.

El 12 de mayo la vanguardia llegó á Longavi y el capitán Diego Benavente recibió orden de avanzar y de picar la retaguardia de los enemigos, que alcanzó al siguiente día, y á la cual tomaron dos mil vacas, veinte soldados que las escoltaban y una infinidad de milicianos atrasados.

El cuerpo del ejército seguía corriendo, por decirlo así, á la vanguardia; pero en el mayor desorden por causa de los grandes aguaceros que caían y que le incomodaban mucho, poniendo intransitables los caminos y los ríos, que crecían extraordinariamente. Al llegar al Estero de Buli, la vanguardia quitó al enemigo un carro de equipajes, le hizo doscientos prisioneros y se detuvo para
aguardar al ejército y reunir los dispersos. En este inter-
valo de tiempo, don Manuel Vega, edecán de Carrera, 
había sido enviado por su jeneral á Pareja, que ocupaba 
San Carlos, dos leguas distante de Buli, con un oficio in-
timándole se rindiese á discreción, bajo la promesa de 
tratarlo con miramientos y de dejarle irse á Lima.

Vega fué recibido con la mayor cortesía. El intendente 
militar Matías de la Fuente le dió á entender que su ne-
gociacion podría tener buen éxito; pero esta respuesta 
no satisfizo al jeneral patriota, que, temiendo hubiese 
en ella algún doblez, prefirió ir á atacar los realistas 
con todas las fuerzas que había podido reunir por la 
noche.

Al día siguiente por la mañana, dió órden para formar 
una vanguardia compuesta de una compañía de infante-
dría, del escuadrón de húsares, del de la guardia jeneral 
y de dos cañones para marchar sobre el río Nuble y cortar 
la retirada á los realistas. Esta coluna llegó á San Carlos 
justamente cuando el enemigo acababa de evacuarlo, 
le siguió al alcance, y habiéndosele dado, le picó 
la retaguardia, que precipitó su marcha para juntarse 
al cuerpo del ejército. Entonces, creyendo los rea-
listas que iban á ser atacados por todas las fuerzas 
patriotas, corrieron á una loma en donde se atrincherá-
ron con las carretas que llevaban los víveres y los ba-
gajes, y pusieron en batería veinte y cinco piezas de 
campaña que tenían. A pesar del mal estado de su salud 
y de los agudos dolores que le aflijían, Pareja tuvo la 
fuercia, no de montar sino de dejar que lo montasen á 
caballo para vijilar por sí mismo las disposiciones de 
la defensa, y permaneció así dos horas sostenido por 
sus propios ánimos; pero sintiéndose al fin desfallecer,
tuvo por fuerza que dejarse transportar á la litera para esperar allí lo que decidiese la suerte de la guerra.

Contra el parecer del jeneral en jefe, don José Carrera quiso tener la honra de dar principio al ataque, y creyendo que para arrollar tropas desmoralizadas, según decían, le bastaba presentarse, no permitió á la vanguardia, ya empeñada en una escaramuza, tuviese parte en sus glorias, y mandó á los granaderos cargar á la carrera, olvidando sus recientes fatigas, y la imposibilidad de emplear todo su brío para cargar con suficiente arrojo. Apenas se acercaron lo bastante, cuando las primeras descargas de las piezas de á 4 y de á 8 enemigos los rechazaron y desordenaron completamente, como también al batallón de infantes de la Patria que los seguía de cerca. La artillería de la 2ª división, mandada por el capitán Gamero y el teniente García, tuvo dos cañones desmontados. Si en aquel momento, Sánchez hubiese hecho una salida de sus trincheras, es probable, y los patriotas mismos lo confesaban, que habría puesto en completa derrota al ejército de Carrera; pero no teniendo la mayor confianza en sus propias fuerzas, se mantuvo en la defensiva, con lo cual Mackenna, que mandaba la reserva formada de las milicias de O'Higgins y de unos cien voluntarios, pudo avanzar y entrar en acción.

Por otra parte O'Higgins tuvo orden para atacar la caballería enemiga, que desordenó completamente, forzándola á pasar precipitadamente el Nuble y á huir con terror á Chillan, motivo por el cual los habitantes, atemorizados, no enviaron municiones al ejército, que carecía de ellas. Los voluntarios, conducidos por Mackenna, acu-
dieron á apoyar la artillería maltratada por la de los enemigos, y gracias á su firmeza y á la caballería mandada por el bizarro O'Higgins, se consiguió contener al ejército de Pareja y entretenerlo hasta que á favor de la noche las tropas de Carrera pudiesen retirarse á San Carlos.

Entre los prisioneros que se hicieron hubo muchos que fueron inmolados, y esta acción indigna de militares de honor echó un feo borron sobre todos cuantos tuvieron parte en ella.

Estos fueron los diferentes episodios de la batalla de San Carlos, tan diversamente comentada por los dos partidos, que cantaron victoria cada uno por su lado, sin mas resultado que el haber dado uno y otro pruebas de decisión y de valor. Los realistas tenían contra sí la desmoralización que sigue á una derrota, y la enfermedad sumamente grave de su jeneral, que, como se ha dicho, postrado en su litera había abandonado enteramente el mando á Sanchez, militar experimentado sin duda, pero que no podía inspirar la misma confianza. Lo que mas sostuvo el espíritu de sus tropas fué el entusiasmo religioso que les infundían los franciscanos de Chillan, que seguían el ejército. Uno de estos religiosos era el nombrado Banciella, hombre de elocuencia y de acción, el cual en un rapto de santa inspiración tomó un crucifijo en la mano, y corriendo por entre filas, exaltaba con sus j Esto y con la vehemencia de sus palabras el fanatismo de aquellos buenos soldados de Chiloé, que creían batirse contra herejes, y merecer la palma del martirio, si morían, ó la recompensa debida, si vivían (1).

La situación de los patriotas era aun mucho mas crí-

(1) Conversación con Bernardo O'Higgins.
CAPÍTULO XXII.

tica. En primer lugar, había poca unión en los jefes, causa grande, en jeneral, de malos sucesos militares. En segundo, casi todos los soldados estaban mal armados, veían el fuego por la primera vez y entraban en acción después de una marcha forzada de cuarenta leguas en tres días por maléssimos caminos, y molestados por una continua lluvia que les asolaba la fibra y abatía sus áni-
mos. Si á estas desventajas se añade la de su inferioridad numérica (1), y la no menor de tener que atacar un enemigo bien atrincherado y con suficiente y buena ar-
tillería para mantener á distancia todo ataque, se com-
prenderá sin dificultad que estos patriotas podían, en cierto modo, creerse victoriosos en hecho de haber der-
rotado completamente su caballería, haber dado muerte á muchos soldados y hecho un número bastante crecido de prisioneros.

Es verdad que aquel mismo día, uno y otro ejército habían hecho lo posible para ser derrotados. Los realis-
tas, si hubiese habido mas unidad entre los patriotas, y estos si los hubiesen perseguido al pasar el río Nuble, ó, aun mejor, si en lugar de la desgraciada carga de José Carrera, se hubiesen limitado á cortarles la retirada á Chillán y los hubiesen arrojado sobre Concepción, á donde nunca hubieran podido llegar sin grandes dificultades y grandes pérdidas, por los montes y ríos, crecidos por las lluvias, que tenían que atravesar, ciertamente la cam-
paña era perdida para ellos.

(1) Torrente exajera mucho el número de las tropas patriotas. Según Miguel Carrera no pasaban de 1109 infantes, 1567 milicianos de á caballo, y 153 ar-
tilleros con 11 cañones; así todos reunidos subían solo á 2829 soldados. Los realistas al contrario contaban 6000 hombres, á saber 2000 infantes, 3000 mil-
icianos montados y 100 artilleros con 22 piezas de cañón. (Véase el manifiesto de Miguel Carrera á los pueblos de Chile.)
Por su parte, los patriotas hubieran también podido ser batidos, si aprovechando el momento de la dis- persión de los granaderos y de los infantes de la Patria, hubiesen los realistas hecho una salida repentina y arrojada para impedirles de rehacerse, operación tanto más fácil cuanto, a pesar de los esfuerzos de Miguel Carrera, no se consiguió sino a duras penas. Esta división una vez derrotada, las otras dos no hubieran podido oponer mucha resistencia, por hallarse compuestas, en gran parte, de mili- cianos sin táctica ni disciplina y que al menor choque habrían cedido el terreno prontamente. Pero el jenio infernal de la anarquía no quiso que se terminase tan pronto aquella lucha fratricida, y mientras dejaba alejarse á unos, por un lado, del campo de batalla, permitía que los otros continuasen su retirada á Chillán, que los realistas de allí habían puesto ya en estado de de- fensa.

Esta retirada se verificó por la noche mientras los patriotas limpiaban sus fusiles, ó dejaban descansar sus caballos, que habían quedado casi fuera de servicio. La víspera, había habido en San Carlos una reunión de jefes, pero sin más resultado que la determinación de enviar al ser de día una partida de cuarenta hombres mandados por el teniente Francisco Xavier Molina al sitio mismo en donde habían acampado los realistas. Molina fué allá, y hallándolo abandonado, continuó su marcha hacia el paso del Nuble, á donde llegó en el momento que la re- taguardia lo atravesaba. Bien que se hallase con muy pocas fuerzas, la atacó con ímpetu y la obligó á huir con precipitación dejando cuatro cañones en el río, y á la orilla, algunos bagajes y municiones. Los realistas, unos corrieron á Chillán, y otros, mas resueltos, se
hicieron fuertes en algunas casas para oponerse al paso de sus perseguidores; pero en aquel instante, le llegó a Molina un refuerzo, que era la partida del teniente García con dos cañones, y consiguió desalojarlos. Aquella misma noche, todo el ejército de Carrera vino a acampar a la proximidad del río.
CAPITULO XXIII.

Sanchez se fortifica en Chillan.— Miguel Carrera marcha sobre Concepcion, y se apodera de esta ciudad. — Ataque y toma de Taleahuano.— El obispo Villodres se salva en la Bretaña, acompañado de muchos realistas. — Toma de la fragata la Tomasa. — Importancia de esta presa. — Casi toda la provincia en poder de los liberales.— Sanchez continua las fortificaciones de Chillan. — Miguel Carrera se propone el ir á atacarlo. — Ordenes que da á cada division.— Noticia falsa de una invasion en el norte.— Preparativos á que da lugar.— Salida de Carrera para Chillan.

Luego que el ejército realista llegó á Chillan, Francisco Sanchez dió disposiciones para fortificar esta ciudad, en donde la naturaleza nada había hecho por su defensa; hizo levantar trincheras en la plaza mayor y en las principales calles, abrir algunos fosos y construir dos fortines, uno al norte y el otro á tres cuadra al poniente de la plaza, determinado á pasar allí sus cuarteles de invierno y aguardar los socorros que debían llegarle del Perú para entrar de nuevo en campaña á la primavera. Viendo que se agravaba la enfermedad de Pareja, conocía que toda la responsabilidad de los sucesos de la expedicion iba á recaer en lo sucesivo sobre él, y que por lo mismo era de su deber combinar con prudencia y con vigor sus operaciones contra todo evento.

Carrera, por su lado, no siendo ni menos activo ni menos hábil en sus planes de agresión, percibió de un vistazo el yerro que su adversario había cometido en dejar á descubierto el camino de la Concepcion, abandoando el mando de esta ciudad y la dirección de los negocios públicos á un prelado escesivamente prudente
por carácter, y que no podía disponer mas que de un corto número de soldados. En consecuencia, determinó ir á atacarlo para poder apoderarse en seguida del puerto de Talcahuano, justamente considerado como llave de la provincia, é impedir así que el enemigo recibiese socorros de Lima.

Mackenna se mostraba muy opuesto á este proyecto, en atención al estado precario del ejército y á la ignorancia en que todos estaban sobre las verdaderas intenciones de los habitantes. O'Higgins, por el contrario, sostuvo con todo su tesón que el designio del jeneral en jefe era muy plausible, y contribuyó á que se pusiese en ejecución aquel mismo día para aprovechar de la confusión que reinaba aún en el ejército real.

Luis Carrera, comandante de la primera división, se puso en marcha, á la cabeza de la vanguardia, el 17, con cuatro piezas de campaña, y fué á pernoctar en Changaral, distante cinco leguas del campamento del ejército. Al día siguiente, salió el capitán Prieto con un destacamento de cien hombres, que componían su partida y la de Molina, para ir á causar una diversion á los realistas de Chillan é inquietarlos por aquella parte. Algunos días después, se enviaron otros destacamentos á diferentes puntos de la provincia; el coronel Vega fué á ocupar Cauquenes; Francisco Barrio, Quirihue; y Bernardo O'Higgins se dirigió sobre la isla de la Laja para apoderarse de los Anjeles. Bien que no llevase mas que treinta hombres, en cuyo número se comprendían algunos oficiales, contaba sobre el influjo de sus allegados y sobre sus muchos partidarios.

Tomando todas estas medidas, Miguel Carrera se aseguraba de una gran parte de la provincia, conservaba
sus comunicaciones libres con la capital y dejaba completamente aislado al ejército de Pareja, bloqueado, por decirlo así, en Chillán, y bastante considerable para que fuese sumamente importante observar sus movimientos e impedirle de tomar, á su vez, la ofensiva. Con este objeto, quedó en el cantón de Nuble una columna de observacion compuesta de noventa voluntarios de Santiago y reclutas de Talca; de quince infantes de la Patria y de las milicias á caballo de Linares, Parral, San Carlos y Quirihue, que debían incorporarse allí (1), mandada por el coronel don Luis de la Cruz, cuyas órdenes terminantes eran no empeñar acción alguna, y replegarse, en caso de necesidad, sobre el coronel Juan de Dios Vial, que se hallaba en Talca prevenido para auxiliarle.

El 20 de mayo, el ejército dejó su campamento de las orillas del Itata y se puso en movimiento para Concepción. El jeneral en jefe se adelantó para ir á reunirse con la vanguardia, después de haber enviado á don Diego Benavente de parlamentario para persuadir á Pareja se rindiese. Fué Benavente y llenó su mision, pero sin éxito; Pareja no se rindió.

Juan Esteban Manzano, enviado igualmente de parlamentario á Concepción por su hermano Luis, lo tuvo mejor. Sobrecogido el obispo Villodres de los peligros que creía le amenazaban, corrió á refugiarse á bordo de la Bretaña, y dejó el gobierno de la ciudad al cabildo que había antes de la invasion. Tan pronto como Miguel Carrera tuvo noticia de esto, despachó á su edecán don Antonio Mendiburu y el capitán Prieto con algunas tropas para que se apoderasen de la ciudad, y al día

(1) Relación de los servicios del jeneral Cruz.
siguiente, llegó el mismo en persona á ella con grande satisfacción de los patriotas, que hasta entonces habían estado oprímidos por las medidas vigorosas del obispo gobernador. La víspera, justamente, las casas de algunos de estos habían sido saqueadas por soldados que habían ido á buscar cuatro cañones y municiones, y muchos realistas, temiendo les sucediese lo mismo á su vez, salieron de la ciudad para ir á refugiarse á Talcahuano. Este puerto estaba en efecto bastante bien fortificado. Habiéndole rodeado por todas partes de montañas bastante escarpadas, la naturaleza misma lo había dotado de una fuerte defensa que aumentaba la resistencia de las fortificaciones militares. Desgraciadamente, había pocas tropas para poder cubrir todos los puntos atacables; pero noobstante, le gobernador, que lo era el coronel Texeiro, se mostró altanero en su entrevista con el plenipotenciario María Benavente, que iba á imponerle una capitulación. «No capitularé, le respondió, hasta que vea las tropas sobre Talcahuano.»

La respuesta del obispo, á quien Carrera había escrito volviese á ponerse á la cabeza del gobierno eclesiástico, fué muy humilde, pero en ella se negaba á volver á dicho gobierno, noobstante la protección especial que le prometía; porque el buen prelado, á fuerza de hablar de la crueldad de los insurgentes, estaba tan persuadido de ella, que ya se hubiera guardado bien de flarse á la supuesta jenerosidad de su jefe.

El 27 de mayo, llegó la vanguardia á Concepción, y el mismo día, mandó Miguel Carrera enarbolar la bandera nacional en medio de la plaza, y hubo una misa en acción de gracias, celebrada por el digno patriota don Salvador Andrade. Lo restante del día se empleó en pre-
parativos de guerra, pues el jeneral estaba resuelto á ir á atacar Talcahuano, sin siquiera esperar la llegada de la division que mandaba su hermano José. Las tropas de que podía disponer eran la vanguardia, y muchos desertores del partido real, que se le habian pasado, ya fuese por patriotismo, ó por el atractivo del premio que les habia prometido.

El 28, fué el jeneral á reconocer y estudiar el terreno que pensaba ocupar, en compañía de su amigo Poinset. En San Vicente, un sarjento de artillería, Tadeo Villagran, prisionero de guerra fugado de los pontones, le enteró perfectamente de la situación de los realistas en Talcahuano, con lo cual resolvió ponerse en marcha aquella misma tarde con sus setecientos infantes, trescientos caballos y cuatro piezas. Al día siguiente, renovó su intimación, y mientras tanto, tomaba disposiciones militares, y disponía partidas de reconocimiento á las órdenes de los dos bizarros oficiales, el capitan Prieto y el teniente don Ramon Freire, que luego después fueron la honra y el gloria de su país.

El nuevo parlamentario tuvo tan poco ó tan mal éxito como el primero, ó, lo que es lo mismo, le pidieron el término de cuatro horas para decidir en consejo de guerra lo que se había de hacer, lo cual no era mas que un pretexto para ganar tiempo. En vista de esto, el jeneral en jefe mandó que las guerrillas cargasen y que por el camino de la izquierda subiesen á tomar las alturas, que estaban defendidas por 150 hombres y un cañón. El teniente coronel Muñoz Bezanilla con 200 fusileros, el capitan Gamero con una carronada, y el alferez don Pedro Nolasco Vidal con un cañón de á 4. En poco tiempo obligaron á retirarse al enemigo, que se replegó
á la plaza. Doscientos de nuestros fusileros ocuparon la altura de la derecha, y se colocó en ella un cañón mandado por el capitán Morla. La guardia nacional y la caballería formaban el cuerpo de reserva. El enemigo hacía un fuego vivísimo y estaba sostenido por las lanchas cañoneras. Nuestra artillería correspondía con ventaja. El capitán Morla echó á pique un bote armado, y el capitán Gamero hizo bastante estrago en una de las lanchas. Después de cuatro horas de fuego, mandé atacar el pueblo, en el que estaba atrincherado el enemigo con bastante artillería, y fue tomado en el momento por nuestros bravos.

Se distinguió en el ataque el padre Fray Manuel Benavides con algunos granaderos que, en aquel momento, capitaneaba. Se colgó de la bandera real, y no viéndose libres aun del peligro, emplearon un rato en despedazarla. Siguieron sobre el enemigo, que ya se embarcaba en botes; pero se metieron los nuestros al mar con el agua al pescuezo y sacaron á todos los que huían, menos los botes, que pudieron escapar con varios oficiales y jefes de la plaza, que se embarcaron á bordo de la Bretaña (1).

La toma de Talcahuano fue considerada en aquel momento como un hecho de armas de la mayor importancia, porque aislaba al enemigo completamente de la patria, y la reducía á sus propias fuerzas. Miguel Carrera lo celebró con mucho júbilo en medio de sus valientes soldados, que acababan de darle nuevas pruebas de su arrojo; é impelido, sin reflexión, por un movimiento de loca satisfacción, les concedió el saqueo de Talcahuano, durante muchas horas. Bien que la irrita-

(1) Diario de Miguel Carrera.
ción de las tropas solo fuese contra los realistas, promotores de la guerra, y que despreciasen el botín, repartiéndole, a medida que lo cojas, entre los indijentes del pueblo; noobstante, no se puede negar que esta acción de Carrera fué indigna de un jefe militar, muy perjudicial á los resultados que acababa de obtener y de la que, tarde ó temprano, no podrían menos de servirse sus enemigos como de un arma de vituperio y de reprobación contra él y contra sus fines.

Entre las personas que habían conseguido salvarse á bordo de la Bretaña, se hallaban el mayor jeneral don Ignacio Justis, Monreal, todos los oficiales y el traidor Ximenez Navia, que era el que más hubiera deseado Carrera cojer. Para eso, mandó preparar dos lanchas cañoneras, que al mando del teniente don Nicolas García, salieron para atacar la Bretaña, contrariada por un viento norte sumamente recio, que la obligó á permanecer anclada durante muchos días en la isla de la Quiriquina, en donde habría sufrido mucho de los tiros de la artillería del fuerte, si el enemigo no hubiese tenido la buena inspiración de inutilizar los cañones antes de abandonarlos. Por consiguiente había alguna esperanza de éxito para las lanchas cañoneras; pero desgraciadamente, el mismo inconveniente que experimentaba la Bretaña, las impedia también de adelantar y acercarse; de suerte que cuando saltó el viento favorable, el buque tuvo tiempo para salvarse.

A pesar de este mal éxito, los resultados de esta acción eran sumamente ventajosos para los patriotas. Además de haber ocupado Talcahuano, se habían tomado tres bastimentos enemigos, se habían libertado de los pontones sesenta granaderos, treinta husares y otros tantos
milicianos que habian caído prisioneros en la acción de Yerbas Buenas, y que tuvieron la felicidad de incorporarse bajo sus banderas. Los almacenes se hallaron bien provistos de vestuario, armas, víveres y saltpetre. El enemigo tuvo muchos muertos, y se le cojieron ciento y cincuenta prisioneros, contando siete oficiales, los cuales fueron todos tratados con la más jenerosa humanidad, sin que ningún individuo del ejército se propusese a hacerles el menor insulto.

Luego que la Bretaña dió la vela, Miguel Carrera resolvió contramarchar con sus tropas á Concepción para combinar allí un plan de ataque contra Chillán. Dejó al teniente coronel don Santiago Muñoz Bezanilla de gobernador en Talcahuano con orden de disponer que la bandera española tremolase en los diferentes puntos de la costa, á fin de atraer los buques peruanos. Así lo ejecutó dicho gobernador, y con esta treta consiguió, al cabo de siete días, apresar el bastimento la Thomas, que venía ricamente cargado de toda especie de socorros para el ejército invasor de Chile. El capitán de dicho bastimento, aunque con mucho recelo, había tenido que decidirse á enviar en un bote al puertecito de Tumbe al oficial de marina don Felipe Villavicencio, á informarse del estado de la guerra; pero en aquel momento, ya por orden del gobernador de Talcahuano se habían puesto por toda la costa emboscadas para interceptar á dicho buque toda comunicación con tierra; por manera que á penas el citado oficial saltó en ella, fué cogido con todos los marineros que llevaba. Al día siguiente, la fragata tuvo la misma suerte, porque hallándose fondeada en el puerto mismo, fué sorprendida por la noche por dos lanchas cañoneras mandadas, una por don Nicolás
García y la otra por Ramón Freire, y que la forzaron a rendirse sin resistencia.

En esta fragata iban treinta y siete oficiales destinados a los cuadros de algunos cuerpos de nueva creación, y entre ellos había sujetos de mucho mérito, tales como el brigadier Rábago, el coronel Olaguer Féliu, el hábil oficial de marina real Colmenares, el cirujano Grajales y otros. En su cargamento se contaban cincuenta mil pesos de mercancías, una cantidad igual en efectivo; armas, municiones y otros pertrechos, con todo lo cual el ejército real se habría puesto sobre un pie respetable y en estado de tomar la ofensiva; pero la providencia dispuso las cosas de otro modo para la salvación de la República, haciéndose el regulador de los acontecimientos y poniéndoles en armonía con las necesidades de la época para que los patriotas pudieran aprovecharse de ellos.

Mientras que por un lado se conseguían todas estas ventajas, O'Higgins, que después de la acción de San Carlos, se había dirijido con algunos pocos soldados a la frontera para animar al pueblo, y atraerlo a su partido, había conseguido apoderarse del fuerte de los Anjeles, haciendo prisionero a su comandante, que era el coronel don Fermín Zorondo, y a ciento y diez soldados, entre dragones y artilleros, que lo ocupaban. En seguida, ayudado de los milicianos, que sus amigos le habían llevado, y de algunos veteranos que, por patriotismo o por alcanzar el premio prometido, habían desertado del ejército español, empezó a recorrer toda la frontera, atacando todos los fuertes, que sucesivamente tomó, esceptuando solo los de Talcamavida y Santa Juana.

En consecuencia, ya Miguel Carrera se hallaba dueño de casi toda la provincia invadida. En menos de dos
meses de tiempo, su ojeada militar, su tino y su actividad consiguieron arrinconar al enemigo en un solo punto, quitándole todas las posiciones que ocupaba, y poniéndolo en un aislamiento tal que ya no podía procurarse víveres sino por la fuerza. En semejante estado de cosas, un jefe circunscrito y maduro no podía ni debía obstinarse contra la suerte de la guerra, y por el interés mismo de la causa que defendía, lo que tenía que hacer era someterse ó resignarse á lo que las circunstancias pedían, procurando sacar de ellas el mejor partido posible. Con las ideas que ya habían echado raíces en el país, y con los progresos de aquel partido, ya no era posible dudar del triunfo de la revolución, y todo cuanto se podía pretender y esperar era reconquistar el país diplomáticamente y comercialmente.

Pero había poca posibilidad de conseguirlo en aquel instante en que el gobierno español ya no se hallaba representado más que por un jefe militar, y como ya se sabe, los jefes militares en jeneral, no conocen más que su espada, y las instrucciones que tienen, de las cuales son esclavos, y las mas veces sin poder hacer mas que sustituir la fuerza al derecho, la terquedad á la razón. Sobretodo, Pareja, que, por la naturaleza de su mision, hubiera podido usar de esta política, acababa de fallecer, y Sanchez había recibido demasiada poca educacion para entenderla. Por eso, dejándose llevar de su propio interes y de su ambicion, procuró conservar ó ganar por acciones el grado eminente que la casualidad le acababa de dar.

La ciudad de Chillan, situada en un llano, era poco propia á servir de retirada, porque no tenía defensa alguna natural, y, en este particular, Sanchez se mos-
tró poco hábil en el hecho de preferir esta ciudad á la de
Talcahuano, la cual reunía á la facilidad de la defensa
la grande ventaja de hacerlo dueño del mar; pero por
otra parte no se puede disimular que suplía á la falta de
talento desplegando una actividad extraordinaria. Bien
que fuese naturalmente muy poco ágil, se le veía con-
tinuamente en las obras de fortificación animando á los
trabajadores, alentándolos y causando temor á los des-
contentos con el aspecto imponente que la naturaleza le
había dado.

Los soldados que le quedaban no eran muchos, y no
pocos estaban muy enfermos; pero gracias á algunos
realistas, y principalmente á los hermanos de la órden
de San Francisco, había conseguido reunir á su pequeña
fuerza una bastante grande de milicianos, que oficiales
de instrucción y de habilidad estaban encargados de
ejercitar y disciplinar. Estos soldados le eran suma-
mente útiles, porque eran prácticos conocedores de
todas las localidades del país, conocían perfectamente
todos sus desfiladeros y accidentes de terreno, y podían
mandar partidas de guerrilla tanto para inquietar la
division acampada á las márgenes del Itata, como para
abastecer de las muchas provisiones que un largo sitio
iba á hacer muy necesarias, pues había tenido conoci-
miento por sus espías de las intenciones de Carrera, y
ya sabía los preparativos que estaba haciendo para ir á
atacarlo.

Sin embargo, la estación era poco favorable para este
ataque, en atención á que estábamos en el corazón del
invierno, época de eternas lluvias, en la cual el mal es-
tado de los caminos y las crecidas de los ríos hacen á
unos y á otros sino enteramente intransitables, á lo me-
nos, de difícil y fatigoso tránsito. Por eso, muchos jefes opinaban se aguardase por el buen tiempo para empezar esta nueva campaña, fundándose especialmente en que el sitio que iban á poner á Chillan exijía mucha artillería; pero Carrera calculaba de otra manera, y pensaba que la toma de Concepción, y su éxito en Talcahuano, debían haber desmoronado al ejército enemigo, de cuyo temor sería muy útil aprovechar para darle una batalla decisiva y esterminarlo. Tal era la confianza que tenía en el mal estado de los soldados de Sánchez, que ya empezaban á abandonar sus banderas, y la que le daba el prestigio de la conversación de la ofensiva, que en todos sus partes al gobierno, no pedía mas que ocho días para acabar con el ejército enemigo.

El plan que tenía que seguir era muy sencillo: hallándose el enemigo reunido y encerrado en una sola ciudad, solo se trataba de sitiarlo en ella, y con este fin, escribió á los diferentes cuerpos dispersos por la provincia reuniesen en las inmediaciones de Chillan.

O'Higgins recibió orden de reunirse sobre el Diguillin con los mil cuatrocientos soldados de milicias que había podido reunir, y algunos granaderos y artilleros que había sabido ganar, ó que Carrera le había enviado bajo el mando de Campino.

El coronel Vial, acuartelado en Talca, fué encargado de ir á reforzar la coluna de observación del comandante Cruz, cuya posición se hacia cada día mas crítica.

Luis Carrera, acompañado del consul Poinset, partió el 22 de junio, para la division del centro, precedido de la artillería de campaña y de los dos cañones de á 24, que habían salido la antevíspera, y cuyo transporte había de costar tanto trabajo y tantas dificultades á su
conductor, que era el bizarro teniente Bernardo Barrueta. En seguida, volviendo sus previsiones hacia Concepción, que consideraba, con mucha razón, de mucha importancia, mandó que fuesen sacados de allí los reos de estado y confinados en la Florida, bajo la salvaguardia del subdelegado José María Victoriano; instaló una junta provisionar para vigilar la seguridad de la provincia, y las necesidades del ejército, y el 23 de junio, salía de Concepción y se diriija sobre Talca para acelerar la salida de Vial, cuya tardanza empezaba á parecerle sospechosa.

Se ha supuesto que el gobierno no veía de buen ojo esta campaña y que la había desaprobado; pero esto no es exacto, pues, por los documentos que tenemos á la vista, vemos, al contrario, que la quería y la apresuraba, porque ya le tardaba el que se concluyese aquella guerra entre hermanos para entregarse con reposo y tranquilidad á las mejoras que el país reclamaba. Además, sucedió en medio de todo esto un acontecimiento que parecía propio á activar la expulsión pronta y completa de los realistas de la provincia de Concepción.

Al tiempo de la toma de Talcahuano, la mayor parte de los realistas había podido embarcarse en buques que se hallaban anclados en la bahía, y gracias al viento, que se les hizo favorable, muchos de estos buques pudieron largarse y ponerse fuera de alcance. Entre ellos se encontraba la Bretaña, fragata armada en corso y mandada por Pargas, la cual, luego que tuvo la mayor parte de los jefes á su bordo, tomó la dirección de Lima, y al pasar delante del Huasco, tuvieron la presencia de ánimo de esparcir allí el ruido de la próxima llegada de una poderosa expedición realista, esperando atraer, por
este medio, la atención del gobierno sobre aquel punto, distraer, tal vez, una parte de las tropas de su verdadero objeto, y dar así a Sanchez lugar para hacer frente al enemigo y fortificarse. Habiendo tomado esta resolución, se dirigieron en derechura al citado puerto, y desde allí, el comandante, que tomó el nombre de Mariano Osorio, jefe de la tercera division expedicionaria, pasó un oficio al subdelegado de Ballenar, don Manuel Hodar, anunciándole la supuesta expedición, compuesta de tres mil hombres, á las órdenes de Joaquin de la Pezuela; y preñiviéndole que, antes de pasar á Valparaíso, debía venir á apoderarse de la provincia; que en consecuencia, reuniese á los milicianos y tuviése prontos para el día siguiente doscientos caballos, trescientas mulas y los víveres necesarios para ochocientos hombres, todo lo cual le sería exactamente pagado.

Bien que la falsedad de esta noticia no hubiese tardado en ser sabida, con todo, tuvo tiempo para alarmar bastante al gobierno. Don Tomas O’Higgins, que mandaba las fuerzas del norte, se había visto tan alarmado por el subdelegado del Huasco, que no pudo menos de escribir en el mismo sentido al poder ejecutivo; y Gregorio Cordoves, que se encargó de llevar esta comunicación, estaba demasiado penetrado del peligro que corría la provincia, para no exajerarla involuntariamente.

En aquel estado de cosas, el gobierno debió tomar las medidas mas eficaces y las mas prontas, y procuró, en primer lugar, tranquilizar al pueblo con palabras propias á inspirar confianza, y á serenar los ánimos; y en segunda, ofició á todos los comandantes de la milicia del norte y del centro para que se estuviesen prontos á
ir á reunirse en los dos cuerpos de ejército, uno, man-
dado por don Tomás O’Higgins, gobernador de Co-
quimbo, y el otro á las órdenes de Lastra, gobernador
de Valparaíso. A este último, el gobierno le envió, ade-
mas, una partida de trescientos hombres, que estaban
de vuelta de Buenos-Aires, y que salieron conducidos
por su denodado comandante y gran patriota Andres
de Alcazar.

Miguel Carrera acababa de dejar Concepción cuando
recibió el oficio del gobierno, que le anunciaba aquella
repentina invasión, y le inducía á que atacase á San-
chez lo mas pronto posible para arrojarlo de la provin-
cia, en donde su presencia era muy peligrosa. Bien que
Carrera no diese mucho crédito á la noticia, como él
mismo lo decía en su respuesta, no obstante, se dispuso
á obrar aun con mas actividad, porque realmente tales
eran sus planes.

De Quirihue, en donde se hallaba, pasó órdenes á
los diferentes cuerpos para que cada uno obrase en el
sentido de sus combinaciones. A Cruz, le escribía se
mantuviese vijilante, prometiéndole que dentro de pocos
días sería reforzado; al coronel Merino, que era de Qui-
rihue mismo, le mandó prepararse cuanto pudiese nece-
sitar la división de Talca; y en seguida, escribió al go-
bierno indicándole las nuevas medidas que debía de
tomar, y asegurándole de nuevo que pocos días basta-
rian para aniquilar completamente los restos del ejército
realista; ilusión lamentable que tal vez contribuyó al
mal éxito de aquella campaña, y, en seguida, á la pé-
dida del país.
CAPITULO XXIV.

Sanchez continua sus trincheras.— Socorros que recibe de los misioneros franciscanos.— Una parte de sus tropas es dispersada en guerrillas.— La de Urrejola hace prisionero al coronel Cruz y á su columna.— Miguel Carrera va á incorporar en el campamento de Chillan las tropas acantonadas en Talca.— Disposiciones que da para el ataque.— Envía á Calderon de parlamentario á Sanchez, pero sin resultado.— Principio del ataque.— El Rollo cortado por el medio, del primer cañonazo.— Sucesos diversos de los dos partidos en ataque y defensa.— Incendio de las municiones de la batería patriota, y desgracias que ocasiona.— Presa de municiones que iban de Concepcion.— Viendo que no obtenia resultado alguno, envía un parlamentario á Sanchez.

Sanchez continuaba con celo y tesón las obras de fortificación, y ya había establecido algunas baterías. Se abrieron algunos fosos, y se armaron los fortines de modo que pudiesen resistir largo tiempo y con vigor. El de San Bartolomé, especialmente, había empeñado toda su atención, y don José Berganza, que era un hábil oficial de artillería, había dirijido la construcción de dicho fortín. Pero en medio de todo esto, no perdía de vista al ejército enemigo, y había enviado espías por todos lados que le tenían siempre sobre aviso de todos los movimientos de Carrera, y le informaron del proyecto que tenía de concentrar sus tropas en las cercanías de Chillan.

Bien que no pudiese impedirle de operar dicha concentración, podía á lo menos seguir y cansar á los diferentes destacamentos, obligándolos á mantenerse siempre alerta, é impidiéndoles, tal vez, de fortificar sus posiciones. Para ejecutar este proyecto se le ofrecieron sujetos capaces y prácticos en el país, á los cuales confió el mando de guerrillas. Con todo, la fidelidad de sus
tropas había empezado a decaer, minada ya por la política de los jefes patrióticos, sobretodo por la de O'Higgins; salvo los Chilotes y las tropas de Valdivia, que confundiendo siempre el rey con la religión, se mantenían sumisos y obedientes, las demás, ya por temor ya por codiciosidad, desertaban sus banderas y se pasaban al ejército de los patriotas. Esta deserción se extendía ya a los oficiales, circunstancia que empezaba a causar zozobras a Sancho, y habría desmoralizado completamente a todas sus tropas, si eminentes realistas no hubiesen hecho todos sus esfuerzos para mantenerlas en su deber.

Entre estos realistas se distinguieron por su celo y perseverancia los Franciscanos, los cuales, animados de sentimientos de la más acendrada lealtad al rey, temiendo que aquella revolución fuese contraria a la religión y ocasionase el olvido de todos los deberes que impone, se habían presentado desde el principio como auxiliares los más seguros y generosos, tomando todos una parte activa en el bienestar del ejército.

«El padre presidente Fray Antonio Banciella pertenecía al ejército en calidad de capellan, suministrando de paso los conocimientos más útiles respecto del terreno, y de los sujetos adictos o contrarios a la justa causa. (1) Otros servían en las enfermerías, y pusieron sus caballos, trigos, bueyes y carneros a la disposición del comisario de víveres, que aprovechó mucho de ellos, y aun destruyeron muchos libros y manuscritos, unos de la comunidad y otros particulares de los padres, para fabricar cartuchos. Su convento, asilo de santa paz, fue fortificado y convertido.

(1) Relación sobre la conducta de los religiosos del colegio de Chillán, por el reverendo padre Fray Juan Ramon Guardian, Mss.
en cárcel de estado, en donde los reos, la guardia de estos, que constaba de cuarenta hombres con sus oficiales, y muchas personas de las provincias, que habian venido á refujiar se en él, vivian á espensas de la comunidad. Una casa grande que tenia esta en los Guindos, con sus dependencias y capilla, que podia servir de punto de reunion y de defensa á los patriotas, mandaron los religiosos demolerla é incendiaria, y en razon de la penuria y escasez de dinero, que ocasionaba la interrupcion de comunicacion con el Peru, por la perdida de Talcahuano, mandó el padre provincial á Fray Gregorio Equiluz pasase inmediatamente á Valdivia, atravesando por medio de los Indios araucanos, ya conmovidos por las facciones enemigas. Enfin, «exortaban publica y privadamente con energfa apostolica al valor y á la constancia las tropas, suministrando asimismo á los respectivos jefes aquellos conocimientos que consideraban utiles y necesarios á la subsistencia, y prosecucion del feliz éxito de la ardua empresa que teniamos entre manos.» (4)

Asi daban estos celosos misioneros patentes muestras de su doble influjo, á saber, el que nacia del amor estremado que tenian á su rey, y el que les daba su mision, esencialmente evanjelica, teniendo constantemente alerta, sin pararse en fatigas ni en peligros, la conciencia de los soldados y de los habitantes del campo, y no se pasaba, por decirlo asi, dia alguno sin que hiciesen funciones religiosas para dar mas prestigio á sus palabras. Asi sucedia que los milicianos, animados de un cristiano entusiasmo, y escitados, ademas, por el ardor de algunos valientes oficiales, estaban siempre dispuestos á ba-

(4) Relacion sobre la conducta de los religiosos del colegio de Chillan, por el reverendo padre Fray Juan Ramon, Guardian. Mss.
tirse, y se formaban en guerrillas mandadas por coman-
dantes bizarros, tales como los dos Eleorriaga, Urrejola,
Quintanilla, Lantaño, Chaves y otros, cuya audacia
rayaba en temeridad, y fatigaban continuamente con
ataques parciales las diferentes divisiones de los patrio-
tas, que se defendían con no menos vigor y tesón.

Después de la pérdida de Talcahuano, estos oficiales,
enteramente aislados, sin poder recibir especie alguna
de socorro, se hallaban en una posición enteramente
particular, y su misión mudó totalmente de aspecto,
pues obligados a hallar todos sus recursos por sí mismos
y en ellos mismos, tenían que obrar más bien como ca-
bezás de partido que como jefes militares, usando alter-
nativamente y sin descanso, de audacia y de astucia para
atraerse partidarios y defenderse contra tantos enemi-
gos. Tal era el carácter que parecía deber tomar la re-
sistencia, y que la lentitud del ataque hacía necesario.

Sin duda, todas las salidas que hacían aquellos infa-
tigables milicianos no obtenían siempre felices resulta-
dos, y aun hubo una, la de San Xavier, que fue com-
pletamente destruida por el bizarro teniente Molina,
enviado por O’Higgins contra ella; pero otras, en cam-
bio, les surtieron muy favorables, y entre estas se puede
citar la que fue dirigida contra la división de Cruz.

Este coronel, que, como lo hemos visto ya, había
quedado en San Carlos con algunos pocos soldados para
observar los movimientos de Sanchez, se hallaba en la
imposibilidad de hacer frente al más indiferente ataque,
en primer lugar, por tener poca fuerza numérica, com-
puesta casi toda de milicianos; y en segundo, por las
deserciones que experimentaba, principalmente de parte
de los voluntarios. Mas de una vez había dado parte de
CAPÍTULO XXIV.

su posición embarazosa a Carrera, que al fin, había dado
orden a Vial para que fuese inmediatamente a socorrerle
con las tropas acantonadas en Talca; pero a pesar de
esta orden, Vial se quedó, quizá con intención, en
Talca, y dió lugar al infatigable Urrejola a marchar
sobre San Carlos con doscientos hombres, que mandaba el
valiente Elorriaga. Esta expedición no tuvo mucho éxito,
y solo sirvió á incomodar la división de Cruz, que se
retiró mas al norte, y á hacerle algunos prisioneros que
fueron llevados como trofeo á Chillán; porque el fin
principal de los realistas era entusiasmar las tropas y el
populacho con grandes demostraciones en favor de
cuántos hubiesen participado de la más pequeña esca-
ramuza, á fin de que conociesen las ventajas que habían
de sacar de la victoria.

Urrejola gustaba demasiado de batirse para darse por
satisfecho con tan pequeño resultado, y desistirse de
una empresa de la cual algunos Chilenos, por una ten-
dencia criminal á ser desleales, le aseguraban el buen
éxito. Resuelto á volver segunda vez á atacar aquella
pequeña división, incorporó en su destacamento las
guerrillas de Quintanilla y de Chaves, y pocos días
después de haber llegado, ya se volvia á poner en mar-
cha con dirección al sur para mejor engañar á las es-
pías del enemigo. Aquella marcha, que duró toda la
noche, fué tan penosa como cansada, por la oscuridad
y la lluvia continua que hizo crecer mucho al Nuble, cuyo
paso, necesariamente, había de ser muy difícil y peli-
groso. Sin embargo, ningun obstáculo pudo enfriar el
ardor de aquellos Chilotes, armados por el fanatismo
contra sus propios hermanos, y soportaron sin quejarse
la fatiga de la expedición, atravesaron el río, muy cre-
cido, como acabamos de decir, y llegaron antes de ser de día, á la hacienda de Juan Manuel Arriagada, en donde Cruz había formado sus cantones. Por aviso que Urrejola había tenido de personas que conocían sus posiciones, sabia que la division enemiga se hallaba alojada en dos puntos poco lejanos uno de otro, motivo por el cual, tambien él dividió su columna en dos, reservándose la mas fuerte y enviando la otra, al mando del bizarro Quintanilla, á atacar al coronel Cruz, que la traicion acababa de entregar, por decirlo asi, á su enemigo; pues completamente sorprendido, le fué imposible hacer mucha resistencia, y tuvo allin que rendirse.

Pero no sucedio lo mismo con el capitan Victoriano, encargado de la defensa del otro punto. Este capitan, habiéndose despertado al ruido que hacian los caballos, tuvo lugar bastante para formar los pocos soldados que tenia, los situó ventajosamente y recibió con un buen fuego graneado á la compañia que le iba en cima, mandada por Chaves. Los fuegos fueron tan bien dirigidos, que ocho hombres de Chaves, contando á Chaves mismo, cayeron en el primer ataque, y los demas se replegaron sobre Elorriaga, que sin titubear, llevó con nuevo ardor sus soldados á la carga. Pero en primer lugar, los puso á cubierto de las balas con el muro del recinto, penetra-ron luego en lo interior, y una vez se hallaron debajo del corredor esterior, pudieron escalar la casa y ponerle fuego.

En vista de esto, el valiente Victoriano no pudo de- fenderse y hubo de rendirse, bien que obteniendo una honrosa capitulacion, la cual fué posteriormente violada. Asi, de toda la division de Cruz no hubo mas que algunos heridos, y treinta hombres con su comandante José
CAPÍTULO XXIV.

Ignacio Quesada, que se hallaban en las cercanías, fueron salvados; todos los demás fueron llevados como trofeo á Chillán, sufriendo en el tránsito las incomodidades de la lluvia continua, malos caminos y rigores del invierno.

Por su parte, los realistas tuvieron que padecer estas mismas incomodidades, pero hallaron la recompensa de ellas, y muy luego las olvidaron con el brillante recibimiento que se les hizo. Durante todo el día, se tocaron las campanas á vuelo, hubo iluminación por la noche, y mientras que toda la ciudad rebosaba de júbilo y alegría, los grandes patriotas Cruz, Victoriano y sus compañeros jenian en un calabozo.

Miguel Carrera, acababa de salir de Talca para dirigirse con las tropas de Vial al campamento jeneral; cuando recibió esta fatal nueva. Su primer pensamiento, entonces, fue enviar á su edecán Juan Felipe Cárdenas á asegurarse de la verdad del hecho, que, desgraciadamente, era demasiado cierto. Habiendo llegado á Quella, halló allí á los doce heridos que los realistas no habían querido llevarse, y en Huillipatagua, á los treinta hombres de Quesada, que habían podido ir á refugiarse á Quirihue.

Bien que sintiese amargamente este acontecimiento, lo disimuló, achacándolo á la tardanza de Vial en ir al socorro de aquella division, y se quejó al gobierno, sin acritud, aunque lo creyese cómplice de dicha tardanza, pidiéndole con instancia las tropas recientemente llegadas de Buenos-Aires. También se quejó por la misma via, de la indiferencia con que se dejaba sin castigo a los desertores que se iban á Santiago. En cuanto á él, temiendo con razón que esta relajación de la disciplina
fuese un fatal ejemplo para el ejército, había castigado con rigor á algunos desertores, y aun había cumplido con la ley mandando afusilar á un soldado de la división de Cruz, que había fomentado un motín contra los oficiales, medida ciertamente de sentir, pero necesaria en un momento en que se debía emplear todo rigor de la disciplina para mantener el moral del ejército, numericamente débil, y habituar al soldado á una obediencia ciega en todos los asuntos y actos del servicio.

Durante su marcha, Carrera continuó dando sus órdenes al campamento de Chillán, pidiendo que se hiciesen reconocimientos con el mayor cuidado, y que se levantase un plano de las cercanías, que no podía menos de ser de la mayor utilidad para los campamentos ulteriores y las combinaciones estratégicas. Al mismo tiempo, destacaba en diversas direcciones partidas de descubierta para la seguridad de la marcha; pues á medida que se acercaba del centro de la acción, era su principal deber, como jefe, el obrar con vigilancia y prudencia para no caer en una de las emboscadas que la actividad y la astucia de los enemigos hacían probables. Todo esto, reunido á la dificultad que ofrecía el transporte de la artillería, por caminos mas que difíciles y casi impracticables, había retardado considerablemente su marcha, en términos que la división empleó quince días en ir de Talca á las orillas del Nuble. El día siguiente, 12 de junio, operó su juncion con el grueso del ejército, que estaba acampado sobre el pequeño Cerro de Cayanco, á una legua de la plaza, y con grande satisfacción de las tropas y de los oficiales.

Miguel Carrera había ido por delante protejido por el capitán Prieto, que había marchado á su encuentro con
una partida de dragones, y por una división de O'Higgin
gins, acampada al norte de la ciudad con el objeto de
observar los movimientos del enemigo, y cubrir, en caso
necesario, la división que se avanzaba.

Hallándose, en fin, todas las tropas reunidas, el je-
neral en jefe ya no pensó más que en ejecutar su plan
de ataque. Así como lo hemos dicho, en su tránsito de
Talca á Chillán, había pedido un plano del terreno que
debía ocupar el ejército, y Mackenna se había apresu-
rado á enviárselo; pero ya sea que la mala inteligencia
que existía entre ellos le diese poca confianza en su habi-
lidad, ó que dicho plan fuese realmente defectuoso,
Carrera no quiso servirse de él y prefirió ir á observar
por sí mismo, en compañía de su amigo Poinsett, el
cual, mas que Mackenna, ejercía para el jeneral fun-
ciones de ingeniero y aun de cuartel maestre.

Juntos, pues, recorrieron todas las cercanías de la
plaza, y aun se acercaron algunas veces á una pequeña
distancia de ella para poder observar la posición de
enemigo, y determinar en qué puntos se podían cons-
truir algunas baterías á distancia de metralla, á fin de
que protejiesen su punto de ataque.

Las piezas que había enviado desde Talca acababan
de llegar; pero los dos cañones de á 24, que habían sal-
lido, había ya más de un mes de Talcahuano, aun estaban
en camino, y era preciso demasiada premura en venir á
las manos para que fuese posible esperar que llegasen.
Por lo mismo, á consecuencia de un consejo de guerra,
en donde se combinó y arregló el movimiento, el jeneral
mandó levantar las tiendas del campo de Callanco y tras-
ladarlas á un cuarto de legua corto de la ciudad, al lado
del molino de González, situado al borde del esterillo de
Maypu, entre dos pantanos, y no lejos de una lomilla donde Mackenna fue a construir la primera batería por orden del jeneral en jefe.

Esta posición, por ventajosa que fuese para acampar, era sumamente desagradable para los tropas que se hallaban como en una especie de cenagal, tanto más insosportable cuanto se estaba en el rigor del invierno. Las lluvias casi incesantes habían desleído el terreno por donde ya las carretas casi no podían adelantar un paso, circunstancia que multiplicaba las fatigas del servicio, y acababa de debilitar el cuerpo del soldado y las pocas fuerzas que le quedaban. Sin embargo, su moral se mantenía en buen estado, porque acostumbrado á las fatigas inseparables del oficio, y con la esperanza de arrojar al enemigo de las últimas trincheras que le quedaban, soportaba sin quejarse las mayores incomodidades, y solo anhelaba por los progresos del sitio para que se concluyese una guerra tan larga.

Sin embargo, á pesar de su buena voluntad, se notaba que ya nos habíamos alejado de la época de la invasión, época en la cual el entusiasmo se propagaba con maravillosa facilidad, y pocos ejemplares bastaban para inflamar corazones generosos, y llenarlos de patriotismo; al paso que ya en el día sólo había calma y conformidad; la mayor parte de los milicianos solo se animaban por acaso, y se mantenían fieles más bien por deber que por convencimiento.

Mientras que los patriotas procuraban así asegurarse una posición ventajosa, los realistas no cesaban de molestarlos con sus infatigables guerrillas, y los forzaban á mantenerse constantemente alerta, lo que les causaba grande fatiga. Estas guerrillas no se contentaban con
atacar las partidas de descubierta y tenían la audacia de
alejarse tan pronto para procurarse lo necesario, de que
carecían, tan pronto para hacerse con reclutas que au-
mentasen el número de los defensores de la bandera real.
Una de ellas, bastante fuerte numéricamente, ya se di-
rijía sobre los Anjeles con el objeto de apoderarse de
esta plaza; pero O’Higgins hizo un movimiento rápido
sobre el río de la Lazuera y la obligó á retirarse.
Otra, aun más audaz, tuvo la osadía de tomar la es-
palda del ejército contrario para emboscarse y apa-
derarse, al paso, de las dos piezas que se aguardaban de
Concepcion; pero quedó frustrada de su intento por una
columna bastante fuerte que mandaba Luis Carrera; el
cual, por su actividad, acertó a conservar al ejército
dichas dos piezas, material indispensable para el sitio,
y contribuyó, al mismo tiempo, á que llegasen á su des-
tino antes de la que esperaba.
El mismo día que las fuerzas patriotas se habían puesto
en movimiento, el jeneral en jefe había enviado á Fran-
cisco Calderon de parlamentario á Chilcan para tratar de
composición con el ayuntamiento, y terminar la guerra
fratricida que iba á encenderse de nuevo y con nuevo
carnacimiento.
La respuesta no llegó hasta dos días después, es decir,
el 28 de julio, y era tan disimulada y evasiva, que Car-
rrera juzgó inútil insistir, renovando sus propuestas, y
dió inmediatamente la orden de atacar. Así se ejecutó
por la batería avanzada, que tuvo la iniciativa, y tiró dos
cannonazos, de los cuales el uno se llevó la mano de un
infeliz carretero, que trabajaba por el servicio; y el otro
cortó por el medio el rollo levantado desde el principio
de la conquista en medio de la plaza mayor.
En las demás ciudades, el espíritu republicano había hecho desaparecer estos instrumentos permanentes de vergüenza y de infamia; pero aquí, la Providencia fue la que tomó á su cargo la destrucción del que aun existía, como enemiga de todas estas leyes humillantes que degradaban al jénero humano, y le privaban enteramente de toda especie de sentimientos.

Al día siguiente, el fuego empezó de nuevo y con mucha más viveza, pero sin grandes resultados por falta de instrucción en los soldados, la mayor parte de los cuales entraban en acción por la primera vez. Sin embargo, José Miguel Carrera, notando que el fuerte de San Bartolomé había sufrido en ciertas partes, pensó en tomarlo por asalto, resolución tal vez oportuna, pero arriesgada por falta de tropas capaces de ejecutarla eficazmente. Por lo mismo se apresuró á detener el movimiento, y se limitó á estrechar la ciudad con ataques simultáneos por los frentes del norte y del sur.

La primera columna, que constaba solo de ochenta infantes, estaba mandada por el capitán José María Benavente; la otra, que era de trescientos, y tenía dos piezas de campaña, la mandaba el coronel O'Higgins. Su intento no era otro más que el ejecutar las amenazas que el jeneral había hecho á la municipalidad, de incendiar la ciudad, en caso que hiciese resistencia. En efecto, los cumplieron incendiando las casas que estaban á la entrada; pero O'Higgins, poco satisfecho de un acto que no le parecía propio de su franca valentía, prefirió combatir al enemigo frente á frente, y se avanzó á atacarlo en sus mismas trincheras, de cuyo ataque se siguió un empeño bastante tenaz, pero que no tuvo más resultado que el de demostrar claramente al jeneral en jefe
las dificultades que tendría el apoderarse de la plaza. Pocos días antes, había anunciado al gobierno una pronta conclusión de la guerra; pero, en vista de la resistencia que experimentaba, ya se sentía menos confiado y descubría temores por las consecuencias de una campaña que empezaba con malos é inquietantes agüeros. La estación se ponía cada día más mala con lluvias incessantes, acompañadas algunas veces de tempestades que se llevaban las tiendas, y dejaban los soldados en campo raso y á las intemperies. Los víveres empezaban á disminuir, y ya había habido que disminuir las raciones. Los caballos carecían casi enteramente de forraje; estaban ya en huesos, sin fuerzas, y morían muchos. En las expediciones que era forzoso emprender, había que servirse, muchas veces, de los que pertenecían á los oficiales, bien que empezasen ya á resentirse también de la improvisión de los proveedores. Con todo eso, el moral del soldado se mantenía, y aun también había algunos arranques de entusiasmo en su corazón á pesar de las duras pruebas á las que el tiempo y la necesidad lo sometían. En efecto, los soldados soportaban sin quejarse el rigor de los elementos desencadenados del cielo contra ellos; hacían con paciencia admirable el penoso servicio á que estaban sujetos y anhelaban por el momento de atacar el fuerte de San Bartolomé, al que habían puesto el sobrenombre de Brujo, por causa de su situación oculta.

Estas buenas disposiciones del ejército tranquilizaban algún tanto al jeneral en jefe y dispersaban en él aquella actividad, de que había dado tantas pruebas, y el espíritu resuelto que le decidió á atacar con el mayor vigor la plaza, después de haberla estrechado al estremo.
Para este fin, mandó á Mackenna ir á establecer otra batería sobre una alturita distante solo dos cuadras de la plaza, órden que Mackenna ejecutó en la noche del 2 al 3 de agosto, compuesta de seis piezas, y sostenida por quinientos hombres mandados por O'Higgins, Spano y Oller.

Sanchez no tuvo hasta por la mañana el mas mínimo conocimiento ni del movimiento operado por los patriotas, ni del establecimiento de la nueva batería, que acababan de construir casi á la entrada de la ciudad, en una posición que podía causarle mucho daño. En vista de esto, pensó que era de su deber el tomarla, y dió órden para que así lo ejecutase al intrépido Elorriaga, poniendo á su mando dos escelentes batallones, que fueron el de Valdivia, mandado por Lucas Molina, y el de Chiloé, á las órdenes de Pinuel, con muchos tiradores que avanzaron con el fusil á la espalda y gritando viva la patria, esperando, con esta treta, apoderarse mas fácilmente de la posición; pero se les conoció la intencion que llevaban, y los patriotas respondieron á sus gritos astutos con una buena descarga que tuvo una pronta y vigorosa riposta, con lo cual se halló la acción empeñada de una parte y de otra, batiéndose unos y otros con el mayor denuedo, unos para tomar la batería, y otros para defenderla á todo trance.

Duraba la acción ya había mas de una hora, cuando el jeneral en jefe destacó un trozo de caballería sobre el Tejar, para cojer al enemigo por la espalda, mientras que Luis Carrera y Mackenna lo atacaban de flanco, el primero por la izquierda, y el segundo por la derecha. Con esta maniobra, tan bien combinada como perfectamente ejecutada, el enemigo habría sido envuelto y hu-
biera sido infaliblemente batido, si no se hubiese replegado con prontitud sobre la plaza, á donde fue perseguido hasta sus trincheras. En esta operacion, O’Higgins se mostró digno de mandar á los valientes que estaban á sus órdenes. Habiendo hallado el río Maypue crecido con las incesantes lluvias que habían caído, lo mandó, noobstante, vadear, y llegó casi al mismo tiempo que el enemigo á la trincha principal de la calle de Santo Domingo, que intentó tomar por asalto. Ya muchos soldados que habían subido á las casas vecinas facilitaban esta empresa molestando escesivamente á los sitiados, cuando llegó el edecán Miguel Serrano con órden del jeneral en jefe para que aquel destacamento se replegase.

O’Higgins halló un pretexto para no obedecer á dicha órden, y resuelto á apoderarse de aquella batería que dominaba muy ventajosamente á la plaza, y cuya toma era de suma importancia, continuó el ataque, estrechando mas y mas al enemigo, cuando llegó segunda órden perentoria para que se retirase. De suerte que se vió obligado á obedecer abandonando aquel campo de batalla, en donde esperaba cojer nuevos laureles, y, tal vez, decidir la suerte de la campaña. Al retirarse, se encontró con el escuadron de Fernando Urizar, el cual también había recibido órden de replegarse, y este encuentro le sugirió á O’Higgins la idea de ir á intimar la rendicion al comandante del fuerte San Bartolomé; pero al acercarse fué recibido con un cañonazo que sin tocarle le dejó momentáneamente un brazo paralizado, y resultó de la amenaza otro empeño que no sirvió mas que para aumentar las pérdidas que la patria había tenido en aquella jornada. El número de muertos era ya conside-
rable y, entre ellos, se contaban algunos bizarros oficiales, tales como el comandante de artillería don Hipólito Oller, el valiente capitán Joaquin Alonso Gomero, el de igual clase en las milicias Juan José Urreta y otros. Por parte de los realistas, la perdida fue, probablemente, aun mayor, puesto que estaban en la necesidad de batirse á cuerpo descubierto y casi á quema ropa.

Tal fué el resultado de aquella jornada, totalmente insignificante, y que hubiera podido, sin embargo, ser muy favorable á las armas de los patriotas, si el ataque de la plaza se hubiese ejecutado con mas union y mas firmeza, y si el jeneral, menos aprensivo por la bisonería de sus soldados, hubiese seguido el impulso de su arder y de su audacia, pues, á pesar de su poca disciplina, iban como hombres determinados, con ánimo de vencer, y parecía no necesitar más para conseguirlo que el corso de un jefe atrevido y resuelto.

Al día siguiente, el ataque tuvo aun lugar por parte de los sitiados, y fue dirigido, al principio, contra la reserva, situada sobre el Maypue, entre el tejar y la batería. Sanchez destacó allí una buena columna de infantería y de caballería que obligó á los patriotas á refugiarse bajo el reducto, abandonando una porción de bagajes, y las cuatro piezas que estaban destinadas á su defensa. Ya dichas piezas estaban en poder del enemigo, cuando O'Higgins tuvo conocimiento de que se habían perdido, en el momento en que se hallaba á la cabeza de los pocos soldados que guardaban la batería. Tan pronto como lo supo, su primer pensamiento fué dejarla al cuidado y defensa del consul Poinset, y de correr á rehacer los que huían, bien que no tuviese mas que veinte dragones; pero habiéndose visto luego reforzado con los lanceros
CAPÍTULO XXIV.

de Bergara; con los milicianos de Lautaro, mandados por Vega, y, finalmente, con muchos granaderos, que andaban desbandados por falta de jefes, formó todas estas tropas, se puso á su frente y cargó al enemigo con tanto ímpetu que rescató los cuatro cañones, que se llevaba como trofeo, y lo arrojó á la plaza matándole muchos soldados.

Desgraciadamente, á esta bella acción se siguió un fatal accidente que influyó muchísimo en la suerte de la campaña, y hubiera podido tener consecuencias aún peores que las que tuvo. Entre las muchas balas de cañón que la plaza, y sobretodo el fuerte San Bartolomé vomitaban sobre los patriotas, la casualidad hizo que una de ellas puso fuego al repuesto de pólvora de batería avanzada, y produjo una explosión espantosa que derribó á todos aquellos defensores intrépidos, matando á unos, dejando á otros fuera de combate, en el más lamentable estado, y causando una confusión jeneral de que el enemigo supo aprovecharse, renovando con nuevo vigor sus ataques en medio de aquella escena de desolación. Por fortuna, algunos soldados, que habían tenido bastante serenidad para echarse á tierra en los fosos quedaron enteramente ílesos, y estos, mandados por los intrépidos Morla, Millan, Laforest, Cabrera, Vazquez y otros que la Providencia había protejido y salvado de aquel peligro, pudieron hacer frente á este nuevo ataque y contenerlo. El teniente Antonio Millan, sobretodo, se distinguió en aquel lance, tanto por su sangre fría como por el arrojo que solo la desesperacion inspira algunas veces. Viendo que no había salvacion posible mas que dando un golpe arriesgado, á todo trance, hizo cargar uno de sus cañones á metralla hasta la boca, y lo mandó
disparar en un momento tan oportuno, que aterró á la
columna que avanzaba y la obligó á volver las espaldas.
Es verdad que á la sazon, ya O'Higgins, que siempre
se hallaba en todas las partes en donde había mucho pe-
ligro, llegaba con su refuerzo de hombres, y además,
de cartuchos, reanimando con su presencia el valor de
aquellos infelices, que por milagro habían evitado la
muerte.
Mientras que la presencia del enemigo obligó á los
patriotas á mantenerse en la defensiva, rodeados de toda
especie de riesgos, se mostraron indiferentes á este fatal
reves de fortuna, y no pensaban absolutamente mas que
en la defensa del puesto que estaba á su cargo. El senti-
miento de su conservacion había apagado en ellos el de
la caridad y se mostraban imposibles á la vista de todas
aquellas víctimas, haciendo solo atencion al ruido de las
armas y á los movimientos del enemigo.
Pero ya no sucedió lo mismo cuando este, habiendo
sido rechazado, y arrojado á sus trincheras, dió lugar á
que la reflexion se ejercitase sin alarmas ni distracción
en medio de aquella escena de desconsuelo y de desas-
tres. Entonces, ya los que quedaban pudieron contem-
plar lo horroroso de aquel espectáculo, que por todas
partes ofrecía hermanos, amigos, compañeros yaciento
por el suelo, unos muertos, otros solo heridos, pero tan
desfigurados por el fuego que ni tenían figura humana.
La manera en que se hallaban amontonados, los dolores
que los atormentaban y sus tristes quejidos, todo esto
acabó de enternecer y ablandar los corazones de aquellos
valientes, tan imposibles pocos momentos antes, y que
ya entonces prorrumpian en imprecaciones contra los
causantes de aquel desastre, que unos atribuían á un
culpable descuido, y otros á la traición. Sin embargo, muchos de ellos, bien que se hallasen quebrantados de tantas fatigas, procuraron dar algún alivio á los infelices con quienes en la mañana de aquel día se habían hallado viviendo y obrando como hermanos; pero hubo otros que, con sentimientos menos notables, desertaron sus banderas, y se alejaron en busca de otra especie de consuelos, y aun los hubo que tuvieron la baja especie de sembrar discordia, sujiriendo pensamientos de insubordinación, circunstancia tanto más dañosa cuanto, independientemente de las fatigas y de los peligros continuos, se padecía, ya había muchos días, escasez de víveres en el campo. La administración de víveres había estado tan mal organizada, ó los encargados de ella habían sido tan descuidados, ó tal vez tan malvados, que los almacenes estaban enteramente agotados, y solo quedaban raciones de pan y algunas de aguardiente, que se distribuían con mucha parcimonia, por temor de sus efectos. Mas en aquel momento de abatimiento general, O'Higgins no dudó en distribuir dicha bebida á discreción, esperando que por este medio los soldados olvidarían su dolorosa posición y cobrarian nuevos ánimos. Desgraciadamente, el remedio era violento y les causó tanta exaltación, que salieron de los límites de la disciplina para caer en actos de imprudencia, porque se hallaron mucho más enternecedos por la suerte dolorosa de sus compañeros, y sobretodo por la de sus oficiales, entre los cuales se hallaban el coronel Spano, el teniente Rencoret, y los alféreces Curriel, Zorrilla y otros, quisieron vengarlos pidiendo con instancia que los llevaran á atacar el fuerte San Bartolomé, que prometían tomar de un modo ó de otro.
Semejante suplica, hecha por hombres que se hallaban privados de razón, no fue oída de O'Higgins; pero se hizo luego tan importuna y, al fin, tan imperiosa, que se vió obligado a engañarlos, prometiéndoles que iba a hablar sobre ello al jeneral en jefe, y a pedirle, al mismo tiempo, las escalas necesarias para subir al asaltado de dicho fuerte. En efecto, envió un propio a Carrera con esta demanda ostensible, pero, al mismo tiempo, envió otro en secreto instruyéndole de lo que pasaba para que burlase aquella pretensión con dilaciones plausibles (1).

La desgracia que sucedió en la batería no fue la sola que los patriotas tuvieron que deplorar en aquella jornada, pues también se vieron privados de muchas cargas de víveres y de municiones que les llegaban de Concepción, y que las infatigables y audaces guerrillas de Sánchez consiguieron sorprender y tomar justamente en el momento en que pasaban el río Itata. Fué esta una pérdida tanto más sensible para el ejército, cuanto, como lo acabamos de decir, empezaba a carecer de todo lo necesario. Una revista de municiones de guerra puso, en efecto, de manifiesto que no quedaban más que once mil cartuchos, y algunos pocos de cañón, con la circunstancia de ser, estos últimos, de calibre mayor. También uno de los cañones de 24 acababa de reventar; otros habían quedado casi abandonados, y si a dicha penuria de pertrechos de primera y absoluta necesidad añadímos intemperies, y deserciones ocasionadas por tantos males y fatigas sin la menor gloria, veremos que Carrera ya no podía mantenerse por más tiempo delante de aquella plaza, y que por fuerza tenía que

(1) Conversación con don Bern. O'Higgins.
de alejarlo é irá esperar, en otra posición más ventajosa, ocasión oportuna para cumplir la promesa de destruir aquellas pocas tropas circunvaladas en una plaza casi sin defensa. Este proyecto desesperanzado, y aun también humillante, no podía sin embargo ser del gusto de su carácter activo, y algunas veces presumido; bien que el ejército se hallase bastante desmoralizado, Carrera aun podía intentar operar una nueva sorpresa, y ya pensaba seriamente en ello, cuando recibió el aviso por sus espías, de la marcha de una división enemiga bastante fuerte que se avanzaba para atacar al día siguiente sus trincheras.

En efecto, no menos impaciente por terminar una guerra que se prolongaba sin más resultado que el de disminuir cada día más el número de sus combatientes, y persuadido, por otra parte, de que los patriotas, ya desanimados, no podrían resistir a un buen ataque, Sánchez había hecho sus preparativos, y el día 5, don Luis Molina, uno de los mejores jefes que tenía a sus órdenes, avanzaba con 400 hombres contra la batería que mandaba Juan José Carrera, y que, gracias al aviso de las espías, pudo poner en buen estado de defensa. Por esta razón, los realistas fueron rechazados y perseguidos casi hasta en lo interior de Chillán, en donde se empeñó una acción muy sostenida, en la cual tomaron parte los habitantes y aun las mujeres, indignadas de los excesos cometidos por los patriotas, cuya indisciplina era intolerable. En aquella ocasión, se dijo que Sánchez solo había hecho un amago para atraer al enemigo a la ciudad, en cuyas calles le hubiera sido fácil encerrarlo y rendirlo; pero si fuese cierto, el número de muertos ó prisioneros habría sido mucho mayor, y por la boca misma de algunos
realistas, se supo que ellos habían padecido más, y habían tenido muchos muertos, entre los cuales contaban al hábil y audaz coronel Molina, uno de los más acérrimos defensores de los pretendidos derechos reales.

Los liberales no tuvieron más pérdidas que las de algunos pocos soldados, y un solo oficial, que fue el valiente y desgraciado Laforêt; pero, por otra parte, hubo muchos prisioneros, uno de los cuales fue el comandante Vega, que cayó en su poder con su escuadron de milicianos montados, en un arranque de imprudente arrojo que le hizo internarse al este de la ciudad, punto opuesto al campo de los suyos.

Esta fue la última acción que Sanchez tuvo que sostener delante de Chillan, porque Carrera, convencido de lo inútil que sería el atacar a un enemigo superior en número, y mejor situado y aprovisionado, pensó en apelar a la política y a las negociaciones, último recurso de todo jefe militar imposibilitado de obrar. Noobstante esto, y bien que se hallase vencido, a la verdad, mas por la intemperie de la estacion que por las armas, no temió mostrarse arrogante en sus pretensiones, imponiendo condiciones a su favor, como se ve por las instrucciones que dio a don Reimundo Sessé, su enviado, las cuales manifiestan la altivez de su espíritu, alimentada por las ilusiones que se hacía de que al fin tendría resultados ventajosos. Esperaba, en efecto, y tal vez con fundamento, que el gobierno se resolvería a tomar parte en la guerra más activamente, y le enviaría los trescientos hombres que acababan de regresar de Buenos-Aires, y que ya él le había pedido con urgencia; pero no podía ignorar, por otro lado, que Sanchez conocía sus pocos recursos y su penuria, y rechazaría todo tratado que no
le ofreciese ventajas incontestables á la causa que defendía. Bien que este jeneral ocupase poco terreno, y no pudiese contar, en caso necesario, con una retirada fácil, con todo tenía la mayor confianza en el valor y en la disciplina de sus soldados, y razones para prometerse que el virey del Perú, tan interesado en la conservación de Chile, no tardaría en enviarle socorros suficientes para tomar con ellos la ofensiva, y conquistar una porción del territorio de la provincia; resultados que le asegurarían personalmente la propiedad del mando que la casualidad sola había puesto en sus manos.

Animado con estos ríosmos pensamientos, Sanchez recibió desdeñosamente las proposiciones de su adversario, como contrarias al honor de sus armas y al suyo propio, y se limitó á despacharle una persona de confianza para que tratase, si era posible, sobre bases mas conformes á sus derechos y á sus esperanzas. Este enviado fué el misionero fray Juan Almirall que Pareja había tomado por secretario en Chiloé, y que en la actualidad desempeñaba el mismo cargo con Sanchez. Era este misionero sumamente agudo y persuasivo, y tenía bastante política para penetrar el pensamiento mejor disimulado, sin dejar sospechar el suyo, por la inalterable serenidad de su semblante, y nadie como él hubiera podido llenar su misión. Es verdad que lo que iba á pedir no salía de los límites de la razón, pues se reducía á establecer por base de un tratado provisional la evacuación de la provincia de Concepción y la translación del campo de los patriotas á la otra parte del Maule, cuyo rio sería considerado como línea divisoria de los dos ejércitos, dejando libre la comunicación entre las dos provincias. Era una especie de armisticio que había de durar seis meses, tiempo calculado necesario
para que el virey pudiese tratar directamente con el gobierno de Santiago.

Carrera respondió a las proposiciones del misionero con el mismo desden con que Sanchez había rechazado las suyas, y confiado en su buena suerte, declaró que no cedería una sola pulgada del terreno conquistado, con cuya respuesta hizo imposible toda composición.
CAPÍTULO XXV.

Carrera se decide a levantar el campo.—Sanchez envía al mayor general para que le ataque.—Este se limita a intimarle la rendición.—Respuesta animosa de Carrera, la cual obliga a Pinuel a retroceder.—Pasan los patriotas el Itata.—Rescate de los prisioneros de la Florida.—El ejército dividido en varios trozos.—Guerra de detalle operada por este medio.—Movimiento de reacción en Concepción.—Llegada de Carrera á esta ciudad.—O'Higgins marcha contra el cura Gregorio Valle y le ahuyenta.—Insurrección en la provincia de Arauco.—Carrera envía sin éxito una expedición contra la plaza.

Habiendo renunciado, como se ha visto, á toda composición, Carrera resolvió dejar su campamento, el cual, por su escuza humedad, era cada día más pernicioso á la salud de sus soldados. Por otra parte, á pesar del entusiasmo de los oficiales, y de los esfuerzos que éstos hacían para comunicarlo á la tropa, la escasez de víveres y el mal estado del vestuario aumentaba sus fatigas en términos que ya se empezaba á oir quejas precursoras de insubordinación, tanto mas de temer cuanto el ejército se componía de elementos diversos, y contaba pocos veteranos y muchos milicianos. Sabido es que estas tropas, cuyos servicios no son permanentes, no pueden tener humanamente ni la valentía, ni la constancia ni, aun menos, la disciplina de los primeros, y en este particular, las milicias que mandaba Carrera eran muy inferiores á las que Pareja había traído de Valdivia y de Chiloé, compuestas, par la mayor parte, de tropas permanentes, penetradas del espíritu de cuerpo, y perfectamente instruidas, á cuyas ventajas se reunían la de la abundancia de víveres, y la de hallarse bien
acuarteladas en una ciudad defendida por la construcción de buenos fuertes, y con las calles barreadas con fajinas, palizadas y trincheras, sin contar el fomento que daban á su moral las exortaciones de los misioneros franceses, que se esmeraban en darles á entender que aquella guerra era una guerra de religión.

Una vez resuelto á levantar el sitio, Carrera reunió, en la noche del 6, el consejo de guerra para tomar pereceres y ejecutar lo que fuese más conveniente. O'Higgins no pudo asistir á dicho consejo porque á la sazón se hallaba encargado de las baterías avanzadas, espuestas á ser atacadas de un momento á otro; Mackenna le sué á decir lo que había pasado, y á preguntarle si no podría replegarse aquel mismo día con sus tropas al cuartel general (1). O'Higgins desaprobó esta resolución, fundándose en que sus soldados, estenuados por tantas fatigas, no se hallaban en estado de resistir á un ataque inevitable del enemigo. En consecuencia, esperaron que la oscuridad de la noche los favoreciese para retirar los puestos avanzados, protegiéndolos por algunas compañías que Carrera destacó con este objeto, y la marcha se ejecutó sin obstáculo y con orden, y á las ocho de la mañana, toda la división se halló replegada al cuartel general con todas sus armas y bagajes, sin haber perdido más que un cañoncito de hierro que habían arrojado al Maypon por inútil.

Por la tarde del mismo día, el ejército reunido se dirigió hacia el oeste y se fue á acampar en el cerrillo de Collanco, posición ventajosa y de fácil defensa; pero había tan pocos caballos y en tan mal estado, que los artilleros tuvieron que llevar ellos mismos los cañones,

(1) Conversación con don Bernardo O'Higgins.
á pesar del mal camino, que las lluvias y el paso de tropas habían puesto casi intransitable.

La noticia de este movimiento de los patriotas llegó muy pronto á Chillán, en donde fue interpretado de diversos modos, pero en general como una verdadera huida á que se habían visto obligados por la impotencia en que estaban de mantenerse. Sanchez exajeró la importancia moral que tenía para fomentar el buen espíritu de sus soldados, y convencerlos de que ya podían tomar la ofensiva y esterminar los trozos dispersos de un ejército desbandado; pero con todo eso, aun no se atrevió á atacarlo aquel mismo día, y se contentó con destacar algunas guerrillas para inquietarlo, desconcertar sus movimientos, y ocupar las posiciones que había abandonado.

El 10. mandó formar una división, á la cabeza de la cual se halló, por derecho de antigüedad, el mayor general don Julian Pinuel, jefe de un carácter irresoluto. Una espesa niebla que había aquella mañana favorecía maravillosamente el movimiento, ocultando su marcha y permitiéndole de caer sobre el enemigo sin ser visto, como hubiera podido ejecutarlo si hubiese tenido un poco de resolución; pero por falta de ella, prefirió y creyó conseguir una victoria más fácil intimándole la rendición por medio del teniente coronel Hurtado, á quien encargó una carta escrita por Sanchez en un momento sin duda de inesparable ceguera.

Era imposible á Carrera el mantenerse serio siempre que le herían su amor propio, y en aquella ocasión, prorrumpió en irónicas alabanzas á Sanchez, que en su carta no había dudado manifestarle la persuasión en que estaba de que le sería fácil aniquilar las
reliquias que le quedaban de su ejército, y de que ya no tenía mas que rendirse á discreción, si no quería espon- nerse á todo el rigor de la guerra. Y esto (añadía San- chez) “dentro de tan pocos momentos como son los que necesito para vencer la corta distancia que nos separa (1).”

De aquí surgió una larga conferencia entre Sanchez y Hurtado, conferencia que duró tanto tiempo, que el co- ronel Pinuel se decidió á despachar otro emisario, que fué el capitán Bites Pasquel, con órden de alcanzar al primero y mandarle regresar, así de poder empezar el ataque antes que tuviesen tiempo para ponerse en salvo. Pero muy luego mudó de parecer cuando los dos enviados, ya de vuelta, le enteraron de la escelente posición que ocupaba el enemigo, situado sobre un cerro perfectamente defendido por diez y ocho bocas de fuego de diferentes calibres en el frente de la línea. Además de esto, la respuesta de Carrera inspiró á Sanchez cierta saludable prudencia, haciéndole ver que no solo Carrera aceptaba, sino que también le provocaba á una guerra á muerte, intimándole se abstuviese en lo sucesivo de enviarle parlamentarios que solo serían considerados y tratados como espías. Tales fueron las palabras arrogantes que sin duda alguna intimidaron á Pinuel, y le obligaron á retirarse.

En esta retirada, una guerrilla enemiga de cuarenta hombres mandados por buenos oficiales le picaron la retaguardia y le perseguyeron hasta las puertas de la ciudad, disparando, para mayor mofa y desprecio, co- hetes voladores.

Este fin tuvo el arranque de valentía que había mani-

(1) Benavento, Memoria, p. 87.
festado Sanchez cuando había sabido que los patriotas se alejaban. Es verdad que Pinuel no era propio para se-
mejante golpe de mano, y que se hubiera necesitado de un jefe mas arrojado y mas capaz sobretodo de conser-
tar una sorpresa, la cual habría sido muy posible á favor de la densa niebla de aquella mañana, y del poco órden
que el cambio de posición le permitía guardar al ene-
migo; pero Sanchez, como ya se ha visto, no había que-
rido despojar á Pinuel del derecho que le daba su anti-
güedad, y tal vez había creído también, bastante lije-
ramente, que le bastaría á su división presentarse para
que el enemigo se rindiese, fundándose en lo que pade-
cía por falta de subsistencias, y la falta de municiones de
guerra que no le permitiría hacer especie alguna de re-
sistencia á un ataque vivo y bien dirigido. Todo esto,
Hurtado había tenido el poco tino de decírselo á Car-
rella, el cual, para que se desenganáse, le dejó recor-
rer libremente todo su campamento, y al despedirlo,
mandó hacer una salva de veinte y un cañonazos en
honra de la guerra á muerte que por decirlo así había
ido á declararle.

Después de haber respondido así á todas estas far-
fantoneárias, Carrera pensó en retirar sus tropas de Ca-
llanco dirigiéndolas sobre un vado del río Cauten, que
había reconocido con su amigo Poinset, y en la noche
del 10, puso el ejército en movimiento llevando los bago-
ex en mulas y carretas, de las cuales tenían tan pocas
que el transporte necesitó muchos viajes por un ca-
mino malísimo y una continua lluvia. En una de aquellas
idas y venidas, la sola pieza de 24 que les quedaba, tu-
vieron que dejarla en un barranco, después de haberla
hecho reventar, y quemado la cureña para que no pudie-
se servir al enemigo, operación que se ejecutó igualmente, y por la misma razón, con todo lo que no pudieron trasportar.

El paso del río Itata presentaba aun mucha más dificultad por su anchura, por lo rápido de su corriente, aumentada por una crecida de tantos días de incesante lluvia, y sobretodo por la desaparición de los vados por donde pensaban poder pasar. El ejército llegó allí hacia el 15, exaustas sus fuerzas por la fatiga y la falta de víveres, habiendo tenido que conducir muchas veces a fuerza de brazos los bagajes y la artillería, y que rechazar continuamente ataques de guerrillas que les habían picado sin cesar la retaguardia día y noche, en uno de cuyos ataques los enemigos les quitaron más de cien carpas, y otros muchos objetos conducidos por arrieros inesperados, sin que O'Higgins, á pesar de su actividad y denuedo, hubiese podido rescatar ninguno. Todo esto no podía menos de desmoralizar las tropas, ya desmayadas por tanto padecer; pero aun se mantenían en bastante buen orden, y rechazaban con espíritu y serenidad cuantos ataques le dió el enemigo, numéricamente más fuerte.

En medio de todos estos contratiempos, Carrera recibió el parte de haber sido libertados los prisioneros, que, por una repreensible imprudencia, se habían dejado bajo la custodia de solo treinta soldados en la Florida, villa que no dista más que unas quince leguas de Chillan. Este acontecimiento había tenido lugar el 10, en el tiempo que Sanchez enviaba la carta de intimación al campamento de Collanco, y había sido ejecutado por el capitán Manzano Cañizares, el mismo que en el día 4, se había apoderado con tanta destreza, á las
orillas del Itata, de un gran número de cargas de municiones destinadas al ejército de Carrera. Fué la pérdida de los prisioneros muy sensible para los patriotas; porque entre ellos, siendo su número algo crecido, se hallaban jefes de mucho mérito, tales como el capitán de navío Colmenares, el brigadier Ravago, el teniente coronel de artillería Bernardo Montuel, y otros muchos jefes cojidos á bordo del buque la Tomasa con muchos sacerdotes, siempre fieles por convencimiento á la causa real, y dispuestos á emplear su santo ministerio para fomentar la superstición y cortar los progresos de la independencia. También habían tenido otro gran sentimiento, cual fué la equivocación de Calderon, que engañado acerca del número de tropas que mandaba Cañizares, se había apresurado á retrogradar y á llevar á Concepción los doscientos hombres de socorro que la Junta enviaba al ejército de los patriotas.

Pero á pesar de todas estas ventajas y de la superiordad numérica de el ejército realista, Sanchez no se atrevia á perseguir á Carrera, bien que afectase siempre creer que se hallaba en completa derrota, y se contentaba con destacar las cortas guerrillas, sin mas objeto que el de molestar su retaguardia, ó cojerle algunos dispersos por cansancio, ó desertores de la mas mala nota. Sin embargo, si hubiese querido, ya tenía una ocasión oportuna de empeñar una acción decisiva, con presajios de que debia de serle favorable, en vista de la grande crecida del Itata, cuyo rio, como ya lo hemos dicho, presentaba los mayores obstáculos al paso de un ejército tan despovisto de todo como lo estaba el de los patriotas. Un jeneral hábil y emprendedor hubiera podido sacar grandes ventajas de esta grave circuns-
tancia, atacándolo con vigor por la espalda al paso, cortándolo por consiguiente, y arrinconándolo sobre el río. Para esto, ciertamente no le faltaban á Sanchez transportes y cuanto podía desear para entrar ventajosamente en accion, pues tenia bastantes piezas de campaña servidas por buenos artilleros; tropas aguerridas y sobretodo, por mas que Martinez diga lo contrario, caballeria bien organizada y alimentada.

Es verdad que por otra parte, Sanchez hallaba una gran ventaja en dejar que se alejase el enemigo, porque de este modo se estendian sus movimientos, y daban lugar á los padres Franciscanos para propagar la especie de guerra que hacian con su sutil y seductora politica. En efecto, muy conocidos por toda aquella tierra, cuyos habitantes, timidos y apocados, tenian en ellos una ilimitada confianza, les era muy facil cambiar en guerra de rellijon una guerra de libertad; consiguiendo, de este modo, el atraerse desertores de la causa opuesta y ganar con el tiempo la mayor parte de la provincia. Tales debian de ser los motivos que tenia Sanchez para abstenerse de empeñar acciones, y dejar que los patriotas pasasen el rio muy pacificamente, con el ayuda solo de cuatro malas balsas, sin haber experimentado mas que una pequena alarma ocasionada por una falsa noticia del coronel Spano, noticia que obligó las tropas de retaguardia á permanecer toda la noche sobre las armas, y las guerrillas de O'Higgins y Maria Benavente á montar á caballo para reconocer las cercanias.

El motivo que tenia Carrera para alejarse de Chillan no era solo el dar descanso y mejores cuarteles á los soldados que le quedaban, y á los enfermos maltratados por
tantas fatigas y privaciones, sino que también quería fomentar el patriotismo de los milicianos; organizar un nuevo ejército, ponerlo en estado de vencer instruyéndolo en la táctica y disciplina, que son las dispensadoras de la victoria, y volver luego como un torrente sobre el enemigo, que por entonces le bastaba dejar en sus estrechos límites.

Con este proyecto, formó dos divisiones de su corto ejército, dando el mando de la primera al brigadier don José Carrera, con orden de ir á acantonarse en Qui-

rirhue para cubrir toda la parte del norte y proteger los convoyes y correos; y el de la segunda al bizarro O’Hig-
gins para que se dirijiese al sur con el objeto de mante-

ner la frontera y los fuertes que la coronaban.

Al mismo tiempo, despachó á Santiago á su hermano Luis y al coronel Poinset para que defendiesen allí su reputación y conservasen el prestigio de su nombre, cuya determinación tomó á consecuencia de una conversación que había tenido con Bartolo Araoz, enviado por el gobierno para recojer informes sobre sus operaciones; de donde colijió ó sospechó algún sentimiento hostil hacia él.

Además de las dos divisiones arriba dichas, entresacó parte del resto del ejército, y en parte de estas mismas divisiones, algunas compañías libres para mantener el orden en la provincia y cubrir algunos puntos importantes. Una de estas compañías fue destacada al socorro de Prieto, que conducía caudales, y que, según el aviso dado por Araoz, había de ser probablemente atacado. José María Benavente fue enviado á Pichaco para perseguir algunos infames desertores. El teniente don Juan Fe-

lipe Cárdenas se estableció á las inmediaciones de Collan-
co para observar los movimientos del enemigo, reunir los milicianos y proteger los correos. El capitán Calderon quedó encargado de la defensa de la barca del Itata. En fin, se formaron algunos otros destacamentos, que se dispersaron por diferentes puntos de la provincia, con lo cual quedó muy reducido el cuerpo del ejército, y la guerra, por consiguiente, no podía ser mas que de detall, cuyas consecuencias inevitables eran enervar la disciplina y arruinar el país.

Desde aquel instante, se formaron, en efecto, numerosas guerrillas en ambos campos, las cuales fueron el desconcierto y la ruina de los lugares y tierras vecinos. Al norte, el capitán Prieto fué atacado por Olate, antes que le llegase el socorro de los cien hombres mencionados, y tuvo la satisfacción de hacer huir, con los pocos soldados que tenía, al enemigo, que le era numéricamente muy superior. Ocho días después, este mismo Olate se acampaba sobre un cerro próximo á Cauquenes, y desde allí, intimaba la rendición á la ciudad, en donde mandaba el coronel don Juan de Dios Vial, con muy pocos soldados, los mas enfermos, pero afortunadamente, el capitán Prieto había tenido la prudencia de retirarse sobre Cauquenes, de suerte que con su tropa, la guarnición se halló compuesta de ciento y cincuenta hombres con los cuales tuvieron los patriotas que hacer frente, en una plaza sin defensa, á los cuatrocientos que mandaba Olate. A pesar de esta inferioridad, atrincherados en la plaza unos, y otros de lo alto de la torre de la iglesia, no quisieron rendirse y se defendieron con la mayor valentía contra enemigos tan determinados y arrojados, que muchos avanzaron hasta media cuadra de la trinchera. En esta acción, un joven, llamado Diego Eduardo, hizo los
mayores servicios por un medio el mas arriesgado. Sin haber recibido especie alguna de instrucción, pero dotado de una activa capacidad, este joven se hallaba por la mañana en el campo de los patriotas, y por la tarde en el de los realistas, cautivando la confianza de estos, sin causarles la menor sospecha, en provecho de los otros. Y es de advertir que este jénero de hombres intrépidos mas allá de toda ponderacion, no ha sido raro en la conquista de la independencia de Chile.

Por la parte del sur, la guerra se extendió mucho mas, por la importancia que tenía la frontera, y sobretodo por las muchas vejaciones que ejercían la mayor parte de los empleados, nombrados por ocasión o casualidad, y que Carrera había enviado, sin mas informes, a los diferentes cantones. Para tales hombres desprovistos de mérito y de delicadeza, el nombre de la patria era un pretesto para pedir, exijir y aun arrebatar todo cuanto podían, y escudados con este santo nombre, cometían las mas repugnantes injusticias contra los particulares, despojándolos vilmente por su propia y personal utilidad. Estos fueron los motivos sin duda, por los que muchos patriotas, de un patriotismo tal vez poco arraigado, y ajados y vejados en sus personas é intereses, pasaron al partido realista y contribuyeron en gran manera á sublevar la provincia contra Carrera. La ciudad de Concepción estaba destinada en cierto modo á dar el ejemplo de esta sublevación, según se verá.

En efecto, se trataba de formar allí una conspiración que tenia ramificaciones en el ejército de Sanchez, y probablemente en Santiago, y ya se había conseguido alterar notablemente la fidelidad de las tropas. Instruida la junta de la ciudad de este complot, por el vocal Uribe, tomó
inmediatamente medidas eficaces para desconcertarlo, para lo cual se mandó que las tropas campasen en la plaza, al rededor de la cual se habían hecho trincheras y se habían puesto cañones en batería. Se hicieron además cortaduras en las bocas calles, y el gran patriota don Pedro Nolasco Vidal organizó una vigilante policía para observar á los numerosos realistas que vivían en la ciudad.

En aquella sazon, Carrera se hallaba á las orillas del Itata ocupado en establecer el campamento de sus tropas, y los diferentes puestos y puntos que habían de cubrir. Luego que recibió parte de lo que pasaba en Concepción, montó á caballo, partió apresuradamente, llegó á dicha ciudad por la noche del 18, y, gracias al buen tino de Uribe y á la actividad del comandante Vidal, la tranquilidad no había sido turbada ni un solo instante; pero se supo por espesos que el antiguo cura de Hualqui don Gregorio Valle, había entrado en esta villa á la cabeza de una fuerte guerrilla, con designio de marchar sobre Concepción, y proteger el tramado alzamiento, empresa que no era sumamente difícil, pues podía contar con muchos partidarios, y tal vez con la guarnición, ya bastante desmoralizada. Además, no había casi ningunas armas en la ciudad, y en cuanto á municiones, se carecía de ellas absolutamente, por manera que la ocasion no podía ser mas propicia y favorable.

Carrera conoció que efectivamente la cosa había corrido mucho peligro, y él mismo lo confiesa en su diario; pero lejos de desanimarse, dio pruebas de mucha presencia de ánimo, procurando engañar al enemigo dando una idea exagerada de sus fuerzas y de su posición.
Para conseguirlo, manifestó tener tanta confianza, que mandó demoler las trincheras de la plaza, y cegar los fosos de las calles adyacentes, y aun tuvo la arrogancia de mandar que todo esto se hiciese por las manos y brazos de los prisioneros políticos que se hallaban entonces en la ciudad. Y mientras esto mandaba y disponía, daba por otro lado parte de sus temores á O'Higgins, mandándole que viniese inmediatamente, y sin pérdida de momento á Concepción.

El correo que llevó este aviso, llegó aquella misma tarde á la Florida. El tiempo era malo y la noche muy oscura; pero no por eso O'Higgins perdió un solo instante. Dió sus órdenes al comandante de la gran-guardia, Díaz Muñoz, que dejaba para mandar la división en su ausencia, y al punto se puso en marcha.

Llegó por la mañana, y acto continuo, Carrera y él concertaron un plan de ataque contra Hualqui, para precaver de este modo los malos resultados que eran de temer de una empresa tramada por un hombre del influjo de Valle. Desgraciadamente, se encontraban pocos caballos, y los pocos que había estaban tan cansados, que los habían dejado sueltos y á la ventura en la isla de la Quiriquina, y para suplir esta falta, Carrera ofreció sus propios caballos y los de su hermano don José, y con otros que se pudieron reclutar entre los patriotas, se pudieron montar sesenta hombres (1), que bastaron para perseguir al enemigo, darle alcance cerca de Yumbel y arrojarlo á la parte de allá del Itata.

De vuelta de esta expedición, en la que hizo quince prisioneros, O'Higgins vino á establecerse precisamente

---

(1) Diario de Carrera.— Segun O'Higgins, eran noventa y tres.
á Yumbel, con el objeto de observar al enemigo y de dar algún descanso a sus soldados.

Mas, desafortunadamente, la conspiración de Concepción no era la sola que fuese de temer para ellos, pues los realistas aprovechando del descontento de los habitantes, ocasionada por las insufribles vejaciones de algunos empleados de Carrera, habían organizado un buen sistema de quitarle partidarios, sistema que poco á poco se extendió por la provincia, y muy luego por toda la frontera. Así sucedió que Tucapel, Santa Juana y Arauco tomaron parte, casi al mismo tiempo, en el movimiento, y desmintieron altamente las pruebas de espíritu liberal que habían parecido manifestar con tanto entusiasmo, cuando se oyeron los primeros gritos de independencia.

La misma noche de su entrada en Yumbel, O'Higgins había enviado veinte hombres á las órdenes del teniente coronel don José Antonio Fernández contra la primera de estas plazas, en la cual intrigaba muchísimo el juez Padilla; pero muy pronto tuvo que ir el mismo O'Higgins al socorro de aquel destacamento, y que proteger su retirada contra más de doscientos milicianos que se habían reunido para rechazarlo, de lo cual resultaron algunas escaramuzas con pérdida de muertos y prisioneros. Entre estos últimos, se halló el mismo Padilla, que fue conducido á Concepción, y colgado inmediatamente, por orden de Carrera, para que sirviese de ejemplar.

En Arauco, el movimiento insurreccional fue mucho mejor combinado, y con peores consecuencias, puesto que aquellas plazas marítimas quedaban independientes y podían los realistas ponerse, por medio de ellas, en
comunicación con Chiloé, Valdivia, Lima y otros puntos importantes. Ya el virey del Perú, ansioso por saber los resultados de la expedición de Pareja, de quien no había vuelto á oir hablar, le había despachado el buque *el Potrillo*, á borde del cual se hallaba el cura de Talcahuano don Juan de Dios Bulnes, sujeto muy partidario de la monarquía, para que le ayudase con el conocimiento que tenía de la provincia, á la sazon, teatro de la guerra. Bien que las ventajas que obtuvo al principio no fuesen muy grandes, con todo eso, había conseguido dar esperanzas á Sanchez y á sus soldados, particularidad muy propia á sostener el moral y dar ánimos á los habitantes de ciertos cantones para prepararse á una insurrección. En este particular, fué muy bien servido por Hermosilla, juez de Ranquil, igualmente acérrimo partidario de los realistas, y pronto para aprovechar de la primera ocasión de sublevar todos los individuos de su jurisdicción contra la libertad del país. Esta ocasión no tardó mucho en presentarse, he aquí como.

Careciendo siempre de caballos, Carrera había mandado pedir algunos á Ranquil, en calidad de porrata de contribución, por militares que emplearon medios violentos para obtenerlos. Ya entonces, cansado de tantas exigencias, el pueblo dejó escapar algunos murmurelos que B. Hermosilla supo fomentar en favor de su propia opinión, escitando las pasiones, hablando de intereses lejanos, y vejaciones insufribles, hasta que en fin consiguió que se armase para negarse con justo motivo á dar los caballos que se le pedían. El comandante de la plaza cortó los progresos de este acto de verdadera rebelión, poniendo presos á los principales motores de ella; pero
desde aquel instante, todo el partido de Arauco se puso en rumor y movimiento, por manera que no bastando los Españoles solos para defender su causa, hubo que recurrir á los Indios araucanos, raza siempre llena de odio y de rencor contra los blancos, no respirando mas que sangre, destruccion y ruina, y sobretodo pronta y dispuesta á esterminar á ambos partidos, á la primera ocasion favorable. Los Araucanos auxiliares tenian á su cabeza caciques ya bastante conocidos, tales como Millacura, Lincopichun, Antinahuel y Nahuelpan. Los realistas estaban mandados por don Santiago Matamala, don Camilo Hermosilla y don Valeriano Peña.

Cuando recibio el parte del motin de Ranquil, y de la fatal politica que habian tenido los realistas, haciendo partícipes de su querella á los brutales, bárbaros Araucanos, Carrera prorrumpio en imprecaciones de resentimiento y de indignacion contra ellos. Sin embargo, se contuvo y se calmó, afin de apartarlos de tan insensata resolucion, y aun tuvo la jenerosidad magnanimá, á la cual esperaba tendrían algun miramiento, de devolver los prisioneros. Pero en las guerras civiles, el espíritu de partido es el solo regulador de las acciones y nunca se aplaca hasta que se halla satisfecho. En efecto, don Bernardo Hermosilla, que era uno de los prisioneros puestos en libertad jenerosamente, lejos de mostrarse reconocido, no pensaba mas que en organizar un nuevo levantamiento para salir otra vez contra los patriotas, con el intento no solo de llenar una mision sino tambien de satisfacer venganzas.

Ademas de esto, en el mismo momento, recibia una carta de Sanchez, en la que este jefe le instaba á que continuase las hostilidades, prometiéndole socorro de
CAPÍTULO XXV.

fuerzas y municiones, todo lo cual era más que suficiente para escitar el espíritu de rebelión que los escesos cometidos por los comisionados patriotas habían despertado entre aquellos campesinos, é impelerlos a marchar sobre Arauco.

Esta plaza, que no tenía mas que algunos pocos soldados para su defensa, y lo que es más, desarmados por la mayor parte, no podía resistir mucho tiempo, y tanto menos cuanto los habitantes realistas que había en ella intrigaban para que se rindiese. Por consiguiente, tuvo que entregarse, y su comandante don Joaquin Huerta, que acababa de llegar había algunas horas, quedó prisionero con otras personas, entre las cuales se hallaban don Jaime Guarda, y su compañero Rengifo, que solo habían ido allí para constituirse mediadores de la paz entre los dos partidos, y calmar las pasiones. Pero los realistas no tuvieron por conveniente el dejar escapar dos hombres de tanta importancia, sobretodo el primero que era de Valdivia, y que, según decían, estaba encargado de ir á revolucionar dicha ciudad, motivo por el cual no tuvieron el menor escrúpulo en mantenerle prisionero.

Carrera sintió mucho la pérdida de la plaza de Arauco, y resolvió volver á tomarla, porque sabía las muchas ventajas que el enemigo sacaría de ella. Bien que justamente en aquel instante tuviese recelos de verse atacado por todas las fuerzas de Sanchez, noobstante, destacó inmediatamente al teniente coronel de milicias don Hernando Urizar con solo veinte y cinco soldados, persuadido de que este corto número bastaría para apoderarse de una plaza que no tenía ni tropas ni armas; pero Carrera, obrando así, ignoraba
el mucho terreno que había ganado ya la insurrección, y Urizar tuvo muy luego que darle parte de esta grave circunstancia, pidiéndole un buen refuerzo.

Carrera se lo envió, pero solo de cuarenta hombres, fuerza muy inferior á la que Urizar juzgaba necesaria, y por cuyo motivo insistió mandando á pedir se le aumentase.

Impacientado Carrera al ver esta insistencia, y sin reparar en los grandes inconvenientes que acarrea el despertar zelos en semejantes circunstancias, resolvió quitar el mando de la expedición á Urizar, y se lo dió al capitán don Juan Luna, el cual se puso en marcha con segundo refuerzo, compuesto de cuarenta granaderos mandados por el alférez Pablo Bargas. Al mismo tiempo, mandó salir por mar á don Rafael Freire con dos lanchones, el bote del resguardo y un cañón para ir á la embocadura del Carampangue y proteger el paso.

Luna se reunió á Urizar el 30 de julio en el fuerte de Colcura, y se hallaron los dos á la cabeza de ciento y catorce hombres, con dos pedreros y el cañón que les llevaba Freire. Siendo esta fuerza mas que suficiente para volver á apoderarse de la plaza, se pusieron en marcha con la mayor confianza, sin la menor contestación de superioridad, y unidos por sentimientos de mutua estimación. Llegaron bajo estos favorables auspicios á las orillas del Carampangue, que les parecieron mal defendidas, y resolvieron atravesar este río, bien que fuese bastante profundo para necesitar balsas. Ya la mayor parte de los soldados habían pasado á una isla, cuando de repente vieron aparecerse un gran número de habitantes del campo, y de Araucanos armados con sables y lanzas, y protejidos por dos cañones.
Esta circunstancia, á la cual se juntaba la desercion de los milicianos de San Pedro de Colcura, que los acababan de abandonar, dió lugar y motivo á Luna y á Urizar para reflexionar que seria muy imprudente el ejecutar el proyectado ataque. Por otro lado, ya estaban lejos de los tiempos en que el solo grito de libertad bastaba para despertar las pasiones, y entusiasmar los ánimos; la disciplina estaba bastante relajada, no había en los soldados espíritu de cuerpo, y lejos de eso, se sentian desmoralizados, desconfiados de sí mismos y poco propios para forzar un paso, ya difícil naturalmente, y defendido por un enemigo numéricamente superior.

Después de haber deliberado, los dos jefes renunciaron á su empresa contra Arauco, y marcharon sobre Santa Juana, que tomaron sin experimentar la menor resistencia; pero desgraciadamente, los soldados se abandonaron al saqueo y al pillaje, y semejante conducta era muy propia á acrecentar el número de los enemigos de los patriotas, convirtiéndolos á la causa real.

Carrera aguardaba con impaciencia por el parte sobre los resultados de la expedicion de Arauco; pero en lugar de este parte, recibió el de la retirada sobre Santa Juana, y de la toma de esta plaza, que estaba ocupada por Matamala. Bien que esta accion fuese meritoria, y ventajosa para la causa que defendía, no podía con todo eso ser puesta en balanza con la falta que los jefes de la expedición habian cometido en no llevar adelante el ataque de Arauco, y Carrera manifestó su desagrado por uno de aquellos arrebatos que tenía tan a menudo. Muy ciertamente hubiera mandado formar consejo de guerra á Luna y á Urizar, si su posición,
que era bastante crítica, no hubiese templado su irritación é inspiradole un poco de prudencia (1); porque en aquel momento, creyó, y aun mucho después mostró tener la misma persuasión, que aquella expedición no había tenido éxito por culpa de los jefes que la mandaban. En efecto, Urizar no tenía la experiencia ni los conocimientos militares que dan prestigio al que manda, y entusiasman al soldado, llenándole de una confianza que lo hace invencible por decirlo así; pero, por otro lado, Carrera se había engañado mucho sobre las fuerzas del enemigo, que eran mucho más respetables de lo que él se había figurado, y suficientes, bien que en general estuviesen armados con sables y lanzas, para defender el paso del río, máxime estando protegidos por dos cañones, y teniendo por auxiliares á los brutales Araucanos, que el gobernador de Arauco don Joaquín Martínez no había tenido escrúpulo en llamar en su ayuda.

En este particular, el influjo que dicho gobernador Martínez tenía con los Araucanos hubiera podido ser fatal á Urizar causando un levantamiento que le habría cortado toda retirada, y por eso sin duda prefirió ir á echarla de valiente contra una plaza muy mal guardada, que él mismo no pudo conservar por falta de hombres, y de la que tuvo que alejarse dos días después, dejando en poder del enemigo cañones y pólvora que no hubiera perdido, si hubiese sido más avisado.

(1) Diario de J. Miguel Carrera.
CAPITULO XXVI.

Progresos de las armas realistas. — Carrera procura reorganizar su ejército para ir á atacar á Sanchez y cortar estos progresos. — Dificultades que se oponen á la ejecucion de su intento. — Se ve rodeado de facciones. — Rígores que ejerce contra el partido realista. — Envia socorros á O'Higgins para que arroje las guerrillas enemigas sobre Chillan. — Encuentro entre O'Higgins y Elorrea. — Acción de Quillacoya y de Gomero.

Después que Carrera se había retirado de Chillan, los realistas habían ganado mucho terreno, animados por la situación de los espíritus, que les era muy favorable, y por la actividad de los clérigos y religiosos en propagar la santidad de su causa, infundiendo amor y respeto por ella en los corazones, y adquiriendo cada día una superioridad incontestable, que les llenaba de confianza. Sanchez contribuía, por su parte, á este feliz resultado, manteniendo con celo y vijilancia la buena disciplina de sus tropas. Sin embargo, se hallaba aun aislado, sin comunicación con sus superiores, y por consiguiente sin contar con socorros. Esta circunstancia lo constituía por decirlo así, mas bien que jeneral del ejército, un jefe de partido, papel que desempeñaba con tanta resolución como habilidad, y le hacia merecedor del título de comandante en jefe, título que, como ya se ha dicho, debía á la casualidad.

Los oficiales jenerales que tenía á sus órdenes, se mostraban, á ejemplo suyo, igualmente activos y celosos por la causa que defendían. En las continuas escursiones ó expediciones que emprendían, no solo sabían sacar provecho de sus conocimientos militares, sino
que también empleaban las arterias de la política y las máximas de la religión para atraerse los descontentos, fomentando la deserción en el ejército de los patriotas, y reclutando partidarios entre los habitantes del campo, los cuales se alistaban como voluntarios bajo la bandera real. De esta manera, resarcían las pérdidas que habían tenido desde su desembarco, y organizaban, gracias a sus cuadros, que eran muy superiores a los del enemigo, compañías de milicianos, las cuales ofrecían la doble ventaja de conocer perfectamente la topografía del país, y los habitantes más útiles como defensores de su partido, en atención a que los escogidos eran hombres aguerridos, hechos al fuego desde su niñez, y para los cuales la guerra era una especie de verdadera profesión.

Con el auxilio de estas compañías, pudo Sanchez dar mucho ensanche á sus operaciones, aumentando el número de sus guerrillas, igualmente útiles para causar deserciones al enemigo, sorprender sus destacamentos y aun también sus plazas. Por la parte del norte, las que mandaban Olate, Clemente Lantano y Oriega se avanzaban á insultar al partido contrario hasta las márjenes del Maule, y por medio de movimientos bien combinados, conseguían detener los correos y partes militares. Así tenían como estancados en Talca los cortos socorros que el gobierno enviaba á Carrera.

Por el sur, las guerrillas estaban aún mejor organizadas, gracias al tino táctico del coronel don Ildefonso Elorreaga, el cual acampado en Rere con una columna de observación, destacaba partidas en diferentes direcciones para inquietar á los patriotas. Estas guerrillas, que tenían por principal objeto el arrojar al enemigo sobre Concep-
ción, lograron al fin, quitarle todas las plazas fuertes que poseía á la orilla del río Biobío, frontera de los Indios araucanos. La ocupación de estas plazas, y el alzamiento casi jeneral del partido de Arauco, abrieron paso fácil y seguro para Valdivia y todos los puntos ocupados por los Españoles, y fueron considerados por Sanchez como una interesantísima conquista. Por eso tuvo la prevision, propia de un jeneral hábil, de poner en ellas guarniciones bien mandadas por oficiales de instruccion y de confianza, capaces de defenderlas á todo trance. Sin embargo, las guarniciones no podían menos de ser numéricamente débiles; pero la reacción entre los habitantes había sido tan espontánea, tan franca, y por otro lado, fundada en tales motivos de interés, que Sanchez no dudó en contar sobre su fidelidad á la causa real.

En la plaza de San Pedro puso una guarnición mas respetable, en atencion á su proximidad del cuartel jeneral de Carrera, del que solo se hallaba separada por el río Biobío, guarnición compuesta de cincuenta hombres y algunos milicianos mandados por el intrépido Quintanailla, cuyo carácter, además, daba entera confianza de que sería bien defendida la plaza.

Tal era la situación de la provincia de Concepción á fines de setiembre, y á penas se había pasado un mes después que Carrera había levantado el sitio de Chillan, cuando ya había perdido una gran parte del concepto en que estaba antes, y del prestigio que había tenido su nombre. No solo había perdido terreno, sino también casi todas las plazas, y el mismo se hallaba tan estrechado, que no le quedaban más que algunas leguas de costa para conservar sus comunicaciones con el gobierno, y recibir los cortos socorros que este podía enviarle; y
con todo eso, no se puede negar que este jeneral ha mostrado en las mas criticas circunstancias espíritu, teson y voluntad firme de salvar el país de la invasion que lo aflijia.

Desde su llegada á Concepcion, su primer cuidado había sido reponer en buen estado las armas; pues los fusiles, por un largo servicio, y tal vez por poca limpieza, estaban inutilizados, y los cañones igualmente faltaban de cureñas y no estaban en estado de servir, no solo los que había llevado de su malhadada expedicion por caminos imposibles, por los cuales jamas había pasado ni una carreta, sino tambien las piezas mismas de Concepcion, que por haber sido tan mal repuestas, se hallaban aun inservibles. A todo esto se juntaba la desgracia de haber pocos armeros inteligentes en el país, por la razon de que los buenos eran españoles de oríjen, habian estado empleados en los rejimientos del ejército real y todos eran realistas. Los pocos que se pudieron hallar se les redujo á trabajar por fuerza; y solo por amenazas se obtuvieron de un Maltés algunos moldes de barro para balas; pero despues de hechos los moldes, se vió que no habit a materiales para utilizarlos, en atencion que ni una sola barra de plomo se encontraba en el depósito; y como tampoco habit a mercaderes de este metal, fué preciso recurrir á los particulares, y despojarlos con violencia del que tenian en sus casas. También se echó mano de las bombas, escandallos y otros objetos pertenecientes á los buques fondeados en el puerto, así como tambien de la pólvora que habia en ellos.

Después de haber puesto el remedio posible á estas faltas, Carrera dió su principal atencion al estado de la tropa. Desde que habia salido de Concepcion para el
sitio de Chillan, no había podido dar á los soldados ninguna prenda de vestuario, ó á lo menos habían sido tan pocas, que se veían algunas compañías casi enteramente desnudas. Después de haber mandado hacer un cierto número de casacas y pantalones, encargó nuevecientos mas de estos, con un surtido proporcionado de camisas y de zapatos; y luego se remontaron las tiendas de compañía, indispensables en aquel tiempo en que las tropas no tenían el habito de campar en campo raso. Los enfermos y heridos eran trasladados á Talca; pero aun quedaron muchos en diferentes puntos, en virtud de lo cual mandó construir tres hospitales militares, que se establecieron en Coyanco, Concepcion y Mercedes, y en cada uno de los cuales se puso una buena guarnicion para su defensa, en caso necesario, afín de observar los movimientos del enemigo, y de contener la desercion, fomentada por los emisarios realistas.

Pero lo que le ponía en mayor cuidado era la organizacion de mayores fuerzas que necesitaba para volver á tomar la ofensiva, como había prometido hacerlo, á la entrada de los buenos días, que se acercaban ya. En este particular, su posicion era sumamente embarazosa, por hallarse, como se ha dicho, desprovisto de elementos y de dinero, y rodeado de oficiales que por la mayor parte eran procedentes de las milicias, es decir, sin la instruccion necesaria para que tuviese en ellos una entera confianza. Por otro lado, los cuadros que tenía, y que deben ser, como se sabe, la base fundamental de la organizacion de los cuerpos, si no eran absolutamente malos, no eran tan buenos que pudiese prometerse de ellos los prontos servicios de que hubiera necesitado, y se lamentaba continuamente de que el ayuntamiento de Santiago
hubiese persistido con tanta tenacidad en tener mas confianza en las milicias que en las tropas de línea, sin duda por la sola razón de que estas eran casi siempre dudosas para el partido democrático. A pesar de todas estas grandes dificultades, consiguió por su invencible teson el alistar un bastante crecido numero de paisanos, reclutados por sus emisarios y por las guerrillas diseminadas en lo interior del país, y cuya instrucción y disciplina dirija por decirlo así él mismo en persona.

Justamente, en aquel mismo tiempo, otros emisarios del partido contrario, enviados por Sanchez, recorrían mas ó menos ocultamente el terreno ocupado por las tropas de Carrera, con el objeto principal de desanimar á los suyos, é inducirlos á que desertasen; y en efecto se había manifestado ya la desercion en algunas compañías de veteranos, especialmente en la de dragones, conservada en Concepcion, y que se hacía muy sospechosa al partido liberal. Esta compañía, que conservaba la tradición del servicio para el cual los dragones han sido instituidos, á saber, para batirse á pié como á caballo, trasportarse rápidamente á un punto amenazado, ú otro que se necesita atacar, y á donde la infantería no podría nunca llegar á tiempo, estaba compuesta de hombres aguerridos é instruídos perfectamente á la española. Claro estaba que semejantes soldados en tales penosas circunstancias, no podían menos de ser tan útiles como necesarios, en vista sobretodo de las dificultades que ofrecían las comunicaciones, y la especie de guerra que se hacian los dos partidos contrarios; pero noobstante todas las ventajas que podia sacar de esta compañía, Carrera resolvió reformarla por su tendencia á la insubordinacion, siempre precursora, en semejantes casos,
de algún acto de rebelión, y crear un cuerpo de husares
destinados al servicio de caballería ligera para descubrir,
flanquear y proteger las columnas en marcha. Este cuerpo
fué puesto sobre el mismo pie, y compuesto de la misma
fuerza que el de la guardia nacional, y Carrera, afin de
darle un gran prestigio, lo mandó nombrar *Husares de
la victoria*.

Además de todos estos embarazos materiales, muy
suficientes ya para hacer desmayar el carácter más
enérgico, Carrera tenía que luchar interiormente con los
tristes presentimientos que le acongojaban acerca de su
suerte futura. Las intenciones de la junta con respecto
a él se le habían hecho sospechosas, y mas de una vez
se pasó por la cabeza el trasladarse de su campamento
a Santiago para pedir satisfacción a la junta de la indi-
ferencia con que miraba á su ejército, y arrojarla por
la fuerza del salón de sesiones, si sobre la marcha no le
daba todo cuanto necesitaban sus tropas.

Por otra parte, no podía Carrera disimularse que se
hallaba rodeado de facciosos, que tenían la osadía, sino
de desobedecer abiertamente á sus órdenes, á lo menos,
de ejecutarlas mal é imperfectamente; y para mayor
desconsuelo suyo, su hermano don José era en gran parte
causa de ello, bien que involuntariamente, y solo por
el hecho de desaprobar sus planes con desden, y aun de
interceptar los cortos socorros que le enviaban en di-
nero, amenazándole aun también algunas veces de re-
tirarse con su columna á Chillán por no servir bajo sus
órdenes. Esta triste correspondencia de un hermano la
debía el jeneral Carrera á una susceptibilidad rencorosa
del amor propio de don José, siempre que este tenía que
ejecutar las órdenes de su hermano menor en edad, en
graduación y tal vez en arrojo, y sólo solo superior en conocimientos militares y tino táctico; la talidad tanto mayor cuanto era un pernicioso ejemplo que comprometía el poco espíritu de cuerpo que quedaba ya entre las diferentes tropas.

A pesar de todos sus trabajos y sufrimientos físicos y morales, Carrera mostraba semblante sereno á cuantos le eran sospechosos, sin manifestarse nunca descontento á no ser hablando de los realistas, respecto á los cuales no dejaba escapar ocasión alguna de inspirar miedo y aun terror, poniendo por delante las penas infamantes que tenía preparadas para los traidores y espías, y de las cuales no eximiría á las mujeres mismas. En efecto, más de una vez mandó arrestar á señoras convencidas de delitos políticos.

Así trabajaba en dominar los muchos temores que tenía por todos lados, esforzándose en dar toda su atención á los preparativos necesarios para volver á atacar segunda vez el campo de Sanchez delante de Chillan, para cuyo proyecto tenía la mayor confianza en la cooperación de O’Higgins. Sinembargo, este jefe con quien contaba principalmente Carrera, había ya manifestado estar poseído de cierto espíritu de rivalidad; pero Carrera no podía menos de hacer justicia á su carácter resuelto, y aun más que resuelto audaz, y tal vez el único capaz de ayudarle eficazmente á ejecutar el plan de campaña que meditaba. Por esta razón, tenía mucho cuidado en atender á las necesidades de su columna, enviándole refuerzos y socorros, é instándole á no perder ninguna ocasión de molestar á las guerrillas enemigas hasta arrojarlas sobre Chillan, en donde se proponía encerrarlas muy pronto. O’Higgins no necesitaba recibir órdenes de Carrera
para entregarse con cuerpo y alma á su pasion por la guerra; lejos de eso, no habia para él felicidad mayor que los lauros de la victoria para sí mismo y para los va-lientes que mandaba, y gloria para su pais. Gracias á esta noble pasion, había podido mantener la guerra con bastantes ventajas para que le fuese permitido esperar conservar todas sus posiciones hasta el momento en que Carrera emprendiese su segunda campaña. La subleva-cion de la jurisdiccion de Arauco, la pérdida de esta plaza, y todas las demas pérdidas que habian emanado del primero de estos acontecimientos, habian alterado algún tanto su confianza en atencion á los peligros que corría su familia fujitiva de la plaza de los Angeles, en donde se hallaba cuando el comandante de la frontera don Gaspar Ruiz se vió obligado á abandonarla; pero luego que O'Higgins hubo dado disposiciones para protejerla eficazmente, ya no pensó mas que en volver á tomar las plazas perdidas, las cuales consideraba ser de la mayor importancia para el enemigo, si permanecian en su poder.

La primera que proyectó tomar fué la de Santa Juana como mas inmediata á su campamento, y por es-tar situada en el camino de Arauco. Habiendo dirijido sobre dicha plaza algunas columnas con este designio, al llegar á Talcamavida, separada solo por el rio Biobio de Santa Juana, recibió parte de que Elorreaga mar-chaba á su frente para atacarlo con fuerzas superiores, y naturalmente tuvo que diferir el ataque de la plaza, que muy ciertamente no le hubiera resistido, para ir al encuentro del enemigo, y ahorrarle camino. Bien que en aquella circunstancia no tuviese mas que pocos hom-bres que oponer á Elorreaga, el cual disponia de fuerzas

V. HISTORIA.

27
triplicadas, no obstante su inferioridad numérica, O'Higgins, lleno de confianza en sus pocos valientes, no dudó en avanzar y descubrió luego la vanguardia enemiga mandada por el cura Valle. A penas la vió, mandó á Freire cargarla con algunos caballos, y Freire ejecutó esta orden con tanto arnaque, que en un instante dicha vanguardia fué dispersada, y su comandante obligado á salvarse á pie en una quebrada.

Este feliz suceso entusiasmó de tal manera la columna de O'Higgins, que sus soldados mismos pidieron el ir á atacar el cuerpo que mandaba Elorreaga. O'Higgins sabía que no era dable el contrarrestar fuerzas tan superiores; pero afín de ganar tiempo y dar á su familia el suficiente para ponerse en salvo, se resolvió á seguir el impulso de su tropa, tan conforme con el suyo propio, y atacó por el flanco derecho al enemigo con tanto ímpetu, que le forzó á replegarse detrás de la columna de infantería. Esta se hizo firme, caló la bayoneta contra los caballos de O'Higgins, los contuvo y los abrasó con un fuego graneado perfectamente sostenido. De suerte que su temeridad le costó á O'Higgins siete muertos y algunos heridos.

Obligados á retirarse, los patriotas se dirigieron hácia Quilacoya, perseguidos con viveza por Quintanilla; pero habiendo llegado á Gomero, se hallaron apoyados por una emboscada de Freire, el cual causó tal sorpresa al enemigo, que le hizo volver las espaldas, y salvó la columna de O'Higgins, y á este mismo, que estuvo á punto de ser prisionero habiendo caído al suelo por habersele roto las cinchas de la silla de su caballo. En aquel momento crítico, un soldado llamado Gabino Gonzalez corrió á ofrecerle el suyo, y tal vez fué esta jenerosidad
la que conservó á la patria uno de sus mas valientes defensores.

De regreso á Quilacoya, temiendo, y con razon, algúna empresa audaz de Elorreaga, cuyo ardor no ignoraba, pensó en fortificarse en dicho punto; y en efecto, muy luego le llegó un parte de que Elorreaga avanzaba. En aquel entonces, ya las fuerzas de los patriotas se habían aumentado de dos refuerzos mandados por don José María y don Diego Benavente, y O'Higgins tenía, además, algunos cañones de campaña, de suerte que perdió todo cuidado, y en lugar de esperar al enemigo, salió de sus trincheras á su encuentro.

Habiéndolo alcanzado en Gomero, bien que la fuerza numérica de Elorreaga fuese de un batallón de infantería y de doscientos caballo, y la de O'Higgins solo de ciento y cincuenta hombres montados, resolvió este atacar á su adversario, por uno de aquellos arranques temerarios que tenía, y en efecto se arrojó contra la caballería enemiga, que no solo resistió al choque con firmeza, sino que á su vez tomó la ofensiva y rechazó con ventaja á la caballería de O'Higgins. Obligado á replegarse, O'Higgins simuló una verdadera huida para atraer Elorreaga hasta la proximidad de su campamento, y, una vez incorporado con las fuerzas que había dejado en él, empeñar una acción decisiva; pero no pudo conseguirlo, porque el enemigo conoció sin duda su intento, y entonces lo cargó segunda vez y lo forzó á retirarse.

En todos estos encuentros, que duraron con cierte teson una gran parte de aquel día, el capitán don Francisco Cueva se distinguió brillantemente.
CAPITULO XXVII.

Recibe Carrera algunos socorros del gobierno.— Resuelve ejecutar su plan de ataque y manda á su hermano José marchar con su columna sobre Bulluquín. — La demora con que ejecuta esta órden le ocasiona el ser detenido por el enemigo en Membrillas, en donde tiene que atrincherarse. — Alzaor le niega los socorros que le pide. — Miguel Carrera le envía 300 hombres. — Salida del Jeneral para el teatro de la guerra. — O'Higgins ataca Elorreaga, le obliga á pasar el Itata, y se reune en Bulluquín con Miguel Carrera. — Acción del Roble. — Guerrilla de Valensuela atacada en Tracoyan, y muerte de su comandante.

Mientras que O'Higgins trabajaba por mantener el ardor de sus soldados, agurriéndolos e inspirándoles la pasión de la gloria, principio del verdadero valor militar, y de amor á la patria, Carrera continuaba pidiendo y recibiendo cada día reclutas, que eran instruidos y organizados como por encanto. Hasta entonces, bien que conociese la importancia que tenía la posesión de la plaza de Arauco, se había visto obligado á temporizar sin pensar en ir á atacarla; pero no por eso dejó de enviar fuerzas á castigar la insolencia de algunos Indios araucanos, los cuales se habían establecido en San Pedro, y no cesaban de hacer, desde allí, demostraciones de forfantería, que al fin le apuraron la paciencia. De suerte que envió un destacamento contra ellos, con orden de replegarse, una vez hubiese desempeñado su comisión, en atención á que se acercaba el momento de concentrar sus fuerzas en las inmediaciones de Chillan.

En efecto, llegaron el 5 de octubre los socorros tan esperados de Talca, conducidos por el coronel Sotta, y escoltados por cuarenta guardias nacionales al mando del
capitán Prieto. Clemente Lontaño los había seguido con el intento de apoderarse de ellos y de acampar en las vegas de Itata con toda su guerrilla reunida á la de Olate; pero la proximidad del destacamento de don José María Benavente, establecido en Dihueño desde la toma de la Florida, le contuvo, y el convoy pudo llegar sin accidente á su destino. Con él venía el obispo Andrew y Guerrero, hombre ardoroso, entusiasta y capaz de contrapesar el influjo de los misioneros españoles por el prestigio de su dignidad y de su ministerio.

Desde aquel momento, ya Carrera no pensó mas que en llevar á ejecución el plan de ataque que había medi­tado y preparado desde su llegada á Concepción. En consecuencia, ya algunos días antes, después de la marcha de Benavente para ir á desalojar el enemigo de la Florida, había mandado á su hermano José, que permanecía en Qui­rihué, se pusiese en movimiento para ir á reunirse al ejér­cito en Bulluquin; pero, como siempre, José descuidó de ejecutar aquella órden, y no la ejecutó hasta algunos días después, de suerte que advertido del movimiento, el enemigo lo siguió y lo bloqueó en Membrillar, de donde no le fué posible salir. En tal situación, pidió socorro á Alcazar, que acababa de llegar á Talca con la expedición chilena de Buenos-Aires; pero este oficial alegó para no enviarle el socorro pedido, que no tenia órdenes del gobierno para ello. Esta respuesta irritó su­mamente á José, y aun mucho mas al jeneral en jefe, el cual no podía comprender que fuese sacrificada una division entera á una mera interpretación de puro capri­cho, por lo menos, sino de malas intenciones. Sea lo que fuese acerca de esto, Carrera se apresuró á enviarle un refuerzo de trescientos hombres, entre los cuales había
cient dragones y ciento y cincuenta fusileros de la guarnición acampada en Dihueño.

Al mismo tiempo, envió otro refuerzo a O'Higgins, bajo el mando de Muñoz, para que atacase a Elorreaga, que estaba acampado en Rere, y el 8 por la mañana, se puso personalmente en marcha en la dirección de Membrillar para ir a tomar el mando de todas sus fuerzas reunidas, dejando el gobierno de Concepción y de Talcahuano al coronel Spano con instrucciones reservadas.

Antes de cuarenta y ocho horas, después de la orden de ponerse en marcha con su división, ya Benavente se hallaba sobre el Itata y forzaba Lantaño, al cabo de un corto tiroteo, a desalojar y a replegarse a Urejola, que estaba acampado en Quinchamali. Justamente en aquel instante, llegaba Carrera cerca de las alturas del Quilo, en donde supo que la división del centro había sido desbloqueada, y resolvió marchar a la Florida con la mayor parte de sus fuerzas a reunirse a O'Higgins. El ataque que este había ejecutado contra Elorreaga no había tenido más resultado que el de cojer algunos realistas, y 400 vacas encerradas en un corral; pero en el hecho de seguir la retirada al enemigo hasta las márgenes del Itata, retardaba su llegada al punto de reunión general, con gran sentimiento de Carrera, que temía se viese comprometida la división Benavente, acampada en la Florida, por su inferioridad numérica, si la otra no llegaba para sostenerla en caso que fuese atacada.

Otro motivo de grande impaciencia para él era el retardo de los caballos, cañones y municiones que había mandado enviar de Concepción a la división Benavente, retardo que llegó a inquietarle en términos de resolverse a retrogradar a Concepción, a donde llegó el 10.
CAPÍTULO XXVII.

Cuatro días después, todos los objetos arriba dichos habían sido expeditos, y Carrera se ponía de nuevo en camino para la Florida y operar su juncion con O’Higgins.

Una vez reunidas las dos divisiones, emprendieron la marcha, y fueron á campar á las inmediaciones de Pantanillos; solo quedó en la Florida una guerrilla mandada por el teniente Cárdenas, encargado de proteger el transporte de los cañones y demás objetos que habían salido de Conception el 14.

El 16, las dos divisiones, cuya fuerza total era de ochocientos hombres, se pusieron en movimiento, y llegaron á las 4 al paso del Itata, llamado el Roble. Las descubiertas solas tiraron algunos tiros á la proximidad del vado de las piedras, situado un poco más arriba.

Miguel Carrera mandó acampar sus tropas en una posición cubierta de árboles y rodeada de barrancos que no fue sin embargo del gusto de O’Higgins, el cual propuso ir á ocupar una colina que había sobre el lago Avendaño, distante solo de ocho cuadras del punto escogido por Miguel Carrera. Confiado este en la poca probabilidad de que el enemigo pudiese pasar el río, desechó el parecer de O’Higgins, y mandó plantar sus tiendas en las pequeñas eminencias que dominan el paso que tenían á la vista.

«Un cañón de á 4 con 40 fusileros guardaba el paso y era sostenido por un reten de 150 granaderos y voluntarios. La guardia nacional, que había servido de infantería, ocupaba la izquierda de la línea de infantería y era sostenida por la caballería del capitán Benavente, que se campó en la arboleda que está al pié de la altura. La artillería se colocó en el centro de la infantería. Todo el
campo se cercó de centinelas y se colocaron grandes guardias desde la hacienda de los Mardones hasta el vado del peñasco, que distaba una legua, al sur, del campamento (1).

Sanchez, que tenía conocimiento del movimiento simultáneo de las tres divisiones, había mandado a Urrejola atacarlas en detalle antes que operasen su junção. En aquel instante, Elorrea llegaba bastante malo a San Xavier, dejando la tropa al mando de Don Pedro Ascenjo para dirigirse sobre Chillan. Deseando sacar partido de aquella división, Urrejola proyectó una sorpresa a favor de la noche y dio órdenes al valiente Lantaño para que la ejecutase con Ascenjo, militar no menos decidido y arrojado. Al mismo tiempo, afin de no dar sospechas al enemigo, y de desorientarlo, mandó a Olate, que quedaba en el campamento al frente de Carrera, encendiese muchas hogueras, multiplicase las centinelas para aumentar los gritos de alerta a los oídos del enemigo, y mandase que todas las bandas de tambores tocasen la Diana.

En cuanto a él mismo personalmente, se quedó de observación a poca distancia para defender el paso, y proteger, en caso necesario, la retirada (2).

El 17 octubre tuvo lugar la expedición. Los realistas, haciendo un gran rodeo, pasaron el río en el lugar llamado el Carrizal, junto al cerro negro, y desde allí, por una marcha muy forzada, se dirigieron hacia el campamento de Carrera, a donde llegaron antes del amanecer.

La primera guardia que encontraron fue la del teniente don Manuel Valenzuela, compuesta de cincuenta hombres, todos durmiendo, así como también su jefe, tan

(1) Diario de José Miguel Carrera.
(2) Conversación con don Clemente Lantaño.
lejanos de temer una sorpresa, que hasta se habían quitado los uniformes. Por consiguiente el enemigo pudo degollarlos muy á su salvo, y todos, menos el teniente y muy pocos soldados, pagaron con la vida el increíble descuido de las precauciones militares, que había tenido su jefe.

Entusiasmados con este fácil éxito, los realistas aceleraron el paso para continuar la sorpresa contra el cuerpo reunido del ejército, al cual los pocos que se habían salvado de la primera guardia no podían haber llegado; pero aquí, las centinelas estaban vijilantes, dieron el alarma descargando sus fusiles, y uno de ellos, Miguel Bravo, prefirió dejarse inmolar antes que ceder el paso al enemigo. De suerte que las tropas tuvieron lugar para formar, hacerse firmes y recibir la carga de los realistas, sin desconcertarse.

Se siguió desde luego una acción jeneral, en la cual todos se hallaron empeñados. El primero que se mostró á la cabeza de sus tropas fué O'Higgins, siendo también el primero que sacó su espada para rechazar la sorpresa. Se le vió mientras duró la acción siempre en los puestos los mas peligrosos, dando ejemplo de denuedo y de sernidad, y animando á sus soldados con palabras y hechos, á rechazar al enemigo, el cual, á pesar de su superioridad moral y numérica, se vio obligado á repelérgar sobre una eminencia que se hallaba á poca distancia. O'Higgins siguió este movimiento y fué á ocupar con su columna otra loma en frente de la del enemigo, y distante de ella cuadra y media; y así situados, los dos partidos abrieron un fuego graneado, sostenido por algunas piezas de campaña, que dirijían con el mayor acierto el capitán de artillería Morales y su teniente Don Nicolas García, bajo
la protección de un piquete de milicianos de Concepción, mandados por el sargento Nicolás Maruré.

En esta acción, que fue muy reñida, se distinguieron igualmente los capitanes Benavente y Prieto, los cuales también habían sido de los primeros á ponerse á la cabeza de sus compañías para rechazar al enemigo.

Desesperado de vencer la resistencia de los patriotas, los realistas cargaron á la bayoneta; pero no solo fueron bien recibidos, sino que también los primeros, después de haberlos rechazado, los cargaron, á su vez, del mismo modo. O’Higgins fue quien, justamente en el momento en que acababa de ser herido, los cargó, forzándolos á plegar, hasta que al fin fueron puestos en derrota, con pérdida de 80 muertos, 17 prisioneros, dos cañones, 180 fusiles y algunos cañones de municiones.

La victoria de los patriotas habría sido más completa, si desde el principio de la acción no hubiesen estado privados de caballos, y si la caballería de Freire, que había salido la víspera en persecución de una guerrilla enemiga, se hubiese hallado allí. Por más que hizo don José María Benavente improvisando una con los caballos de los oficiales, y algunos otros, no bastaba esto para sacar todo el fruto posible, y que era de esperar de tan completa derrota.

Estos fueron los resultados de la batalla del Roble, batalla que sin la valentía y serenidad de ánimo de O’Higgins, habría sido tal vez fatal para los patriotas, los cuales, durante las tres horas que fue sostenida la acción, no solo resistieron con un fuego vivísimo á la superioridad de los fuegos de la expedición y de los realistas acampados al norte del Itata, bajo el mando de Olate, sino que tuvieron que rechazar repetidas cargas
de una escelente caballería. Por consiguiente, no podía menos de mostrarse ufanos de la victoria, felicitándose reciprocamente de ella; pero á pesar de eso, aun les quedaba algun motivo de zozobra por no saber cual había sido la suerte del jeneral en jefe.

En efecto, Miguel Carrera, acampado á cinco ó seis cuadras del centro del ejército, no se había mostrado por ninguno lado durante la accion, y no podían comprender este misterio. He aquí pues lo que había sucedido. Al punto en que dispertó á los primeros tiros, salió de su tienda y encontró á don Diego Benavente en el momento en que una descarga del enemigo mató el caballo de dicho capitan. Al ver esto, quiso seguir á Benavente y algunos dragones desmontados, que se dirijían hacia una colina; pero Barnachea le detuvo rogándole esperase le ensillasen un caballo, como en efecto le trajeron el suyo, lo montó y se fué al cerro arriba dicho. Una vez allí, dio algunas órdenes al capitan Morla, que ametrallaba en aquel instante á la caballería enemiga, y luego bajó del cerro con Calderon y Barnachea, y se fué hacia el oeste para reconocer por sí mismo las posiciones del enemigo. En esta esploracion fué descubierto y perseguido por una guerrilla enemiga que le obligó á huir; pero viendo que le iban á dar alcance, se detuvo de repente, hizo frente y descargó en el rostro del oficial que mandaba la guerrilla una pistola que por casualidad no tenía bala. En aquel instante llegan los lanceros y le hieren de una lanzada en el costado; pero noobstante la gravedad de la herida, y gracias á la velocidad de su caballo, aun pudo salvarse arrojándose al Itata, y atravesando este rio, aunque muy caudaloso. Por desgracia, cuando se vió al otro lado, Carrera se
haller en tierra enemiga, cubierta por las guerrillas del
bizarro Olate (1), y tuvo que seguir la orilla por medio
de barrancos para no ser visto. Habiendo andado así
hasta cierta distancia, volvió á pasar el río y se encontró
en la division suya del centro mandada por su hermano,
á quien dijo, por la ignorancia en que estaba de cuanto
había sucedido, se apresurase á ir á socorrer la otra di-
vision que creía derrotada. Pero José pudo tranquili-
zarlo, pues ya había destacado doscientos hombres,
pedidos por O’Higgins, bajo las ordenes del capitán
Valenzuela, que, hubiérese podido cortar la retirada al
enemigo, si hubiera tenido conocimiento del resultado
de la acción, marchando sobre el río en lugar de diri-
jirse al campo de batalla.

Miguel Carrera, que había llegado á pie y estenuado,
no quiso, con todo eso, detenerse mas que el tiempo
necesario para mudarse y curar la herida que había re-
cibido. Hecho esto, montó á caballo, enviando por de-
lante un correo con la noticia de su próxima llegada, no-
ticia que llenó de alegría á todos en el campamento, en
donde al oir los peligros que había corrido, todos se
sintieron conmovidos. Cuando le vieron llegar con su
amigo Barnachea, que le había salido al encuentro para
participarle la victoria conseguida sobre el enemigo,
todos se esmeraban en ofrecerle parabienes y felicita-
ciones, muy sinceras en aquel momento, y exentas de
todo finjimiento de envidiosa política.

En la embriaguez del gozo que experimentaba, y que
duró algunos días, Carrera escribió al gobierno sobre

(1) Según Carrera este Olate era el que lo había perseguido, pero docu-
mentos que tenemos á la vista prueban que este oficial se había quedado en
el campo enemigo.
aquellos acontecimientos un parte que, mucho después, las vicisitudes, los contratiempos y resentimientos que tuvo le hicieron negar. Hablando de O’Higgins en dicho parte, decía «que S. E. debe contarlo por un soldado capaz en sí solo de reconcentrar y unir heróicamente el mérito de las glorias y triunfos del estado Chileno (1). »

Tal vez este parte le había sido dictado por el entusiasmo de que estuvo poseído durante algunos días, y tal vez también le escribió por no ponerse en contradicción con la opinión jeneral del ejército que exaltaba altamente á O’Higgins; pues testigos oculares decían, que la defensa que este había hecho había causado una admiración estremada por la firmeza y sangre fría inauditas que había manifestado; concluyendo su elogio con asegurar que todos los honores y lauros de la victoria le pertenecían.

En efecto, O’Higgins, por la ausencia del jeneral en jefe, no había podido disimular desde el principio de la acción, que la salvación del ejército quedaba bajo su responsabilidad, y desde luego desarrolló todos los recursos que poseía en su tino táctico y en su arrojo, sin pararse en la herida que recibió, ni en la muerte de su caballo que le obligó á batirse á pié.

Es verdad que en este particular muchos de sus oficiales se hallaron en el mismo caso, y siguieron su bello ejemplo. Tales fueron don Diego Benavente, capitán de la gran guardia nacional, y comandante interino de la jeneral; el capitán de milicias don Martín Prais; el alférez Don Alfonso Benites, el capitán Morla y otros, los cuales se mostraron igualmente denodados, especialmente el primero, que á pesar de la herida que recibió en medio

(1) Parte del Jeneral don Miguel Carrera.
del pecho, permaneció firme en la acción; por donde se ve cuánto poder tienen en corazones nobles el amor de la patria y el deseo de salvarla.

En vista de lo que acababa de suceder, Miguel Carrera resolvió no continuar su marcha y regresar a Concepción, después de haber señalado las posiciones que debía ocupar su ejército, dividido en dos cuerpos de observación. El primero de estos dos cuerpos, al mando de O'Higgins, tuvo orden para ir a acampar a la punta del Diguillín; y el otro, bajo las órdenes de Juan José, se retiró a Buluquin. Pocos días después, salió un destacamento de este segundo cuerpo para ir al norte del Nuble a cubrir San Carlos, y el Parral, y proteger convoyes de víveres que se aguardaban de Talca.

Este destacamento, compuesto de cien granaderos, tuvo muy luego, en efecto, que escoltar uno de dichos convoyes, y se dirijía sobre Bulluquin, cuando al llegar a Tracoyan, el capitán don Pedro Valenzuela, que lo mandaba, acordó con su teniente Valverde el acampar allí. Sin embargo, lejos de acercarse la noche, aun tenían día bastante para continuar la marcha; pero se hallaron con unas damas muy bien parecidas y buenas cantarinas, y no pudiendo resistir al atractivo que experimentaron, dieron orden de hacer los ranchos.

Mientras esto hacían, se hallaba no lejos de allí una partida enemiga, cuyo comandante recibió muy luego aviso, por sus espías, así de la posición que ocupaba Valenzuela como del descuido con que se divertía, y resolvió ir a sorprenderlo. En consecuencia, formó una columna de 400 hombres, la puso al mando de don Luis Urrejola, y este se echó a favor de la noche sobre las tropas de Valenzuela, el cual acababa justamente de entrar en su
campamento, y á pesar de la sorpresa y de la oscuridad, resolvió defenderse á toda costa.

Dicho y hecho, con prontitud maravillosa el bizarro Valenzuela se formó una trinchera con cajas de galleta y con fardos de charqui ó carne seca, y así en posición, animaba á sus soldados con palabras y buen ejemplo á defenderse con valor y firmeza. En efecto, hacían una brillante defensa, cuando recibió una mortal herida que le dejó aun bastante vida para continuar mandando hasta que Valverde llegó á ocupar su lugar, pero tan desgraciadamente, que al punto se sintió herido como lo había sido su capitán.

En este crítico trance, tuvo que tomar el mando el alférez Monterilla, el cual continuó la resistencia con no menos valor que sus dos jefes, rechazando durante cuatro horas ataques continuos de un enemigo superior y furioso, en términos que de los cien granaderos que componían el destacamento, ya no le quedaban mas que diez y ocho; tal era la mortandad y la sangre de aquella ardorosa lucha. Pero aun la crisis no había llegado á su extremo, y muy luego les faltaron municiones á aquellos valientes. Lo cual visto por Monterilla, resolvió abrirse calle á la bayoneta con los pocos soldados que le quedaban por medio del enemigo, y en efecto lo ejecutó, llegó sano y salvo con ellos á Quirihue, en donde quedaron los heridos al cuidado del virtuoso Merino.

Sin duda el enemigo había experimentado muchas pérdidas; pero los pobres patriotas dejaron en aquel campo de batalla 82 muertos, sin contar los dos bizarros oficiales, cuya pérdida fué sumamente sentida en el ejército, y sobretodo por Carrera, que había puesto las mayores esperanzas en ellos.
CAPITULO XXVIII.

Instrucción pública. — Nombramiento de una junta de educación. — Escuelas de primeras letras. — Apertura del instituto nacional. — Profesores que tenía. — Formación de una biblioteca pública. — Libertad de imprenta.

Mientras que por el sur, el ejército sostenía con más o menos buen éxito el honor de las armas chilenas, la junta gobernadora trabajaba en Santiago no solo por el buen orden y la buena armonía de la sociedad, sino también en fomentar los sentimientos patrióticos que podían salvarla y darle lustre. Los soldados de la patria arrastraban los peligros y males de la guerra, y peleaban por su libertad e independencia; sus legisladores establecían los cimientos de su civilización y de sus progresos hacia el bien y la prosperidad, y unos y otros ardían de amor por ella y anhelaban por verla colocada en el rango de las naciones mas felices y mas dignas de serlo.

Uno de los primeros pensamientos que habían sufrido los primeros gritos de independencia, había sido el de reformar radicalmente la educación moral e intelectual de la nación; porque si era cierto que la instrucción en jeneral había sido hasta entonces casi enteramente desdichada, ya fuese por indiferencia o por cálculo del gobierno, con el fin muy mal entendido de dominar con menos resistencias, también lo era que había muchos sujetos capaces, y bastante instruidos para apreciar su importancia en aquel momento en que se trataba de rehacerla á toda costa. Por consiguiente, no bastaba el emplear medios y fuerzas materiales para sacar triunfante la revolución, sino que también se necesitaba alumbrar
á los entendimientos para desarrollar la razón del pueblo y ponerlo en estado de apreciar su dignidad y su independencia.

En aquella época, el atraso en la instrucción era, como acabamos de decir, el fruto del descuido lamentable con que había sido mirada hasta entonces. A los nueve años, y algunas veces antes de llegar á esta edad, un muchacho había concluido el estudio delatinidades, y pasaba á filosofía y á sus siloquismos, siempre especulativos, jamás prácticos ni aplicados á cosa alguna, y tan puerilmente ridículos como las cuestiones que el jenio escolástico había imaginado para su uso. Al curso de filosofía seguía otro de teología, igualmente fundado en sofismas ó hipótesis tan ininteligibles como inútiles (1).

Los estudios que contribuyen á la gloria de las naciones, y sirven esencialmente á labrar su felicidad material, tales como la química, las ciencias naturales, la economía política y otras, no eran conocidas allí ni de nombre, y si desde algunos años á aquella parte se insertaban en el programa de un colegio, debido á la sabia solicitud del benemérito don Manuel Salas, las matemáticas, el dibujo y la cosmografía, la enseñanza de todo esto se hacía de un modo muy superficial y defectuoso, en primer lugar, por el poco saber de los maestros, y en seguida, por la viltud inquisitorial que se oponía continuamente, de un modo ó de otro, á todo adelante positivo y propio á desarrollar las facultades intelectuales de cuantos las estudiasen.

Por todas estas razones, la reforma de la enseñanza pública era de la mayor urjencia.

En el momento de ser revestido del poder, Miguel

(1) Vidaurre. Hist. manuscrita de Chile.

V. Historia.
Carrera había adoptado con el apresuramiento de un buen patriota las benéficas ideas de aquellos ilustres Chilenos, y había dado órdenes para la fundación de un instituto nacional que le parecía ser el establecimiento mas propio á propagar en Chile una instruccion verdaderamente nacional. Desgraciadamente, la invasión de Pareja le había obligado á salir de la capital, y habiendo tenido que apartarse de esta grande empresa, delegando todo este importante cuidado á sus colegas, principalmente á aquellos que la habían imaginado y que, por consiguiente, debían necesariamente poseer los secretos mas propios á llevarla á cabo.

Pero ántes de establecer estas escuelas superiores, se reflexionó naturalmente que era indispensable el preparar el pueblo á ellas dándole lecciones de primeras letras. Para realizar este pensamiento el gobierno nombró de comisarios de la ejecucion al senador don Juan Egaña, que ha sido uno de los mas celosos promotores de la instruccion chilena; al director jeneral de estudios don Juan José Aldunate, y al rector del convictorio carolino don Francisco José de Echaurren, igualmente celosos por el bien del país. La comision así compuesta tenía por objeto:

«El formar y presentar á la mayor brevedad un plan de educación nacional que proponga la instruccion moral y científica que debe darse á todos los Chilenos, y la clase de virtudes que especialmente puedan hacer mas feliz este país y en que el gobierno debe empeñar sus cuidados para trasformarlos en costumbre, y hacer de ellos como un carácter propio y peculiar de los habitantes. » (1).

(1) Monitor araucano, n° 29.
Por aquí se ve que la instrucción moral quedaba inseparable de toda otra instrucción, y que, lejos de eso, debía sobresalir como indispensable a un pueblo sencillo en costumbres y conocimientos, y que en medio de sus esfuerzos por conquistar su libertad, habría podido dejarse llevar de inspiraciones de odio y venganza tan frecuentes en contrarios partidos.

Al principio, se pensó en constituir esta escuela de primeras letras obligatoria en todas las clases de la sociedad; pero muy pronto se pudo conocer que la circunstancia de haber muchísimos habitantes en el campo, como los hay aun en el día, dejaría la ley general sin fuerza ni acción sobre ellos, y hubo que limitar las pretensiones en este particular á fomentar dicha enseñanza por todos los medios posibles, especialmente por el de comunicárla gratuitamente. Así, en un reglamento firmado el 18 de junio de 1813, se mandaba que en todas las ciudades, villas y pueblos de cincuenta vecinos fuese establecida una escuela de primeras letras, la cual debía hallarse situada en medio de la población, y costeada por los propios del lugar, con recomendación especial de la preferencia que se había de dar á dichos gastos sobre cualesquiera otros. Tal fué la importancia que aquellos dignos patriotas dieron á la propagación de los primeros elementos de instrucción general. El reglamento prescribía además que en cada una de dichas escuelas debía:

«Haber un fondo destinado para costear libros, papel y demás útiles en que de necesitaban los educandos, de tal modo que los padres de familia, bajo ningún pretexto ni por título alguno, sean gravados con la más pequeña contribución (1). »

(1) Monitor araucano, n° 36.
Ya se ve que el reglamento no exijía de los padres de familia más que su buena voluntad, y el útil concurso de sus hijos a aquella obra de reaperación social.

En seguida, el nombramiento de maestros aptos y capaces reclamaba naturalmente la primera atención. En efecto, del celo y capacidad de estos maestros dependía el porvenir de la juventud que iba á ser puesta á su cuidado, y solo hallándose ellos mismos penetrados del verdadero espíritu de su misión, podían inculcar á sus discípulos principios fructíferos de virtud y de ciencia. Ciertamente habría sido pretender demasiado el querer hallar profesores de superior capacidad en una época en que Chile no poseía aún las escuelas normales en donde se forman actualmente jóvenes que, al salir de ellas, son aptos para ir á transmitir sus lecciones y demás frutos de su buena enseñanza y aplicación á las provincias á donde el gobierno los destina con este objeto. En dicha época de ignorancia, era forzoso el darse por satisfecho con encontrar sujetos de celo, y que con algunos conocimientos, tuviesen buenos principios de moral para comunicarlos á sus alumnos.

Para estas pruebas, tenían que presentar dos certificados; uno de moralidad y buena conducta, firmado por el juez del lugar, y por su cura párroco, que lo examinaba sobre los puntos de doctrina cristiana; y otro, que era una especie de diploma de capacidad, firmado por un examinador y por dos miembros del cabildo. Se exijía de él, además de estas pruebas, la de su patriotismo: «que ha de ser, (decía el reglamento) decidido y notorio, » pues el fin que se proponía el gobierno propagando la instrucción por todos estos medios, era no solo desarrollar las facultades intelectuales del pueblo,
CAPÍTULO XXVIII.

sino también el reformar enteramente el carácter nac-

clonal, educándolo según las ideas del siglo, é infun-

diendo en los corazones el amor patrio, la mas noble

pasión del hombre, y el de la libertad, que enjendra

dignidad y propia estimación de sí mismo. Por todas

estas razones, se había indicado en el catálogo de libros

destinados á este jénero de instrucción, el compendio de

la Historia de Chile de Molina, propio, por los ejem-

plos de patriotismo que ofrece, á inspirarles aprecio y

amor al país, el cual en aquel instante conquistaba el

título de verdadera nación.

Pero aun no quedaron aquí la solicitud y las previsiones

del gobierno en favor del pueblo, pues para conseguir

que los reglamentos fuesen exactamente seguidos, dió al

deán del cabildo de cada localidad el cargo de visitar,

á menos no una vez al mes, la escuela, observando, apro-
ando ó censurando el método, y cuanto se hiciese en

ejlla; animando y dirigiendo á los maestros; y enfin, de

hacer una visita jeneral todos los seis meses, en virtud

de la cual debía dar parte al gobierno de los progresos

de los alumnos, del estado de la escuela y de sus rentas

y gastos.

Otro parte semejante debía ser enviado tocante á las

escuelas de niñas y jóvenes, escuelas con que el gobierno

había dotado las provincias, y dirijidas por virtuosas

maestras.

Resumiendo cuanto se acaba de decir sobre esta intere-
santísima materia, por medio de las escuelas de primeras

letras, el gobierno conseguía infundir inteligencia al

pueblo, ponerlo en la vía de alcanzar por sí mismo á sa-

tisfacer todas sus necesidades, y difundir el sentimiento

de la independencia individual tan necesario para formar
el espíritu nacional. Pero aun esto no bastaba; el go-
bierno llevaba sus previsiones mas allá, y proyectaba
perfeccionar las facultades intelectuales de cuantos pu-
diesen y quisiesen dedicarse á las carreras de las cien-
cias, de las letras y bellas artes, fundando el grande
establecimiento conocido aun en el día bajo el nombre
de instituto.

La primera idea de esta fundacion data, como ya se
ha dicho, del año 1812, pero su apertura no se realizó
hasta el 10 de agosto de 1813, verdadero día de gloria
para aquellos ilustres filántropos que tanto habían con-
tribuido á ella. El gobierno, acompañado del senado,
de la majistratura y escoltados de una imponente fuerza
militar, honró aquella brillante funcion, que fué cele-
brada con la mayor pompa, y aplaudida con jeneral
entusiasmo. * La capital (dice el Monitor araucano) no
había visto otra mas digna ni sentido un placer tan de-
licado. Un concurso brillante y numerosísimo de toda
edad, sexo y condicion, bendecían al cielo y á los padres
del pueblo, y se complacían en los efectos benéficos de
su naciente libertad. Jamas les pareció mas preciosa ni
mas dulce; por tanto rogaban al padre de los hombres
por los firmes apoyos de esta libertad, el jeneral en jefe
y todo el ejército restaurador. El instituto, decian unos,
se encarga de inmortalizarlos: de su seno saldrán el jenio
de la poesía y los talentos de la historia. Este acto, de-
cian otros, es uno de los mas interesantes de la revolución.
Los pueblos que nos observan, y la posteridad que ha
de juzgarnos, y que ha de contemplar con interés todos
los sucesos de este memorable período, admirarán que
hubiésemos podido concebir un designio semejante en
medio del estruendo de las armas, y que hubiésemos
llegado á plantear y concluir una obra tan grandiosa (1).

Esta función tuvo lugar en el museo nacional, fundado en la Universidad de San Felipe. El doctor Vera abrió la sesión por un himno que respiraba los más puros sentimientos de patriotismo, y ensalzando los beneficios infinitos de las luces y de la civilización. Tras el doctor Vera, el joven don Mariano Egaña, digno heredero de la elocuencia de su padre, pronunció en nombre del poder ejecutivo, cuyo secretario era á pesar de su tierna edad, una relación en la cual espuso el estado de abatimiento y de ignorancia en que estaba postrado el país desde la época de la conquista, á pesar del genio natural de los habitantes y de la fertilidad y riqueza de su territorio. En seguida, después de haber anunciado las victorias de Yerbas-Buenas, San Carlos y Talcahuano como precursoras de la independencia futura del país, les insinuó claramente que para ser dignos y merecedores de gozar de ella, necesitaban adquirir la instrucción y educación que solas pueden ilustrar un país, y hacer felices á sus habitantes. «Diez y nueve cátedras, continuó diciendo, de todas las ciencias; un museo que comprende todos los departamentos necesarios para sus experiencias y progresos; una educación pública gratuita, abierta á todos los ciudadanos del estado, y auxiliados con cuantas beneficencias son posibles; unas instituciones para cementar las costumbres de vuestros hijos en el honor y la virtud, son el resultado de las meditaciones y fatigas del supremo gobierno.»

Al mismo tiempo, les esponía Egaña muy por menor el objeto y la importancia de estas carreras, demostrando la influencia que tendrían en la prosperidad del

(1) Monitor araucano, n° 55.
país, puesto que todas las clases de la sociedad sacarian de ellas utilidad y provecho; religiosos, lejistas, médicos, agricultores, militares, todos, y aquellos, enfin, cuyas profesiones se ejercen por la operacion del entendimiento y por la meditacion. Dejándose llevar, en seguida, de la vehemencia de su discurso, concluye con un exorto á todos sus oyentes, en estos términos: — « Padres de familia, y majistrados que sois los padres de la sociedad; ¡vosotros vais á responder á Dios, á vuestros hijos, á vuestros pueblos y al mundo entero de la negligencia que tengais en la educacion de vuestras familias y conociudadanos! Comisionados para la perfeccion y conduccion de esta grande obra, mirad vuestro encargo; ved si hay otro mas sagrado sobre la tierra; ya estais en un círculo de donde no podeis salir sin el desprecio ó la gratitud pública mas grande y mas bien merecida. ¡Funcionarios públicos, y todos los que vais á coadyuvar en este grandioso establecimiento; la humanidad, el decoro, la razón, la patria y el gobierno os encargan que no pongais trabas, dificultades capciosas ó nimos inconvenientes cuando se trata del bien mas interesante! (1) »

Este discurso, que aparece lleno de patriotismo y de convencimiento, conmovió á todo el auditorio y levantó aplausos que manifestaban claramente cuan penetrados estaban todos de los bienes infinitos que les prometia. Despues de Egaña, habló Echaurren, el cual, conformándose al antiguo uso, que aun se sigue alguna vez, bien que á razó lo desaprube, pronunció otro discurso en latin.

Terminados todos estos discursos, el gobierno, los majistrados y demas autoridades que le habian acom-
pañado, escoltados del mismo modo que á la entrada, por las tropas con banderas tricolores desplegadas, se dirigieron al instituto, en cuya capilla se cantó un Te Deum, é imploraron la protección del Todopoderoso en favor de la revolución y de un establecimiento que iba á ser un santuario de sabiduría y de virtud.

En efecto, el instituto prometía ser un centro intelectual de donde debía salir y derramarse por todos los puntos de la República la luz y el espíritu de moralidad y de civismo que principalmente habían de contribuir á su ilustración. El programa de estudios era tan estendido como variado, y se resentía tal vez del vehemente deseo que tenían aquellos hombres, esencialmente progresistas, de propagar ideas y luces, sin pararse en los más ó menos recursos que tenían para la ejecución de tamaña empresa. Según dicho programa, se había de estudiar todo lo que es concerniente á las clases inferiores, segundarias y superiores ó profesionales, gratuitamente, como queda dicho, asín de facilitar á todas las capacidades, de todos rangos y condiciones, la carrera á la cual se sintiesen inclinadas. Por consiguiente, había cursos militares, legislativos, médicos, humanitarios y aun también teológicos; y en este particular, se había resuelto, á consecuencia de un concordato entre el gobierno y las autoridades eclesiásticas, que el seminario sería reunido al instituto, conservando, con todo eso, todos sus derechos é inmunidades tocante á sus rentas y á su jurisdicción.

Siendo el objeto de aquel establecimiento sobremanera nacional, las autoridades mandaron que todos los alumnos llevasen un mismo uniforme, asín de que se penetrasen desde sus primeros años del espíritu de igualdad en que se apoya principalmente un gobierno democrá-
tico; y para infundirles el amor de la patria, se les dieron sus colores emblemáticos, y cada alumno llevaba en la beca morada de su opa la escarapela tricolor sobre un fondo de diferentes colores, según la clase de estudios que seguía. Esta era la única distinción entre todos los estudiantes del instituto, y solo el que se distinguía por algún mérito particular, podía, como benemérito de la juventud, poner sobre dicho emblema una corona cívica bordada de oro. Al mismo tiempo que lisonjeaba el amor propio, esta distinción era un estímulo para los demás condiscípulos, y daba cierto realce al establecimiento mismo.

Las diferentes escuelas anunciadas en el programa no se abrieron todas a un mismo tiempo, y sí sucesivamente a medida que los recursos lo permitían; y para profesores se nombraron sujetos que bien que no hubiesen hecho un estudio especial del mecanismo y de los diversos métodos de enseñanza, inspiraban sin embargo bastante confianza por sus luces y capacidad para dirigir los estudios, y por el esmero con que procuraban instruirse en las ciencias que habían de enseñar á sus discípulos. La mayor parte de estos profesores pertenecían al clero, porque en él se hallaba naturalmente más instrucción: don Francisco de la Puente, considerado como el padre de las matemáticas en Chile; el cura Bejanilla tan convencido, fervoroso y entregado á los deberes de su santo ministerio, bien que la naturaleza lo hubiese hecho nacer para la mecánica por pasión y por conocimientos naturales innatos en él, por decirlo así; — don Juan Aguilar de los Olivos, — don José Antonio Urrutia, profesores, el primero de sagrada escritura, y el segundo de dogmas é historia de nuestra religión, — todos estos
fueron nombrados, como lo fue también el senador don Juan Egaña, el cual era profesor de elocuencia y de pa-
nejérica. Otros muchos profesores de gran mérito fueron
además nombrados, sobresaliendo entre ellos los presbí-
teros Juan de Dios Arlegui y José María Argandoña, que
profesaban los derechos de jentes, de economía política,
de las leyes de la nación y todo cuanto era concerniente
á los manantiales de la riqueza, al gobierno de la sociedad
y á todos los conocimientos necesarios no solamente á
ciertos individuos, sino también á todas las clases, es
decir á toda la nación, asín de gozar de la libertad bien
interpretada y entendida, y defender los derechos que le
pertenecen con razones fundadas en las leyes mismas de
la naturaleza.

Para poder defenderlos con la fuerza, había sido ins-
tituido en el mismo colegio un curso de ciencia militar, á
la verdad, propio especialmente á los alumnos destinados
á este ramo, y á algunos otros á quienes se querían dar
algunas nociones de él. Porque en la situación del país,
aquella época, no se creía que fuese conveniente el
difundir una instrucción esclusivamente civil, y se quería
que los jóvenes tomasen hábitos militares, en atención á
que, tarde ó temprano, hubieran de contribuir á la de-
fensa del país, ya como soldados del ejército, ya como
milicianos. Tales eran los motivos plausibles que había
para dar á la juventud una inclinación fomentada insen-
siblemente con ejercicios bélicos.

Independientemente del esmero y cuidado conque la
junta de educación y el gobierno escogieron excelentes
profesores, también tomaron medidas para que estos pu-
diesen llenar sus deberes con fruto, proporcionándoles
los libros é instrumentos necesarios; y al efecto se señaló
una cantidad de dinero suficiente para comprarlos en Europa, á pesar de la penuria de la tesorería, por las guerras que la nacion había tenido que sostener en el Sur. Pero las cabezas chilenas tenian tanto anhelo por ilustrarse, que nadie puso reparo en someterse á los mayores sacrificios.

En consecuencia, se votó tambien la fundación de una biblioteca en un lugar abierto á los profesores, á sus discípuilos y al público, en cuyo lugar se habían de hallar reunidos los tratados mas útiles para cada ramo de estudios, sirviéndose desde luego de los que había en la Universidad y en otros establecimientos públicos. En esta ocasión, como en todas las de esta especie, el patriotismo de los habitantes se mostró pronto y jeneroso para realizar los buenos efectos de tan noble pensamiento: don Juan Egaña, Feliciano Letelier, Mateo Arnaldo Hoevel y otros muchos sujetos de distincion, tanto de Santiago como de las provincias, particularmente de Talca, aprontaron su escote para la ereccion de dicho monumento de ciencia, destinado á alcanzar un alto grado de prosperidad, por la solicitud del goberno, y la sabiduría de su actual director don Francisco García de Huidobro.

En medio de estos grandes esfuerzos de fomento intelectual, se presentaba naturalmente la grave cuestion de la propagacion de ideas liberales por medio de la libertad de la prensa, cuestion que no olvidaron aquellos ilustres progresistas.

Ciertamente, en atencion á las intenciones manifies tas del gobierno de fomentar el desarrollo de las luces por medio de la propagacion de la enseñanza publica, era permitido creer que á esta enseñanza debia seguir natu-
ralmente la libertad de comunicar y transmitir todos los medios que le eran propios, bajo la condición de que no fuesen opuestos al gobierno, ni perjudiciales á nadie. Esta condición era tanto menos difícil de cumplir en aquella época, cuanto los periódicos eran aun raros, estaban por decirlo así en pañales y tenían ya bastante que hacer en tratar cuestiones de libertad puramente civil, sin elevarse precozmente á las gravísimas de libertades políticas. Esto es tan cierto, que el solo diario que se leía entonces era costeado, en gran parte, por el gobierno mismo, y redactado por escritores que eran miembros, ó apoyos de este mismo gobierno. En sus opiniones, en sus sanas intenciones y juicio recto, estos escritores consideraban un diario como un puro instrumento de la verdad y de la razón; como una centinela avanzada contra los abusos; como una salvaguardia de todo derecho lejítimo y en fin, como la sola garantía de libertad individual, en los límites señalados por las leyes y tratados de derecho público.

Si, por otra parte, los propagadores de la civilización preveían que tal vez las pasiones podrían tener en la libertad de la prensa un campo abierto para calumniar, provocar y oprimir á los particulares, semejante previsión no podía aun tener por objeto los intereses de aquella época, visto el estado de ignorancia en que todos se hallaban respecto á discusiones, antagonismos, rencores y combates políticos. Cuando hubiesen adelantado bastante en la carrera para conocerlos y servirse de ellos, también habrían hecho los mismos progresos para preservarse de sus malos efectos.

Penetrado el gobierno de la fuerza de todas estas consideraciones, y de lo indispensable que era la liber-
tad de escribir y publicar sus opiniones para formar pu-

clicistas capaces de ilustrar al país y dirigir la opinión 

tica, sosteniendo los intereses del gobierno, que, en 

todo caso, deben de ser los mismos que los de la nacion, 

se decretó por el senado dicha libertad de la prensa la 

mas ilimitada, puesto que por este decreto (23 de ju-

nio 1813), todos podían publicar sus ideas y opiniones 

en asuntos públicos y privados sin previa censura, y bajo 

los auspicios de un senador nombrado por el senado 

mismo, para que mantuviese la ejecución del decreto, 

precaviendo los abusos á que diese lugar en perjuicio 

de los altos fines á donde se dirijia.

Para alcanzar á estos con mas certeza, se ideó no 

una junta de censura sino una junta protectora, com-
puesta de siete vocales sorteados entre los sujetos de 

mayor distincion de la capital. Esta junta no tenía nin-
gun derecho de iniciativa contra los que delinquiesen en 

materia de escritos, y solo podía recibir quejas, y de-

cidir si realmente había lugar á ellas. En el caso que así 

fuese, el asunto era del resorte de los tribunales ordina-

rios, los cuales, para formar su juicio y sentenciar, de-

bían oir al senador vijilante del decreto; por manera que 

la ley se presentaba como un protector del delincuente, 

en los límites de la justicia y del buen derecho. Ya se ve 

cuan bien protejida se hallaba la libertad de escribir, 
puesto que una queja de calumnia, supuesta bien fundada, 

no podía comprometer á su autor hasta que dos autori-
dades le hubiesen juzgado con conocimiento de causa.

Pero si el publicista tenía campo ancho para criticar 

los actos del gobierno, y aun los de particulares, no 

tenía la misma libertad para tratar de cuestiones teoló-

jicas. En un país en donde los sentimientos religiosos
estaban en toda su pureza, sin que nadie soñase en discutir sobre puntos de fe y de creencia, no debía ser permitido aflojar este poderoso resorte de la moralidad, bien que muy seguramente no fuese de temer que ningún escritor lo hubiese intentado. Con todo eso, el gobierno tuvo por conveniente el prever este grave inconveniente de la libertad, en vista de la extensión que habían tomado las máximas filosóficas del siglo 18°, y de la frecuencia de comunicaciones con Europa; y en el mismo decreto de la libertad de la prensa, declaraba, por uno de sus artículos, «que los escritos religiosos no pueden publicarse sin previa censura del ordinario eclesiástico, y de un vocal de la junta protectora;» — «Conven-
cido (continuaba diciendo) de que es un delirio que los hombres particulares disputen sobre materias y objetos sobrenaturales.»

Por esta restricción en favor de la moral y de la sociedad entera, la fe guardaba todo su poder para resistir a falsas máximas filosóficas, continuar reinando en corazones bien nacidos y en entendimientos sanos, como lo eran, en general, los Chilenos, y en fin, manteniéndose en su primitiva pureza, como principal apoyo de toda virtud, y consuelo sublime de desgraciados.
CAPITULO XXIX.

Formacion de un padrón jeneral de los habitantes y establecimiento de un cementerio. — Alarmada de los progresos de la invasión, la junta gobernadora exorta los habitantes á que acudan al socorro de la patria.— Estímulo que da al servicio militar.— Se enarbola la bandera nacional en la plaza.— Demostraciones públicas en honra del ejército con el objeto de reanimar su moral.— El partido realista levanta la cabeza, favorecido por los escatos cometidos al sur.— Levantamiento de Santa Rosa de los Andes. — Muerte del Jefe de la insurrección.

Después de haber puesto la enseñanza pública á cargo de sujetos que ofrecían las mejores garantías de capacidad, instrucción y filantropía, el gobierno esperaba poder dar toda su atención y cuidado á las reformas que cada día se hacían mas urjentes; pues la nueva política, como ya se ha dicho, era tan diferente de la que se había seguido hasta entonces, que en todo se notaba su novedad: costumbres, opiniones, interés privado y hasta en las mismas leyes, en cuanto estas eran la espresión de hábitos nacionales, y una especie de reglamento puro y sencillo de una administración colonial.

Desgraciadamente, por la misma razón de que la opinión pública debía apoyarse en pruebas claras y evidentes, se formaba demasiado lentamente, y por falta de luces y de hábitos de administración republicana, los habitantes se dejaban más bien llevar que convencer, acerca del nuevo orden de cosas. Por otra parte, era muy difícil el emplear los medios enérgicos de toda revolución para introducir reformas que no podían menos de ser contrarias, por de pronto, á diversos intereses,
por más que se fundasen en principios de justicia y de sabiduría. Tampoco el prestigio de los que mandaban era bastante grande para dar un fuerte impulso decisivo a dichas reformas, y dejando a parte Infante, que tenía tanta firmeza como convencimiento, todos los demás temporizaban y obraban tímidamente, muy lejanos de la firmeza necesaria en épocas de revolución y de innovaciones, para inspirar confianza y decisión a un pueblo.

Sin duda alguna la prudencia aconsejaba en aquellas circunstancias, el respetar y no violentar derechos adquiridos, fundados en leyes escritas y vijentes, y en principios de derecho que habían servido de regla hasta entonces; pero no por eso se debían desechar reformas justas, necesarias y oportunas en aquel instante sobretodo en que la notable alteración que se veía en las transacciones legales favorecía su introducción. Tal era la opinión de los partidarios de la revolución; pero estos encontraban mucha resistencia por parte de los de la constitución, los cuales consideraban esta como piedra fundamental del estado, sobre la cual había de descansar todo el edificio social; motivo por el cual, á pesar de los buenos deseos que los animaban en punto á reformas, se mostraban débiles y tímidos.

Sin embargo, procedieron con el mayor cuidado y esmero al empadronamiento general de los habitantes, operación que no podía comprometer los intereses ni derechos de nadie. Este pensamiento había nacido ya en el tiempo que gobernaba Miguel Carrera, y el gobierno daba tanto mayor importancia á su ejecución cuanto facilitaría muchísimo el discernimiento de acciones y reacciones de las diferentes clases de la sociedad; el
de los hechos que hubiesen de ser analizados y discutidos, y serviría de base para determinar un sistema de elecciones provinciales con datos fijos, comparativos y equitativos. Por lo tanto, en una circular á los jueces mayores de las provincias, se avisaba muy particularmente á los comisarios del empadronamiento, que «sin conocer el número de la población, las profesiones y demás circunstancias de los ciudadanos, casi no se puede emprender con cálculos seguros ningún objeto de beneficencia pública, y mucho menos se puede dar á los pueblos aquella organización y representación política que corresponde á un sistema popular (1).»

Afin de que esta operacion produjese toda la utilidad necesaria y deseada, y se ejecutase con uniformidad en todas partes, se mandaron imprimir en gran número cuadros modelos con divisiones indicatorias del estado, de la edad, del origen, de la casta y profesión de cada individuo, como igualmente del número y de la naturaleza de establecimientos públicos, y de artesanos de cada profesión que hubiese en cada localidad; finalmente, con todas las nociones necesarias para que el gobierno pudiese mejorar la suerte del pueblo, vijilar sus intereses constantemente e introducir en los diferentes ramos de administracion pública las reformas que permitirá el estado del país.

Para operar y llenar dichos cuadros ó estados, se nombraron juntas compuestas de sujetos los mas aptos e instruidos de cada lugar, haciendo responsable al juez mayor de la provincia de los yerros y descuidos que fuesen cometidos.

Todo cuanto se hizo, fuera de este empadronamiento,

(1) Circular al juez mayor de cada provincia del reino.
por la administración del país, fue de poca importancia, en general, considerado bajo el punto de vista de organización social, y se redujo a reglamentos que, por la mayor parte, eran de la competencia de los ayuntamientos. Por ejemplo, se hizo uno en Santiago contra los regatos para que no revendiesen los abastos públicos, por el perjuicio que esto causaba a los compradores. Se fijaron aranceles de médicos y boticarios. Se dieron providencias para cortar los funestos efectos de ciertas enfermedades, que se propagaban con espantosa prontitud; y para evitar nuevas contribuciones en aquellos momentos de considerables desembolsos, se tomaron medidas rigurosas acerca de las administraciones de tabacos, y papel sellado, en las cuales había intolerables abusos.

Una verdadera y feliz innovación fue la del establecimiento de un vasto cementerio o Panteón, al norte de la villa, para evitar el mal influjo de los vientos del sur, que son allí los vientos siempre reinantes. Hasta entonces, se habían enterrado los muertos en las iglesias, al lado, con gravísimo daño de la salud de los habitantes. En el congreso de 1811, algunos miembros recordaron que dicha costumbre había sido vituperada por los concilios de Braga, Maguncia, Nantes, Milán, etc., y que Carlos IV, en una circular de 1805, la había prohibido; y opinaron, en consecuencia, que conformándose al tenor de dicha circular, se debía prohibir que nadie, de ningún estado ni condición, fuese enterrado en la iglesia; proposición que había sido tomada en consideración.

Todos estos decretos o reglamentos, a veces más bien teóricos que prácticos, no presentaban el carácter de una verdadera utilidad general, puesto que casi siempre se limitaban, en su aplicación, a las necesidades de la
capital, y se resentian ademas de la timidez que se notaba en todos los actos del gobierno de aquella epoca. Es verdad que la situacion del pais no era propia á favorecer los proyectos é intenciones de aquellos buenos patriotas en cuanto á operaciones de organizacion administrativa, para las cuales se necesita gozar de reposo y tranquilidad de animo. Cuando todos, por todas partes, suspiraban por ver renacer el buen orden, la guerra encendida en el sur los llenaba de zozobra; la invasion obraba insurreccionando, y habia hecho rapidos progresos en la provincia de Concepcion, cuyos habitantes se habian declarado, la mayor parte, en su favor; casi todas las plazas habian caido en su poder, y Carrera, despues de haberse visto obligado á retirarse, tenia muchisimo trabajo en rehacer sus fuerzas para oponerse á un enemigo que habia ya tomado la ofensiva.

Todo esto no podia menos de poner en cuidado á la junta gobemadora, forzandola á dar su primera y principal atencion á los asuntos militares que, en aquel instante, eran la sola ancorea de salvacion para el pais. Desgraciadamente, los recursos del erario estaban lejos de bastar para levantar y armar nuevas tropas; mas sin embargo, y gracias al patriotismo de ciertas clases de la sociedad, los donativos voluntarios, hechos con una generosidad que recordaba los primeros momentos de entusiasmo de la revolucion, remediaron en mucha parte aquel estado de penuria. Los miembros del poder ejecutivo continuaban dando un bello ejemplo de desprendimiento, haciendo dejeacion de sus sueldos, que creian mas necesarios al estado que á ellos mismos; los empleados soportaban un descuento en sus pagas, y los particulares los imitaban con donativos proporcionados á sus
facultades. Los que no tenían dinero que dar, ponían á la disposición de la autoridad partes ó porciones de casas de mucho rédito. El coronel de milicias don Manuel Barros se ofreció á albergar en su hacienda todas las viudas de soldados del rejimiento de Melipilla, muertos en la guerra. Enfin, don Vicente Iníguez llevó su jenerosidad hasta armar á sus espensas un buque mercante anclado en el puerto de Valparaíso.

Todos estos recursos, juntos á los que el gobierno había pedido de oficio á los negociantes y á los particulares pudientes de la República, permitían hacer frente á los gastos de mayor urjencia; pero no bastaba esto. Lo que se necesitaba era inspirar ardor marcial á la juventud, estimulándola con el ruido y el aparato de preparativos bélicos. No teniendo el país fábricas de armas, el gobierno prometió grandes recompensas á los armeros desconocidos que se presentasen con la capacidad suficiente para remediar esta grande falta, y muy pronto el nombrado José Antonio Díaz fabricó y presentó, como muestra, un fusil que mereció una completa aprobación. A este armero, el gobierno le mandó dar cien pesos de recompensa, y el título de Alférez de milicias en el rejimiento de Aconcagua.

Igualmente fueron votados socorros á las viudas de los militares muertos en acciones de guerra, y estos socorros fueron sorteados, al aniversario de la independencia, el día 18 de setiembre.

Fueron exentos de toda leva y servicio militar todos cuantos trabajaban en el acopio y preparación del salitre.

En vista de la falta de caballos, cuyo número era ya muy insuficiente para el servicio, el gobierno dispuso
suprimir los derechos que pagaban, al entrar en el territorio de la República, los que se sacaban de Mendoza y de sus cercanías.

Tomadas estas providencias temporales, el poder pensó en sostenerlas por el eficaz auxilio de actos de gobierno puramente morales y religiosos con rogativas públicas y jenerales tanto en la capital como en las provincias; medios cuyo influjo poderoso en los ánimos conocía el gobierno, y por cuya razón los empleaba frecuentemente. Consecuente en este principio, y hallándose poseedor de la placa de la orden de Santiago, tomada en el equipaje de Pareja, dedicó dicha placa al santo de la orden, que era también patron de la capital y de la República, ordenando se hiciese en esta ocasión una imponente función religiosa, invocándolo e implorando su protección para alcanzar victoria.

Para el efecto, la placa de la orden fue depositada el 5 de junio, en manos del cabildo eclesiástico, y el día siguiente los canónigos celebraron dicha función con la mayor pompa y ostentación, con asistencia de todas las personas de distinción de la ciudad y de las autoridades civiles y militares.

Algunos días después, se celebró otra no menos imponente con el motivo de sustituir la bandera nacional á la española, que aun se veía tremolar en los edificios públicos, y esta función fue tanto más solennse, cuanto se escojíó justamente el día del corpus para celebrarla. Hasta entonces, no se había conocido en el país sino la escarapela tricolor, y fue aquel el primer día en que se vieron los tres colores resplandecer en la bandera, símbolo de la nacionalidad que acababa de emancipar á los Chilenos.
Tuvo entonces el gobierno una feliz coyuntura para
dar pruebas de que estas funciones no eran un puro y
vano ceremonial, y de que realmente estaba poseído de
solicitud por el pueblo. La provincia de Concepción se
hallaba, en aquel momento, en el estado más deplorable,
a consecuencia de los escasos cometidos por una banda
de forajidos, los cuales eran todos miserables desertores.
No siendo posible el pagar todos los daños y perjuicios
hechos por aquellos malvados, el gobierno determinó
indemnizar a los más perjudicados por ellos, y dar es-
peranzas a todos de que se pondría remedio eficaz a sus
vejaciones tan pronto como las circunstancias lo permi-
tiesen. En consecuencia, fué decretado que se remitiese
una cantidad de 10,000 p. á la provincia de Concepc-
ión para repartirla entre los más necesitados. Al mismo
tiempo, se mandó también fuesen puestas grandes res-
tricciones en el recobro de ciertas contribuciones de que
abusaban malos empleados, y aun también algunos sim-
ples particulares por propio interés y provecho. Cierta-
mente, eran estas providencias muy propias á hacer
menos insostables los males inherentes á la guerra, y
á moralizar en cierto modo lo que había de malo en la
revolución.

Era este un objeto esencial en que la junta goberna-
dora ponía el mayor esmero, y las tropas sobretodo que
estaban á su vista se impregnaban maravillosamente de
los buenos efectos de esta sana política. Tan pronto como
llegaba la noticia de una victoria alcanzada por el ejér-
cito del sur,— noticias que por desgracia llegaban rara
vez,— se veían al punto los militares y ciudadanos mez-
clados unos con otros sin distinción y como verdaderos
hermanos, manifestar á una el entusiasmo de que esta-
ban poseídos, y su decisión de salvar la patria. Los ciudadanos, en tales ocasiones, se deshacían en muestras de afecto y en alabanzas á los defensores de la patria, y ensalzaban los rasgos de magnanimidad y de virtud que hacían aun más recomendable su valentía. Los militares que por cualesquier motivo ó circunstancia llegaban á la capital, después de una batalla en que se habían hallado, estaban seguros de ser recibidos con el mas cordial afecto, y aun con demostraciones de aparato y regocijo público, si llegaban en cuerpo.

Hubo una de estas ocasiones en que la capital llevó al estremo esta especie de fiestas triunfales, y esta ocasión fué la entrada en la ciudad de una columna de caballería que se había batido en el combate de San Carlos, y que llegaba conduciendo los prisioneros de guerra que se habían hecho, bajo las órdenes del teniente coronel don José Antonio Valdes. Dicha columna entró precedida en la capital, y seguida de un jentío inmenso, por medio de la tropa de la guarnición tendida, formando calle, con música, repique de campanas y aclamaciones, pruebas tan evidentes como ruidosas del entusiasmo universal que causaba aquel acontecimiento. Las autoridades salieron á recibirla á la puerta de la ciudad, y luego desfiló por debajo de arcos triunfales en los cuales se leían inscripciones propias de la circunstancia, y que manifestaban evidentemente el reconocimiento que todos tenían á los defensores de la patria.

Pero de todos estos recibimientos el mas brillante fué el que se hizo á los trescientos valientes que, á principios del año 1811, habían sido enviados al socorro de sus hermanos de Buenos-Aires. Los patriotas, para honrarlos y festejarlos, fueron á su encuentro hasta la villa de
los Andes, y los acompañaron á Santiago, en donde, por todas partes, se les habían preparado arcos triunfales. La junta gobernadora salió en cuerpo á cumplimentar á su jefe, que era don Andrés Alcazar, el cual, en respuesta á un oficio en que el gobierno le manifestaba su alta satisfacción, decía, que á pesar de los mil contrastes de su larga expedición, deseaban tener una pronta ocasión de arrostrar el enemigo, prontos á sacrificar su vida antes que sufrir que el suelo sagrado de la independencia fuese pisado por aquella banda de piratas.

No obstante el celo y el esmero que ponía el gobierno en fomentar los buenos principios y motivos de la revolución, dándole el prestigio conveniente para alimentar la confianza de sus defensores, la reacción hacía visibles y notables progresos, estendiéndose de un modo alarmante; fatalidad que era debida principalmente á los males que ocasionaban los desertores en la provincia de Concepción, en donde por todas partes jemían los habitantes y vivían temblando de los funestos efectos de la anarquía. Había insensatos que, por la mayor parte, eran los que se dejaban subyugar por falsas máximas religiosas, y por perjudiciales consejos de sacerdotes, que abandonaban sin escrúpulo la santa causa de la patria por la enemiga, cuya defensa tomaban muchos de ellos. Otros, menos débiles, aunque ultrajados por sus opiniones moderadas, y perjudicados en sus intereses, perdían toda esperanza, se desanimaban y se mostraban indiferentes, sin reflexionar que los bienes preciosos de la libertad no se adquieren sino á fuerza de sacrificios. Ya hemos visto que el gobierno no había podido, por más que había hecho, recompensar más que algunos pocos, y esto de una manera bastante poco eficaz; de
suerte que había infinitos descontentos que daban temores en las diferentes clases de la sociedad, y este género de mal, siempre contajioso, se propagaba y comunicaba de provincia a provincia.

Santiago, como centro de la política y de discusiones a que daban naturalmente lugar los diferentes acontecimientos que se sucedían, no tardó en resentirse de aquel triste estado de cosas. Allí había mucho espíritu realista, y las cabezas del partido procuraban interpretar como pronósticos favorables á su causa los raros partes que enviaba Carrera al gobierno, partes que las más veces llegaban incompletos, truncados y cuyo sentido, lejos de ser claro, era casi siempre confuso, embrollado, y más propio para alarma que irritar los ánimos que para tranquilizarlos. De todo esto, los realistas sacaban ó fi

jían sacar consecuencias fatales para el nuevo órden de cosas, profetizándole desastres, si el país no se apresuraba a refugiarse bajo las leyes que le habían protegido hasta entonces. Tales eran los medios, siempre corroborados por las insinuaciones del clero, que los realistas empleaban para atraerse de nuevo la voluntad del pueblo é inducirlo á que abandonase los principios revolucionarios, muy paralizados en aquel instante por el triste estado de incertidumbre y de crueles temores en que estaba sumerjido el país.

Mientras que por un lado amenazaban é intimidaban con lúgubres predicciones á los espíritus, por otro, exajeraban cuanto podían la situación ventajosísima del ejército de Sanchez, el terreno que cada día reconquistaba y la seguridad que tenía de verse muy pronto reforzado poderosamente por nuevos socorros y tropas que le enviaba el virrey del Perú.
Sin embargo, á pesar de todas estas exageraciones en sentidos opuestos, los realistas no podían menos de reconocer su impotencia, y de ver claramente que su causa había recibido desde el principio un golpe mortal. Los verdaderos patriotas trabajaban sin temor y sin descanso en llevar adelante la obra de la regeneración, porque sabían que todas aquellas osadías del partido contrario eran debidas á causas fortuitas y pasajeras; que todos sus recursos presentes y futuros no podían ser en manera alguna eficaces; que carecían de armas y municiones, y en fin, que no tenían, ni podían establecer en ninguna parte una base de operaciones. Por otra parte, había en el partido tan pocos hombres capaces que ni uno solo se hallaba que tuviese bastantes conocimientos ni decisión para tomar sobre sí solo la responsabilidad de los acontecimientos, y por eso nunca pudieron levantar la cabeza en Santiago ni en Valparaíso, en donde había sinembargo muchos conjurados íntimamente unidos por un sentimiento de desconfianza y de peligros comunes. En Concepción, el partido realista fue felizmente sofocado antes que pudiese tomar mucho incremento, gracias á la actividad del vocal Oribe y del comandante Vidal; pero no sucedió lo mismo en la villa de los Andes, que un hombre oscuro, llamado José Antonio Ezeyza, consiguió revolucionar.

Este joven, poseído de una singular audacia, y engañado por la noticia falsa de que Concepción había caído en poder de Sanchez, creyó que ya era tiempo de obrar, y el 3 de agosto, levantó el estandarte de la insurrección, á los gritos de viva Fernando VII! Menos algunos habitantes de la ciudad que fueron arrestados y no pudieron unirse á él, todos los demás se alzaron, y
Ezeyza pudo formar un rejimiento, nombrándose a sí mismo jeneral. La adhesión de sus partidarios era tanto más franca cuanto les había persuadido que las ideas revolucionarias no convenían en manera alguna á la nación, y que era preciso estirparlas á toda costa, exterminando á los patriotas que comprometían la existencia de la sociedad. Muy persuadidos sus secuaces de que así era, y que por consiguiente no tendrían grandes riesgos que correr, todos se mostraron prontos á seguirle á donde quisiese llevarlos.

Tan pronto como don José Santos Mascayano, jefe político de San Felipe, capital de la provincia de Aconcagua, recibió la noticia del alzamiento de Santa Rosa, mandó formar sin pérdida de un momento á todos los milicianos de la ciudad y de las cercanías, y dió orden á don Francisco de Paula Caldera de ponerse á su cabeza y de salir al encuentro de Ezeyza, el cual se avanzaba contra San Felipe. Los dos partidos contrarios se vieron las caras cerca de San Francisco de Curimon, y ya iban á venir á las manos, cuando el jefe patriota imagino que aquellos enemigos no eran otra cosa mas que una banda de hombres halucinados y que le sería tal vez fácil evitar la efusion de sangre. Con este pensamiento, se adelantó á distancia de ser oído, y les persuadió con tan claras razones que se desistiesen de su temeraria empresa, y no corriesen ciegamente á su pérdida, que la mayor parte pasaron á su bando, y otros, menos convencidos ó temerosos, se desbandaron huyendo en diferentes direcciones. Entre estos últimos se hallaba el mismo caudillo Ezeyza, el cual fue muy luego alcanzado y conducido á San Felipe.

Dos días después de este acontecimiento, don José
CAPÍTULO XXIX.

Miguel Infante, miembro de la junta, acompañado del senador don Joaquin Echeverría, del secretario del gobierno don Jaime Zudañez y de dos escribanos, fueron á formarle causa y pronunciaron la pena de muerte contra Ezeyza, Lagos, el médico Zapata, Herrera, Raposo, Carmona y Novas; pero solo los dos primeros fueron al suplicio. Los demás, conducidos en primer lugar á Santiago, tuvieron la pena de muerte conmutada en destierro á las islas Maluinas, y consiguieron finalmente, al pasar por Mendoza, quedar el tiempo de su condena en dicha ciudad.
CAPITULO XXX.

Severidad del gobierno, a consecuencia de la insurrección de Santa Rosa.—
Condiciones impuestas á los Españoles que pretendiesen al título de ciudadanos.— Proyecto de hacer gratuitas las funerales del clero, señalando sueldo á los sacerdotes.— Conflicto entre el poder ejecutivo y el comandante en jefe del ejército.— La opinión general, en Santiago, se manifiesta contraría al jefe militar.— El gobierno resuelve quitarle el mando, como así también á sus hermanos.— Con este objeto, se propone un nuevo congreso para reformar la constitución.— Parte que tomaron los periodistas en este proyecto.

Los acontecimientos de Santa Rosa habían causado cierta inquietud en la capital, cuyos habitantes se mostraban sumamente irritados de tanta audacia. El autor del atentado era el objeto de la animación general de todos los partidos; del de los patriotas, porque estos le consideraban como un instrumento de complot de parte de los realistas, y de estos mismos, porque había obrado inoportunamente, con poco tino y de un modo que comprometía la causa.

En cuanto al poder ejecutivo, sus miembros vieron en dichos acontecimientos una lección que debía servirlas de regla de conducta para en adelante.

Para los hombres experimentados, no quedaba duda de que aquella temeraria tentativa no había sido solo parte de la cabeza del caudillo, que tan mal la había conducido, y que muy ciertamente tenía otro orificio y raíces más profundas (1). Sin embargo, aun no se sabía lo que se pasaba en Concepción; pero se notaba mucha más

(1) Miguel Carrera dice en su diario que el movimiento de Concepción estaba combinado con el de Santa Rosa.
ajitación entre los partidarios de la reacción, y aun había avisos secretos de que tarde ó temprano se mostrarían á las claras con más atrevimiento y osadía que hasta entonces. En semejante estado de cosas, el primer deber de la autoridad superior era reducirlos á la imposibilidad de obrar.

Desgraciadamente, los miembros del gobierno se mostraban siempre débiles por escaso de miramientos y escrúpulos de hacerse culpables de la menor violencia. Mas de una vez Infante, que conocía á fondo la importancia y los anchos límites de sus deberes, había querido alentarlos para que obrasen con la energía necesaria en circunstancias tan críticas; pero siempre se había estrellado contra el temor que tenían de comprometerse, máxime en vista de lo poco satisfactorias que eran las nuevas recibidas de la parte del sur. Noobstante, en la circunstancia de que hablamos, se mostraron menos irresolutos, persuadidos al fin de que en tiempo de revolución, no es posible gobernar sino con firmeza y decisión. En consecuencia, tomaron medidas de rigor contra todos los enemigos de las instituciones que reían al país, especialmente contra los españoles, que naturalmente eran los más temibles.

La mayor parte de estos, con el fin de crearse derechos, y de sustraerse á la vijilancia de la policía, solicitaban el título y las prerrogativas de ciudadanos chilenos, y hasta entonces, los habían obtenido sin dificultad; pero viendo el mal uso que hacían del derecho de naturalización, el gobierno tuvo por conveniente el poner condiciones á su obtención, y resolvió el senado que en lo sucesivo no sería concedido el título de ciudadano mas que á aquellos que diesen pruebas de una verdadera y sincera adhesión á las instituciones del país,
exigiéndoles juramento, en Santiago, ante el gobierno, y en las provincias, ante la autoridad competente, de reconocer la soberanía del pueblo chileno, la anulación de todo derecho del rey y de las cortes de España a gobernar el país, y de someterse a los decretos de la junta gobernadora, reconociendo a esta como autoridad suprema.

Pero bien que el gobierno exijiese de los españoles nuevamente naturalizados chilenos estas fórmulas de juramento y sumisión, no por eso descansaba ciegamente en ellas. Lejos de eso, los hacía vigilar por el juzgado de policía, el cual castigaba el menor delito político con todo el rigor de las leyes, bien que por no alarmar las ideas de libertad que reinaban, y que eran la bandera de la revolución, se decretase, como se decató el 7 de setiembre, que nadie pudiese ser arrestado por delito político antes de haber formado sumaria sobre el hecho.

También resolvió el gobierno que el mismo juzgado de policía exijiese de todo viajero que llegase a Santiago un pasaporte en regla; y de los dueños de todo albergue, una declaración de los estranjeros recién llegados que albergaban. Era esta una providencia muy propia á impedir que ningún enemigo llegase ocultamente, y se tramasen complots contra las instituciones que rejan, ni contra las autoridades.

Otra decisión de grande importancia fue la de vigilar al clero, cuyos miembros, por la mayor parte, no se hacian escrúpulo en ajitar los ánimos y escitar las pasiones del pueblo, ya desde el púlpito ya en el confesionario; predicando en aquel máximas subversivas del buen orden, y sonsacando en este y estraviando las conciencias; conducta reprobada por los mismos cánones
de la Iglesia, y condenada, lo que es más, por máximas evanjélicas. Estos escrsos del clero dieron márjen al canónigo don Pablo Pretes, examinador sinodal del obispado, provisor y vicario jeneral de los monasterios, para dar un edicto contra estos confesores, exortando á las religiosas á denunciar á sus superiores los sacerdotes que se propasasen á inculcar, en el ejercicio de su santo ministerio, opiniones contrarias á las leyes vijentes y al gobierno; cuyo edicto, para conocimiento del clero y del público, fue puesto de pasquin hasta en el coro de las iglesias.

Esta necesidad en que se vió el gobierno de tomar medidas eficaces contra el abuso que hacia el clero de su ministerio para influir secretamente en la política, trajo á su memoria un pasado decreto del senado en que se ordenaba fuese el clero, en lo sucesivo, asalariado por el gobierno, afín de que el pueblo cesase de ser su tributario. Este decreto, cuyos benéficos efectos debían de ser insalubres, era en favor de los pobres y menesterosos, y conducía á facilitar casamientos que más de una vez no se hacían por falta de medios, y con gravísimo perjuicio de la moral y de las costumbres, puesto que no dejaban por eso los novios de vivir conyugalmente, como sucedía con la mas desordenada frecuencia. Por otra parte esta medida minaba la autoridad del clero, y disminuía su ascendente sobre las conciencias y sobre las opiniones. Lo que el gobierno quería y se proponía alcanzar asalariando al clero, era sujetarlo á una obediencia absoluta á las leyes, é impedirle de predicar ideas subversivas, obligándole á no mezclarse mas que en materias y asuntos de su santo ministerio. Por lo demás, el decreto de que hablamos no perjudicaba en manera alguna á sus
intereses ni la quitaba prerrogativa alguna. Una pequeñ\'a fraccio\'n del clero chileno no poseia mas que algunos m\'odos beneficios. Solo los jesuitas habian sabido y podido hacer buenas adquisiciones; y si algunos conventos poseian entonces haciendas no eran mas que las suficientes para sus existencias. Fuera de estos, todos los demas sacerdotes y religiosos vivian de obenciones, las cuales, en raz\'on del corto numero de vecinos de cada parroquia, eran tan cortas que el rey, como patron de todas las iglesias de las Indias, se veia obligado a auxiliarlas costeando su f\'abrica, manteniendo la l\'am\'ara del santisimo sacramento, y haciendo otros muchos suministros. Por consiguiente, en nada eran perjudicados los intereses del clero por dicho decreto.

Mas sinembargo, no por eso llevaron sus miembros de oponer mucha resistencia a su ejecucion, porque no querian ser dependientes de ninguna administracion, ni que su existencia se hallase expuesta a los azares de la politica, ni a caprichos de los empleados de la tesorera. Pero lo que mas les animaba a resistir, es preciso confesarlo, era la perspectiva de un sistema de gobierno que alarmaba su conciencia, porque lo creian contrario a la religion, y no podian prestarle juramento, sin abjurar, a su parecer, el santo caracter de que estaban revestidos. Tal era el principal motivo de su resistencia, motivo grave que se fundaba en escrupulos de una muy remota fecha para que no tuviese mucho poder sobre ellos.

Todos estos conflictos entre las primeras clases de la sociedad paralizaban el arranque revolucionario, enfriaban su entusiasmo y alteraban el reposo de la sociedad
con no poco perjuicio del interés jeneral; á lo cual se juntaba la fatalidad del antagonismo que existía entre los dos primeros poderes del estado. Estos, en efecto, se hallaban casi siempre encontrados, no en punto á principios fundamentales ni á ideas más ó menos liberales, sino sobre intereses de poco momento, y muchas veces por níbias personalidades. De suerte que si el bien de la nación, ó un peligro que les era común, los reunía en un parecer y en actos unánimes, su acuerdo era puramente de oficio y de cortísima duración.

Ya hemos visto, al tiempo de la salida de los hermanos Carrera para ir á oponerse á la invasión de Parra, que el partido del ayuntamiento había levantado la cabeza, y se había apoderado de la autoridad suprema, despojando de ella á los dos miembros Prado y Portales, los cuales, á la verdad, solo la habían aceptado por condescender con los deseos de José Miguel. Este nombramiento, hecho en el senado mismo, se presentaba, por esta razón, con mas realce y un carácter de lejitimidad inatacable; pero por eso mismo había disgustado en alto grado á Carrera, el cual consideraba aquella junta como una reunión de todos los elementos mas hostiles á su persona. Sinembargo, había disimulado su pesar, y el nuevo gobierno, por su parte, había hecho lo posible para favorecer sus proyectos militares y planes de campaña, sin pensar en otra cosa mas que el interés del país, por entonces bastante comprometido. Esta union de las dos autoridades, militar y política, era sin duda forzosa, y duró todo el tiempo que Carrera conservó la ofensiva, porque no había motivo alguno de descontento recíproco; pero se rompió tan pronto como el jeneral en jefe levantó el sitio de Chillan, y se supo el
alzamiento de la mayor parte de la provincia de Concepción en favor de la invasión, á consecuencia de los graves escosos, de que hemos hablado ya, cometidos por patriotas.

En vista de estos acontecimientos, el gobierno, de acuerdo con la opinión jeneral, hubiera querido quitar los mandos del ejército á una familia que comprometía su suerte y que había sometido el poder político á la autoridad militar, y desde aquel instante, todo Santiago estaba contra los hermanos Carrera. Nadie temía criticar su conducta, ni contestar sus conocimientos militares, y jeneralmente se les atribuía la causa de los males que aflijían en aquel momento á la provincia de la Concepción. Todo esto se decía á las claras no solo en sociedades particulares, sino que hasta los mismos miembros del gobierno atacaban abiertamente al jeneral en jefe y á sus hermanos. El 18 de setiembre en que tuvo lugar la grande función del aniversario de la independencia, el cura Arce predicó un sermón fulminante contra ellos, que riendo persuadir á sus oyentes que no había salvación para el país mientras que tuviesen en el ejército nacional.

Después de este sermón, que respiraba patriotismo, la junta gobernadora pasó á palacio con todas las autoridades para la ceremonia del Besamanos, cuya costumbre aun era guardada en el país y en el ceremonial del gobierno. Luis Carrera, que, como se ha dicho, había venido á la capital con su amigo Poinsett para sostener el nombre y fomentar el influjo de la familia, principalmente de su hermano Miguel, se presentó también al Besamanos, y pidió, en el tono mas arrogante, que el cura Arce fuese castigado por el atrevimiento que
había tenido predicando contra sus hermanos; añadiendo con amenaza, que si no se le daba esta satisfacción, ellos mismos sabrían tomarla.

El presidente de la junta, que era Miguel Infante, le manifestó la extrañeza que no podía menos de causar semejante pretensión en una solemnidad patriótica, celebrada en honra de la concordia de todos los ciudadanos; é impuso aun silencio, con sorpresa general, á don Luis Carrera, á pesar de que conociese el influjo de sus hermanos no solo en el ejército, sino también para con la jeneralidad de los patriotas. Pero una vez abiertas las hostilidades, ya se sabe que los miramientos desaparecen, y que si tal vez se observan, solo se hace mientras que dura el ceremonial del momento.

La junta gobernadora había formado, en efecto, el proyecto de quitar los mandos á Miguel Carrera y á sus hermanos; pero para dar semejante golpe, necesitaba mucho tino, y emplear todas las precauciones que pedía, en atención al alto rango que ocupaba aquella familia. Tal fue la reflexión que hicieron los miembros de la junta, los cuales se hallaban muy poco dispuestos á tomar bajo su responsabilidad una resolución que les parecía, como lo era en efecto, sumamente grave.

Bien que se hubiese tratado de todo esto con mucho misterio, no obstante, llegó á oídos de don Luis Carrera, el cual ofreció la dimisión en nombre de su hermano; pero no fué admitida por la junta; al paso que don Luis Carrera se había negado á dar la que le habían pedido á él. De aquí, surgió un pensamiento en el partido de la municipalidad, pensamiento que era nada menos que hacer disolver la junta gobernadora para nombrar otra en reunión de las corporaciones, y atacar
al mismo tiempo la constitución, considerada en aquella circunstancia como parte de la arbitrariedad y de la violencia aunque formada por influjo de la familia Larrain.

Camilo Henríquez en el Monitor araucano, y Antonio Irrizarri en el Semanario, criticaban abiertamente dicha constitución, considerándola como causa principal del estado precario de la revolución y del país. Irrizarri sobretodo la atacó con una valentía que causó una sorpresa general en los lectores, y les inspiró una religiosa confianza. Superior á todo sentimiento de pusilanimidad y de temeroso disimulo, y animado, por otra parte, al ver la fermentación que reinaba en los opiniones, y la tendencia á un cambio de gobierno, Irrizarri tuvo la osadía de insultar el nombre del rey, que se leía aun en la constitución y en los decretos de la junta, y de proclamar de su propia autoridad la independencia absoluta de la República. En seguida, demostró la necesidad urjente de nombrar un congreso para revisar la constitución y reformarla en todo su tenor, en atención á que, en su dictámen, era no solo ilegítima sino también insuficiente, y lo que mas era, desnaturalizada con el nombre de Fernando VII. Por donde se ve claramente que el objeto principal del Semanario era impeler los ánimos, preparándolos á grandes reformas por la energía y la persuasión de sus razonamientos, en cuyo intento se hallaba apoyado por los sujetos mas influyentes de Santiago, y en particular por Camilo Henríquez, fervoroso apóstol de la nacionalidad chilena, y pronto, como lo estaba su cooperario, á sacrificar su vida para conducir la revolución á los altos fines que la Providencia le había señalado.
Gracias á los esfuerzos simultáneos de estos dos sobresalientes patriotas, la revolución siguió muy luego un nuevo jiro, y tan pronto sosegada, tan pronto enérgica, según las circunstancias, adelantaba á paso largo llevando tras sí al pueblo, y aun también á aquellos que no teniendo sistema ni partido que seguir, se mostraban moderados por temor de caer en escabros. La proposición de los dos célebres escritores halló apoyo y fue votada por la mayoría de los habitantes. La junta de corporaciones se reunió para discutir sobre los intereses de la nación, hácia el fin del mes de setiembre. Entre las cuestiones que se ajitaron, todas sumamente interesantes, se halló la que era concerniente á los Carreras, de la cual se trató en un sentido que les era enteramente desfavorable. En consecuencia, se decidió, á grande pluralidad de votos, fuese convocado un congreso nacional para el primero de enero, y que la junta gobernadora se trasladase á Talca. Bien que el motivo de estos dos votos no se hubiese manifestado claramente, no parecía dudoso que el objeto de la junta era acercarse del teatro de la guerra para observar la conducta de los jefes militares, y aprovechar la primera ocasión de deshacerse de los tres hermanos Carrera, reputados peligrosos para el país y para su gobierno, el cual necesitaba ser enteramente libre y independiente de travas y oposiciones imprudentes.

Pero en medio de todo esto, los miembros del poder ejecutivo, así como también los del senado, se vieron obligados á dar su dimisión, á consecuencia de un voto que virtualmente les quitaba su carácter y autoridad. Hubo grandes debates en aquella ocasión, y para llegar á una solución, se reunió segunda vez la junta de corporaciones, el día 6 de octubre, y se decidió en ella que los
dos poderes continuasen ejerciendo sus altos ministerios hasta la reunión de un nuevo congreso.

Al mismo tiempo, el partido del Ayuntamiento había alcanzado sus fines principales, que eran dar impulso a la revolución, modificar una constitución que se resentía de las tradiciones monárquicas y quitar el prestigio que tenían a los hermanos Carrera, los únicos que podían poner obstáculos a su ambición. Los miembros de la junta, naturalmente, trabajaban por someter a sus adversarios, pero bajo de mano y sin declararles una guerra abierta. Don Francisco Antonio Pérez sobretodo, temía malos resultados de una empresa que, a su parecer, tenía visos de resentimiento y de venganza, y por no verse mezclado en ella, dio su dimisión, y fue reemplazado por el cura de Talca, don José Ignacio Cienfuegos, hombre de talento y de intriga, el cual ejercía un grande influjo en las provincias del sur, y se halló muy á tiempo en puesto y ocasión de combatir la necia credulidad de algunas cabezas que aun confundían la causa realista y la religiosa en una sola ó idéntica.

Ya hemos visto como don Luis Carrera se había hallado en Santiago testigo de las intrigas que se urdían contra su familia, principalmente contra su hermano don Miguel. Muy resentido de ellos, no solo se había quejado altamente, sino que también había dejado esca- par ciertas expresiones de amenaza. En su resentimiento, no alcanzaba á comprender como era posible que los mismos cooperadores á la formación de la constitución, la hallasen en aquel instante defectuosa, y la tachasen de nulidad, solo porque les parecía ser favorable á su familia, y no había sido promulgada con la plenitud de libertad que exigía un acto de tan suma importancia.
CAPÍTULO XXX.

Acerca de esto, mas de una vez había intentado quejarse abiertamente á la junta gobernadora; pero la filícica que el cura Arce había lanzado contra ellos desde el púlpito, y el gran número de enemigos que tenían en la capital, le habían inducido á reflexionar que aun no era tiempo de levantar la cabeza, y resolvió volver á juntarse con su hermano afin de deliberar con él y abrazar un sistema de defensa; pero no pudo ejecutarlo y escribió á Talca, al obispo don Rafael Andreu y Guerrero, justamente de viaje á Concepcion, á donde probablemente iba por consejo de José Miguel, escoltado por una columna mandada por don Rafael Soto, diciéndole todo lo que se había tramado en Santiago contra su familia.

Guerrero, como ya se ha dicho, era uno de estos hombres que por su resolución y manejo, son muy útiles para reanimar las esperanzas de un partido comprometido. Sus cualidades personales, el conocimiento que tenía de las cosas y de los hombres y sobretodo su carácter de obispo, le daban mucho ascendiente sobre los habitantes de la parte del norte; pero en Concepcion no tenía esta ventaja, porque allí, todos sabían que el arzobispo de Lima, por acuerdo de un consejo de teólogos y canonistas, le negaba el título de obispo de Santiago, y le ordenaba se restituyese, en el término de quince días, á su iglesia del Paposó, en donde debía de residir como obispo de Epifanía, bajo la pena de suspensión (1). Los miembros del clero de la provincia de Concepcion, sabiendo como sabían que la sentencia del arzobispo de Lima contra Guerrero se hallaba apoyada por el concilio de Trento y por una bula de Benedicto XIV, contrarrestaban el influjo de este obispo del Paposó, y le impedían

(1) Gaceta de Lima: ¡Viva Fernando VII! n° 17.
de ejercerlo en favor del jeneral Carrera, desacreditándolo por toda la provincia. Mas á pesar de eso, no dejó Guerrero de ponerse á predicar públicamente en las calles y plazas sobre los deberes que la salvación de la patria y la defensa de sus nuevas instituciones imponían á los patriotas, siendo el primero y mas esencial de estos deberes una entera y ciega sumisión á la autoridad superior militar. Estos sermones de Guerrero se extendían y ampliaban, en seguida, en proclamas llenas de sentimientos heroicos á los habitantes de la provincia, sentimientos desarrollados con la mas sutil arteria, y que se dirijían al fin principal de atraer de nuevo la jurisdicción de Arauco al partido de Carrera. En este particular, el obispo Guerrero se expresaba sin rebozo, exortando, en nombre de la religión y de la patria, á una contra-revolución, prometiéndoles su bendición y muchísimas indulgencias.
La opinión general favorable al partido del ayuntamiento.— Arribo de los auxiliares de Buenos-Aires.— El gobierno se trasladó a Talca, dejando en su lugar un gobernador Intendente.— Oficio de intimación a Sánchez y respuesta de este general.— El gobierno resuelve quitar á los Carrera los mandos del ejército, contra el parecer de O'Higgins, el cual aconseja á Carrera de su dimisión.— Carrera resiste poyándose, para legitimar su resistencia, en algunas corporaciones.— Tomá de la Montonera Fontalva.— Arribada del Portillo á Arauco, y embarco de Cruz y de sus compañeros.— Miguel Carrera da orden para que sus dos divisiones se replieguen á él.— Mackenna se va á Talca por mar, y negocia para que O'Higgins sea nombrado general en jefe.— Luis Cruz renuncia, en nombre suyo y de su hermano, al mando del ejército, en favor de O'Higgins.— El gobierno depone á los tres hermanos.— O'Higgins va á Talca.— Miguel Carrera recibe el oficio de su reemplazo en el mando.

Ya el triunfo de la causa del ayuntamiento no era dudoso, puesto que la opinión general se manifestaba en su favor y la revolución contra los Carreras se hacía inevitable. La junta gobernadora, autora de esta revolución, tenía mucho interés en aprovechar del estado de cosas, y de trasladarse con urgencia al medio día para combinar sus planes, y trabajar en que el ejército abrazase la opinión general.

En aquel momento llegaba de las cordilleras una columna de trescientos hombres mandados por Santiago Carrera, los cuales componían el socorro que el gobierno había pedido á la república de la Plata, cuando se esparció el ruido de la invasión de Osorio en el Huasco, y llegaban llenos de ardor por la defensa de la independencia americana. El presidente de la junta Miguel In-
fante salió de la ciudad á recibirlos, con lo cual exaltó el entusiasmo de los habitantes en favor de aquellos jenersos hermanos. Durante dos días, hubo funciones públicas y particulares que probaban la simpatía y una- nimidad de intereses y opiniones.

Este acontecimiento había dado nuevas y mayores esperanzas al gobierno, y aun le había inspirado un escaso de confianza verdaderamente pueril, en términos de que empezó á prever la rendición del ejército enemigo como forzosa, en razón de su imposibilidad de hacer frente á las tropas que iban á reforzar el ejército del sur; porque, independientemente de los auxiliares venidos de la república de la Plata, se habían ya puesto en marcha las tropas de Alcazar y se había levantado un nuevo bata- llon, mandado por Henrique Larena, uno de los jefes de la expedición de Buenos-Aires, con el nombre de auxi- liar de la patria. Todas estas tropas, muy bien armadas y equipadas, no podían menos, en efecto, de influir poderosamente en los sucesos y el resultado de la nueva campaña. En este supuesto, ya el gobierno, reunido con el senado, había tratado de los términos y condiciones de la paz que se le había de conceder al enemigo, y de los diferentes destinos que se darían á las tropas, tan pronto como dicha paz fuese hecha; noble ilusión que probaba altamente que los miembros del gobierno pensaban lo que deseaban.

Esta confianza, real ó solo aparente, era muy propia á alimentar las esperanzas indefinidas, pero apasionadas, del pueblo, y en aquel instante sobretodo en que Santiago iba á quedar sin la junta gobernadora, y sin el ascendiente que ejercía sobre los turbulentos, se pensó en poner en su lugar un jefe, cuya autoridad
CAPÍTULO XXXI.

Tuviese su acción desde Santiago hasta al norte de la república.

Este hombre, con el título de intendente gobernador, era don Joaquín Echeverría y Larrain, antiguo presidente del congreso, y enemigo de Carrera, como lo había manifestado por su conducta respecto á los autores de los complotes que habían sido tramados contra él y sus hermanos, en noviembre de 1811.

Luego que este gobernador hubo tomado posesion del mando, los miembros de la junta hicieron los preparativos necesarios de marcha y salieron para Talca el día 14 de octubre, acompañados de los auxiliares de Buenos-Aires. En todas las ciudades y villas por donde pasaban, las autoridades salían á su encuentro para hacerles los honores que les correspondían y por los cuales se mostraban reconocidos, bien que hubiese en ellos visiblemente mucho espíritu democrático.

El 22, llegaron á una población que se hallaba muy ajitada con la noticia de la acción del Roble, noticia que había llegado allí tres días ántes, y que los mismos miembros del gobierno habían recibido en el camino. Con este motivo juzgaron oportuno apresurar aun mas su marcha para llegar á tiempo de tomar las medidas que las circunstancias exijiesen; pero muy luego se tranquilizaron con una segunda noticia ampliativa de la primera, y por la cual vieron que lejos de temer por el ejército, podrian, al contrario, aprovechar de aquella coyuntura para tratar ventajosamente con Sanchez. En consecuencia, al día siguiente de su llegada á Talca, enviaron á dicho jeneral al capitán don Francisco Bergara con pliegos en que le anunciaban el crecido número de fuerzas auxiliares que traían, y la necesidad en que él se hallaba de en-
tregarse, ofreciéndole todas las ventajas que pudiese desechar con los honores de la guerra.

Pocos días después, enviaron otro capitán, don Patricio Letellier, á los hermanos Carrera á Concepción, anunciándoles su arribo á Talca, con remisión de copia del oficio de intimación que habían escrito á Sanchez, oficio que no podía menos de ser irritante para el jeneral en jefe del ejército, á quien hubiera pertenecido el enviarlo, y sin conocimiento del cual lo había mandado el gobierno.

A dicho oficio, Sanchez contestó con otro firmado de todo el cabildo, de los eclesiásticos y de todos los oficiales del ejército, diciendo que las proposiciones que se le hacían no serian nunca aceptadas por el gobierno que él representaba, y que aprovechaba de aquella ocasión para darles las quejas mas graves contra los hermanos Carrera, los cuales debían ser considerados como autores de los males que aslijan á aquella provincia, aun cuando no fuese mas que como protectores de los que ocasionaban aquellos males. En estas quejas, Sanchez se adelantó hasta poner muy en duda el patriotismo de don José Miguel Carrera, el cual, aseguraba Sanchez en su oficio, solo trabajaba por los franceses, como le sería fácil probarlo por cartas y documentos interceptados por sus espías.

En estas aserciones del comandante de los realistas, solo se ve que intentaba, como era natural, el desunir y aun también indisponer los dos poderes, político y militar, como lo dice el padre Martínez (1), para sacar provecho, en favor de su partido, de su desunión.

(1) «Sanchez ataba cuanto podia la desavenencia, llevado de aquel principio: divide y vence.» Hist. manusa, de la Revolución de Chile.
El poder ejecutivo, sin dejar de notar lo ridículo de semejantes acusaciones, y aun también asegurando á Carrera que las miraba como absurdas, noobstante se aprovechaba de ellas para arruinar el influjo de este general en jefe, y hacerle sospechoso á los patriotas. En vista de estas intrigas, que descubrió muy fácilmente, Carrera se vió obligado á defenderse, pidiendo en alta voz y en público se le presentasen pruebas de la existencia de dichos documentos; pero semejante papel era ya demasiado humillante para el jefe de un ejército, y no podía menos de quitarle una gran parte de la consideración que había adquirido por sus sentimientos de patriotismo, y por los grandes servicios que había hecho á la causa que defendía.

En efecto, el gobierno ya manifestaba sin rebozo sus proyectos, diciendo, sin ninguna especie de reserva, que en tiempos de revolución no se debía poner el mando de la fuerza armada entre las manos de una sola familia, y que era absolutamente necesario quitárselo á la de Carrera. Después de haberse atraído los espíritus y las opiniones en Santiago, el gobierno se proponía conseguir las mismas ventajas en el sur, á los ojos mismos del ejército, cuya moralidad se hallaba ya maleada por algunos intrigantes; y aun con mas certeza esperaba conseguirlas de parte de los habitantes, que todos, poco ó mucho, habían sido maltratados por la guerra.

Sin embargo, habiendo sido consultado sobre el caso, O'Higgins respondió: que noobstante fuese cierta la desmoralización del ejército, en el cual aumentaba la desertión de día en día, produciría fatales resultados el quitar el mando á Carrera, y que, por lo tanto, aconse-
jaba al gobierno renunciase á semejante proyecto (1).

Este consejo no tuvo el efecto que se proponía O'Higgins, porque había entre los dos partidos demasiados motivos de renor y de animosidad recíprocos, y así, bien que hubiese sido en cierto modo pedido, dicho consejo no fué escuchado. Muy al contrario, desde aquel mismo instante, los miembros del gobierno echaron una proclama propia á bien disponer el espíritu de militares, en favor de los cuales (decía la proclama) y en premio de sus brillantes servicios, se debía pensar en reformas que proporcionasen ocasión de recompensarlos dignamente.

A los habitantes de la provincia de Concepción les hacían promesas análogas con el mismo objeto, prometiéndoles indemnizarlos de las pérdidas que habían experimentado durante la guerra.

Algunos días después de haber esparcido con profusión dicha proclama, ya se atrevieron á pasar un oficio, (fecha 9 de noviembre), al mismo Miguel Carrera, exortándolo á desistirse del mando de jeneral en jefe del ejército.

Todo esto lo sabía ya de antemano Carrera por su hermano, Luis, el cual por orden del gobierno permanecía en Talca, bajo diferentes pretestos. Sin embargo, indignado contra los autores de dicho oficio, el primer pensamiento de Carrera, después de haberlo leído, fue el resistir á las insinuaciones del poder ejecutivo, y de oponer á su autoridad la de una junta compuesta de las corporaciones, de militares y del cabildo de Concepción.

En efecto, una junta así compuesta y convocada por

(1) Este oficio fué llevado y entregado por el teniente Arce, que se disfrazó para cumplir esta comisión. Conversacion con don Bern. O'Higgins.
solicitud de don Salvador Andrade, se reunió, el día siguiente, en el salón del ayuntamiento, y acordó unánimemente, que en atención á las circunstancias en que se hallaba la provincia, ni el jeneral en jefe ni sus hermanos podían desistirse del mando, abandonando el ejército, y que esta resolución fuese llevada á conocimiento del gobierno para que se sirviese anular la providencia que había tomado en aquel asunto, sin lo cual se vería sin duda alguna espuesto el país á grandes calamidades.

Armado de esta decisión, que legalizaba á su parecer su desobediencia, y le dispensaba de escrúpulos que habría podido tener sin ella, Carrera no se tomó la molestia de responder al gobierno, y continuó mandando el ejército, sobre el cual fundaba todas sus esperanzas, porque creía poseer su afecto.

Sin embargo, después de la acción de Tracoyan, el enemigo, animado por el buen éxito, había hecho cuanto le había sido posible para molestar á las tropas patrióticas, insultando con frecuencia las avanzadas, y el día 11 de noviembre, había atacado en el valle de Cuca la escolta de las cosechas que iban de las haciendas cercanas á Itata. Freyre, que mandaba la escolta, hace frente con resolución, rechaza al enemigo, lo carga, pasa el Itata en pos de él, y lo persigue hasta Larqui. Esta acción fué seguida de otras muchas que no tuvieron resultados importantes, porque el jeneral Carrera no tenía entonces más que un pensamiento fijo, que era ir á atacar y tomar la plaza de Arauco, afin de hacer toda via de socorro imposible, ó á lo menos muy difícil al enemigo.

Mientras que hacia los preparativos de esta expedición
y llegaban caballos y pertrechos que había pedido a Talca, dió órden al coronel Urizar de transportarse con cien fusileros que había en Rere al otro lado del Laja, para apoderarse de los Anjeles (1); pero desgraciadamente, dicho coronel tuvo tan poco éxito en esta empresa como en la que había sido puesta á su cargo anteriormente, en términos que sus soldados le miraban con desden y muchos le abandonaron creyendo que había traición en su conducta.

El teniente Juan Felipe Cardenas fué mucho más feliz en Tarpellanca, Hualqui y otros puntos en donde batió completamente al enemigo.

El teniente de dragones don Estevan Manzano lo fué aun mucho más. Este oficial, en una de sus correrías, tuvo el buen acierto de destruir una audaz montonera, haciendo prisioneros á sus motores Damaso Fontalba, su yerno y su sobrino, los cuales fueron fusilados inmediatamente, por órden de Carrera, así como también los milicianos sorteados para sufrir la misma pena.

En medio de todo esto, Carrera se vió paralizado en la ejecución de sus proyectos contra la plaza de Arauco, por la arribada del bergantin el Potrillo á aquella plaza con socorros para los realistas, y órden para transportar á Lima los prisioneros de guerra que habían hecho.

Entre dichos prisioneros, se hallaba el digno coronel Cruz, que O'Higgins hubiera querido salvar á toda costa. Su división ocupaba entonces la junta del Diguillín, y por consiguiente estaba próxima al camino

que debían seguir. Con este proyecto, pidió permiso al brigadier J. José Carrera para ir á atacar la escolta, que era de quinientos hombres, asín de rescatar á sus compañeros de armas, rogándole al mismo tiempo le enviase los caballos de que pudiese disponer. Desgraciadamente, el proyecto de O'Higgins no pudo realizarse, y los prisioneros llegaron y fueron puestos á bordo del Potrillo, con gran sentimiento de la junta gobernadora, que, por mas que hizo, amenazando á Sanchez con la represalia de enviar á Buenos-Aires á los oficiales que le habian cojido á bordo de la Tomasa, no pudo impedirlo. Es verdad que esta amenaza no era propia á persuadir al jefe realista, en atencion á que dichos oficiales eran unos traidores, en su opinion.

Miguel Carrera, por su parte, experimentó el mas vivo dolor al oir esta noticia, y se apresuró á suavizar la triste posicion de su amigo y compañero Cruz enviándole dinero; pero no por eso se sintió tranquilizado. Lejos de eso, Carrera deploraba mas que nunca el fatal descuido del gobierno en no enviarle socorros y sobretodo caballos, de que tenia tanta falta, y que le hubiesen sido tan útiles en aquella circunstancia. Este descuido le parecia ser una verdadera conspiracion contra él y contra sus operaciones militares, y con esta persuasion, visto que todas las quejas que habia dado sobre este particular habian sido desoidas (1), pensó en concentrar todas sus tropas sobre Concepcion para poder resistir, en caso necesario,

(1) Pocos dias antes, Carrera habia enviado á Jose Maria Benavente á decir á O'Higgins los motivos de queja que tenia contra la junta, y la indiferencia con que esta miraba las necesidades mas urgentes del ejército, en términos de comprometerlo por su abandonio. En vista de esto, añadía Benavente, no seria estrano que el general marchase con tropas sobre Santiago para disolver dicha junta. Conversacion con O'Higgins.
á las malas intenciones de la junta. En consecuencia, mandó replegar las dos divisiones, una sobre la Florida, y la otra sobre Curapalihue, con el pretexto aparente de cubrir Concepción, adonde llamó al coronel O'Higgins para conferenciar con él acerca de los procederes del poder ejecutivo.

En efecto, llegó O'Higgins á Concepción, y Carrera abrió con él una conferencia, en presencia del gobierno de la provincía, conferencia en la cual el primero declaró, con la franqueza digna de un militar, que ya había manifestado claramente á los miembros del gobierno, que la cesación del mando de los Carreras sería la pérdida del ejército.

Bien que la amistad de Carrera y de O'Higgins se hubiese enfriado en cierta manera, por diferentes motivos pero sobretodo por la intimidad y el favor que el jeneral dispensaba á su amigo Poinsett, el cual parecía ser su jefe de estado mayor, y su particular asesor en todos asuntos, con mucho disgusto de los jefes que servían bajo sus órdenes; noobstante esto, O'Higgins obró en esta circunstancia con la mayor lealtad, como ya queda probado por su precedente correspondencia con la junta, y por consiguiente, no era de ninguna manera enemigo de Carrera. El que se hallaba en este caso, y que realmente podía serle hostil; por sus relaciones de parentesco con Irizari, Echeverría y otros partidarios de la familia de los Larrains, era el cuartel-maestre Mackenna. Este fue quien tuvo la idea de quitar el mando á Carrera para dárselo á O'Higgins, y aun se atrevió á decírselo al mismo jeneral, cuando este le mostró el oficio de la junta, pidiéndole, por decirlo así, su parecer en aquella circunstancia. El mismo pensamiento de Mackenna lo tenían los
Mendiburús, el cura Isidro Pineda y otros, todos los cuales estaban prontos á ayudarle á realizar dicho proyecto, y lo propagaron por todas partes, y aun también en el ejército mismo, con riesgo de ocasionar oposiciones y enconos, y de dar lugar á fatales consecuencias.

Aprovechando, además de esto, de la facultad que tenía, como cuartel-maestre, para obrar personalmente en los diferentes puntos ocupados por las divisiones del ejército, se embarcó en una falua cubierta con el capitan García, excelente marino, y bajo pretexto de pasar á la isla de la Quiriquina, se fué en la embocadura del Maule, y de allí á Talca, con intención de trabajar en realizar el proyecto que meditaba.

La junta gobernadora le honró, bien que debiese considerarlo como un verdadero desertor, con una acojida tan favorable como opuesta y funesta á las leyes de la disciplina militar, sin duda porque llegaba con las mismas intenciones que la junta tenía, y acerca de las cuales entró desde luego con él en conferencia.

En la conversacion que había tenido Mackenna con Miguel Carrera, este había dicho al primero hallarse pronto y dispuesto á ceder el mando á O’Higgins, pero que en ningún caso lo pondría en manos de Porteño, como parecía pretenderlo la junta gobernadora. Según esta respuesta del general en jefe, los miembros de la junta y Mackenna mismo, dando la cosa por hecha, hablaban de ella públicamente sin la menor reserva, y aun se la comunicaron á Luis Carrera, el cual se presentó, el día 25, anunciando que las intenciones de sus hermanos eran de entregar los mandos del ejército, uno á O’Higgins, y el otro á Spano, el cual reemplazaría á su hermano José en el de la guardia nacional.
Esta declaración, junta con las noticias dadas por Mackenna del mal estado de las tropas, y de lo favorable que le era á O’Higgins la opinión jeneral de la provincia, persuadió al poder ejecutivo sería oportuno el ejecutar con resolución y firmeza el proyecto de disolver la especie de triunvirato militar que formaban los tres hermanos, y el 27 de noviembre, los depuso de sus respectivos mandos, conservándoles sus honores y grados.

En virtud de esta resolución, José Miguel Carrera debía entregar el suyo de jeneral en jefe á O’Higgins; Juan José el que tenía á Spano, y Luis el suyo al capitán de artillería don José Diego Valdes, bien que no fuese más que interino.

El oficio que contenía estos decretos fue puesto á cargo del teniente de Asamblea don Ramon Gaona, y de don Gregorio Echague, oficial de secretaría del gobierno, los cuales salieron para Concepción afin de que tuviese debido cumplimiento.

A su recibo, Carrera lo comunicó sin demora alguna á O’Higgins, el cual estaba alojado en la misma casa del jeneral, diciéndole que ya podía tomar posesión del mando, y que su propia resolución era condenarse á sí mismo á voluntario destierro, emigrando á los Estados Unidos tan pronto como se terminase la guerra. Pero esto fué dicho en cierto tono que hizo temer á O’Higgins una segunda intención, tal vez inconsiderada, de parte de Carrera, al cual respondió que lejos de aceptar el mando, le rogaba le diese licencia para pasar á Talca, afin de obtener de la junta revocase el decreto por el que se lo confería.

En efecto, salió á principios de diciembre con este
objetó, escoltado por las guerrillas del teniente coronel Serrano, y Estevan Manzano, encargado de una carta, en la cual Carrera se limitaba a decir a la junta, que O'Higgins espondría verbalmente lo que pensaba tocante a su deposición del mando del ejército.
CAPITULO XXXII.

Exasperación de Juan José Carrera, al recibió de la destitución de su mando.—Empeño que pone en que su hermano desobedezca á semejante decreto.—Conspiracion de Tirapegui, y sentencia contra sus cómplices.—Cange de las familias O'Higgins, Alcázar y otras con las que se hallaban en poder de los patriotas.—Carrera convoca una asamblea para que vote socorros.—Oposición que hace á la orden de dejar el mando, y arresto de Fernando Urizar por su mandado.—O'Higgins se decide á aceptar el título de jeneral en jefe, y toma posesión de este puesto con grande satisfacción de todas las autoridades.—El cura Cienfuegos, miembro de la junta, es enviado á Concepcion, y escribe, de acuerdo con Carrera, á O'Higgins para que vaya con urjencia á dicha ciudad.—Alarma falsa tramada de noche por Carrera.—O'Higgins recibe á su llegada á Penco el oficio por el cual Carrera le ha dado á reconocer por jeneral en jefe del ejército.—Al día siguiente, entra en Concepcion.—Dugresión sobre Miguel Carrera.

Juan José Carrera recibió el decreto que le despojaba del suyo con tanta menos serenidad de ánimo, cuanto sus constantes celos de la autoridad superior de su hermano habían sido, tal vez, la primera causa de todo esto, y le habían inducido á ser, sin caer en ello, cómplice de Mackenna, con el cual tenía íntimas relaciones de amistad; y de allí provenían los elogios que le daba el Semanario de Irizarri. Realmente, Juan José tenía la ambición y la esperanza de substituirse á su hermano en el mando del ejército; pero al ver cuanto se había engañado, se sintió lleno de sentimiento é hizo cuanto pudo para comunicárselo á José Miguel, induciéndole á que se pusiere en actitud de resistencia, á todo trance (1). Tales

(1) Véanse las cartas que escribía á sus hermanos, las cuales fueron interceptadas por las guerrillas de Sánchez, y publicadas en los núm 2, 3, 4 y 5 de la gaceta ministerial de Lima del año 1814.
eran ya las disposiciones de su espíritu aun antes que recibiese el decreto que le quitaba el mando que ejercía, y de aquí se puede deducir su irritación luego que la recibió, que fué tal, que sin dignarse leerlo, lo laceró, lo arrojó á sus pies y lo pateó, en presencia de muchas personas. No contento con esto, insultó á los dos enviados del poder ejecutivo, vituperándoles de haber tomado sobre sí el cumplimiento de semejante órden, y por fin, los mandó prender.

Esta enérgica resistencia de Juan José á la decisión tomada por la junta gobernadora, y su obstinación en no querer entregar los otros oficios á los oficiales á quienes iban destinados, exaltó la cabeza de José Miguel, el cual se resolvió á defender su honor y sus derechos, resistiendo tambien á las órdenes de la junta. Para esto no carecía de medios, bien que no pudiese apoyarse sobre todo el ejército, que constaba de 2500 soldados aguerridos; pero podía contar con un gran número de ellos, que le serian fieles y sostendrian sus pretensiones; y además esperaba que la junta, contando entre sus miembros á Infante y Eyzaguirre, enemigos declarados del partido Larrain, no tardaría en dividirse, circunstancia que le seria favorable.

Habiendo tomado esta resolucion, volvió toda su atencion á la disciplina del ejército, y á las operaciones de la guerra, rechazando por un lado las guerrillas de Sanchez, y vigilando por otro las intrigas de los realistas, los cuales naturalmente procuraban aprovecharse de las disensiones que había entre las autoridades política y militar.

En efecto, Sanchez no solo hacia una guerra continua á los patriotas, al sur y al norte de Chillan, insultándolos
hasta en sus mismas trincheras, sino que también fomentaba, con promesas de auxilio, una conspiración cuyo objeto era operar una sorpresa contra el general Carrera, envolviendo en ella al gobierno de Concepción, a los miembros del Cabildo, a todos los jefes del ejército y a los principales patriotas. Don Santiago Tirapegui, que había sido capitán de dragones de la frontera, y a quien se había permitido permanecer enfermo en su casa, después de haber estado arrestado, por sospechoso, á bordo de un buque, se puso á la cabeza de dicha conspiración, olvidando todo sentimiento de gratitud. Las fuerzas con que contaba eran las de San Pedro, mandadas por el bizarro Quintanilla; una columna que le había prometido Sanchez; una parte de la infantería miliciana y un gran número de realistas de la ciudad. Los conspiradores se reunían en juntas parciales en los diversos barrios de la ciudad, y ya estaban prontos á dar el golpe, cuando, el 21 de diciembre, el teniente coronel de milicias don Xavier Solar, envió á pedir, por conducto de don Manuel Novoa, una cita á Carrera para las dos de la mañana, detrás de la iglesia de San Agustín, en cuya cita le dió muy misteriosamente el secreto de la conspiración que se tramaba contra él y contra todos los patriotas, con toda certidumbre, en atención que él mismo había sido solicitado á tomar parte en ella, por su bodegónero.

La reputación del personaje delator, su carácter sedentario y pacífico eran pruebas incontestables de la verdad, y Miguel Carrera se apresuró á mandar arrestar á todos cuantos le habían sido delatados, encargando la formación de la causa á tres asesores, que fueron don Manuel Novoa, don Estevan Manzano y don José Vi-
cente Aguirre. De las piezas del proceso, y de las declaraciones del mulato Narciso Giganta y del miliciano Juan Albarado resultaron las pruebas de la conspiración; los conjurados fueron condenados á muerte, y aquel mismo día, Tirapegui fue pasado por las armas en la plaza de Santiago. José María Reyes, Tadeo Revolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, Hilario Ballejas y otros consiguieron escaparse, unos, y tener otros su pena conmutada en perpetuo destierro. Muchas damas tuvieron que sufrir la misma pena, como conspiradoras, y otras fueron enviadas á la isla de la Quiriquina, tales como doña Catalina Sepulveda, doña Aurelia San Martín, hermana de doña Dolores Fajardo, la cual fue condenada al maximum de la pena, es decir á destierro perpetuo. Enfin, algunos pocos quedaron absueltos y libres, y otros que se creyeron sospechosos, como José Zapatero y Manuel Zañartu con algunos otros, se pusieron bajo vigilancia en un buque ponton.

Mientras se substanciaba la causa, Sanchez, prevenido por espías del peligro en que estaban los realistas, escribió á los miembros de la junta que si los prisioneros de Concepcion eran condenados á muerte, usaria de represalias y mandaría sufriesen la misma pena las familias de O'Higgins y de Alcazar, con otras que tenía en su poder.

A esta amenaza, el gobierno respondió con entereza que la ley seria ejecutada en todo su rigor, en atencion á que ningun poder podia ni debia impedir su ejecucion. Al responder asi, el gobierno sabia muy bien que Sanchez no cumpliria la amenaza, puesto que su mujer y sus hijos estaban entre las manos de Carrera; de suerte que se ejecutó la sentencia sin que hubiese represalias
de parte del jefe realista, ni otro mal resultado alguno. Lejos de eso, este acto de severidad proporcionó a Carrera más facilidad para canjear los prisioneros que tenía, y poner en libertad a sus compañeros y amigos, como se verificó poco tiempo después en la junta del Diguillin.

En la especie de conjuración que se había formado para destituir del mando á Carrera, muchos que él tenía por indiferentes, y aun también por enemigos, se declararon en su favor; pero noobstante, ya empezaba á convencerse del mal estado de su causa, viendo el mal espíritu infundido á sus tropas por las intrigas de sus enemigos, y que sus oficiales, siguiendo el ejemplo de Mackenna, abandonaban sus cuerpos. Además de esto, sus mismos amigos y partidarios mostraban menos ardo en sostenerlo y parecían dispuestos á abandonarlo. El obispo Guerrero, viendo que la buena estrella de su protector se oscurecía, tuvo la ingratiud de separarse de él, yéndose en una chalupa á San Antonio, y desde allí á Quillota, con el proyecto de embarcarse luego para Inglaterra, renunciando al obispado de Santiago, que el arzobispo de Lima, fundado en los cánones de los concilios, le había quitado.

O'Higgins, que hacia algún tiempo se hallaba en Talca, no le escribía una sola carta, que cada día Carrera esperaba con la mayor impaciencia, y el gobierno persistía en el sistema, que parecía haber adoptado, de no enviarle víveres ni dinero, así en de que no pudiendo asistir á las necesidades de sus soldados, estos acaban de perder el afecto que le tenían. En tan crítica situación, Carrera no vio más recurso que el de hacer una junta de varias de las principales personas de Concep-
ción, para pedirles (dice Carrera mismo) que me auxiliasen con dinero y víveres, ó que tuviesesen entendido que á no hacerlo, formaría mi columna y marcharía con ella para Talca, abandonando la provincia, antes que pereciese el ejército (1).

Se formó, en efecto, dicha junta, y para que fuese mas libre é independiente en su deliberacion, Carrera tuvo la jenerosidad de no ir á ella; pero obrando así, olvidaba que en revolucion, la audacia es la madre del éxito, el cual legitima todas las pretensiones imaginables, y que sus enemigos podrian aprovechar de su ausencia para mostrarse contrarios á su demanda. Así sucedió; los partidarios de la junta gobernadora y sobretodo los miembros de la familia Zañartu, que tenia tantos motivos de queja y de rencor contra él, hablaron y votaron como oponentes, de suerte que tuvo contra sí una grande mayoría de votos; y aun resolvieron los miembros de la reunion llamar al jeneral en jefe para notificarle el resultado de su deliberacion. Habiéndose presentado Carrera, Miguel Zañartu tomó la palabra, y en nombre de la asamblea y del pueblo soberano, dijo:

«La voluntad del dicho pueblo es, que V. S. deponga el mando en manos de la junta de esta provincia, para alejar los recelos que tiene el gobierno supremo de que V. S. no lo entregará al nuevo jeneral nombrado, por cuya razón no remite los auxilios de que carecemos.»

Bien que estas palabras saliesen de la boca de uno de sus enemigos, patriota sospechoso, y pariente de realistas que Miguel de Carrera había mandado castigar; y bien que otros oradores hubiesen protestado contra las palabras temor y sospechas, pronunciadas por Zañartu,

(1) Diario manuscrito de José Miguel Carrera.
noobstante, la situación de Carrera era sumamente crítica, en atención a que no habiendo aun obedecido á las órdenes del gobierno, podía, rehusando igualmente obedecer á los votos de una asamblea, que él mismo había convocado, pasar por un faccioso, en cuyo caso, ya no tenía mas que seguir los consejos de su hermano Juan José, el cual era hombre de mucho mayor arrojo, y de mas resolución que él. Pero esto no podía ser conveniente en su posición, porque el momento no era oportuno para adoptar y tomar un partido estrecho. Por otro lado, tampoco podía ni debía dejar sin respuesta la odiosa acusación con que había sido denostado, y así respondió en tono de indignación que manifestaba la conciencia que aun tenía de su superioridad:

«Mi empleo y mi autoridad, como jefe que soy de un ejército reconquistador de esta provincia, no pueden someterse sino al gobierno superior del estado. La junta de esta provincia y los pueblos han de sujetarse á mis órdenes en la parte que corresponde. Yo solo soy responsable del ejército y sería un criminal si por debilidad accediese á tan locas pretensiones. Si mando aun el ejército es á solicitud del nuevo jeneral, y con la voluntad del gobierno supremo (1).»

Y en seguida, volviéndose á Zañartu, le echó en cara las intrigas de su familia contra la santa causa que él defendía, con un tono tal de convencimiento que muchos de los vocales se levantaron en su apoyo. Solo, sus enemigos particulares no se dieron por convencidos. Es verdad que estos eran, por su desgracia, numerosos, á consecuencia del espíritu de rigor conque el jeneral había obrado siempre para proteger eficazmente el interés de

(1) Diario manuscrito de Miguel Carrera.
su causa, en una ciudad cuyos habitantes, jeneralmente, tenían relaciones de parentesco en los dos partidos contrarios. Muchos de estos enemigos se propasaron á maltratarle de palabra, y en particular Fernando Urizar fué, al día siguiente, á echarle en cara que la reunión de la víspera se había compuesto, en gran parte, de facciosos sobornados por su partido. Urizar dijo esto en tono tan insultante, que Carrera lo mandó arrestado al castillo de Penco, de donde no salió en libertad hasta el cabo de un mes, y esto por mucho empeño del coronel Alcazar.

Mientras Miguel Carrera se hallaba ser el blanco de la malevolencia de sus muchos enemigos, y que perdía de día en día su ascendiente sobre la opinión jeneral, O'Higgins llegaba á Talca en donde fué recibido con honor y aplauso, en atención á que Mackenna había trabajado eficazmente para que fuese nombrado jeneral en jefe. El gobierno mismo, en su oposición á Carrera, estaba tan persuadido de que O'Higgins solo salvaría la República, que este nuevo jeneral tuvo que rendirse y aceptar el enorme peso del mando, tanto mas grave en aquella sazon, cuanto el ejército se había desmoralizado, y se debía temer que llegase una nueva expedición del Perú.

O'Higgins hizo la jura y tomó posesion del mando el 9 de diciembre con universal alegría, porque todos tenían en él las mas lisonjeras esperanzas. En las ciudades y pueblos del centro y del norte, las autoridades mandaron que hubiese regocijos públicos. En Santiago, ya el gobernador intendente había reunido una asamblea, antes que O'Higgins hubiese llegado á Talca, dando parte de esta noticia, que á todos causó la mayor satis-
facción. En su respuesta al oficio de anuncio del nombramiento de O'Higgins, el intendente se expresaba del modo siguiente:

«Ha sido tan jeneral, tan unánime, tan tierna y tan enérgica la expresión de la voluntad de todos los cuerpos, la tierna efusión de sus corazones y la viveza y sentimiento con que han derramado sus elogios y gracias hacia V. E., que siendo difícil explicarlas, solo hubiera deseado el que V. E. las presenciese (1).»

El arranque entusiasta que tuvieron ó manifestaron tener en aquella circunstancia los partidarios de la junta, y aun mas los periódicos que esparcían por todos lugares, y hasta en medio del ejército las alabanzas de dicha junta, con grave detrimento de la reputación de Carrera, no podían menos de quitarle muchosísimos partidarios, especialmente todos aquellos que no tenían mas opinion que la que les inspiraba los acontecimientos y las circunstancias. Pero lo que causó mayor indignación al jeneral en jefe fué el ver el espíritu de división, de desorden y desmoralización que se manifestó en el ejército en el mismo instante en que él se esmeraba en organizarlo para entregarlo á su sucesor bien disciplinado, fuerte y capaz de presentarse segunda vez, y con mas éxito, para sitiar á Chillán.

En lugar de poder contar con esta verdadera satisfacción, Carrera recibía partes á cada instante de deserciones, hasta de los mismos oficiales, que todos se iban á Talca, como si pasasen al partido de un rival, en términos que un día, todo un rejimiento de granaderos, llevando á la cabeza al capitán J. Miguel Cevallos,

(1) Monitor australiano extraordinario, 4 de diciembre 1819.
abandonó á José Carrera, su primer jefe, para ir á ponerse á la disposicion de la junta.

El motor principal de este desórden y de la desercion era notoriamente Mackenna, como ya Luis Carrera se lo había echado en cara en Talca, en donde continuaba detenido, amenazándole de sacar venganza de sus procederes, y en efecto le desafió; pero el gobierno que lo supo, hizo cuanto pudo para que este desafio no tuviese consecuencias (1). Su partido se hallaba en una posicion demasiado ventajosa para dejar creer que se servia de intrigas y de duelos. Lo que mas le convenia era aprovecharse sin violencias de los acontecimientos, que le eran favorables, de la provincia de Concepcion, para llegar á sus fines sin dar lugar ni motivo á recriminaciones. Siguiendo este plan de conducta, la junta resolvió enviar á dicha ciudad uno de sus miembros con plenos poderes para levantar todas las dificultades que pudiesen presentarse entre ella y Carrera. El miembro encargado de cumplir con aquella mision fué el cura Cienfuegos, el cual, con sus principios rígidos y con el espíritu evanjetico de su ministerio, era una real y verdadera personificacion del buen órden y de la justicia, que los habitantes de Concepcion, entre los cuales era muy conocido y venerado, no podian menos de apreciar altamente. La presencia de este sacerdote representante alli era necesaria ademas para proveer á las necesidades del ejército, que se hallaba en una completa desnudez y sustentado por las principales familias, las cuales se habian ofrecido á ejercer este acto de patriotismo por quince dias.

La salida del cura Cienfuegos se verificó á fines de di-

(1) Este duelo tuvo lugar mas adelante en Buenos-Aires, y Mackenna perdió la vida en él.
ciembre, en que se puso de camino en compañía de Luis Carrera, que ya muchas veces su hermano había reclamado, y llevando un socorro de 30,000 p. Lo más particular de este viaje fué que guerrillas enemigas infestaban el camino que tenía que seguir Cienfuegos y hacia poco tiempo habían atacado á las de Serano y de Estevan Manzano, cuando regresaban de Talca, ataque en que Manzano fué gravemente herido y prisionero con diez de sus soldados. Noobstante, el buen sacerdote, sin querer aprovecharse de una barca que habian puesto á su disposicion, hizo su viaje muy pacíficamente por tierra y llegó á su destino, endonde fué recibido con júbilo, fiestas y alegría por los enemigos de Carrera, el cual, sin embargo, le hizo su visita de bienvenida inmediatamente, con todas las demostraciones del respeto y de la veneración que le eran debidos.

Es cierto que en el primer momento, Carrera había titubeado en entregarle el mando; pero en el instante que Cienfuegos le mostró los plenos poderes que llevaba, Carrera no tuvo dificultad en hacerlo, bien que no supiese como el cura Cienfuegos podría ejercerlo, y en efecto este le rogó lo conservase hasta la llegada de O'Higgins. En consecuencia, escribieron á este llamándole con premura, y despacharon á Uribe con la carta.

En este intervalo de tiempo, se experimentó en Concepción una alarma que Carrera quiso atribuir á un nuevo movimiento revolucionario, pero que otros, que conocían su jenio emprendedor y travieso, le atribuyeron á él mismo, con el objeto de ridiculizar al cura plenipotenciario, y de causarle temor. De todos modos, lo que sucedió fué que una noche, so pretexto de que el enemigo estaba á las puertas de Concepción, pretexto que el mismo
Carrera pone en su diario, mandó tocar la jeneral por las calles y tirar cañonazos, á cuyo estrépito todos los habitantes se pusieron en movimiento, y todos los oficiales se reunieron en la plaza, en la cual los adversarios del jeneral Carrera se vieron de repente aprendidos y encarcelados. El teniente coronel Cienfuegos, sobrino del plenipotenciario, pudo salvarse y fué á incorporarse á O'Higgins, que se hallaba en Quirihue con las tropas auxiliares que había traído de la Vaquería, á la salida de Talca, en donde estaban acampadas bajo el mando de Balcarcel, enviado por el gobierno de Buenos-Aires en reemplazo de Santiago Carrera. Llamado con urgencia por Cienfuegos, y por el mismo Carrera, é informado de lo que había sucedido, O'Higgins se puso incontinente en marcha escoltado por una columna de cien hombres, que mandaba el capitán Astorga, y otra de la misma fuerza, que Carrera había tenido la atención de enviarle con el capitán Benavente. Habiendo llegado á Penco viejo, escribió á su desgraciado amigo, que las circunstancias y el espíritu de rivalidad iban á desunir para siempre. En respuesta, Carrera le mandó el oficio por el cual lo había dado á reconocer como jeneral en jefe del ejército. Al día siguiente, 2 de febrero de 1844, O'Higgins entró en Concepción con todo el prestigio del poder que le daba su elevado ascenso. La fuerza del ejército era, á la sazon, de 2800 hombres, en jeneral mal equipados.

Sucumbiendo al fin, Miguel Carrera no sucumbió por malas cualidades, y aun menos por falta de talento, sino que fué sacrificado á la desconfianza con que todos miraban los primeros mandos en manos de su familia. Esta desconfianza, á la verdad, podía tener el funda-
mento aparente de que en tiempos de revolución, la fuerza armada sin el contrapeso de una autoridad que la mantenga en sus límites, puede muy fácilmente dispo-
ner de la suerte de un país, y privarlo de todas sus li-
bertades y derechos.

Sin embargo, el gobierno no había tenido en ninguna
manera la intención de ajar la familia Carrera. Lo que
quería era exonerarla de un poder tentador y no despo-
jarla de sus derechos ni de sus grados. Si para conse-
guirlo tuvo que indisponer los espíritus contra ella, esto
lo hizo por la necesidad forzosa en que se vió de quitarle
su ascendiente y su influencia; pero muy ciertamente,
había sido de desear que no hubiese usado, en ciertas
ocasiones, de medios que no eran enteramente confor-
mes á una escrupulosa delicadeza.

Por ejemplo, Carrera ha sido acusado de tolerar, y
por decirlo así de autorizar los escéscos que se cometían
en la provincia. Sin duda habría podido impedir algunos
sino todos; pero las circunstancias no se lo permitían;
sus tropas no estaban aun bien disciplinadas, y un
gobierno inesperado y celoso de su prestigio dejaba su
ejército desnudo y privado de los más indispensables
socorros, en una época en que el espíritu nacional no
bastaba para que sufriese tantas privaciones con resi-
gnación por el amor de la patria. Además de esto, los
desórdenes que se le atribuían no eran más que conse-
cuencias del estado de revolución de la provincia, y pa-
recían tanto más odiosos cuanto los que los cometían
eran convidados, y, algunas veces, amigos en otro
tiempo. Obligado á disimularlos, Carrera solo los disi-
mulaba hasta cierto punto, y los castigaba con rigor,
cuando salían de ciertos límites. Su espíritu justiciero se
señaló por muchos individuos que mandó pasar por las armas, y en tales casos es preciso confesar que no perdonaba a nadie, aunque fuesen conocidos, amigos y aun también parientes.

Los cargos que se le han hecho de no haber sabido aprovechar de la victoria tanto en Yerba Buena como en San Carlos, no son mejor fundados, ni mas justos: la primera de estas acciones no fue mas que una sorpresa, puesto que los patriotas no pensaban empeñarla mas que con la vanguardia enemiga, y tenían pocas tropas para sacar grandes ventajas del desorden en que la pusieron por de pronto. Si el campamento de Carrera no hubiera estado tan lejos y á la otra orilla del río Maule, muy ciertamente el ejército enemigo habría quedado roto y desmembrado en términos de no poder jamás rehacerse; pero los patriotas estaban tan ajenos de lo que iba á suceder, y de que el cuerpo del ejército realista se hallase en Yerba Buena, que la columna de ataque no estaba apoyada por especie alguna de reserva; descuido, á la verdad, incomprensible en un militar de experiencia, que debe conocer todas las posiciones y disposiciones del enemigo antes de decidirse á atacarlo.

La otra reconvención relativa á la acción de San Carlos parece, á primera vista, menos injusta. El ejército de Pareja se hallaba bajo desfavorables auspicios que tenían, y no podían menos de tener á sus tropas en un estado de desmoralización, puesto que se retiraban en fuga, y su jeneral, ya anciano, se hallaba gravemente enfermo. En esta retirada precipitada, la vanguardia de los patriotas las seguía y les daba alcance, en términos que, desesperando de llegar al río Nuble, no tuvieron mas recurso que atrincherarse sobre una loma. Por
consiguiente, era esta una ocasión favorable para que el jeneral Carrera cosechase las primicias de laureles futuros verdaderos; pero sus tropas, poco acostumbradas á las fatigas de la guerra, llegaban exhaustas de fuerzas, quedando atrasados y fuera de las filas muchísimos soldados, por los malos caminos y las continuas lluvias; á lo cual se juntaba la poca disciplina é instrucción de la jeneralidad del ejército, y sobretodo el inconsiderado acaloramiento con que Juan José se arrojaba al enemigo. Tales han sido las causas de las pocos ventajas que se obtuvieron en el ataque de San Carlos.

Pero la grande falta que cometió Carrera en aquella circunstancia, fué la de haberse encerrado en su campamento sin pensar en vijilar los movimientos del enemigo, el cual pudo retirarse y desaparecer impunemente á favor de la noche. Un jeneral más avisado no habría cometido ciertamente semejante yerro, y le hubiera podido perseguir y arrojar sobre el Nuble, en donde lo hubiese desecho completamente con tanta mas facilidad, cuanto el rio, corriendo crecido y caudaloso, era infinitamente mas peligroso el atravesarlo. Por consiguiente, Carrera faltó entonces de prevision, como mas adelante en otras ocasiones, se mostró indeciso, irresoluto y, tal vez, tímido. Jamás se le vió en medio de una accion, y siempre se situaba á distancia para dirigirla, como si mandase un numeroso ejército, bien que no pudiese ignorar que en pequeños encuentros, un jefe debe dar á sus tropas el ejemplo del valor, mostrarse en donde hay mayores riesgos, mandando por su propia voz y guiándolas él mismo á la victoria. Pero, como lo acabamos de decir, obraba de un modo enteramente opuesto, y si dió pruebas de saber organizar sus columnas, no
las dió en igual grado de saber conducirlas al enemigo, porque no tenía el denuedo, que es una de las eminentes cualidades de un jeneral en jefe.

En cuanto á sus malversaciones y poco patriotismo, esta acusación ha podido tener eco en aquel momento; pero el tiempo, que es un infalible justiciero, le ha declarado muy luego absuelto. En efecto, no se podía racionamente tachar de falso patriotismo á un jeneral que, como Carrera, trataba con tanto rigor á los realistas, aunque fuesen mujeres, en términos de perder el favor de la opinión jeneral, y á consecuencia sin duda alguna, el puesto que ocupaba de jeneral en jefe; en la cual se faltó al reconocimiento y á la justicia que le eran debidos por los grandes servicios que había hecho al país, creando y organizando un ejército en medio de la mas increíble penuria de medios y elementos para ello; no habiendo además motivos suficientes para quitarle el mando. Por lo mismo, se hace mucho menos extraño que hubiese titubeado en deponerlo, y querido, en un primer movimiento, oponerse á la ejecución del decreto que se lo quitaba: ¿qué jeneral, en su lugar, no hubiese hecho lo mismo? Y con todo eso, al punto en que vió la opinión jeneral engañada é indispuesta contra él, cedió y se retiró sin recriminacion ni quejas; lo cual, lejos de atraerle induljencia, fué causa y motivo para que se le afease con una nueva calumnia, haciendo correr la voz de que sí se había resignado, lo había hecho porque temía la llegada de un nuevo ejército del Perú.
INDICE

DEL TOMO QUINTO.

Prólogo: ............................................. Pág. V

Capítulo I.—Situación de la América en 1808. — Primeros síntomas de revolución. — Influencia que tuvieron en ella las de Francia y de los Estados Unidos. — La Inglaterra procuro darle impulso con socorros, y Napoleón por medio de sus enemigos. — Triste posición de España, y su impotencia para exorcizar la tempestad que la amenaza. .......................... 25

Capítulo II.—Muerte del presidente Muñoz de Guzman. — Competencia de la Real Audiencia y de Carrasco sobre la sucesión. — Carrasco es nombrado por el ejército de la frontera. — Estado de Chile y de España a su entrada en el mundo. — El capitán Lucío viene a pedir nuevos recursos. ...................................................... 40

Capítulo III.—Hombres marcantes de la revolución. — Juan Martínez de Rosas. — José Antonio Prieto. — Bernardo O'Higgins. — Manuel Salas, etc. .......................... 51


Capítulo V.—Las ideas revolucionarias se comunican al ayuntamiento mismo. — Nombramiento de nuevos cabildantes muy favorables á dichas ideas. — Carrasco nombra á Campos presidente del cabildo. — Sumo descontento que este nombramiento causó á los miembros de aquella corporación, que desampararon á Carrasco. — Instalación de una junta de vigilancia. — Rogativas en todo el país por el éxito de los ejércitos de España y contra las ideas suveranas de los revolucionarios de Chile. — Arresto de Fr. Rosauro Acuña y del coronel don Pedro Ramon Arriagad. .......................... 70
— Arresto de Ovalle, Rosas y Vera. — Ruido que ocasiona. — Argomedo nombrado procurador de la ciudad. — Instalación de una junta en Buenos Aires. .............................................................. 76

CAPÍTULO VI. — Carrasco procura ocultar la noticia de la revolución de Buenos Aires. — Asunto de Ovalle, Rosas y Vera. — Los dos primeros son embarcados para el Perú, y el último queda en Valparaíso, enfermo. — Ruido que esta noticia ocasionó en Santiago. — El ayuntamiento toma partido por los desterrados y envía una diputación a Carrasco. — La real Audiencia se junta al cabildo para pedir una contrariedad de desembarco. — Carrasco se presenta en la real Audiencia. — Mala acogida que recibe. — Adieré a la voluntad del pueblo, y, a petición de Argomedo, quita el empleo á sus amigos y empleados, Campo, Meneses y Tadeo Reyes. — Abdicación de Carrasco y nombramiento del conde de Toro. .............................................................. 89

CAPÍTULO VII. — Don Gaspar Marin es nombrado asesor del presidente, y don Gregorio Argomedo secretario. — Pronunciamiento de los liberales, á consecuencia de un banquete en casa del conde de la Conquista. — Mal éxito de los miembros del cabildo en su proyecto de aumentar el número de reñidores. — Medidas que toma don José Antonio Rodríguez para impedir la instalación de la junta de que se trataba. — Su cita para comparecer en casa del presidente y su enérgica respuesta. — Dificultades que encuentra la real Audiencia para hacer jurar obediencia á la reyena de España. — Interpelación del ayuntamiento contra don José María Rouco, por causa de sus sermones sediciosos. .............................................................. 108

CAPÍTULO VIII. — Desesperación de los realistas al ver los progresos de la revolución. — Procuran levantar algunas tropas á sus esparsas. — Pasos que dan para ganar al presidente á su partido. — Indecisión de este jefe á inconstancia de sus opiniones. — Al fin, toma partido por los liberales, y al anuncio de la llegada del general Elío de Montevideo á Chile, como presidente, se decide por la instalación de una junta suprema. — Competencia que tiene con la real Audiencia. — Desasosiego de los diferentes partidos. — El ayuntamiento reúne en los arrabales casi todas las milicias de los contornos de la ciudad. — Último esfuerzo de la real Audiencia para impedir la convocación de una junta. .............................................................. 121

CAPÍTULO IX. — Reunión electoral en el consulado. — El conde de Toro entrega las insignias de gobernador al pueblo soberano. — Discursos de su secretario y del procurador de la ciudad. — Instalación de la junta soberana, y personas que la compusieron. — Regocijos públicos. — La real Audiencia forzada á jurar obediencia á la junta, y sus circulares á los suedelegados de las provincias. — Principios de fusión entre los partidos; tendencia del clero y de los realistas á adoptar las ideas de la revolución. .............................................................. 136

CAPÍTULO X. — Las provincias reciben con júbilo la noticia de la instalación del nuevo gobierno. — Solo la de Coquimbo se niega á reconocerlo. — La junta pasa notificación de su advenimiento á diferentes potencias.
ÍNDICE.

— Nuevos esfuerzos de Buenos-Aires para revolucionar á Chile.— Idea de un congreso jeneral americano.— Pedido de sables y fusiles, y leva de nuevas tropas.— Suspensión de las sudelegaciones.— Regreso de los desterrados Rojas y Ovalle.— Recibimiento en Santiago de don Juan Rosas.— Su política.— Sombra que causa al ayuntamiento.— Convocatoria de un congreso nacional para el 15 de abril. 143

CAPÍTULO XI. — Tropas enviadas á Valparaíso.— Juan Makena gobernador de esta ciudad, en remplazo de Joaquín de Alos, depuesto de su empleo.— Suscripción á favor de España.— Muerte del conde de la Conquista.— Destitución del provisor don Santiago Rodríguez.— Apertura de los puertos al comercio extranjero.— Ruidos de guerra.— Enganches voluntarios.— La junta pide instrumentos y muestras para organizar una música militar. 164

CAPÍTULO XII.— Preparativos para las elecciones.— Conspiración de Tomas Figueroa, y acción del 1º. de abril.— Prisión y muerte del caudillo de los amotinados.— Disolución de la Real Audiencia.— Desierto de sus miembros.— Muerte del obispo don José Antonio Aldunate.— Don Domingo Errazuris nombrado vicario jeneral. 176

CAPÍTULO XIII.— Aplazamiento de las elecciones de Santiago.— Llegada de los diputados de las provincias.— O'Higgins.— Proclama de la junta.— Tendencia de Rosas á alcanzar la presidencia.— Rivalidad entre Rosas y el ayuntamiento.— Instalación del tribunal de apelación, y del de seguridad pública.— Reconocimiento de la junta por el marques de Casas Irujo.— El marques de Medina no admitido como presidente de Chile. 192

CAPÍTULO XIV.— Apertura del congreso.— Discurso de Rosas.— Organización de la mesa de la presidencia.— Tentativa de los radicales para que Rosas fuese nombrado presidente.— Protesta de la provincia de Concepción contra el número de diputados de Santiago.— Segunda tentativa en favor de Rosas.— Arrival del navío inglés Standart, y objeto de su viaje.— Tumulto en Santiago y nuevo chasco de los partidarios de Rosas.— Separación de tres diputados de la Asamblea.— Último esfuerzo en favor de Rosas, y salida de este para Concepción.— Reflexiones sobre este acontecimiento. 204

CAPÍTULO XV.— Llega Miguel Carrera á Chile.— Su popularidad entre los oficiales.— Se hace la mano derecha del partido de Rosas.— Combina con sus dos hermanos una conspiración contra el poder ejecutivo.— Revolución del 4 de setiembre.— Caída del Directorio.— Separación de siete diputados de la cámara.— Instalación de un nuevo poder ejecutivo.— Abolición de la esclavitud. 223

CAPÍTULO XVI.— Descontento de Carrera.— Lleva de nuevas tropas.— Preparativos de defensa contra todo ataque por parte del Perú.— Don Antonio Pinto plebiscitario en Buenos-Aires.— Revolución del 25 de noviembre, supuesta en favor del Rey.— Engaño que padecieron los Realistas.— Elección de un nuevo consejo ejecutivo.— Complot contra
los hermanos Carrera.— Otra revolución del 2 de diciembre contra la asamblea, que queda disuelta. .......................... 234

Capítulo XVII.— Separación de las provincias de Concepción y Valdivia del gobierno de Santiago.— La junta de Concepción ofrece tropas al congreso para recobrar su autoridad.— Carrera envía a O'Higgins como plenipotenciario acerca de dicha junta.— Preparativos de guerra por ambas partes.— Reunión de tropas sobre el río Maule.— Entrevista de Rosas con Carrera en las márgenes de este río.— Convenio entre los dos jefes y contramarcha de las tropas.— Rosas regresa a Concepción, y Carrera a Santiago.— Contrarrevolución en Valdivia y en Concepción.— Instalación de otras juntas en una y otra, y arresto de los antiguos miembros. .......................... 249

Capítulo XVIII.— Los habitantes de Santiago saben con satisfacción el tratado de paz de los dos pretendientes, y posteriormente la disolución de la junta de Concepción y el arresto de sus miembros.— Llegada de estos a Santiago.— Su destierro.— Rosas marcha para Mendoza, en donde fallece.— M. Carrera aumenta el número de sus tropas.— Su prodigalidad en sus gastos.— Los grados superiores en el ejército son dados a su familia.— El poder ejecutivo da su principal atención a las administraciones civiles.— Proyecto de empresarios.— Decreto para la fundación de escuelas gratuitas.— Instituto nacional.— Llega una imprenta a Chile.— Camilo Henríquez.— La Aurora, primer diario de Chile.— Su espíritu liberal y subversivo.— Su influencia en favor del movimiento.— El poder ejecutivo aprovecha todas las ocasiones para atraer el pueblo a su partido.— Recibimiento de Polnsett como consul general de los Estados Unidos.— Aniversario del 18 de setiembre.— Bandera nacional y su escudo.— Grande pronunciamiento en favor de la libertad y la independencia. .......................... 265

Capítulo XIX.— Pronunciamiento general en favor de la independencia.— Desunión entre José Carrera y Miguel.— Diminución de este del poder ejecutivo.— Es remplazado por su padre.— Reconciliación de los hermanos.— Desarreglo de las cosas y proyecto de una constitución. Agustín Vial presenta uno que es adoptado por el gobierno.— Sus bases.— Descontento que causa en Concepción y en el clero.— Instalación de un senado.— Nombramiento de dos ministrós y de un intendente.— Reformas en el ayuntamiento.— Establecimiento de sernos.— Formación de una sociedad filantrópica bajo el nombre de sociedad económica de amigos del país.— Fin del año 1812. .......................... 283

Capítulo XX.— Nueva conspiración contra los Carrera, y destierro de los conjurados.— Preparativos de José Miguel para ir a organizar el Sur.— Invasión de Pareja y su desembarque en el puerto de San Vicente.— Ramón Freire recibe el primer fuego de las guerras de la independencia.— Toma de Talcahuano por los realistas.— El gobernador don Rafael de la Sota se repliega sobre Concepción.— El comisario del ejército real don Tomas Vergara enviado de parlamentario, y de
pleni potenciarlo acerca del Intendente.— Consejo de guerra y cabildo abierto.— El comandante don Ramon Ximenez gana las tropas y las induce a amotinarse.— Salida de la tesorería para Santiago.— Rendición de Concepcion después de un tratado hecho entre el Intendente y el parlamentario.— Pareja verifica su entrada y destaca algunas tropas para apoderarse de la tesorería.— Juramento de la constitución de la monarquía española. 298

CAPITULO XXI.— Llega á Santiago la nueva de la invasión de Pareja.— Miguel Carrera nombrado jeneral en jefe.— Medidas energía que toma para hacer frente á la invasión.— Se pone en marcha sobre Talca para establecer allí su cuartel general.— Encuentra con algunos fujitivos de Concepcion.— Su llegada y sus temores acerca de la verdadera disposición de los ánimos en el pueblo.— El obispo de Santiago Andrea Guerrero va á juntarse con él.— Digresión sobre este prelado y su decisión por la libertad.— O'Higgins pasa á Talca y sabe por Linares la presencia de algunos dragones de Carbajal.— Pide tropas para ir á atacarlos, y se las dan.— Hace prisioneros á veinte dragones y al sustituto Rivera.— Llegan tropas regulares á Talca.— Miguel Carrera forma el ejército en tres divisiones al mando de sus hermanos.— El partido del ayuntamiento recobra su ascendiente en Santiago.— Formación de un nuevo gobierno elegido por el senado.— Medidas energía que toma para la salvación de la patria.— Empréstito con hipotecas.— Creación de una decoración civil y militar.— Celo del ayuntamiento en cooperación con el gobierno.— Establecimiento de una Junta de salud pública.— Entusiasmo por una suscripción nacional. 310

CAPITULO XXII.— El obispo Villodres nombrado Intendente de Concepcion.— Pareja marcha sobre Talca.— O'Higgins se dirige al cerro de Bobadilla, y lleva la guarnición al cuartel general.— Un pequeño destacamento sorprende a Yerbas Buenas al ejército real, que lo rechaza y le hace retirarse precipitadamente.— Los dos partidos cantan victoria.— El gobierno la celebra en Santiago.— Insurrección en los buques la Perla y el Potrillo y entrega de dichos buques á los corsarios que bloqueaban el puerto de Valparaiso.— Pareja, muy enfermo, se decide á ir á atacar los patriotas en Talca.— Los Chilotos rehusan pasar el Maule, y resuelven regresar á Chillán.— Miguel Carrera le persigue.— Desorden en la marcha de las tropas chilenas por las lluvias y la poca disciplina de los oficiales.— Acampan en el estero de Bull, de donde se envía un parlamentario á Pareja.— Este sale de San Carlos y va á acampar cerca del río Nuble, en donde tiene que atrincherarse.— Acción de San Carlos sin resultado alguno para los dos partidos.— El ejército real pasa el Nuble y su retaguardia es atacada por el teniente Molina, que la obliga á abandonar cuatro cañones y algunos bagajes.— Pareja llega á Chillán.— Carrera va á acampar sobre el Nuble. 329

CAPITULO XXIII.— Sánchez se fortifica en Chillán.— Miguel Carrera marcha sobre Concepcion, y se apoderá de esta ciudad.— Ataque


CAPÍTULO XXVI. Progresos de las armas realistas. Carrera procura reorganizar su ejército para ir á atacar á Sánchez y cortar estos progresos. Dificultades que se oponen á la ejecución de su intento. Se ve rodeado de facciones. Rigores que ejercen contra el partido realista. Envía socorros á O'Higgins para que arroje las guerrillas enemigas sobre Chillán. Encuentro entre O'Higgins y Erolleaga. Acción de Quillaco y de Gómero.

CAPÍTULO XXVII. Recibe Carrera algunos socorros del gobierno. Resuelve ejecutar su plan de ataque y manda á su hermano José marchar con su columna sobre Bulluquín. La demora con que ejecuta esta orden le ocasiona el ser detenido por el enemigo en Membrillar, en donde tiene que atrincherarse. Alcazar le niega los socorros que le pide. Miguel Carrera le envía 300 hombres. Salida del jeneral para el teatro de la guerra. O'Higgins ataca á Erolleaga, le obliga á pasar el Itata, y se reúne en Bulluquín con Miguel Carrera. Acción del Roble. Guerrilla de Valenzuela atacada en Trucoyan, y muerte de su comandante.
ÍNDICE.

CAPÍTULO XXVIII.—Instrucción pública.—Nombramiento de una junta de educación.—Escuelas de primeras letras.—Apertura del instituto nacional.—Profesores que tenía.—Formación de una biblioteca pública.—Libertad de imprenta.

CAPÍTULO XXIX.—Formación de un padrón general de los habitantes y establecimiento de un cementerio.—Alarma de los progresos de la invasión, la junta gobernadora exorta los habitantes a que acudan al socorro de la patria.—Estímulo que da al servicio militar.—Se enarbola la bandera nacional en la plaza.—Demostraciones públicas en honor del ejército con el objeto de reanimar su moral.—El partido realista levanta la cabeza, favorecido por los escosos cometidos al sur.—Levantamiento de Santa Rosa de los Andes.—Muerte del jefe de la insurrección.

CAPÍTULO XXX.—Seriedad del gobierno, á consecuencia de la insurrección de Santa Rosa.—Condiciones impuestas á los Españoles que pretendiesen al título de ciudadanos.—Proyecto de hacer gratuitas las funciones del clero, señalando sueldo á los sacerdotes.—Conflito entre el poder ejecutivo y el comandante en jefe del ejército.—La opinión general, en Santiago, se manifiesta contraria al jefe militar.—El gobierno resuelve quitarle el mando, como así también á sus hermanos.—Con este objeto, se propone un nuevo congreso para reformar la constitución.—Parte que tomaron los periodistas en este proyecto.

CAPÍTULO XXXI.—La opinión general favorable al partido del ayuntamiento.—Arribo de los auxiliares de Buenos-Aires.—El gobierno se traslada á Talca, dejando en su lugar un gobernador intercidente.—Oficio de intimación á Sanzeh y respuesta de este jeneral.—El gobierno resuelve quitar á los Carrera los mandos del ejército, contra el parecer de O'Higgins, el cual aconseja á Carrera dé su dimisión.—Carrera resiste apoyándose, para lejaritar su resistencia, en algunas corporaciones.—Toma de la Montonera Fontalva.—Arribada del Portillo á Arauco, y embarco de Cruz y de sus compañeros.—Miguel Carrera da órden para que sus dos divisiones se replieguen á él.—Mackenna se va á Talca por mar, y negocia para que O'Higgins sea nombrado jeneral en jefe.—Luiz Cruz renuncia, en nombre suyo y de su hermano, al mando del ejército, en favor de O'Higgins.—El gobierno depone á los tres hermanos.—O'Higgins va á Talca.—Miguel Carrera recibe el oficio de su reemplazo en el mando.

CAPÍTULO XXXII.—Exasperación de Juan José Carrera, al recibo de la destitución de su mando.—Empeño que pone en que su hermano desobedezca á semejante decreto.—Conspiración de Tirapegui, y sentencia contra sus cómplices.—Cange de las familias O'Higgins, Alcazar y otras con las que se hallaban en poder de Sanzeh.—Carrera convoca una asamblea para que vote socorros.—Oposicion que hace á la órden de dejar el mando, y arresto de Fernando Urizar por su mandado.
O'Higgins se decide a aceptar el título de Jefe, y toma posesión de este puesto con grande satisfacción de todas las autoridades. — El cura Cienfuegos, miembro de la Junta, es enviado a Concepción, y escribe, de acuerdo con Carrera, a O'Higgins para que vaya con urgencia a dicha ciudad. — Alarma falsa nocturna tramada por Carrera. — O'Higgins recibe a su llegada a Rahco el oficio por el cual Carrera le ha dado a reconocer por jefe del ejército. — Al día siguiente, entra en Concepción. — Digestión sobre Miguel Carrera.  .  .  .  .  .  . 488

FIN DEL ÍNDICE.

PARÍS.—EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cía, Calle Racine, n° 38, cerca del Odéon.